COLECCION

DE DOCUMENTOS INÉDITOS

PARA LA HISTORIA DE ESPAÑA.

COLECCION

DE

DOCUMENTOS INÉDITOS

PARA LA HISTORIA DE ESPAÑA

POR

EL MARQUÉS DE LA FUENSANTA DEL VALLE,

D. JOSÉ SANCHO RAYON Y D. FRANCISCO DE ZABALBURU.

Francisco Pi y Margall.
Abogado. MADRID.

TOMO LXXVI.

MADRID

IMPRENTA DE MIGUEL GINESTA

Calle de Campomanes, núm. 5

1884

GUERRAS CIVILES DEL PERÚ

POR

PEDRO DE CIEZA DE LEON

NATURAL DE LLERENA.

II.

GUERRA DE CHUPAS

PUBLICADA POR VEZ PRIMERA

conforme al Ms. coetáneo propiedad de los señores Marqués de la Fuensanta del Valle y D. José Sancho Rayon.

GUERRA DE CHUPAS.

Agora hemos de comenzar el segundo libro de las Guerras civiles del Perú; y, cierto, en éste se contienen grandes cosas, porque se da noticia de algunos descubrimientos y conquistas, y de la conjuracion que se hizo en Los Reyes por los de Chile para matar al marqués D. Francisco Pizarro, y de la muerte que le dieron; y cómo D. Diego de Almagro, hijo del Adelantado, se hizo recibir en la mayor parte del reino por Gobernador, y de cómo se alzó contra él el capitan Alonso de Alvarado en las Chachapoyas, y lo mismo Pero Alvarez Holguin, y Gomez de Tordoya y otros, en el Cuzco, y en la Villa de Plata el capitan Peranzures con la mayor parte de los vecinos. Y de la venida del licenciado Vaca de Castro por Gobernador, y de las discordias que hobo entre los mismos de Chile, hasta que, despues de

haberse los Capitanes muerto unos á otros, se dió la batalla en las lomas de Chupas, cerca de Guamanga, desde donde el gobernador Vaca de Castro vino al Cuzco y cortó la cabeza al mozo D. Diego. En lo cual hago fin en el segundo libro, y trataremos el tercero que será la Guerra de Quito.

CAPÍTULO PRIMERO.

De cómo el marqués D. Francisco Pizarro fué á la provincia de Arequipa, para fundar en ella una ciudad, y repartir los indios entre las personas que en ella habian de quedar por vecinos.

Puestas en razon las cosas de la Villa de Plata, adonde siendo Peranzures Capitan se daba buena maña en sustentarse en su nueva poblacion, y los indios le temian y servian bien, despues de haber visitado la provincia de Collao, el Gobernador, como en el libro pasado contamos, tenia determinado de ir á fundar una ciudad en Arequipa, porque para ello habia buena disposicion; é con los españoles que le seguian se partió luégo para allá, y anduvo tanto, que llegó á la comarca donde se habia de fundar el pueblo, adonde le vinieron mensajeros como Mango Inga queria venir de paz. Lo cual no era así la verdad, ántes, como el capitan Gonzalo Pizarro salió del Cuzco para ir en su busca, allegó á los Andes, y pasaron algunas cosas y acaecimientos entre ellos, y le ganó un peñol, é le deshizo dos puentes, é puso en tanto estrecho que estuvo en poco de le haber á las manos, y le constriñó á tanta necesidad que le envió mensajeros, y al Gobernador hizo lo mesmo; el cual, como desease tanto atraer al servicio de S. M. á Mango Inga, determinó de volver al Cuzco á lo determinar. Réstanos agora decir, que desde Chuquiabo, viniendo para Arequipa, determinó, por saber las cosas de Quito ser de mucha estima y adonde ya estaban pobladas tres ó cuatro ciudades, y habia noticia de provincias donde se podrian fundar otras tantas, de enviar á ellas al capitan Gonzalo Pizarro, su hermano, por virtud de una provision

de S. M., en que por ella le daba comision que pudiese nombrar á uno de sus hermanos por Gobernador de aquella parte que á él le pareciese; é por esta razon é provision se recibió en el Quito por Gobernador, como adelante diremos; y como lo determinase, le escribió luégo que se partiese á Quito, á lo que decimos. E como Gonzalo Pizarro viese el mandamiento del Marqués, y el despacho que le enviaba, con alguna gente se partió por el camino real de la ribera para ir al Quito, con determinacion de hacer la entrada de la Canela, de la cual se tenia mucha noticia de que habia gran riqueza.

Pues como el marqués D. Francisco Pizarro determinase volver á la ciudad del Cuzco, mandó al bachiller Garci Diaz Arias, Obispo que es agora del Quito, que mirase, en el entretanto que iba al Cuzco, el sitio más convenible que hubiese en aquella comarca, para que se pudiese fundar la ciudad que se habia de situar en ella, y acompañado de algunas personas se partió para el valle de Yucay, desde donde envió sus mensajeros al rey Mango Inga Yupangue, amonestándole que viniese luégo á tratar con él, porque le estaba aguardando en el valle de Yucay.

Mango Inga tenia aviso y hacia muestra que por su parte deseaba la paz, é volvió á enviar mensajeros al Marqués, que él lo haria é saldria. El Marqués, creyendo lo que el bárbaro no pensaba hacer, por ponerle más voluntad le envió una haca muy galana y ropas de seda; lo cual, entendido por Mango Inga, salió al camino, y en lugar de gratificar á los que le llevaban el presente, los mató (los cuales eran dos cristianos, criados del mismo Marqués) é se volvió á su asiento de Viticos, no teniendo en nada el amistad de los españoles é lo que le prometian. Pues como el marqués Pizarro fué avisado de aquello, grandemente le pesó por ver que ya aquel bárbaro no queria dar la obediencia al Rey, y estaba metido en tal parte que no le podia constreñir á ello, é por entónces no le daba lugar la expedicion de los negocios para hacer armada contra él.

En este valle de Yucay se hizo justicia de la principal se-

ñora, mujer del Inga; por ser mujer, fué tenido por gran crueldad, y el que el Marqués la tenia presa, y áun dicen algunos que él ó Gonzalo Pizarro habian tenido con ella ayuntamiento: áun lo mismo dicen de Antonio Picado, su secretario. Y como el Inga no viniese á la paz, por darle enojo tan grande como era matar á la mujer más querida suya, hicieron allí justicia de ella, dándola muerte cruel; y ella, espantada, decia que para qué la mataban, que no tenia culpa que fuese digna de muerte; y como se viese en aquel trance, entre las mujeres de su nacion que allí estaban, repartió entre las más principales sus joyas, sin le quedar ninguna, y despues les rogó que de que la hobiesen muerto echasen las reliquias de su cuerpo en un seron el rio abajo de Yucay, porque la corriente del agua la llevase adonde estaba Mango Inga, su marido, y así lo hicieron, y cuando él lo supo hizo notable sentimiento. Y hecho esto se volvió el Marqués á la ciudad del Cuzco, adonde á pocos dias le vino nueva como el bachiller Garci Diaz Arias, é los otros que allí habian quedado, habian abajado de hácia la mar á buscar asiento para donde se fundase la nueva ciudad, y era muy dificultoso y de grande defecto, y á todos parecia mejor el de Arequipa, y ansí se lo escribieron al Marqués; y él, como lo supo, lo aprobá é hizo el repartimiento, señalando los vecinos que en ella habian de vivir, y los Regidores é Alcaldes, y por Teniente Gobernador mandó que estuviese Garci Manuel de Caravajal, natural de la ciudad de Trujillo. É despues que el Marqués hubo hecho este repartimiento y dado las cédulas de depósito, hasta que hiciese el repartimiento general en la ciudad de Los Reyes, con acuerdo del Obispo, despachando su mandamiento á la Villa de Plata, para que Peranzures toviese gran cuidado en la conversion de los naturales, y en descubrir las minas de que se tenia noticia que habia en los términos de aquella villa, se partió á la ciudad de San Juan de la Vitoria, adonde los vecinos recibieron con su venida mucho contento, y él con ellos se holgó algunos dias. Y despues que les hobo encargado lo que convenia para la buena gobernacion, se partió para la ciudad

de Los Reyes, adonde los vecinos salieron á le recibir, y fué de todos saludado honorificadamente.

En este tiempo vinieron nuevas cartas de S. M. y de otros grandes de España, para el Marqués; la fecha de ellas era ántes que supiese la muerte del Adelantado, y entre ellas una provision y bula en que S. M. mandaba y era servido, teniendo noticia de la buena vida de Garci Diaz Arias, que le hacia electo obispo del Quito; cosa con que todos se holgaron porque le querian mucho, é se hicieron grandes alegrías y regocijos en la ciudad. Y dejemos de hablar del Marqués, y diremos lo que más pasó en las provincias Equinocciales.

CAPÍTULO II.

De cómo el general Lorenzo de Aldana determinó de enviar á poblar las provincias de Ancerma, que el capitan Belalcazar habia descubierto, y de cómo nombró por Capitan de esta poblacion á Jorge Robledo.

Tenia tal órden el gobierno de las ciudades, que aunque el tiempo habia sido breve que Aldana habia entrado en ellas, parecia que era otra cosa de lo que ántes; y estando en la ciudad de Cali se partió Pedro de Añasco por Capitan y Teniente de Gobernador á la villa de Timaná, y Aldana le encargó el buen tratamiento de los indios, mandándole que no consintiese que los españoles desvergonzadamente los robasen ni quitasen sus haciendas, ántes, si alguno lo hiciese, lo castigase con todo rigor. A Popayan escribió sus cartas, al capitan Juan de Ampudia, sobre que tuviese el mismo cuidado. Despues que hobo entendido en esto, mirando que habia mucha gente en la ciudad de Cali detenida, y muchos soldados viejos que entendian bien la conquista, acordó de enviar á poblar las provincias de Ancerma, que están más occidentales de esta ciudad de Cali, las cuales confinan con el riquísimo y muy poderoso rio de Santa Marta, y habíalas descubierto el capitan Sebastian de Belalcazar; y aunque entendió que de semejante jornada se podria resultar mucho provecho al Capitan que allá fuese, sacudió de sí la codicia, teniendo en más gobernar lo que tenia á cargo, é con mucha diligencia estuvo pensando qué Capitan enviaria con el cargo. Y aunque entre los que vinieron de Cartagena estaban Melchor Suer de Nava, Alonso de Montemayor, el comendador Hernan Rodriguez de Sosa, y otros hombres prudentes que con diligencia

hicieran aquella jornada, no se lo quiso dar por ser recien venidos de otra gobernacion, é no haber militado debajo de ninguna bandera del Perú, y entre los vecinos que habia en la ciudad habia pocos de quien se pudiera echar mano para encomendarles aquel cargo, y de todos escogió por más principal á Jorge Robledo. É ciertamente no lo erró, porque Robledo era tal persona, é tan á las derechas servidor del Rey, que fué en él bien empleado este cargo.

El poder que tuvo Aldana del Marqués para este nombramiento yo lo ví, y aunque algunos quisieron decir ser frívolo y sin fuerza, engañáronse, porque despues se aprobó en España; y en Panamá me dijo á mí el doctor Villalobos, Oidor que á la sazon allí era, que Aldana pudo proveer rectamente á Robledo. El poder del Marqués decia: «que por cuanto estaba informado que habia algunas provincias descubiertas y por poblar, que si Aldana estoviese ocupado en el gobierno y reformacion de las ciudades, que pudiese nombrar la persona que le pareciese, para que en su lugar fuese á poblar una ciudad, y que él daba poder bastante al que fuese por él nombrado.» Pues como Aldana tuviese esta comision y determinase de enviar á Jorge Robledo, luégo hizo el repartimiento de los indios sujetos de la ciudad de Cali, en ménos vecinos de los que estaban; y con la resta, y con los que más quisieron ir con él de los que habiamos venido de Cartagena con Vadillo, se aparejó el capitan Robledo, teniendo de él todos gran contento. Lorenzo de Aldana mandó que se nombrase la ciudad que nuevamente se habia de fundar, la ciudad de Santa Ana de los Caballeros, y nombró por Alcaldes á Melchor Suer de Nava y á Martin de Amoroto, y por Alguacil mayor á Rui Vanegas; y ordenado esto, y dichole al capitan Robledo lo que habia de hacer, mandó que saliese de Cali, llevando todo el ménos servicio de naturales que pudiese, y soltó muchos de los que llevaban. É por verlo más á su voluntad fué hasta un pueblo llamado Meacanoa, que está siete leguas de Cali, desde donde se volvió, y el capitan Jorge Robledo prosiguió su viaje, y salió de allí, mártes diez y ocho dias del mes de Julio de mil y

quinientos é cuarenta y nueve; en la cual jornada yo fuí. Despues de haber entendido en esto Aldana, se partió para la cidad de Popayan, dejando por Teniente de Gobernador á Miguel Muñoz, habiendo dado á los vecinos cédulas de sus indios que tenian en repartimiento; é llegado á la ciudad de Popayan hizo lo mismo que en Cali, adonde despues de haber dejado por Teniente de Gobernador á Juan de Ampudia, se partió camino del Quito.

En este tiempo, Gonzalo Diaz de Pineda habia enviado por comision al marqués Pizarro, para poder fundar una villa en los Pastos, y el Gobernador habíale enviado aquella comision, pero no derogando el poder de Aldana, sino que si estuviese ausente aquel lo pudiese hacer. Como en Quito se supo que Aldana venia, Gonzalo Diaz de Pineda salió con algunos españoles para fundar la villa, mas ya Aldana habia llegado al valle de Guaquanquer, donde entónces se fundó la Villa Viciosa de Pasto, y despues se mudó al valle de Atris, donde agora está. É al tiempo de esta fundacion se hizo é ordenó un auto que decia, «que Lorenzo de Aldana queria tomar por su igual á Gonzalo Diaz para aquella fundacion»; mas aunque esto así sea, en mi libro primero no pondré otro fundador que á Lorenzo de Aldana, pues está claro él solo tener poder bastante para las cosas de aquellas ciudades. É para decir lo de Gonzalo Diaz basta lo que hemos escrito.

Pues luégo que hubo fundado Aldana la Villa Viciosa de Pasto, dejó por Teniente de Gobernador á Rodrigo de Ocampo, hombre que bien entendia la guerra de los indios, y repartió los caciques y pueblos entre los vecinos que halli habian de quedar; y en lo que toca á esta fundacion é al sitio de la villa é costumbres de naturales, en el libro de Fundaciones hemos escrito lo que conviene á cerca de ello. É despues que hubo dejado en buena órden la villa, se partió á la ciudad del Quito, adonde estuvo hasta que vino Gonzalo Pizarro; é no tenemos por agora más que decir de Aldana.

CAPÍTULO III.

De cómo Su Majestad nombró por su Gobernador y Adelantado del rio de San Juan á D. Pascual de Andagoya, y de cómo Robledo iba caminando á poblar la villa de Ancerma.

El licenciado Gaspar de Espinosa, el que en lo de atras digimos haber muerto en la ciudad del Cuzco, fué vecino de Panamá en Tierra Firme, é teniendo gran noticia del valle de Baeza y del rio de San Juan, habíalo enviado á pedir en gobernacion á S. M.; é ya que le venia la merced de la gobernacion murió, é por su fin se encomendó en D. Pascual de Andagoya, con tanto que no entrase en lo descubierto, poblado ni conquistado por el marqués Pizarro ni sus Capitanes. É despues que se hubo despachado de la corte, vino á Sevilla y se embarcó é llegó al Nombre de Dios, é de ahí fué á Panamá, adonde, aunque tuvo aviso que el capitan Belalcazar habia descubierto y poblado tres ó cuatro ciudades con título de Capitan general del Marqués, no por eso dejó de tener gran codicia de se meter en aquella tierra que así le decian, y luégo comenzó de hacer gente y aderezar navíos para la partida; y algunos le avisaron que entendiese en descubrir é poblar lo que era suyo y dejar lo demas, porque era yerro, y S. M. no lo tiraria al Marqués pues lo tenia en gobernacion, mas cuidándose poco de estos dichos, se dió priesa en allegar gente é aderezar los navíos que pudo, con lo cual se aprestó para salir de la ciudad de Panamá.

É volviendo á lo que hizo Robledo, es que, luégo que se partió del pueblo de Meacanoa, anduvo por sus jornadas lo más que podia para llegar brevemente á la provincia, nombrando por su Alférez á Rui Vanegas; y como el camino fuese por un

valle abajo, por el cual corre el rio grande de Santa Marta, llevábase en balsas y en una canoa muy grande todo lo más del bagaje; é ansí ánduvo hasta llegar á un pueblo que ha por nombre del Pescado, que está situado en la ribera de este rio, sin suceder cosa que hayamos de contar, si no es que un portugués, llamado Roque Martin, viviendo casado con una negra la mató á puñaladas, é, yendo hácia Timaná por huir de la justicia, fué muerto por los indios y comido. Juicio de Dios, y que se vió claro en esto su castigo, porque este Roque Martin, sin temor suyo, tenia cuartos de indios para criar perros, los cuales la caza que hacian era despedazar hombres y mujeres de estos naturales, y al fin, aunque se deleitó en matar tantos indios, vino al cabo á morir en sus manos y ser sepultado en sus vientres. De este pueblo caminó Robledo con su gente, que serian hasta cien españoles de pié y de á caballo, y anduvo hasta llegar al principio de la provincia; y como los naturales tuviesen aviso de su venida, habian alzado los mantenimientos y ellos escondídose por las quebradas é lugares más secretos de sus tierras, y el Capitan, despues de haber subido el fardaje del rio á lo alto de la sierra donde estaban, y juntos los españoles todos, mandó apercibir á algunos de los más sueltos de ellos. Salieron con sus escuadras á buscar gente de los naturales, y, aunque estaban bien escondidos, prendieron más de doscientas personas; á todos los cuales el Capitan habló con mucha mansedumbre, y con los farautes y lenguas que llevaba, que eran tres indias llamadas Barbola y Antona y Catalina, (la cual, como el Capitan conociese que yo era curioso de saber secretos de los indios, me la dió para que más fácilmente los alcanzase), diciéndoles que diesen la obediencia al Rey y tuviesen por amigos á los cristianos, y sobre esto les hacia parlamentos provechosos; y para que entendiesen que les trataria siempre verdad los mandó soltar á todos, diciéndoles que hablasen á sus caciques que viniesen á verse con él.

Pues como por los pueblos comarcanos de la provincia se entendiese que los españoles habian soltado los presos, y que

venian á hacer una nueva poblacion, salieron algunos principales y caciques á ellos, y eran del Capitan bien recibidos, y se comenzó á dar asiento con ellos, y se tuvo esperanza que Dios seria servido que toda la provincia vernia de paz. Y de estos indios se supo como de hácia el mar Océano venian españoles, como ellos mesmos, y que traian muchos caballos y mataban é prendian á todos los indios; lo cual oido por Robledo, tomando parecer con los más principales que con él iban, se determinó de que luégo se buscase algun sitio, y en él fundar la nueva ciudad, porque, por ventura, no fuese gente de Cartagena los que venian y se anticipasen á poblar primero que ellos. Y luégo se partió el capitan Rui Vanegas con veinte españoles de á pié é de á caballo á buscar el sitio que decimos, y el Capitan, con todo el real, fué en su seguimiento. Y ántes que pasemos adelante, será bien que contemos qué gente era la que venia.

CAPÍTULO IV.

De cómo el licenciado Santa Cruz envió en seguimiento de Vadillo con ciertos Capitanes y gente, y las diferencias que hubo entre ellos, y de cómo se juntaron con Robledo.

Bien quisiera proseguir mi escritura sin hacer digresiones, pues es tan larga que bastaba sin tratar otras historias, mas por fuerza me conviene hacerlo, para que se pueda entender nuestro proceso, porque quiero en todo satisfacer á los lectores, é con la brevedad que suelo escribiré esto que vamos prosiguiendo. Bien se acordará el lector, como en lo de atras hicimos mencion, que, siendo gobernador de Cartagena D. Pedro de Heredia, vino á tomar la residencia el licenciado Juan de Vadillo, el cual, ¡despues de pasadas algunas cosas que yo no escribo por las excusas que tengo dadas, salió con la gente é aderezos que tengo escritos en la parte que lo traté, é como Heredia reclamase, S. M. nombró por Juez al licenciado Santa Cruz, el cual gobernó bien la provincia de Cartagena: y fundó en ella la ciudad de Mopox; é como Vadillo no respondiese, mandó hacer gente y con ella envió por su Teniente á Juan Greciano, dándole poder para que pudiese ser justicia de la gente que Vadillo habia llevado y enviarla á Cartagena; é ya que la gente queria salir, hizo un yerro muy grande, que fué nombrar por Capitan á un Luis Bernal para que pudiese hacer la guerra á los indios por donde fuese. Y así, llevando el uno provision de Teniente y el otro de Capitan, salieron de Cartagena; é llegados al puerto de Urabá, por principio del año treinta y ocho comenzaron de caminar, y á las primeras jornadas comenzó á haber bandos y cada uno de los capitanes querer ser superior, y los soldados acostábanse á los que más ofrecimien-

tos hacian; de manera que aunque la gente era poca era mucho el estruendo, y creciendo las sospechas hacian mayor la contienda. De lo cual no me espanto, porque ni en ejércitos ni compañías, ni áun desde la más corta provincia hasta el más ancho reino, si tiene dos cabezas, imposible es que sea bien gobernada; y así lo decia el grande Alejandro cuando Darío le pedia la paz ofreciéndole parte de su reino, que el mundo no se podia gobernar por dos cabezas, y que sólo uno habia de tener el imperio.

Viniendo de la manera que decimos los españoles de Cartagena, allegaron á la montaña de Abibe, é como hallasen el camino abierto por nosotros los que vinimos con Vadillo, pasáronla con ménos dificultad. En esta montaña mataron ciertos mancebos una culebra ó serpiente, la cual era tan grande, que la hallaron en una tripa un venado entero con sus cuernos, y como é de la manera que ella lo habia engullido. Y dándose toda priesa á andar los españoles, con sus diferencias, despues de haber pasado muchos trabajos y hambres, allegaron á la provincia de Ancerma, al principio della, adonde, como se hallase mucho bastimento, estuvieron algunos dias; y allegó á tanto el desatino dellos, que Juan Greciano, apellidando el nombre del Rey, quiso prender á Luis Bernal, y el Luis Bernal, tomando el mesmo apellido, quiso prender al Juan Greciano; y los españoles unos acudian al uno y otros al otro, y todos se ponian en arma. Y al tiempo que esto pasaba, el capitan Rui Vanegas con los veinte españoles allegó á una loma que se llama de Umbra, en la cual se fundó la villa despues, y estando muy cerca de los españoles se pudieron ver los unos á los otros, que fué causa que con sus porfías no se hubiesen muerto, el cual daño no se excusara si no fuera muriendo uno de los dos que mandaban. É como se vieron los unos con los otros fué grande la alegría que recibieron.

Rui Vanegas envió aviso de todo al capitan Jorge Robledo, el cual, como lo supo, en un pueblo llamado Garma, fundó é pobló la ciudad de Santa Ana de los Caballeros, que agora se llama villa de Ancerma, adonde vinieron los españoles de

Cartagena é le dieron la obediencia, y el teniente Juan Greciano dió queja del capitan Luis Bernal y de otros, los cuales fueron desterrados; y Robledo hizo mensajeros á Lorenzo de Aldana de todas estas cosas, las cuales todas las escribió al marqués D. Francisco Pizarro muy por entero. Y porque aquel sitio tenia algunas dificultades, pasaron la nueva ciudad á la loma de Umbra, adonde agora está.

CAPÍTULO V.

De cómo el capitan Jorge Robledo atraia de paz á los señores comarcanos á la nueva ciudad, y de cómo envió á Suer de Nava á Caramanta.

Despues de hechas las diligencias que se usan al tiempo que se fundan nuevas ciudades, se dió priesa en hacer algunas casas é sementeras, y á todas partes de la provincia enviaba el Capitan mensajeros á todos los caciques para que viniesen á verse con él. Entre todos ellos habia dos más principales, los nombres de los cuales eran Umbruza y Ocuzca, los cuales, andando los tiempos, siendo Teniente de Belalcazar en esta provincia un Gomez Fernandez, fué tan cruel que los quemó por causa harto liviana, é lo mesmo hizo á otros señores é indios sin nenguna misericordia. Algunos principales venian á ver á Robledo, el cual se dió buena maña en pacificarlos é traerlos al servicio del Emperador; y deseoso de saber los pueblos que podian servir á esta ciudad mandó al capitan Suer de Nava, que, con cincuenta españoles de pié y de á caballo, fuese á la provincia de Caramanta y mirase las poblaciones de indios que habia en la dicha comarca; á lo cual se partió luégo Suer de Nava, y Robledo se partió del pueblo de Ocuzca, adonde á cabo de pocos dias vino de paz trayendo consigo más de dos mil indios é muchas mujeres.

El Capitan mandó á los españoles que estuviesen apercibidos, porque los indios, si quisiesen acometer alguna traicion, no nos hallasen descuidados; y en esto el señor Ocuzca abajó por una sierra y llegó adonde estaba el Capitan, el cual lo recibió muy bien, é héchole entender su venida á lo que era, se volvió á la ciudad con él, llevándolo en son de preso, porque

no se pudiese huir; y estando detenido se congojaba, y velando una noche ciertos soldados, viendo que estaban dormidos, se salió y causó grande alboroto su huida, y aunque por muchas partes lo salimos á buscar no se pudo hallar rastro por la parte que iba. En este tiempo el capitan Suer de Nava habia ido á Caramanta, pasada la montaña, y allegó á algunos valles, y vió los pueblos de Metia y Palala y otros; y haciendo entender á los indios lo que les convenia hacer, se volvió á dar cuenta al Capitan, el cual, dejando por guarda de la nueva ciudad á Martin de Amoroto, acordó de salir á visitar la provincia, porque todos los más de los señores habian venido de paz, aunque primero se hicieron algunos castigos, cortando manos y narices á los indios que le traian de las entradas.

Y estando en el pueblo de Garma, salió el capitan Rui-Vanegas en busca de los señores de aquel pueblo, y se dió en una casa de oracion, ó que para esconderse la habian hecho, y en ella hallaron muchas mujeres muy hermosas y gran cantidad de mantas muy pintadas y más de doce mil pesos en oro, lo cual los cristianos tomaron; y para asegurar la provincia, el Capitan mandó volver toda la más cantidad de ellos á los indios. Ocuzca, el que se habia soltado, viendo que el Capitan estaba ausente, convocando á todos los más prencipales de su linaje, é con mucha gente que juntaron, vinieron á destruir la ciudad de Ancerma. Amoroto, el cual habia quedado por guarda de ella, puso gran recaudo, porque una india que yo tenia, natural de aquellos pueblos, me contó en gran secreto el movimiento de los bárbaros, é cuán en breve serian en la ciudad, é yo avisé luégo al Alcalde, é todos armados estábamos de noche y de dia aguardando á los enemigos, los cuales, por no osar ó por otros inconvenientes, despues de habernos dado algunas malas noches, deshicieron la junta y cada uno se fué á su tierra.

CAPÍTULO VI.

De cómo el capitan Jorge Robledo envió á Gomez Hernandez á descubrir la provincia del Choco, y de cómo asimismo envió á Rui Vanegas al pueblo de Pirsa.

Despues que el capitan Jorge Robledo hubo mandado volver á los indios lo que se habia hallado en la casa que habemos dicho, é asentado paz con los señores del valle de Apia, que era el mayor é más poblado que habia en todas las comarcas sujetas á la ciudad que se habia poblado, teniendo nueva de como Ocuzca y Umbruza, con otros principales, se juraban para destruir la ciudad y matarlos á todos, acordó de partirse de allí para Santa Ana de los Caballeros, que así tenia el pueblo nombre, como digimos al tiempo de su fundacion; y al cabo de algunos dias llegó allí y envió mensajeros á todas partes, amonestando á los caciques que no fuesen locos, ni anduviesen desasosegados, que vinieran á dar la obediencia á S. M. y á tener amistad con los españoles, y que si lo hacian así asegurarian sus vidas y haciendas y no recibirian ningun mal tratamiento. A algunos les pareció buen camino hacer lo que el Capitan les envió á decir, y fueron á verse con él, é llevaron aderezos para hacer las casas á los españoles. Y deseando repartir los pueblos entre los españoles que con él habian venido, teniendo noticia que pasada la cordillera de Cima, que está hácia la parte del Norte de Ancerma, habia gran poblado y mucha riqueza, para tener claridad de lo que habia, determinó de enviar á descubrir; y ansí mandó á Gomez Hernandez, que, con cincuenta españoles ballesteros é rodeleros, fuese á descubrir la provincia del Choco. È apercibidos los españoles salió el capitan Robledo con ellos hasta el

valle de Santa María, adonde un indio le vino de paz diciendo que era el señor Umbruza, é, como se supiese no ser él, le mandó quemar, que fué harto cruel castigo.

Gomez Hernandez salió de este valle é anduvo con los españoles, sin llevar caballos por causa de la aspereza de la tierra, hasta que llegó á la montaña de Cima, la cual es muy fragosa, llena de espesos árboles, y adonde todo lo más del año llueve, y hay muchos animales nocivos y aves nocturnas, y mucha cantidad de monos, y los indios andaban desnudos y son muy bestiales. Tienen las casas armadas sobre árboles muy fuertes, y tienen guerra unos con otros por falta de bastimentos. Fueron á una de aquellas barbacoas ó fortalezas los españoles con ballestas, y uno de ellos, que habia por nombre Alonso Perez, tomó una india, la cual tomó y sintió tanto dolor y aborrecimiento de verse en poder del cristiano, que dejándose caer por unos riscos abajo hizo su cuerpo pedazos, enviando el ánima al infierno. De aquí anduvo Gomez Hernandez algunos dias por aquellas montañas, que en el mundo no pueden ser más ásperas y trabajosas, hasta que allegó á un rio que corria hácia el mar Océano, el cual, segun la opinion de muchos, debe ser el rio del Darien; hallaban algunas palmas que comian, y en ellas aquella singular fruta, llamada pixibays, que les aprovechó mucho, y habia muchas pavas y faisanes, y cantidad de dantas, que son del grandor de una mula y quieren parecer á las que llaman cebras. Yendo descubriendo de esta manera Gomez Hernandez, anduvo hasta que llegó á lo alto del cerro de una montaña, desde adonde vieron que la tierra á todas partes parecia llana ó poco montañosa; no vieron campaña ninguna, pero pareciéronse muchos humos y no pocas de aquellas fortalezas ó barbacoas que digimos haber en Cima, salvo que estas eran mayores é más pobladas; y como sintieron á los cristianos, se tocaron muchos atambores y flautas, haciendo gran ruido, y se aparejaron para salir á darles batalla.

Tambien andan desnudos estos indios, mas son de buena dispusicion, y sus mujeres hermosas, y todos poseen oro; y

créese que hay gran riqueza en aquellas comarcas, porque hasta agora no se han descubierto; y Gomez Hernandez, como no llevase los caballos, estuvo en poco de quedar él y todos los cristianos en poder de los indios, los cuales, como viesen que venian sin caballos, que es lo que ellos tanto temen, tuviéronlos en poco y apellidáronse, y con sus armas salieron á defenderles la entrada en su tierra. Los cristianos habian llegado á una de aquellas fuerzas y dentro hallaron mucho bastimento, y querian tomar alguno; los indios venian á ellos creyendo tomarlos á manos, y los cristianos, como los vieron venir, encomendándose á Dios se aparejaron para la batalla. É sucedió un gran desman, que fué quebrarse las cuerdas de ciertas ballestas. É los indios ya comenzaban á tirar muchas flechas y dardos, y la batalla se trabó y los cristianos lo hicieron bien, aunque unos se señalaron más que otros, y fueron heridos por los indios muchos de ellos; la cosa llegó á tanto, que los indios, despues de haber herido á un francés, que allí iba, mortalmente, estando junto de un Antonio Pimentel, antiguo en estas Indias, lo tomaron á manos y dieron muy grandísima grita, y á un Santiago le pasaron el cuerpo con un dardo. Este y otro, llamado Vera, vivieron milagrosamente, porque estando heridos de muerte se encomendaron á Nuestra Señora, y pasando muchos indios fué servida que no los viesen, y así, esforzados con su ayuda, fueron á parar adonde estaban los cristianos, los cuales, como se viesen sin caballos y que el número de los indios crecia, é los más de ellos estaban heridos, como mejor pudieron se retiraron haciendo cara á los indios, que un dia entero los fueron siguiendo, y, contentándose con los haber echado de su tierra y herido los más de ellos, se volvieron, y al francés que habian tomado le dieron muerte terrible é de grandes tormentos. Y dándose priesa á andar los españoles, volvieron á Ancerma y dieron cuenta al Capitan de lo que pasaba, el cual mandó al capitan Rui Vanegas que fuese al pueblo de Pirsa y procurase atraer de paz á los señores de él.

Rui Vanegas se partió con la gente que fué necesaria é caballos, ó yo fui con él, y cuando allegamos al pueblo que

digo hallamos á los indios puestos en armas, y tenian por los caminos puestos unos hoyos hondos é muy grandes, y en lo interior de ellos muchas é muy grandes estacas, atapadas las bocas con yerbas para que cayesen los caballos y cristianos; y como entramos en el pueblo constreñimos á los indios á huir á las quebradas é á peñoles fuertes que tenian. Y porque cayó un caballo en aquellos hoyos é fué muerto en las estacadas, se echaron en dos de ellos más de cincuenta indios é indias, é fueron muertos, y escarmentaron para no hacer otro engaño como aquel, pues al fin el daño era para ellos. Y despues de haber estado algunos dias en aquellos pueblos, y haber enviado mensajeros Rui Vañegas á los caciques que vinieron de paz y la han sustentado hasta agora, nos fuimos de allí á la provincia de Sopia, y aunque los bárbaros estaban soberbios, conociendo el esfuerzo de los españoles, vinieron en su amistad y dieron la obediencia á S. M. Y despues que Rui Vanegas hubo asentado aquellas provincias se volvió á Ancerma, y dió cuenta al Capitan de lo que habia hecho.

CAPÍTULO VII.

De cómo el capitan Jorge Robledo repartió los caciques entre los vecinos que habian de quedar en la ciudad de Santa Ana, é de cómo se partió é descubrió por la otra parte del rio grande de Santa Marta.

Pasadas las cosas que habemos contado, deseando el capitan Jorge Robledo pasar el rio grande de Santa Marta y descubrir las provincias que de la otra parte de él están, acordó de repartir los caciques y depositarlos entre los que habian de quedar por vecinos; y ansí, señalándolos, se los entregó; y dejando en su lugar al capitan Rui Vanegas se partió de Ancerma, por principio del año de cuarenta, llevando por su alférez á Suer de Nava, natural de Toro. Iriamos con él poco más de cien españoles de pié é de á caballo; por Maese de campo iba el comendador Hernan Rodriguez de Sosa. Llegados al pueblo de Irrá, que está á las riberas del gran rio de Santa Marta, y por donde corre con mucha velocidad, hicieron balsas los naturales dél, y pasaron los caballos y carruaje, é á los españoles metian entre medias de dos cañas, tan gruesas como la pierna, y en las cabezas de ellas ataban un palo, iba uno con un bejuco delante tirando de las cañas, y otros dos las iban por detras encaminando. Y ansí, con harto riesgo é trabajo, pasaron los españoles aquel rio tan grande, que ciertamente, los Romanos, en tiempo que su imperio florecia y mandaban el mundo, yo creyera que si intentaran la conquista de estas partes no fueran poderosos para hacer lo que los poquitos españoles han hecho: y ansí los trabajos y hambres que ellos han pasado, no hubiera nacion en el mundo que los pudiera tolerar, y por eso son dignos de ser contada su nacion por

la más excelente del mundo y la que en todo él es para más.

Pasados de la otra parte del rio fuimos á dormir á lo alto de unas lomas, desde donde el Capitan envió mensajeros á la provincia de Carrapa, que es grande é muy rica y abundante de mantenimientos, para que quisiesen tenerle por amigo y dar la obediencia á S. M.; y como en todas aquellas comarcas se hobiese ya dicho del valor de los españoles y de su mucho esfuerzo, y de la fortaleza de sus caballos, acordaron, por no verse heridos con sus espadas y despedazados con los perros, de acogerlos en su provincia y proveerles de bastimento, y ansí se lo enviaron á decir, y otro dia entramos en Carrapa. Los señores vinieron á ver al Capitan y le dieron muchas joyas de oro, y muchos vasos, y entre ellos una bandeja que pesaba más de dos mil pesos. Aquí estovimos más de un mes, y decian los indios que pasada la cordillera de los Andes estaba una tierra llana muy poblada, y adonde habia grandes señores riquísimos, y que se llamaba aquella tierra Arbi; y asimismo dieron noticia estar cerca de allí las provincias de Picara, Paucura y Pozo, todas grandes y potentes, y enemigos los unos de los otros, y en aquel tiempo lo estaban los de Carrapa con los de Picara. Y despues de haber estado el tiempo que hemos dicho, el Capitan les pidió guías para pasar adelante, y asimismo que fuesen algunos principales con el número de gente que ellos quisiesen, para hacer la guerra á los que no quisiesen ser sus amigos. Los de Carrapa fueron contentos y dieron seiscientos indios para llevar el carruaje en sus hombros, y cuatro mil con sus armas para que les ayudasen en la guerra, y ansí salimos de Carrapa y fuimos á la provincia de Picara, que mayor es y más poblada; y como toviesen noticia de como íbamos, se pusieron en arma para aguardarnos de guerra, y despues de haber hecho gran ruido y estruendo, dejando las armas en el suelo comenzaron de huir, y los de Carrapa los fueron siguiendo y mataron muchos de ellos por las quebradas, y á otros trajeron cautivos, y á los unos é á los otros comieron sin dar la vida á ninguno. ¡Tanta es la crueldad é bestialidad de aquellas gentes!

Nuestro Real se asentó en un llano, y el capitan Robledo, primero descubridor de aquellas regiones, envió á todos los pueblos de aquella provincia mensajeros, amonestándoles que viniesen á dar la obediencia á S. M., porque de otra manera les haria la guerra con toda crueldad, y todos los más de ellos, temiendo á sus crueles enemigos, los de Carrapa, determinaron de venir á ofrecer la paz á los españoles, y en pocos dias que estovimos en aquel llano vinieron á nuestro Real los principales señores, que habian por nombre Picara y Chanvericua y Chuscuruca y Ancora, el cual, con otros principales, se me dieron á mí en encomienda cuando se hizo el repartimiento, como á Conquistador que soy de aquellas partes. Estos señores traian todos muchas joyas de oro, ricas y de mucho valor y lo daban al Capitan, el cual tomó posesion en ello por S. M. y por la corona Real de Castilla; y asentado con ellos algunas cosas convenientes á nosotros é á ellos, mandó á los de Carrapa que no matasen ni hiciesen más daño del que habian hecho. Y despues de haber estado en aquella provincia veinticinco dias, partimos para la de Pozo, la cual está situada en unas quebradas que hace una sierra, en la loma y cumbre de la cual los señores tienen sus aposentos y casas, á las puertas dellas grandes fortalezas de las cañas gordas, en lo superior de las cuales tenian unas barbacoas ó tablados para hacer sus sacrificios y para atmayar.

Son estos indios los más valientes y esforzados que hay en todas las Indias del Perú; ninguno estará en su sementera, sembrando ó cogiendo el fruto de ella, que no tenga sus armas en la mano; eran de todos sus comarcanos temidos, y ellos con ninguno querian tener paz. Andan desnudos, y lo mesmo sus mujeres; poseen mucho oro; allega su poblacion hasta el rio grande de Santa Marta; vienen del orígen de los de Arma. Tienen por sus armas lanzas y dardos y tiraderas; lo que más conviene decir, lo trato en mi libro de Fundaciones. Pues como toviesen noticia de nuestra estada en Picara, é de lo que habíamos hecho en Carrapa, confiados de la virtud de sus brazos é de la fortaleza de sus pueblos, teniendo en poco á los

españoles, despues de haber hecho grandes plegarias y sacrificios á sus dioses, y habiendo hablado con el demonio como lo tienen de costumbre, se juntaron en la cumbre é loma más de seis mil de ellos, con sus armas, para defender el paso. En esto partimos, como digo, de Picara, viniendo con nosotros más de cinco mil indios de aquella provincia, y lo mesmo los principales señores, todos con gran voluntad de asolar la provincia de Pozo é matar á los naturales della.

CAPÍTULO VIII.

De cómo el capitan Jorge Robledo allegó á la provincia de Pozo, adonde fué herido malamente, y del crueldsimo castigo que se hizo, y de la mucha cantidad de carne humana que allí fué comida.

Para ir de la provincia de Picara á la de Pozo se va por un rio abajo, el cual á una parte y á otra va poblado de muchas arboledas y frutales, y, cierto, si los Ingas reyes del Perú llegaran á conquistar aquella parte, é unos á otros no se comieran, fuera la mejor cosa y la más rica de todas las Indias, porque los rios é sierras están tan abastados de metal de oro, como lo dirán los que han andado por aquellas partes; nosotros íbamos descuidados de pensar que nos habian de salir de guerra, y ansí íbamos sin órden, holgándonos de ver que hallábamos tan buena tierra para descubrir. Yendo el Capitan delante y, con el Capitan, Alvaro de Mendoza y Antonio Pimentel y el alférez Suer de Nava y Giraldo Gil Estopiñan y Francisco de Cuéllar, trompeta, y el padre Francisco de Frias, clérigo, y otros algunos escuderos de á caballo é caballeros de á pié, oyó el ruido que tenian los bárbaros, é á gran priesa mandó que le llamasen al comendador Hernan Rodriguez de Sosa, que iba por Cabo de escuadra ó Maese de campo de la gente de á caballo y habíase quedado atras, y á gran priesa fué á hallarse con el Capitan, é lo mismo fuimos Pedro de Velasco é yo é otros, que veníamos bien descuidados, de pensar que estaban los indios tan á punto de guerra. El Capitan, con su alférez Suer de Nava, subió con gran denuedo la cuesta arriba, é lo mesmo hicieron los españoles; los bárbaros hacian grandísimo ruido y llamábannos *umes*, que quieren decir mujeres, y otras palabras más feas.

Los indios de Carrapa y Picara, aunque pasaban de ocho mil, iban tan medrosos y con tanto miedo de los Pozos, que casi no osaban hablar; y en esto los nuestros llegaron á un paso bien dificultoso de la sierra, y el Capitan, con mucho esfuerzo y con ánimo de varon, hirió de las espuelas al caballo, é á pesar de todos los enemigos llegó casi á la cumbre, y los españoles le fueron siguiendo, y, llamando al apóstol Santiago, comenzaron á herir en los enemigos, y ellos tiraban muchos dardos y tiraderas. Y el Capitan dió una adarga que llevaba al trompeta porque lo vido ir sin rodela, y tomando una ballesta mató tres ó cuatro indios, y, dejándola, con la lanza iba para ellos á los alancear, habiéndoles primero que todo esto pasase, requerido en presencia de Pedro Sarmiento, notario, que viniesen á dar la obediencia. Y como los indios vieron el daño que les habia hecho, uno de ellos le apuntó un dardo é le acertó en la mano diestra é se la pasó de una parte á otra, é abajándose por no perder la lanza le arrojaron otro dardo é le acertaron con él por las espaldas, por las cuales le entró más de un palmo; y los españoles dieron tal priesa á los indios que los hicieron huir é ganaron lo alto, y el Capitan estaba en el suelo muy congojado de las heridas, tanto, que todos creimos que muriera. Y, cierto, para lo que él vivió, habiendo de venir á morir en ese mesmo lugar, le fuera mejor, porque á lo ménos no careciera su cuerpo de sepultura ni fuera comido por los indios, como fué, por la gran crueldad de los que le mataron. No hobo español muerto nenguno ni otro herido que el Capitan.

Los indios amigos mataron algunos de los enemigos, á los cuales comieron aquella noche, y nosotros nos aposentamos en las casas que estaban en la loma; eran grandes y estaban en ellas gran cantidad de ídolos de madera, tan grandes como hombres, en lugar de cabezas tenian calaveras de muerto y las caras de cera; sirvieron de leña. El Capitan estaba tan congojado, que verdaderamente creimos que se muriera, de lo cual todos mostrábamos notable sentimiento, porque verdaderamente en aquellos tiempos Robledo era tan bien quisto

por su bondad, que le tenian respeto como á padre; é ansí, de noche, el alférez Melchor Suer de Nava y el padre Francisco de Frías, natural de Castro Nuño, y Alvaro de Mendoza, y Antonio Pimentel, y Pedro de Velasco, y Estopiñan y otros de los principales que allí estaban, dormian con él sin salir de la casa donde estaba. Y tanto ódio se tomó á los indios de Pozo, por lo haber hecho, que luégo el comendador Hernan Rodriguez de Sosa, con sesenta españoles y pasados de cuatro mil indios de nuestros amigos, salió á buscar á los enemigos que decian haberse hecho fuertes en un peñol que estaba puesto encima de unas rocas, y procurar de matar á todos los más que pudiesen. Los de Carrapa é Picara estaban alegres en ver que sus temidos enemigos estoviesen en tanta calamidad, que los valientes españoles se aderezasen con tanta voluntad para los matar; todos ellos llevaban cordeles recios para atar á los que prendiesen. El Comendador salió con los españoles á hacer lo que digo, y el Capitan fué Dios servido que fuese mejorando de la herida, de que no poco contento todos teníamos.

CAPÍTULO IX.

De como el comendador Hernan Rodriguez de Sosa dió en el peñol, y de la mucha gente que prendió y mató, y de la crueldad grandísima que se usó con aquellos naturales.

Costumbre mia es y muy usada procurar de loar los buenos hechos de los capitanes y gente de mi nacion, y tambien de no perdonar las cosas mal hechas, para que por afeccion de alguno de ellos se crea que no tengo de referir sus yerros; y esta conquista é guerra yo la ví y me hallé en ella y tuve á Robledo el amor que todos le tenian, y más porque en aquel tiempo yo iba á su casa, é cuento la verdad purísima, porque muchas cosas pasaron que áun dejo de decir, por hallarme tan cansado é fatigado de tratar las cosas de las provincias más allegadas al Poniente; y aunque, como digo, desease tanto el honor de Robledo, no dejaré de decir que se hizo en esta provincia de Pozo una de las mayores crueldades que se han hecho en la mayor parte de estas Indias, y fué que, por haber los malaventurados de aquellos naturales herido á Robledo, les cobraron tanto ódio, que llevaban los que iban á hacer el castigo voluntad de no perdonar la vida á ninguno.

Al tiempo que fueron desbaratados en la loma primera, el principal Señor de ellos, muy turbado de tal acaecimiento, se fué á las orillas del rio grande con sus mujeres é principales, é otros de sus capitanes se fueron á guarecer en lo alto de un peñol fortísimo, que estaba puesto en lo superior de uno de aquellos collados, y allí se recogieron hasta mil personas, hombres y mujeres, y muchachos y niños, llevando algun bastimento; y los cristianos que iban con el Comendador le dieron aviso de

como se habia encastillado aquella gente en aquella fuerza, é movieron para allá; é ya que estaban cerca, los de Pozo se quisieron defender, mas espantados de ver tantos enemigos como contra ellos venian, desmayaron en verlos. Los indios, nuestros amigos, por la parte de abajo cercaron el peñol, y los cristianos por lo alto echaron delante los perros, los cuales eran tan fieros que á dos bocados que daban con sus crueles dientes abrian á los pobres hasta las entrañas; que no era pequeño dolor ver, que, por haberse puesto en armas por defender su tierra á los que venian á se la quitar, los tratasen de aquella manera. Y los muchachos, muy tiernos, espantados de ver el estruendo, andando de una parte para otra huyendo, eran hechos pedazos por los perros, que no era pequeño espectáculo para los tristes; tambien hacian con las ballestas camino en sus cuerpos para que las ánimas saliesen, y viéndose de esta manera gemian é llamaban el ayuda de sus padres ó de sus dioses, é huyendo de los españoles se despeñaban por aquellos riscos. Y escapando de aquel peligro se veian en otro mayor, que era en poder de sus vecinos, los de Carrapa y Picara, los cuales los trataban con más crueldad, porque ni dejaban mujer fea ni hermosa, moza ni vieja, que no matasen, y á los niños los tomaban por los piés y daban con las cabezas por las peñas, y de pronto, como dragones, se los comian á bocados, crudos; y á los más de los hombres que tomaron mataron, y á otros, atándoles las manos fuertemente, los llevaban. Baltasar de Ledesma y el Comendador lo hicieron aqui de tal manera, que es de creer que por este pecado, el tiempo andando, hobieron de ser muertos en este mismo pueblo, y estos y el Capitan ser comidos por estos mismos indios. Ya no habia en el peñol ninguna gente, y fueron muertos, de los que estaban, más de trescientos, y el Comendador con los cristianos se volvió al Real. Nuestros amigos, teniendo por buena pascua aquella, hicieron más de doscientas cargas de aquella carne humana, y con ello y con los indios que llevaban vivos se volvieron al Real, yendo comiendo los livianos y corazones crudos, y las tripas; y así

como llegaron al aposento, enviaron grandes presentes de aquella carne á sus pueblos y muchos de los indios que tenian vivos, y á los que les quedaban, haciéndoles bajar la cabeza, les daban con porras en los colodrillos y así los mataban; y la reprension que tenian de nosotros, era reirnos de ver lo que hacian y preguntarles si les sabia bien aquella carne. Yo ví que trajeron más de veinte ollas tan grandes como pequeñas tinajas, y las hincheron todas de aquella carne, y entre todos la comieron, enviando las cabezas á sus pueblos. Tiempo vino que, permitiéndolo Dios, hicieron más daño que éste los Pozos en ellos, como diremos adelante.

Pues como por todas partes de la provincia de Pozo se divulgase el mucho daño que habian hecho los cristianos, temerosos y muy espantados, y por no oir ni ver otro dia tan triste como aquel, determinaron los principales de enviar á pedir la paz al Capitan, y así lo hicieron llevándole algunas joyas de oro; y, llegados al Real, fueron bien recibidos y el Capitan les otorgó la paz, con tanto que los principales viniesen á dar la obediencia á S. M. Y pasadas algunas embajadas vinieron, y despues de haber pedido perdon porque se pusieron en armas, rogaron al Capitan que no consintiese que les fuese hecho más daño de lo pasado. El Capitan fué contento; los indios de Carrapa se volvieron á sus tierras, y lo mismo hicieron todos los más de Picara. Y como ya estubiese el Capitan sano, acordó de partir de Pozo, y trajéronle para llevar el carruaje y fardaje de los españoles muchos indios; y así, despues de quedar todo de paz, salimos de Pozo.

CAPÍTULO X.

De cómo el capitan Robledo descubrió las provincias de Paucura, y cómo volvió á Pozo el alférez Suer de Nava, y cómo se hizo otra crueldad mayor que la pasada, y cómo salió de Paucura para descubrir la grande é muy rica provincia de Arma.

Pasado lo que habemos contado en el capítulo de atras, despues de haber estado el Capitan convalecido de las heridas, nos partimos á la provincia de Paucura, de la cual era señor principal uno llamado Pimaná, y era tambien enemigo de los de Pozo, y del linage é habla é costumbres de los de Picara, y provincia muy fértil y muy poblada; y como tuviesen noticia de lo que habian hecho los cristianos en Pozo, y como eran amigos de los de Picara, sus parientes, acordaron de los aguardar de paz y tenerles mucho mantenimiento aparejado, y ansí fué hecho. Llegamos á Paucura un miércoles, ya tarde, y mostraron mucha alegría con nuestra venida, y ansí como en pueblo de amigos nos aposentamos; y despues de haber allegado toda la gente, un soldado que se decia Miranda dijo que los indios de Pozo le habian hurtado ciertos puercos, los cuales habian perdido los que los traian; y agora se hubiesen perdido, ó los indios los hubiesen hurtado, no era pecado grande ni para que se castigase con la crueldad que agora diremos. Porque oido por Robledo la falta de los puercos, mostró muy grande enojo, diciendo que los indios de Pozo no guardaban la paz con él asentada, y que eran cautelosos; por lo cual, como amigos fingidos queria castigarlos, y luégo mandó á su alférez Suer de Nava que, con cincuenta españoles de pié y de caballo, se partiese á Pozo é castigase el hurto que habian hecho de los puercos; y como se supiese por los naturales de

Paucura la vuelta que hacian los cristianos á Pozo, muy alegres porque les pareció coyuntura grande para hacer en ellos el daño que pudiesen, por la enemistad, que, como he dicho, los unos á los otros se tenian, ansí, al salir que salió del Real, el alférez Suer de Nava, se juntaron con él más de tres mil paucurenos, y todos juntos se dieron priesa á andar, y llegados á Pozo, sin haber otra cosa sino la que por mí es recitada, comenzaron á hacer gran daño en los pobres naturales, quemándoles sus casas, arruinándoles sus pueblos, y robando lo que en ellos tenian. É porque el pecado fuese mayor, fueron muertas más de doscientas ánimas por los de Paucura, y en pedazos, como si fueran cuartos de carnero ó piernas de vaca, lo llevaron á su provincia; que, cierto, era extraña cosa ver que en hombres racionales hobiese tan gran gusto para comer la humana carne, que por haberla no habia paz entre los padres con los hijos ni los hermanos. Y despues que Suer de Nava hobo hallado los puercos é platicado ciertas cosas tocantes á la paz con los de Pozo, se volvie á la provincia de Paucura adonde habia quedado el Capitan, el cual habia sido informado como cerca de allí, á la parte occidental, estaba asentada la grande y muy riquísima provincia de Arma, que es la mayor y más poblada que hay en todo el Perú, y adonde, si los indios fuesen domésticos, se sacaria tanto metal de oro que serian los españoles á ella comarcanos los más ricos de todas estas partes. Y deseando Robledo acabar de descubrir las provincias para hacer otra nueva poblacion, se aparejó y salió de Paucura, yendo con él algunos principales de ella y muchos indios, y anduvimos hasta llegar á lo alto de unas sierras.

Ya se sabia por todos los pueblos de aquella gran provincia la venida de los españoles, y engrandecian nuestros hechos diciendo que de un golpe de espada hendíamos un indio, y de una lanzada le pasábamos de parte á parte, y lo que más les espantaba era oir de la manera que la saeta salia de la ballesta, y la furia tan veloz que llevaba, y de los caballos se admiraban tambien en ver su lijereza; en fin, habia habido acuerdo entre ellos si nos aguardarian de paz ó si saldrian á

darnos guerra, lo cual consultaron con los demonios, y es de creer que seria la respuesta y el consejo como quien lo daba, y todos aguardaban á ver por la parte que entraban los cristianos para determinarse á lo que harian. Nosotros salimos de donde digo que habiamos dormido la noche pasada, y caminamos acercándonos á la provincia; é ya que llegamos á la vista de una cumbre, oimos grande ruido é tocar muchos atambores é bocinas, como era la verdad, porque como los comarcanos á aquella sierra viesen que su camino era por allí, miéntras escondian sus haciendas é ponian en cobro sus mujeres é hijos, acordaron de salir á hacer muestra de guerra. El Capitan que oyó el ruido mandó que todos con sus armas se pusiesen en órden, y con ella caminasen hácia lo alto, é así se hizo; y la grita de los indios crecia, y nosotros, sin mas dar mucha prisa, caminábamos hácia ellos, y aunque procuraron de espantarnos con su estruendo, y con crecidas piedras que echaban rodando por la sierra abajo, no bastó, porque la virtud de los españoles es tan grande, que no teme á ninguna de las del mundo, y así, á su pesar, se vieron en lo alto é hicieron huir á los indios.

CAPÍTULO XI.

De cómo el capitan Robledo descubrió la provincia de Arma, y asentó el Real en el pueblo del principal señor, llamado Maytama, y de algunas cosas notables que pasaron.

Ganado lo alto á los indios, como habemos contado, los españoles los fueron siguiendo y mataron algunos de ellos, y vimos que estaban adornados de muy hermosas piezas de oro, y que tenian banderas de este metal, y plumajes y coronas é grandes patenas, y áun se vieron algunos indios que estaban armados de oro de los piés á la cabeza; y, cierto, era hermosa cosa de ver algunas piezas que se tomaron, y desde entónces se llamó á aquella sierra la Loma de los Armados. Y en dos casas que en ella estaban nos aposentamos, muy alegres en ver que Dios, nuestro Señor, era servido de depararnos tierra tan rica y bien poblada, para que, siendo por nosotros descubierta, fuera su nombre adorado y el Sacro Evangelio predicado. Luégo, el dia siguiente, partimos de allí é vimos que la provincia era muy grande é llena de pueblos, sembrada de maízales y grandes juncales, y que habia arboledas de frutas y grandes palmares de los pixibays. Los pueblos tenian por las laderas y altos de las lomas las casas redondas, tan grandes que vivian en ellas quince ó veinte moradores; otras muchas cosas que hay que decir de esta provincia tengo escrito en mi libro de Fundaciones adonde el lector lo habrá visto.

Yendo á salir á un valle oimos mayor ruido en lo alto de otra sierra, adonde iba á salir el camino que llevábamos, é, dándonos priesa á andar, allegamos al principio de la subida, y vimos que el paso era dificultoso, porque, demás de ser áspero, para llegar á lo alto de la sierra habia unas peñas y bar-

rancas que para pasarlas los caballos era menester ir despacio, sin llevar nenguna priesa. El Capitan los llamaba á la paz requiriéndoles que diesen la obediencia al Emperador, donde nó que les haria la guerra cruel. Ellos, riéndose de estos requerimientos, nos respondian que para qué veníamos á robar é á conquistar lo que no era nuestro, que nos volviésemos á nuestras tierras, que ellos en la suya se estaban quietos é pacíficos; y diciendo estas palabras y otras, arrojaban muchos tiros de piedras é dardos, mostrando que habian de defender la entrada en su pueblo. Viendo el Capitan que los bárbaros querian defender el paso, y que ya entraba la calor del sol, dió priesa á los españoles de á pié, para que, con las rodelas ballestas y perros, fuesen contra los indios á ganar el paso, para que los caballos pudiesen subir, y ansí lo procuraron; y algunos de á caballo, buscando trechos por una parte ó por otra de la sierra, hallaron por donde pudiesen, á pesar de los indios y no sin trabajo de sus personas, subir á lo alto, adonde ya los soldados de á pié habian llegado; y entónces la grita fué mayor en aquel punto, porque los indios, no osando aguardar á los que veian que se mostraban tan valientes, ni queriendo oir el bufido de los caballos, volviendo las espaldas comenzaron de huir dejando las armas, los cobardes; los de á caballo los fueron siguiendo é alanceando á algunos de ellos, é se tomó en ello cantidad de oro, en las joyas que he dicho que ellos tienen. Y subidos á lo alto todos los españoles que quedaban atras, nos fuimos á aposentar á la loma que llamàn de los Caballos, en la cual se halló poco maíz por estar en berza.

Los caciques y señores de aquellos pueblos, espantados de haber visto la majestad de los españoles y su mucho esfuerzo, temiendo de no indignarlos más, acordaron de ir de paz adonde estaba el Capitan. É así vinieron á nuestro aposento con redes llenas de joyas de finisimo oro, y allí, con grande humildad, rogaron al Capitan que los quisiese perdonar, por haber sido locos é no haber con tiempo dejado las armas; el Capitan los recibió muy bien y asentó con ellos la paz. Y como

los moradores de aquellos pueblos fuesen tan ricos hacian presentes de oro á los españoles que veian; cuando traian agua para los caballos, echaban joyas de oro dentro muy grandes y hermosas, é tan fino, que pasaba de veinte é un quilates. Aquella noche mandó el Capitan al comendador Hernan Rodriguez de Sosa, que con la gente necesaria fuese al pueblo de Maytama, que es el principal señor de la provincia, y procurase de prenderlo ó constreñirlo á que diese la obediencia á S. M. El Comendador se partió á la primera vigilia de la noche, y anduvo hasta que llegó á la loma de Maytama, y halló los indios á punto de guerra; é dando en ellos, hasta que era de dia los hicieron huir, y prendieron un hermano de Maytama, é vieron sacar muchas cargas de oro á indios é indias. Tomóse poco de ello porque la espesura de los maizales era tan grande que se perdian en ella; y por esta causa escaparon los indios todo el oro, que si se recogiera fuera gran cantidad, no embargante que los españoles é criados suyos tomaron alguna.

El Capitan, con todo el Real, vino allí otro dia, y, como por toda la comarca se supiese que estaba aposentado en los aposentos de Maytama, le enviaron mensajeros ofreciéndose por sus amigos y haciéndole grandes presentes de oro, lo cual le traian de esta manera: venian con grande grita los indios y traian unas varas largas de unos hombros en los otros, y á estas, con cordeles, venian asidas aquellas patenas, coronas, brazales é plumajes, que tenian de oro, y allegados adonde estaba el Capitan se lo ponian delante; y ansí de toda la provincia vinieron embajadores con los presentes que digo. Y el cacique que estaba preso envió una mujer vieja que allí tenia á traer oro, la cual trujo otro dia como unos dos mil pesos, de lo cual nos espantamos, y, diciendo que tenia más oro enterrado y que queria ir á sacarlo, rogó al Capitan que le diese algunos españoles que fuesen con él, lo cual hacia con intencion de huir si pudiese; el Capitan mandó á ciertos soldados que fuesen con él, é llegando á unos riscos muy grandes, aborreciendo el vivir con estar en poder de los es-

pañoles, determinó de matarse, é así, con ánimo de bárbaro é gentil, se arrojó por aquellos riscos abajo y fué dejando los sesos por las piedras, de manera que cuando llegó á lo bajo ya su ánima estaba en el infierno. Los españoles se volvieron al Capitan é le contaron de la manera que habia sido la muerte del cacique preso. Cada dia entraban en el Real principales con presentes de oro, y el Capitan, como viese que ya habia descubierto tierra en la cual se podia fundar una ciudad, determinó de enviar el rio Grande abajo á descubuir al comendador Hernan Rodriguez de Sosa y él aguardar allí; y así le mandó que con cuarenta españoles de pié é de á caballo se partiese. El Comendador lo hizo así, é fué á un pueblo grande, el cual porque tuvo allí la Pascua, se nombra el pueblo de la Pascua; y andando más adelante descubrió el pueblo Blanco, en el cual tuvo alguna resistencia. Saliendo de él, yendo hácia el Norte, descubrió el pueblo de Cenufara y provincia que llaman de la Loma de Maíz, y anduvo hasta llegar á un pueblo que há por nombre Pobres, que está enfrente de Buritica, desde donde dió la vuelta á la provincia de Arma, porque supo, por la noticia que tuvo, que no habia más poblado hasta muy léjos de allí.

En este tiempo, los naturales de la provincia de Arma habian cobrado tanto ódio á los españoles, que generalmente determinaron de darles guerra, y ansi lo pusieron por obra, porque no iban á nuestro Real como solian, ni nos proveian de bastimento, y á los indios, nuestros criados, y á los negros que podian haber á las manos los mataban; y el Capitan tuvo aviso de esta liga é conjuracion, y mandó á los españoles que estuviesen apercibidos porque los indios no entrasen de súpito en el Real, y como todos estuviesen ya determinados de venir á dar en nosotros, por algunas causas ó reyertas que entre ellos hobo lo dejaron de hacer, y vimoslos volver bien llenos de joyas. Y llegado el Comendador, el Capitan determinó de salir de la provincia, dejándola tan de guerra como al principio que en ella entramos; y como nos quisiésemos partir, vinieron alguna cantidad de indios y se pusieron en lo

alto de nuestro Real, lo cual visto por nuestro Capitan, con las lenguas los llamó de paz, y ellos, creyendo que se pudieran volver sin recibir ningun daño, abajaron, y á todos los que vinieron el Capitan los mandó meter dentro de los bohios ó cásas, y allí mandaba á los españoles que les diesen heridas y les cortasen las manos, y ansí se acuchillaron más de treinta, y murieron otros tantos, y los enviaron á sus pueblos tan lastimados como he dicho. Y luégo el Capitan salió de la provincia de Arma y tuvo pensamiento de dejar en ella su alférez Suer de Nava poblando una ciudad; y pareciéndole que convenia descubrir la provincia de Quinbaya, no tuvo efecto esto que queria hacer, y saliendo de Arma, volviendo por el camino que habia venido, llegó á la provincia de Paucura, desde donde se partió á la de Pozo, y prendiendo en ella ciertos principales se partió á la de Carrapa, despues de haber quemado uno por causa harto liviana, donde lo dejaremos porque es necesario contar de la manera que fueron muertos los capitanes Pedro de Añasco y Juan de Ampudia.

CAPÍTULO XII.

De cómo yendo el capitan Osorio al Nuevo Reino, fué muerto con algunos cristianos, y de cómo el capitan Pedro de Añasco fué asimismo por los indios muerto.

Ya terná el lector noticia, como en el primero libro de la Guerra de las Salinas hicimos mencion, de cómo fué descubierta la provincia de Bogotá por los españoles que salieron de Santa Marta, y de lo que pasó entre ellos y el capitan Belalcazar, y tambien de como el capitan Añasco fundó la villa de Timaná, adonde despues de venido de Cali, siendo Lorenzo de Aldana General de aquellas ciudades por el marqués Pizarro, le confirmó el cargo y volvió por Teniente á la dicha villa de Timaná; y en la ciudad de Popayan era Teniente el capitan Juan de Ampudia, y en la de Cali habia quedado por teniente Miguel Muñoz, y Lorenzo de Aldana se habia partido para Quito, como ya hemos referido en lo de atras. Y estando lo de aquella comarca en este estado, como habia gran fama de la riqueza del Nuevo Reino, é de la mucha cantidad que habia de esmeraldas é oro, é del gran valor que tenian las cosas, deseaban llevar á vender las mercaderías é ganados que pudiesen; y así, estando en Popayan un mercader que habia por nombre Pero Lopez del Infierno *(sic)*, y el capitan Osorio, deudo de Juan de Ampudia, é otros, acuerdan de salir de Popayan para el Nuevo Reino con muchas mercaderías y caballos y yeguas y esclavos, y mucha plata labrada; y con esto, que montaba mucho dinero, se partieron camino de Bogotá, sin recelo de los indios porque por estar de paz no temian tener guerra con ellos, y así anduvieron hasta llegar á la provincia de los Yalcones, que confina con la de Paez. En este tiempo, el capitan Pedro de Añasco habíase salido de Timaná por ve-

nir á Popayan y mercar caballos y otras cosas de que tenia necesidad, y anduvo hasta llegar á los Yalcones, que es la provincia á que dije haber llegado Osorio; y como los naturales de aquellas regiones son muchos y determinados, y que pelean con lanzas de á treinta palmos y otras armas muy malas, juntáronse los más principales de ellos, y trataron de rebelarse contra los españoles, y no solamente negarles la obediencia, mas procurar de matar al Capitan y á los otros que venian de Popayan. É como ya toviesen noticia de los muchos caballos é yeguas que traian, y otras cosas, deseaban poner en efecto su pensamiento por hartar sus malditos vientres de la carne humana y robar lo que decimos; y ansí determinadamente se pusieron en arma, y pensaron de dar en el capitan Pedro de Añasco unos, y otros acometer á los cristianos que venian de Popayan, porque temian, si se juntaban unos y otros, no poder salir con su propósito. Y por todos los altos andaban indios, y á la quebrada de Apirimá, que es en aquella provincia adonde estaba Osorio, iban con fingida paz para descuidarlos.

En este tiempo, el capitan Pedro de Añasco habia llegado á un valle que há por nombre Ayunga, y como los indios tuviesen la intencion ya dicha, alcanzólo á saber un principal que venia con el Capitan, y éste le avisó de la liga que habian hecho los Yalcones y los de Paez, y otros sus comarcanos, y que pues no llevaba más de dos caballos que se volviese. El Capitan respondió despreciando lo que le habia dicho, mostrando tenerlo en poco, y caminaron más adelante hasta llegar á un aposento, ya siendo tarde, adonde vinieron dos indios, el uno traia un leoncillo muerto y hediendo, para que comiese el Capitan, y el otro unas mazorcas de maíz tierno; y el Capitan, viendo el presente, conoció en lo que andaban, y los indios, con disimulacion, le decian que luégo, el dia siguiente, le traerian que comiesen él y sus cristianos. El principal que estaba allí hablaba á Pedro de Añasco para que se volviese á la montaña, que no estaba léjos de allí, é que estaria seguro de los indios; mas jamás lo quiso hacer porque no creyó que

llegaria á tanto la desvergüenza de los bárbaros, y mandó que todos estuviesen aparejados con sus armas, y que fuesen algunos dellos á velar dos caminos que venian á salir al aposento, lo cual fué hecho. Los indios ya se habian juntado gran golpe de ellos, y ántes que hubiese la claridad del dia, con muy grandísimo ruido, dieron en los españoles que estaban velando, y, aunque ellos hicieron lo que siempre suelen hacer, cargaron tantos enemigos sobre ellos que fueron muertos, y, hechos pedazos, los llevaron para comer. El capitan Pedro de Añasco, oyendo el ruido, se encomendó á Dios y cabalgó en su caballo, y, juntos los que estaban con él, aguardaron el índico furor, animándose unos á otros. Añasco era de crecido cuerpo é bien entendido y de los caballeros principales de Sevilla, y por sus pecados, ó permitiéndolo Dios, vino á morir muerte crueliísima y muy indigna á tal varon.

Los indios con gran tropel habian ya dado en los cristianos, y el Capitan é Baltasar del Rio arremetieron con sus caballos para ellos, y, aunque iban con grande determinacion, no pudieron mostrar su virtud en tanta lancería como á los rostros de los caballos pusieron; todavía rompió por ellos Pedro de Añasco, y el otro de á caballo quedó muerto. El Capitan, que salió herido y desenfrenado el caballo, con su ensangrentada lanza tornó á arremeter, y cargaron tantos sobre él, que despues de haberle muerto el caballo le tomaron vivo. Los demas españoles fueron todos muertos de heridas espantosas, porque algunos tenian los cuerpos tan llenos de lanzadas que no se podia ver sino la madera dellas, y otros que cayeron heridos, de presto los desollaban vivos, y á otros sacaban los ojos y las lenguas y los empalaban por las partes inferiores. Dos españoles, el uno se decia Cornejo y el otro Mideros, lo hicieron tan valerosamente, que despues de haber peleado contra la multitud de los bárbaros, á pesar de todos ellos salieron de aquel lugar y con sus ligeros piés fueron caminando hácia la villa de Timaná, y anduvieron cuatro dias sin comer si no era algunas yerbas, y los siguieron los indios é pasaron otros trabajos grandes, y los cercaron muchas veces; y, siendo Dios

servido, los libró y fueron á aportar á Timaná, adonde se habia ya entreoido la muerte de Pedro de Añasco, y habia salido Pedro de Guzman de Herrera con otros tres españoles de á caballo á saber si era cierto. Y, estando una noche durmiendo, dieron los indios en ellos y cabalgaron á mucha priesa en los caballos; Pedro de Guzman habia maneatado el suyo, y como no le dieron tiempo para quitar la manea, ni el caballo pudiese caminar por tenerla, fue muerto de muchas lanzadas que le dieron, y los otros españoles, aunque con harto riesgo, allegaron á la villa.

El capitan Osorio estaba, como digimos, en la quebrada de Apirimá con los que con él estaban, que eran diez y seis españoles, y de allí adonde mataron á los de Añasco no habia más de dos leguas; é queriendo caminar adelante, vino el golpe de los indios á dar en ellos, los cuales habian comido los cuerpos de todos los españoles que habian muerto, é robado todo el bagaje que tenian. Al capitan Pedro de Añasco, que tenian vivo, le enviaron por la provincia para que en todas las plazas, y mercados de ellas fuese visto, diciéndole mil denuestos, y, haciendo en la persona del esforzado Capitan mil martirios, le mataron con muerte larga é cruel; porque un dia le cortaban un brazo y otro le sacaban un ojo, y en otro le cortaban los lábios, y así se fué consumiendo el ser que tenia de hombre, hasta que se le acabó la vida y fué sepultado en los vientres de los que le mataron. Allegados pues ya los bárbaros á Apirimá, donde estaban los cristianos que habian ido á Popayan, cercáronlos á todos, y de súpito, con gran ruido, dieron en ellos y comenzaron de herirlos; y aunque se pusieron en defensa no pudieron librarse de las manos de ellos, solamente escapó un español que habia por nombre Serrano, los demas todos fueron muertos y comidos por los indios, los cuales gozaron de las mercadurías é más cosas que llevaban á vender á Bogotá, que eran muchas. Y despues de muertos los españoles y robádoles todo lo que tenian, los indios, muy alegres, se fueron á sus pueblos.

CAPÍTULO XIII.

De cómo sabido en la ciudad de Popayan la muerte de los españoles salió de ella el capitan Juan de Ampudia, y de cómo fué muerto por los mismos indios él y otros cristianos.

Luégo que los indios se hobieron ido á sus pueblos, ó derramádose, como digimos en el capítulo pasado, hicieron en ellos grandes banquetes bebiendo de su vino, é así acordaron, que si de Popayan ó de Timaná viniesen contra ellos algunos españoles, de morir todos ó hacer lo que habian hecho de Pedro de Añasco; y luégo que esto determinaron hicieron grandes albarradas y fuerzas para defenderse, y cortaron las sierras por donde venian á salir los caminos, y dábanse priesa á hacer armas. Pues como Serrano llegase á Popayan, é contase al capitan Juan de Ampudia la muerte de los españoles, muy triste por ello, determinó de ir á dar guerra á los que los habian muerto, y así sacó de Popayan sesenta españoles de á pié é de á caballo, lo mejor armados que pudo ser, é, con perros bien fieros y ballestas las que habia, salió de Popayan é anduvo hasta llegar á la provincia de Guanaca, y de allí fué á la de los Yalcones y allegó cerca de Apirimá, adonde habia sido la muerte de Osorio. Los indios, como sabian su venida, andaban por los altos é puestos en celada, aguardando tiempo para los matar; y pareciéndose dos de ellos mandó el Capitan á un Antonio Redondo, vecino de la ciudad de Cali, que con diez españoles fuese é procurase de los prender, y como Antonio Redondo se partiese é llegase adonde los indios habian sido vistos, descobriéronse gran número de ellos y comenzaron de hacer rostro contra los doce españoles, de tal manera que les convino volver las espaldas, é con la

priesa que pudieron dieron la vuelta adonde el Capitan habia quedado. Los indios alcanzaron á uno que habia por nombre Paredes, é lo mataron. Juan de Ampudia, como aquello vió, salió con los demas españoles en favor de sus compañeros, y dieron de tal manera en los indios, que alancearon á muchos de ellos, é los españoles de á pié mataron asimismo con las espadas é ballestas otro número mayor; y tantos fueron los muertos, que un arroyo que corria por la quebrada iba de color de sangre.

Los indios, espantados del juego que les hacian, volvieron las espaldas, y por huir de los perros, que los despedazaban con sus dientes, se despeñaban por los riscos abajo muchos de ellos. Quedó el campo por los españoles, y prendieron un principal, el cual avisó al capitan Juan de Ampudia como los indios estaban puestos en arma, é tenian hechas muchas albarradas é cortados los caminos. El Capitan le aseguró la vida y le dijo que guiase por camino seguro, y que por él pudiese ir sin peligro; el bárbaro lo prometió, y así se partieron de allí, llevando por guía al indio preso, con voluntad de llegar á lo alto de la loma. Los indios habianse juntado de muchas partes, y todos, con grandes lanzas y ondas y otras armas, se aparejaron para dar la muerte á los cristianos, pareciéndoles que lo harian muy fácilmente, y daban grandísima grita; los españoles iban subiendo por una sierra, yendo adelante con la gente de á pié el capitan Francisco García de Tovar. Los indios acudieron por todas partes y preguntaban á los cristianos si venian gordos, porque así á ellos como á sus caballos habian de comer, y pusiéronse en todo lo alto Juan de Ampudia y Luis Bernal. Hernan Sanchez Morillo, y otros de á caballo, aunque con muchs dificultad, desviados del camino anduvieron con sus caballos hasta llegar á lo alto, adonde ya habian llegado los de á pié, y unos y otros, encomendándose á Dios y llamando en su ayuda al apóstol Santiago, arremetieron á los indios y los indios á ellos (siendo más de cuatro mil y los cristianos tan poquitos cono he dicho) y despues de que hobo la batalla durado buen rato y quedado el campo lleno

de los muertos y heridos de los indios, porque no murió sino un cristiano y heridos hobo pocos, los bárbaros, medrosos y espantados del esfuerzo de los españoles, desampararon el campo y comenzaron de huir, y los cristianos quedaron tan cansados é fatigados que casi no podian tenerse en sus piés. Y allí se aposentaron aquella noche, y los indios se tornaron á juntar con los que acudian de todas partes, é vinieron juntos adonde estaban aposentados los españoles, y con parecer de algunos de ellos salió el capitan Tovar, con cuarenta rodeleros é ballesteros, á ir á dar en un escuadron de los que más cerca estaban, y ansí lo hizo. Los indios lo aguardaron y tomaron en medio á los cristianos, dando una grita tan terrible, que si no son usados á oirla muchos pierden la fuerza y áun el ser que tienen, y hacen hechos harto feos, y Tovar y sus compañeros dieron en ellos é hirieron é mataron á muchos, y los indios decian que á todos habian de comer aquella noche. Mostrando Tovar su persona é rostro tan autorizado les decia: «Perros, yo soy Francisco García de Tovar, y conmigo y no con otros habeis esta cuestion» y así, con el esfuerzo maravilloso de este Capitan y con el de los españoles, sus compañeros, pudo tanto que, despues de haber muerto gran número de indios, los demas se fueron huyendo, y Tovar volvió adonde el Capitan quedaba el cual lo recibió muy bien.

Luégo salió Juan de Ampudia con todos los españoles por unas laderas y sierras abajo, hasta que allegó á unos aposentos donde se aposentó, y salió Francisco García de Tovar con gente á entrar, y volvió sin ver indio ninguno, porque despues que escaparon de sus manos se retiraron adonde estaban los principales señores de los Yalcones y de Paez, adonde aguardaron á recoger más gente de la que venia en su favor, y enviaron á decir á los cristianos que se saliesen de su tierra, que pues sus padres se la habian dejado libre que no quisiesen ellos usurpársela, ni quitarles la libertad antigua, donde no que harian de todos ellos lo que hicieron del capitan Pedro de Añasco, é de los otros españoles que habian muerto. El Capitan les respondió que volviesen á dar la obediencia á S. M.

é que luégo ellos saldrian de su provincia é se volverian á Popayan. É, pasadas estas pláticas é otras, los indios se volvieron, y el Capitan, viendo lo mucho que habian trabajado, é cuán cansados estaban todos, é que sin esto eran pocos para hacer la guerra á tantos indios, é más estando tan desvergonzados, determinó de volverse á Popayan, é de camino castigar á la provincia de Paz, pues tambien estaba alzada; y así se aparejaron para ir. É ya que se querian partir, el capitan Francisco García de Tovar dijo al capitan Ampudia que seria cosa muy acertada ganar lo alto de la sierra, porque los indios no la ocupasen, y les arrojasen dardos y galgas; Juan de Ampudia estovo bien en ello y mandó que todos se aparejasen para que algunos mancebos sueltos fuesen á lo ganar. Y como se hobiesen quedado atras ciertos cristianos, con un caballo que venia malo, tornó á decir que se aguardasen allí, y que si no llegasen de dia que dormirian allí aquella noche; é ya que era tarde allegaron los españoles con el caballo en pedazos, que traian para comer, y dijo Juan de Ampudia que caminasen á unas laderas que estaban enfrente de donde ellos estaban.

Francisco García de Tovar tornó á dar voces que ganasen lo alto, porque de otra manera correrian gran peligro, porque el no haber visto indio nenguno aquel dia lo tenia por mala señal; y cuando Francisco García de Tovar decia esto, iban andando los españoles hácia las laderas é llanadas que habia cerca de allí, y diciendo Juan de Ampudia, «vamos donde digo que poco hay de aquí allá,» caminaron contra la voluntad de Francisco García de Tovar; y caminaban todos con una tristura grandísima, que ni los hombres hablaban, ni los caballos bufaban, ni los perros ladraban. É, yendo de esta manera, oyóse el grande estruendo de los indios, los cuales, como viesen el camino que los españoles llevaban, muy alegres por tener por cierto que los habian de matar á todos y comerlos, allegando gran cantidad de piedras crecidas, para arrojarlas rodando, se habian puesto por lo alto; y como ya los españoles fuesen por las laderas, comenzaron á arrojar las galgas,

tantas é tan grandes, que los españoles, por temor de ellas, se hobieron de dividir en cuatro ó cinco partes, y comenzaron á dar su temerosa grita é arrojar muchos dardos, é preguntábanles si venian gordos porque nenguno les habia de quedar con la vida. Juan de Ampudia y Tovar iban juntos, é, mirando contra Hernan Sanchez Morillo, le dijo que fuese por un deshecho con los caballos hasta que pudiese salir de la ladera; y en esto ya los indios habian bajado y comenzado de pelear con los cristianos, los cuales, aunque estaban divididos y eran tan pocos, pelearon con tanto ánimo é fortaleza que parecia cosa no creedera, mas Dios era con ellos y en su favor, y siendo ansí hacian hechos tan famosos como estos y otros mayores que siempre hacen. É despues que hobieron muerto muchos indios, y vieron que con algun temor se arredraban espantados de lo que habian visto, los de á caballo, habiendo pasado un paso dificultoso, pudieron con ellos arremeter y dar en los enemigos y ayudar á sus compañeros.

Francisco García de Tovar estabe herido con tres heridas, y él é Juan de Ampudia con diez y seis españoles habian acertado á estar juntos. Y despues de haber desbaratado á los indios que abajaron fueron á dar en otro mayor escuadron, y aunque pelearon como primero habian hecho y mataron con las ballestas á algunos, eran tantos los enemigos que por nenguna manera podian pasar adelante, ántes les convino por escapar las vidas retraerse á juntarse con los de á caballo que llegaban ya cerca de ellos; y como lo hiciesen, y el capitan Juan de Ampudia fuese hombre pesado en carnes, no pudo andar tanto como los otros, y alcanzáronle los indios y atravesáronle el cuerpo con muchas lanzas, de manera que murió con mucha miseria, y lo desnudaron sin le dejar si no unas calcetas de lienzo. Era Juan de Ampudia natural de Jeréz de la Frontera. En esto allegaron ya los de á caballo, é hicieron en los indios gran daño y ganaron lo alto, desde donde llamaban á los españoles, que viniesen porque no ternian de que temer; y todos cuantos cristianos habian ido con Juan de Ampudia estaban heridos é tan fatigados como el lector

puede sentir. Con gran trabajo se juntaron todos en lo alto, é grandemente se holgaron de verse, y abrazáronse como si de muchos dias no se hobieran visto; no hobo más muerto de Juan de Ampudia é otro español, é una morisca, é algunos indios de los amigos que llevaban.

En este tiempo venian de nuevo contra los españoles más de veinte mil indios de guerra, con voluntad de acabarlos de matar á todos; é viéndose de esta manera que estaban, despues de haber echado el cuerpo de Juan de Ampudia en un rio, porque los enemigos no lo comiesen, determinaron de volverse á Popayan, é, para que los indios creyesen que estaban allí, dejarse armadas las tiendas y atar en palos algunos perros para que, ladrando, los indios no tuviesen sospecha de que se iban, é así lo hicieron. Y tanta priesa se dieron que lo que habian andado en cuatro jornadas lo anduvieron en aquella noche, y desque vino el dia, aunque los indios los siguieron, no los pudieron alcanzar; y tanto anduvieron que llegaron á Popayan, adonde se hizo gran sentimiento por la muerte del bueno é virtuoso capitan Juan de Ampudia.

CAPÍTULO XIV.

De cómo el adelantado D. Pascual de Andagoya entró en las ciudades y en ellas fué recibido por Gobernador.

Ya queria haber concluido los acaecimientos que pasaron en esta provincia para volver la materia al suceso del marqués D. Francisco Pizarro, y conviene para claridad de lo uno y de lo otro que escribamos la entrada de Andagoya. É ya terná el lector noticia como contamos su llegada á Panamá, é como S. M. le hizo merced de la gobernacion del rio de San Juan, que es en esta costa de Tierra Firme, á la banda del Perú, é no embargante que S. M. le mandase que no entrase en lo poblado ni descubierto por ninguno de los capitanes del gobernador D. Francisco Pizarro, lo hizo, aunque fuese contra el mandado real. É porque en aquel tiempo no estaba áun descubierto el puerto de la Buenaventura, llevó pilotos bien entendidos para que por su arte buscasen puerto para entrar en aquella tierra, y con la gente que tenia é aderezos se partió de la ciudad de Panamá, é anduvo hasta que llegó á isla de Palmas; é pasadas algunas cosas que le sucedieron, entró con sus naos en una bahía, á la cual salen muchos rios de los que nacen en la sierra. Y por la demarcacion de la tierra, y tino que se tenia adonde estaba la ciudad de Cali, comenzó á caminar hácia ella por uno de los ásperos é trabajosos caminos que hay en la mayor parte del mundo; y en fin de haber pasado muchos trabajos y muértosele los caballos que metió, allegó á la ciudad de Cali y en ella fué bien recibido por los vecinos, y presentó las provisiones que traia, publicando que venia á hacer á todos mucho bien y tenellos en justicia, y como fueron vistas, sin pedirle la instruccion ni mirar que en

aquella tierra no habia rio que se llamase de San Juan, lo recibieron por Gobernador é Capitan general, en lo cual se hobieron muy neciamente.

Luégo que el Adelantado se vió recibido en Cali, tuvo noticia de la ida á descubrir del capitan Jorge Robledo, y de cómo habia poblado una ciudad en Ancerma, y luégo envió á Miguel Muñoz á tomar la posesion en su nombre de aquella ciudad, y le mandó que le mudase el nombre de Santa Ana y que la llamase San Juan, y á Popayan tambien envió á tomar posesion, y ansí fué recibido sin nengun contraste en aquella ciudad; y con el capitan Miguel Muñoz escribió su carta á Robledo, haciéndole en ella grandes ofrecimientos; y llegado Miguel Muñoz á Ancerma, presentando las provisiones del Adelantado, fué recibido cómo lo habia sido en Cali. Y por nueva de los indios se supo, como Robledo y los que con él andábamos estábamos cerca de ella, pasado el rio; y con esta noticia que se tuvo muchos escribieron cartas dando cuenta de lo que pasaba. Miguel Muñoz volvió á dar razon á Andagoya de lo que por él habia sido hecho; el cual, como no tuviese por firme el cimiento con que habia entrado en las ciudades, y se temiese de Belalcazar que vendria á ellas por Gobernador, por las haber poblado é conquistado, dábase muy gran priesa en hacer probanzas y tomar testigos contra Belalcazar, creyendo por allí le perturbaria, y S. M. y los del Consejo no le harian mercedes. Y dejando entendiendo al Adelantado en estas cosas, volveremos á Robledo, y diremos cómo descubrió la provincia de Quinbaya, y fundó en ella la ciudad de Cartago.

CAPÍTULO XV.

De cómo el capitan Jorge Robledo descubrió la provincia de Quinbaya, y de cómo fundó la ciudad de Cartago.

En la provincia de Carrapa se informó Robledo bastantemente de como la provincia de Quinbaya era grande é llena de caciques ó señores muy ricos; y como deseaso hacer otra nueva poblacion, para repartir las comarcas entre los españoles que con él andaban, pidió á los indios de Carrapa le proveyesen de las cosas necesarias; y luégo de que tuvo recaudo se partió é anduvo hasta que allegó al principio de la provincia de Quinbaya, y como toda aquella region está llena de grandes y muy espesos cañaverales, y los españoles no viesen valles ni pueblos grandes como los que habian pasado, paráronse muy tristes y decian que mejor hobiera sido haber poblado en lo de atras, pues era de más sustancia. El Capitan respondia á lo que estos decian, que él hobiera holgado que se hobiera hecho, y que luégo volverian á hacerlo; y ansí se apercibió la gente para dar la vuelta. Determinado por el Capitan de enviar á poblar las provincias de Arma á su alférez Suer de Nava, y él volverse á la ciudad de Santa Ana, que por mandado de Andagoya se llamaba de San Juan, no faltó algunos que murmuraron, diciendo que era y seria cosa muy acertada salir por aquellos cañaverales á ver lo que habia; y tornado á tener prática sobre lo uno y sobre lo otro, el Capitan mandó al alférez Suer de Nava que con cuarenta españoles fuese á entrar por aquellas espesuras y montañas de cañaverales.

Entendido por toda aquella comarca la estada en su tierra

por los españoles, y como todos los señores eran tan regalados y tan viciosos, no solamente no se pusieron en resistencia, mas determinaron de salir al Capitan de los españoles con presentes de oro, creyendo que pasarian de largo; y así vino adonde estaba el Capitan uno de ellos que habia por nombre Tacurumbi, é le trajo una pieza de oro que pesaba más de setecientos pesos, y otros vasos de oro muy ricos é piezas menudas; y con la venida de aquel principal se alegraron los españoles grandemente porque dijo la riqueza que habia entre ellos. Y los que habian ido con Suer de Nava volvieron al Capitan pidiéndole albricias por la tierra que habian descubierto, lo cual fué que allegaron á muchos aposentos de caciques, y en ellos hallaban abasto de las cosas necesarias, é parecianse grandes pueblos é muchas arboledas, é toda la tierra que hay hasta llegar al gran valle de Cali. Y el Capitan se fué á juntar con Suer de Nava, y de toda la comarca venian indios principales con cantidad de oro; lo cual, con lo que más habia habido, se lo aplicó para sí sin haber otra ley que dispusiese poderlo llevar, que la fuerza é poder que los capitanes de acá tienen, que son ramos de gran tiranía. Y habiendo tenido noticia de los pueblos que habia, se determinó de fundar una ciudad y dalle por términos todo lo que habian descubierto; y entendiendo buscar el sitio y habiéndolo buscado por su persona, en la parte que mejor le pareció, en el año de mil quinientos é cuarenta años, pobló é fundó la ciudad de Cartago en nombre del emperador D. Cárlos, y de la Corona Real de Castilla, y del marqués D. Francisco Pizarro, Gobernador de todas las provincias del Perú. Púsosele á la ciudad aquel nombre y denominacion, porque á todos los que andábamos en aquella conquista nos llamaban los cartagineses, por haber salido de la gobernacion de Cartagena. Nombráronse por alcaldes Pero Lopez Patiño y Martin de Arriaga.

Luégo que se hobo hecho el asiento de la fundacion, el Capitan dejó por su Teniente á su alférez Suer de Nava, y determinó de irse á Ancerma y á Cali á verse con el adelantado

Andagoya, porque por cartas, é por un español llamado Alonso de Ortega, supo todo lo que pasaba; y habia recibido mucha pena en saber la muerte de los capitanes Juan de Ampudia, y Pedro de Añasco, é Pedro de Guzman de Herrera, con el cual habia tenido grande amistad.

CAPÍTULO XVI.

De cómo el capitan Jorge Robledo se partió de la ciudad de Cartago y anduvo hasta Cali, adonde fué bien recibido, y volvió por Capitan y Teniente general de las ciudades que habia poblado.

Determinado por el Capitan de volver á Ancerma é ir á verse con Andagoya, despues de haber encomendado algunas cosas al capitan Suer de Nava, se partió de Cartago, y anduvo hasta que llegó á Ancerma, adonde supo lo que allí habia pasado y de como algunos vecinos habian tratado mal de él, y, disimulando por entónces el ódio que les cobró, se partió para Cali, adonde estaba el Adelantado, con hasta doce españoles que iríamos con el; é ya que llegaba cerca de la ciudad, envió delante uno que llevase la nueva. Lo cual oido por el Adelantado mostró holgarse mucho é se le hizo por todas partes gran recibimiento; y Robledo, teniendo tan poca experiencia como los otros, no solamente ofreció al Adelantado de le recibir por Gobernador en las ciudades que habia poblado, mas le envió cuatro mil pesos de oro de aquellas joyas ricas que le habian dado en la conquista, y por otras personas repartió más cantidad; y Andagoya por tenerlo más fijo en su amistad, procuró de lo casar con una parienta de su mujer. Y despues de haber estado algunos dias Robledo en Cali se partió con los que habiamos venido con él, y con nosotros, y anduvo hasta la ciudad de Santa Ana, ó de San Juan como entónces se llamaba; y asentadas algunas cosas en ella, dejando por Teniente al capitan Rui Vanegas, se partió para la ciudad de Cartago á hacer el repartimiento, y supo como habia habido algunas pasiones entre los Alcaldes y el Teniente

que él habia dejado, por causas muy livianas, y tomando el caso por suyo mandó prender á los Alcaldes. É llegado á la ciudad se hizo el recibimiento de Andagoya, y se entendia en apaciguar los naturales.

Y para saber lo que habia de la otra parte de la cordillera nevada ó Sierra de los Andes, envió á Alvaro de Mendoza con algunos españoles de á pié, para que lo pudiesen ver. Allegados á la cumbre de la Sierra vieron caminos que atravesaban al otro valle ó rio, y, pareciéndoles que sin caballos no era cordura pasar adelante, se volvieron; y el capitan Robledo entendia en hacer el repartimiento entre los españoles que allí estaban. Y agora volveremos á hablar del Marqués, y dejaremos esto hasta la venida del gobernador Belalcazar.

CAPÍTULO XVII.

De las cosas que pasaron en la ciudad de Los Reyes, y de cómo el marqués D. Francisco Pizarro, con parecer del obispo D. Fray Vicente de Valverde, hizo el repartimiento general, y de la ida de Gomez de Alvarado á poblar á Guanuco.

Durante el tiempo que el marqués D. Francisco Pizarro estuvo ausente de la ciudad de Los Reyes, como áun no estoviesen enteramente asentados los naturales, ni dejasen de desear su antigua libertad con la muerte de los españoles, salieron dos vecinos principales de ella, que el uno habia por nombre Francisco de Vargas, natural de Campos, y el otro se llamaba Sebastian de Torres, que tenian encomienda en la provincia de Guaraz, y estando en la de Guaylas fueron muertos por los indios ellos y otros algunos; lo cual sabido en Los Reyes, con parecer del cabildo é justicia, salió á castigarlos el capitan Francisco de Chaves, con copia de españoles de á pié y de á caballo, é hicieron en los campos é pueblos de los indios mucho daño, porque los hallaron alzados, y la guerra se les hizo tan cruel, que, temerosos de ser todos muertos en ella, pidieron la paz, la cual les fué otorgada por el capitan Francisco de Chaves, pareciéndole que bastaba el daño que se les habia hecho: y acabada aquella guerra, Francisco de Chaves se volvió á Los Reyes. Y como en este tiempo el Marqués hobiese hecho las fundaciones é poblaciones de Guamanga y Arequipa, y hobiese visitado toda la provincia del Collao, muy cansado y con deseo de holgar se vino á la ciudad de Los Reyes, adonde despues de pasados algunos dias determinó de hacer el repartimiento general, con acuerdo é parecer del Obispo, porque así lo mandaba S. M.; y entrambos, el Obispo y el Marqués, juraron solemnemente de hacer el repartimiento

con toda fidelidad, sin tener respeto á otra cosa que á los servicios que cada uno hobiese hecho; mas aunque esto juraron, dicen algunos que lo guardaron mal, porque á muchos conquistadores y descubridores dejaron pobres y con necesidad, y á muchos de sus criados dieron de los mejores y más ricos repartimientos.

Y como el Marqués hobiese poblado la ciudad que hemos dicho, pareciéndole que era cosa muy acertada fundar una ciudad en las provincias de Guanuco, determinó de mandar luégo á hacer aquella poblacion; é mirando á quien enviaria por Capitan para que lo hiciese, parecióle que Gomez de Alvarado, hermano del adelantado D. Pedro, lo haria bien, y que seria ganar por allí su amistad, y áun que seria parte para que muchos de los de Chile perdiesen el ódio que contra él tenian por causa de las diferencias pasadas, é luégo le mandó llamar y le dijo que él determinaba de le enviar á poblar una ciudad en las provincias de Guanuco, é que en ella tuviese en repartimiento los indios que á él le pareciese, y que le rogaba que lo quisiese hacer. Gomez de Alvarado, viendo la tardanza que habia en España en proveer justicia, é que él no podia sustentarse, é que ya pasaba necesidad, respondió al Marqués que haria lo que le mandaba. Y como en la ciudad de Los Reyes se entendió que el Marqués queria enviar á poblar en Guanuco, los regidores é vecinos de ella reclamaron, diciendo que no era justicia lo que mandaba en acortarles tanto los términos de su ciudad, pues les habia tomado é quitado lo de Guamanga; é decian más al Marqués, que no mandase hacer tal poblacion en aquellas provincias, pues eran sujetas á su ciudad. Mas no se dejó por sus dichos de partir el capitan Gomez de Alvarado con la gente que con él quiso ir, entre los que se fueron algunos de los de Chile, amigos suyos é que habian sido soldados viejos en el reino; y con ellos se partió á las provincias de Guanuco, y, en la parte que le pareció tener más aparejo para sustentarse la nueva poblacion que habia de hacer, la fundó, nombrando por alcaldes á Diego de Caravajal é á Rodrigo Nuñez, maestre de campo que

fué de Almagro el viejo. Los de Lima no dejaron todavía de reclamar y decir que no les quitasen sus términos, é vino la cosa á ser que el Marqués mandó que le fuese quitado el nombre que tenia de ciudad, é puesto villa, é que fuese sufragana á la ciudad de Los Reyes; lo cual, sabido por Gomez de Alvarado, vino de la nueva ciudad ó villa de Guanuco á Los Reyes, con determinacion de si no mandaban que fuese ciudad no volver á ella.

Adelante diremos los demas acontecimientos de Guanuco, porque todo lo que hizo Gomez de Alvarado se dió por nenguno, y el Marqués mandó á un Pedro Barroso que fuese á entender en las cosas de aquella provincia. Y en este tiempo los de Chile pasaban muy grandísima necesidad, y andaban por los pueblos de los indios porque les diesen de comer, desnudos y con mucha miseria; y como todos sabian que D. Diego estaba en Los Reyes, abajaban de los Charcas é Arequipa é del Cuzco para venirlo á buscar, diciendo que S. M. lo hacia mal con ellos en no proveer de juez contra el Marqués; y los que estaban en Los Reyes no pasaban ménos necesidad que los que estaban arriba, porque ya el Marqués habia muchos dias que habia mandado salir fuera de su casa á D. Diego, y aunque despues estaba en las casas de Francisco de Chaves, le echaron tambien de ellas; y Juan de Herrada y Juan Balsa, criados viejos de su padre, le buscaron adonde estoviese. É allegáronse á él treinta ó cuarenta de los que habian seguido al Adelantado, y padecian gran necesidad, y el Gobernador de nenguna cosa les mandaba proveer ni se acordaba que sin Almagro él no fuera lo que era, ni llegara á tener el mando y ser que tenia; y los de Chile pasaron su miseria como ellos podian.

Estaba en esta ciudad de Los Reyes en aquel tiempo el capitan Juan de Sayavedra, é Francisco de Chaves, é Cristóbal de Sotelo, é Saucedo, é Juan de Herrada y D. Alonso de Montemayor, y el contador Juan de Guzman, y otros amigos viejos del Adelantado; y Juan de Herrada entendia en buscar cómo ellos y D. Diego se pudiesen sustentar, y acaecia, entre

diez ó doce de ellos, no tener más de una capa, y cuando salia uno con ella cubierto los otros se estaban en casa quedos, y la capa nunca dejaba de servir. Y sin estos que se allegaban con D. Diego habia en la ciudad otros algunos, y no hallaban en ningun vecino caridad ni voluntad que tan solamente les diesen de comer, é por ninguna manera se pudiera sustentar el mozo D. Diego, ni los que con él estaban, si no le hobiera dado un Domingo de la Presa un pueblo pequeño que estaba junto á la ciudad, y los indios de él les proveian de maiz é leña é las cosas necesarias. Y dejaremos de hablar de los de Chile hasta que venga el tiempo que mataron al Marqués, y diremos que, como el fator Illan Suarez de Caravajal tuviese aviso de como muchos de los de Chile se iban á Los Reyes, adonde *podria* ser que quisiesen intentar alguna cosa que no fuese en honra del Marqués, escribióle una carta en cifras y enviósela; lo cual que fué necesario el licenciado Benito Xuarez para decir la declaracion de la carta, é dijo al Marqués como su hermano el Fator le avisaba por aquella carta que se guardase que los de Chile no lo matasen, é *mirase* con aviso por su persona, porque de las Charcas y Arequipa y de la ciudad del Cuzco, muchos de ellos se iban á Los Reyes á juntar con D. Diego. Y aunque el Marqués tuvo esta nueva, no hizo nengun mudamiento, ni puso en su persona nenguna guarda, é nombró por su Teniente al doctor Blazquez, que hasta allí lo habia sido Francisco de Chaves.

É vino de las Chachapoyas el capitan Alonso de Alvarado, y en presencia del Marqués tuvo algunas porfias con el capitan Francisco de Chaves é con Gomez de Alvarado, é allegaron á tanto, que el capitan Alonso de Alvarado é Gomez de Alvarado se desafiaron é salieron al campo; lo cual sabido por el Marqués lo remedió é puso en paz á estos dos capitanes, é favoreció mucho á Alonso de Alvarado, por ser su Capitan y haber poblado é conquistado la ciudad de la Frontera, y con licencia del Marqués se volvió á su ciudad.

CAPÍTULO XVIII.

De cómo despues que Gonzalo Pizarro fué recibido por Gobernador en Quito, determinó de ir á la conquista del Dorado, y la salida que hizo de Quito.

Ya contamos en lo de atras como el marqués D. Francisco Pizarro mandó al capitan Gonzalo Pizarro, su hermano, que se partiese para la ciudad del Quito, y que en ella, por virtud de una provision de S. M., se hiciese recibir por Gobernador. Y, á la verdad, la provision no decia que el Marqués pudiese dividir la gobernacion, ni más que, si le pareciese, la pudiese dejar toda ella entera á cualquiera de sus hermanos ó á la persona que le pareciese; mas el intento del Marqués fué apoderar á su hermano en aquella provincia para que S. M. no la diese en gobernacion á Belalcazar, que ya se sabia de su ida por el rio Grande abajo. Aunque esto sea asi, quieren decir que el Marqués escribió á S. M., que si le hobiese de acortar la gobernacion, que Belalcazar era merecedor de cualquiera merced que le hiciese. Y tambien vino nueva á Los Reyes como el adelantado D. Pascual de Andagoya venia por Gobernador á la provincia del rio de San Juan, y de ello recibió mucho enojo y proveyó por teniente de Cali é áun de Ancerma á un Isidro de Tapia, por grandes presentes, que, segun se dijo, dió al secretario Antonio Picado; mas aunque éste fuera, no lo recibieran ni dejaran á Robledo por él.

Pues volviendo á Gonzalo Pizarro, tanto anduvo que llegó á la ciudad del Quito, adonde halló á Lorenzo de Aldana, y por virtud de la provision que hemos dicho le recibieron por gobernador del Quito, é San Miguel, é Puerto Viejo, é Guayaquil, é Pasto, y dende algunos dias aportó á la costa de esta mar el capitan Pedro de Puelles, que en aquella ciudad habia sido Teniente de Gobernador; y como Gonzalo Pizarro desease

emprender alguna conquista é vido que habia en aquella ciudad mucha gente, todos mancebos y soldados viejos, codició descubrir el valle del Dorado, que era la mesma noticia que habian llevado el capitan Pedro de Añasco y Belalcazar, y lo que dicen de la Canela, que ya en ella habia entrado poco tiempo habia el capitan Gonzalo Diaz de Pineda. Este, con cantidad de españoles, allegó descubriendo hasta unas sierras muy grandes, y en las faldas dellas salieron muchos indios á le defender el paso adelante, y le mataron algunos españoles y entre ellos un clérigo, y tenian hechas grandes albarradas é fosadas; é anduvo algunos dias por aquella tierra hasta que entró en los Quijos é valle de la Canela, y volvióse á Quito sin poder descubrir enteramente lo que habia tenido gran noticia, que los indios le decian que adelante, si anduviera más, hallara grandes provincias asentadas en tierra llana, llena de muchos indios que poseian grandes riquezas, porque todos andaban armados de piezas é joyas de oro, y que no habia montaña ni sierra nenguna. Y como en Quito se toviese esta noticia, deseaban todos los que allá estaban hallarse en aquel descubrimiento; y luégo el gobernador Gonzalo Pizarro, comenzó á se aderezar é salir de la ciudad haciendo gente é allegando caballos, y en pocos dias juntó doscientos é veinte españoles de pié y de caballo, y nombró por su Maestre de campo á D. Antonio de Rivera, é á Juan de Acosta por su Alférez general. Y despues que la gente que habia de ir con él estaba aderezada, mandó al Maestre de campo D. Antonio de Rivera que fuese delante con la avanguardia, y D. Antonio respondió que era contento de lo hacer así, y todos se aparejaban para salir. En la ciudad del Quito, quedó por Teniente é Justicia mayor el capitan Pedro de Puelles. Salieron bien proveidos é aderazados é con mucho bastimento; é los naturales de Quito, por los ver fuera de los términos de sus provincias, decíanles que hallarian muy gran riqueza y engrandecian la tierra de que llevaban noticia, é los españoles ya lo tenian delante de sus ojos y así lo creian.

CAPÍTULO XIX.

De cómo Gonzalo Pizarro salió de la ciudad del Quito para la ciudad de la Canela, que fué uno de los trabajosos descubrimientos que se han hecho en la Tierra Firme é mar del Sur.

Este descubrimiento y conquista que hizo Gonzalo Pizarro, no podemos dejar de decir que fué una de las fatigosas jornadas que se han hecho en estas partes de las Indias, y adonde los españoles pasaron grandes necesidades, hambres é miserias; que bien experimentaron la virtud de su nacion las cosas que han acaecido en estas partes del mundo. A todos es público que muchas naciones superaron é hicieron sus tributarios á otros, é pocos vencian á muchos; é así decian del grande Alejandre, que, con treinta é tres mil hombres macedones de su nacion, trató y emprendio la conquista del mundo; y los romanos, muchos de sus capitanes que enviaban á guerrear las provincias acometian á los enemigos con tan poca gente, que es cosa ridiculosa creerlo; y como yo tengo harto que escribir en mi historia, algunos ejemplos que pudiera traer para en loor de mi nacion, remítome á lo escrito, adonde los curiosos lo podrán ver como yo. É digo que no hallo gente que por tan áspera tierra, grandes montañas, desiertos é rios caudalosos, pudiesen andar como los españoles sin tener ayuda de sus mayores, ni más de la virtud de sus personas y el ser de su antigüedad; ellos, en tiempo de setenta años, han superado y descubierto otro mundo mayor qué el que teníamos noticia, sin llevar carros de vituallas, ni gran recuaje de bagaje, ni tiendas para se recostar, ni más que una espada é una rodela, é una pequeña talega que llevaban debajo, en que era llevada por ellos su comida, é así se metian á descubrir lo

que no sabian ni habian visto. Y esto es lo que yo pondero de los españoles, y lo mucho que lo estimo, pues hasta agora, gente ni nacion que con tanta perseverancia pasasen por tan grandes trabajos, hambres tan largas, caminos tan prolijos como ellos, no los hallo; y esta jornada que hizo Gonzalo Pizarro, ciertamente se pasó en ella muy gran trabajo.

È determinado por él de enviar á su Maestre de campo, D. Antonio de Rivera, adelante, le mandó que luégo se partiese derecho á la provincia de los Quijos; é luégo se partió, é Gonzalo Pizarro, dende algunos dias, hizo lo mismo, yendo en la rezaga Cristóbal de Funes. D. Antonio se partió é anduvo hasta que llegó al pueblo de Hatunquijo. Gonzalo Pizarro le fué siguiendo, y en este tiempo, como por la costa del Perú se supiese de como Gonzalo Pizarro hiciese aquella jornada, aportó á ella Francisco de Orellana, natural de la ciudad de Trujillo, acompañado de treinta españoles; fué luégo en seguimiento de Gonzalo Pizarro, el cual ya habia partido del Quito é atravesado por una montaña en la cual habia un alpe nevado, adonde se murieron más de cien indios é indias heladas é aunque los españoles pasaron mucho frio, nenguno de ellos murió; y de allí caminaron por una tierra muy fragosa é llena de rios é de montaña muy poblada. Iban por aquellos espesos montes abriendo caminos con hachas é machetes los mismos españoles, é así anduvieron hasta que llegaron al valle de Zumaque, que es adonde más poblado é bastimento hallaron, y está treinta leguas del Quito. Orellana que venia, como decimos, en seguimiento de Gonzalo Pizarro, como iba tanta gente delante, aquellas treinta leguas que hay hasta Zumaque, pasó gran necesidad de hambre él é los que con él iban; é al cabo de algunos dias llegaron á Zumaque, donde estaba Pizarro é toda su gente, é con ellos recibió mucho placer, é nombró por su Teniente general á este Francisco de Orellana. Antes que llegase á este pueblo de Zumaque, habia Gonzalo Pizarro mandado á su Maestre de campo, D. Antonio, que le enviase algun bastimento, porque era mucha la necesidad que traian, é D. Antonio mandó al capitan Sancho de Caravajal que fuese

á llevar socorro de comida con que pudiese llegar Orellana hasta allí; é Sancho de Caravajal se partió luégo á se encontrar con él, é luégo que se vieron se holgaron con él de verse, y más de la comida que traian, de la cual tenia mucha necesidad, é volvieron á Zumaque donde pasó lo que hemos contado. É despues de haber llegado el capitan Orellana, Gonzalo Pizarro é los demas principales que estaban allí entraron en consulta para lo que habian de hacer; é porque venia allí fatigado Orellana é los que con él habian llegado, é tambien porque habia muchos dias que allí estaban y era necesario de partirse, acordaron que Gonzalo Pizarro se partiese adelante descubriendo lo que habia, é de ahí á algunos dias saldria Orellana con la demas gente. Luégo acordaron que no fuesen con Gonzalo Pizarro más de setenta españoles, sin llevar caballo ninguno consigo, porque siendo la tierra tan áspera é dificultosa no los podrian llevar; é, dejando en el Real de Zumaque todos los caballos, Gonzalo Pizarro se partió con setenta é tantos españoles, entre los cuales iban algunos ballesteros é arcabuceros, é tomaron la derrota de donde el sol nace, llevando indios naturales que les guiasen por el camino que habian de llevar. É luégo se partieron é anduvieron ciertos dias por aquellas montañas, espesas é ásperas, hasta que llegaron á topar con los árboles que llaman canelos, que son á manera de grandes olivos, y de sí echan unos capullos con su flor grande, que es la canela perfectísima é de mucha sustancia, é que no se han visto otros árboles semejantes que ellos en todas estas regiones de las Indias, é tiénenlos los naturales en mucho, y por todos sus pueblos contratan con ella las poblaciones. Hay algunos indios entre aquellas montañas y viven en pequeñas casas muy mal compuestas é apartadas unas de otras; son muy bestiales é sin ninguna razon, usan tener muchas mujeres é andan por aquellos montes tan sueltamente, que parece cosa de espanto ver su ligereza.

Llegado que fué Gonzalo Pizarro adonde habia aquellos árboles que de sí echaban la canela que decimos, tomó ciertos indios por guías, é preguntóles adonde habia valles é lla-

nadas que tuviesen muchos de aquellos árboles que tenian canela; respondieron que ellos no sabian más de aquellos, ni en otra tierra los habian visto. Tambien quisieron saber de estos indios la tierra de adelante é si los montes se acababan, é si darian presto en tierra llana y en provincias que fuesen muy pobladas; tambien respondieron que ellos no sabian nenguna cosa, porque estaban tan arredrados de otras gentes, que, si no eran algunas que habitaban entre aquellos espesos montes, no tenian otra noticia, que fuesen adelante y por ventura habria algunos indios de sus comarcas que los encaminasen é guiasen á la parte que ellos deseaban. Gonzalo Pizarro se enojó en ver que los indios no le daban respuesta nenguna que fuese conforme á lo que deseaba, é tornando á preguntarles otras algunas cosas á todo decian que no, por lo cual Gonzalo Pizarro mandó que, puestas unas cañas atravesadas con unos palos á manera de horquetas, tan anchas como tres piés é tan largas como siete, algo ralas, que fuesen puestos en ellas aquellos indios, y con fuego los atormentasen hasta que confesasen la verdad, é no se la tuviesen oculta; é préstamente los inocentes fueron puestos por los crueles españoles en aquellos asientos ó barbacoas, é quemaron algunos indios, los cuales, como no sabian lo que les decian, ni tampoco hallaban causa justa por donde con tanta crueldad les diesen aquellas muertes, dando grandes ahullidos decian con voces bárbaras é muy entonadas: «¿Cómo nos matais con tan poca razon, pues nosotros jamás os vimos ni nuestros padres enojaron á los vuestros? ¿quereis que os mintamos ó digamos lo que no sabemos?» é diciendo muchas palabras lastimosas, el fuego penetraba é consumia los cuerpos suyos. Y el carnicero de Gonzalo Pizarro, no solamente no se contentó de quemar los indios sin tener culpa nenguna, mas mandó que fuesen lanzados otros de aquellos indios, sin culpa, á los perros, los cuales los despedazaban con sus dientes é los comian; y entre estos que aquí quemó y aperreó oí decir hobo algunas mujeres, que es de tener á mayor maldad. Despues que Pizarro hobo muerto aquellos indios, deseaba salir á alguna parte é que

fuese el camino tal que pudiesen andar los caballos; y los españoles que con él estaban se habian entristecido en ver que no hallaban entrada para la tierra que ellos deseaban ver, y que los indios no les diesen noticia de ninguna cosa. E partiéndose de allí anduvieron hasta que llegaron á un rio que hacia pequeña playa de un arenal muy llano, y allí mandó Gonzalo Pizarro asentar el Real aquella noche para dormir; la cual llovió tanto en el nacimiento del rio, que vino una tan grande avenida, que, si no fuera por los que tenian cargo de velar, fueran ahogados algunos de ellos con la recíura del agua. Como oyeron el estruendo é las voces que dieron las velas, Gonzalo Pizarro y los que con él estaban, todos se levantaron é tomaron sus armas, pensando que eran indios que venian de guerra contra ellos; y sabido lo que era se pusieron encima de unas barrancas que están cerca de allí, y aunque se dieron priesa hobieron de perder parte del fardaje que llevaban; é como se viesen desviados de donde habian dejado su Real, é que á todas partes no habia sino montañas é sierras ásperas, determinaron de volver atras y ver si pudiesen hallar otro camino que los pudiese llevar al camino que deseaban.

CAPÍTULO XX.

De cómo Gonzalo Pizarro salió de aquel rio é anduvo descubriendo por aquellas montañas y sierras sin topar poblado que fuese mucho, y de cómo se juntó todo el Real en una puente de un brazo del Mar Dulce.

Muy congojado estaba Gonzalo Pizarro en ver que no podia dar en ninguna provincia fértil é abundante, y fuera de tanta montaña como por allí habia, é pesábale muchas veces en haber entrado en aquel descubrimiento, pues desde el Cuzco ó desde más arriba, si él quisiera descubrir, lo pudiera hacer con mejor noticia que llevaba; y esto no lo daba á entender á los que con él estaban, ántes les ponia mucho ánimo, é por consejo de todos ellos determinaron de volver hácia donde primero habian venido. Y luégo aquel mesmo dia partieron de allí é volvieron hácia el pueblo de Zumaque, y llegaron cuatro leguas de él. Gonzalo Pizarro no quiso que llegasen á él, ántes mandó que fuesen derechos al pueblo de Ampua, é ántes que llegasen á él hallaron un rio tan grande que no lo pudieron vadear, y los indios tenian canoas á sus riberas é los cristianos pudieron ver á algunos por las orillas del rio, é los llamaban diciendo que viniesen de paz que no tuviesen temor ninguno. El cacique de ellos, que habia por nombre Delicola, determinó de ir á ver á aquella gente que por su tierra habia entrado, é con cantidad de quince ó veinte indios fué para ellos; y como Gonzalo Pizarro lo vió y supo que él era el señor de aquel rio en que estaban, se holgó é le hacia mucha honra dándole algunos peines é cuchillos, que ellos tenian en mucho, é preguntóle que le dijese si hallaria alguna tierra que fuese buena, de que ellos toviesen noticia,

para que él pudiese ir. El cacique se habia arrepentido por haber salido de paz, y como ya tenia noticia de la muerte que habian dado á muchos indios, porque no les habian querido dar alegres nuevas de lo que les preguntaban, determinó, aunque fuese mentira, de les decir que adelante habia grandes poblados é regiones muy ricas, llenas de señores muy poderosos. Gonzalo Pizarro y los españoles, como aquello vieron, estaban muy alegres y contentos en oirlo, creyendo que todo ello era verdad; é mandó Gonzalo Pizarro, que sin dar á entender que miraban por el cacique, que tuviesen cuidado los españoles de le velar y mirar de tal manera que no se les pudiese huir, é ansí lo hacian, y el cacique bien lo barruntaba mas tambien disimulaba sin mostrar nengun recatamiento. Y porque por aquella parte el rio iba grande, y las canoas no estaban allí, pasaron adelante con voluntad de ir á ver lo que decia aquel indio si era verdadero ó nó, y llegaron á una angostura que hacia el rio, adonde hicieron una puente é por allí pasaron.

Los bárbaros montañeses, como supieron la estada de los cristianos en aquella tierra, apellidáronse muchos de ellos, y tomando sus armas se pusieron de la otra parte del rio, adonde hicieron sus albarradas é fuertes para se defender de ellos; y como aquello vido Gonzalo Pizarro, mandó á algunos arcabuceros que con él estaban que soltasen los arcabuces é procurasen de matar algunos de ellos, y ansí lo hicieron, é mataron seis ó siete indios, y los demas, viendo las muertes tan súpitas y prestas de sus compañeros, comenzaron de huir, dando muy grandísima grita. Pasados los cristianos de la otra parte del rio anduvieron hasta que llegaron adonde no habia montañas sino unas llanadas rasas, pero luégo se veia el monte que por todas partes las cercaba, é hallaron algunas poblaciones é muy poca comida, los indios todos de una manera é traje; é determinó Gonzalo Pizarro de enviar á llamar á los españoles que estaban en Zumaque con el Real que allí llegó. É fueron dos españoles á ello, é, llegados á Zumaque, D. Antonio y el capitan Orellana se vinieron á juntar con Gon-

zalo Pizarro en la parte desde donde habian ido á llamarlos; y, despues que todos los españoles estovieron juntos, Gonzalo Pizarro mandó á su Maestre de campo, D. Antonio de Rivera, que fuese con alguna gente á descubrir lo que adelante pareciese. D. Antonio se partió, llevando consigo cincuenta españoles, é anduvo descubriendo hasta veinte leguas por aquellas montañas, y dió en un pueblo que se dice del Barco, pequeño, é hallaron algun bastimento, é dió aviso de ello á Gonzalo Pizarro, é con todo el campo fué hasta él, y el cacique vino de paz y dió noticia de lo de adelante; é, turbándose mucho en ver los caballos é tantos cristianos, quiso echarse al rio por huir de la presencia de ellos, y como Sancho de Caravajal sintió que queria huirse le echó mano é le llevó á Gonzalo Pizarro, el cual luégo le mandó echar en una cadena á él é á otros dos caciques que le habian salido primero de paz. Y á aquel que digimos que habia dado la noticia de la tierra de adelante tenian cuidado de lo mirar, y hasta entónces no le habian echado en prisiones; é como los indios vieron que habiendo su cacique ido á los españoles de paz y como amigo le habian prendido, indignáronse de ello, é tomando sus armas se metieron en cantidad de cuarenta canoas que habia, é vinieron derechos á la parte donde vieron que estaba el cacique, el cual arremetió para ellos para que le amparasen. Mas los españoles que vieron venir las canoas é oyeron el estruendo de los indios, salieron á ellos con sus armas y desbaratáronlos; y Gonzalo Pizarro mandó que al cacique Delicola se echasen prisiones, que él con sus tratos era parte á que se pusiesen los indios en arma contra ellos, é lo echaron luégo en la cadena con los otros.

Los españoles, como se vieron en aquel rio que ellos habian descubierto, que es muy grande é va á entrar en el Mar Dulce, pareciales que, pues ya de todo el servicio que habian sacado del Quito no les habia quedado ninguno, ni en la tierra lo hallaban por ser tan mala, que seria bueno hacer un barco para llevar por el rio abajo el mantenimiento en él, é los caballos por tierra, deseando de dar en alguna buena tier-

ra, y todos ellos lo suplicaban á Nuestro Señor. Luégo hicieron el barco los oficiales que allí venian con los aparejos necesarios, é dieron cargo de él á uno que se decia Juan Alcántara, é metieron dentro todo lo que en él cupo é podia llevar; é los españoles é caballos caminaron por aquel rio abajo, é hallaron algunos pueblos pequeños, de los cuales se proveian de bastimentos de maiz é yuca, é hallaron cantidad de guabas, que no era poca ayuda para pasar su necesidad. É andando caminando por aquel río abajo, quisieron algunas veces salir á una parte ó á otra para ver lo que habia, y eran tantas las ciénagas é atolladeros que no lo podian hacer, é por esto les era cosa forzada caminar por el mesmo rio, aunque no sin mucha dificultad, porque de aquellas ciénagas se hacian los esteros tan hondos que era cosa forzosa pasallos á nado con los caballos; y se ahogaron algunas caballos y españoles. É para pasar por aquellos esteros las indias é indios de su servicio, é la más ropa que llevaban, no podian, é buscaban algunas canoas para ello de las que tenian los indios escondidas por allí, y donde eran angostos hacian puentes de árboles y por ellos pasaban; y de esta manera anduvieron por el rio abajo caminando cuarenta é tres jornadas, é no hobo dia que no hallasen uno ó dos de aquellos esteros, tan hondables que los ponian en el trabajo que decimos cada vez. E hallaban poca comida, é todo despoblado, é sentiase ya el trabajo que decimos de la hambre, porque el ganado de puercos que sacaron de Quito, que más fué de cinco mil puercos, ya lo habian comido todo. En este tiempo el cacique Delicola, que es el primero que les vino de paz, é los otros que venian presos, por miedo que no los matasen los españoles, les decian que adelante de allí hallarian tierra muy rica é poblada; é, viendo un dia que no habia mucho cuidado en los mirar, se echaron con la cadena al rio, é pasaron de la otra parte sin que los cristianos los pudiesen tomar, é como se viesen sin guias para pasar adelante, entraron en consulta para determinar lo que harian. É porque los indios habian dicho que quince jornadas de allí se allegaba á otro rio muy grande é poderoso, é que por él abajo

habia grandes poblaciones é caciques muy ricos, é tanto bastimento, que aunque fueran mil españoles hallaran para todos abasto; y por tener por cierta esta noticia, Gonzalo Pizarro mandó al capitan general Francisco de Orellana, que con setenta hombres fuese á ver si era cierto aquello que los indios habian dicho, y que volviesen con el barco lleno de bastimento, pues veian en la gran necesidad que quedaban de comida, y que él con todo el campo se iria luégo el rio abajo para que presto se diese en lo poblado, y que mirase de la manera que lo dejaba á él é á todos los españoles, porque, á la verdad, grande era ya la necesidad que se pasaba, y viniese con toda la brevedad que pudiese á los remediar; é que no hiciese otra cosa, porque de sola su persona fiaba el barco y no de otra nenguna. Francisco de Orellana le respondió que él pondria toda la diligencia que se le mandaba, y se daria priesa en ir é volver con el bastimento que se pudiese haber, é que no tuviese duda de ello; y llevando en el barco algunas armas y ropa de Gonzalo Pizarro, y de otros que quisieron enviarla delante, se partió Orellana por el rio abajo quedando Gonzalo Pizarro y los demas españoles con gran deseo de que su vuelta fuese con brevedad.

CAPÍTULO XXI.

De cómo Francisco de Orellana fué por el rio abajo á dar al mar Océano, y del grandísimo trabajo que pasó Gonzalo Pizarro de hambre.

Como Gonzalo Pizarro determinase de enviar á Francisco de Orellana en el barco el rio abajo, mandó que luégo saliese con los que habian de ir con él, á los cuales encargó lo que á él habia encargado, é, sin llevar bastimento casi ninguno, se partieron por el rio abajo, é pasaron muy grandes trabajos, porque anduvieron algunos dias navegando sin hallar poblado, á cabo de los cuales dieron donde lo habia y trataron sobre dar la vuelta adonde habian venido, y parecióles cosa imposible por haber más de tresciantas leguas; é diciendo algunas justificaciones Orellana prosiguió su camino, é descubrió por el grande é muy ancho rio del Marañon ó Mar Dulce, como algunos le nombran, grandes provincias é pueblos tan grandes que afirman que, en dos dias, yendo caminando por el rio abajo, no acababan de pasar lo poblado, é tuvieron algunas guerras con los indios é fueron heridos algunos españoles, é al padre Fray Gaspar de Caravajal le quebraron un ojo. Nunca hallaron oro ni plata; de algunos indios que tomaban tuvieron noticia haberlo en gran cantidad la tierra adentro. É pasados otros trabajos mayores allegaron al mar Océano, desde donde fué á España y S. M. le hizo merced de aquella provincia con título de Adelantado; é, publicando mayores cosas de las que vió, allegó mucha gente, con la cual entró por la boca del gran rio, y murió miserablemente y toda la gente se perdió.

Volvamos á Gonzalo Pizarro, que luégo que hobo despachado á su teniente general, Francisco de Orellana, por el rio abajo en el barco, como hemos contado, determinó de se partir

de allí como mejor pudiese; y no tenía nengun bastimento, ni tenia parte cierta adonde pudiese ir, ni áun el camino para llevar no habia nenguno. Los cielos derramaban tanta agua de sus nubes, que muchos dias con sus noches se pasaban sin que dejase de llover, y de aquellos esteros que hemos contado, miéntras más andaban más hallaban de ellos; é para poder caminar los españoles y llevar los caballos, iban delante los más sueltos mancebos abriendo el camino con hachas é machetes, y nunca dejaban de cortar de aquel tan espeso monte, é hender por él de tal manera que todo el Real lo mesmo pudiese hacer, é caminaban al nacimiento del sol. Y como hallasen tanta maleza é no nengun poblado, acordando de aguardar á ver si respondia el capitan Francisco de Orellana, y por no perecer todos ellos de hambre, comian de los caballos que tenian y de los perros, sin que se perdiese parte nenguna de sus tripas, ni cueros, ni otra cosa, que todo por los españoles era comido. Habian hallado en este tiempo una isla que hacia el rio, y en frente de ella, en la tierra firme, á la parte donde debian de ir los españoles, hacianse grandes ciénagas é atolladeros, que era imposible andar por ellos, y para dar en la buena tierra que descubrio Orellana, el rio abajo, hánse de hacer barcos, é balsas muy grandes junto á esta isla, y han de ir bien proveidos de mantenimientos é meter los caballos en los barcos é todo lo demas, é iran por el rio sin nengun peligro, é llegaran en breve tiempo adonde hallaran poblaciones tantas é tan grandes que es admiracion decirlo ni afirmarlo, lo cual sabemos cierto que es verdad, y ántes es más que ménos.

Pues como Gonzalo Pizarro se viese cerca de aquella isla y no supiese el camino que tenia por delante, y la gran falta de bastimento que habia entre todos los españoles que con él estaban, mandó al capitan Alonso de Mercadillo que fuese con una docena de soldados, en unas canoas que traian, el rio abajo, y supiese si habia algun rastro del capitan Francisco de Orellana, y si habia algun bastimento por la tierra ó algunas raices con que pudiesen sustentarse. Mercadillo anduvo ocho dias sin hallar ninguna cosa ni rastro de indios; é como Gon-

zalo Pizarro é los que con él estaban lo supieron, grande fué la pena que recibieron, teniéndose ya todos por perdidos, porque no comian otra cosa que yerbas silvestres é frutas bravas, nunca vistas ni conocidas, é los caballos é perros, con tanta regla é órden, que ántes les acrecentaba la hambre que no quitarles la gana de comer. Como se viesen en tan gran necesidad, que no tenian remedio ninguno para pasar adelante ni volver atras, determinó Gonzalo Pizarro de tornar á enviar en las canoas á otras personas para ver si hallaban algun rastro de indios ó poblado, donde pudiesen hallar comida, pues si mucho se tardaba sin hallar era imposible dejar de ser todos muertos; y luégo mandó Gonzalo Pizarro al capitan Gonzalo Diaz de Pineda y otros algunos, que fuesen á ello, y entraron en las canoas, y caminando por el rio abajo, en sus canoas, allegaron hasta que dieron en otro rio mayor é más poderoso que aquel por donde venian, y que entrambos se hacian uno, é vieron quebradas y cortaduras de machetes y espadas, y conocieron que estuvo allí Orellana y los que con él fueron. Y como fuesen tan ganosos y deseosos de dar en alguna parte que hobiese comida, y como viesen aquel rio tan grande, parecióles que seria bien seguir por él arriba para ver lo que habia; é haciéndolo asi, al cabo de haber andado diez leguas fué Dios, nuestro Señor, servido que hallaran muchas é muy espesas labranzas de yuca, tan grandes, que los árboles que salian de sus raíces parecian una pequeña montaña, y esta yuca estaba allí de unos indios que pocos años habia vivian en aquella comarca, y unos sus vecinos, con guerra que les dieron, los hicieron retraer más adentro en unas montañas, y con esta causa aquella yuca que tenian sembrada tuvo lugar de crecer é pararse tan grande como decimos; que no fué poco alivio ni conorte para los desabridos españoles. Y como los que iban en las canoas ciertamente conocieron la yuca, hincaron las rodillas en tierra y dieron muchas gracias á Dios, nuestro Señor, por tan gran merced como les habia hecho, y comenzaron de arrancar y cargaron en dos canoas que llevaban; y de que ya las tuvieron llenas de

la yuca, se volvieron adonde habia quedado Gonzalo Pizarro, que ya los españoles estaban tan descaecidos y desmayados que ninguno pensaba escapar con la vida. Y, como vieron las canoas y supieron lo que traian, todos lloraban de placer diciendo: «bendito sea el Señor, Dios nuestro, que así se acordó de nosotros»; é hincábanse de rodillas, poniendo los ojos en el cielo, y le daban gracias por aquella merced que no tenian ellos por poco grande.

Veintisiete dias habia que Gonzalo Pizarro estaba allí con su gente, que no comia sino alguna carne de caballos y de perros, y yerbas y hojas de árboles, y las sillas de los caballos, y los *aciones*, ya secos, habian comido cocidos con agua caliente, y despues tostados en las brasas; de manera que bien con razon decimos que fué esta entrada y descubrimiento de mucho trabajo y necesidad. Aquella yuca que allí trujeron se repartió, no aguardaban á la lavar ni á limpiar, así con su tierra luégo se la comian; y como supieron todos que la yuca estaba cerca de allí, juntaron todas las canoas que habia é atáronlas fuertemente con unas cuerdas muy recias, para pasar de la otra parte del rio, que seria tan ancho como tres tiros de ballesta, y los caballos pasáronlas á la otra parte muy bien, porque no iba furioso; é la gente é bagax que les habia quedado, con mucho trabajo lo pasaron de la otra parte del *rio*, adonde la yuca se habia hallado. En este tiempo, como la rabiosa hambre fuese tanta, un español que habia por nombre Villarejo, comió una raiz de color blanca algo gruesa, é no la hobo gustado cuando, perdiendo el juicio, se tornó loco. Y se dieron mucha priesa á caminar, pasando aquellos esteros é pequeños rios, hasta que llegaron donde estaba la yuca; é todos como iban tan desabridos, por no haber comido habia tantos dias cosa alguna, no hacian sino arrancar de la yuca, é con la tierra que sacaban, arrevuelta de las raíces, se la comian; y allí asentaron el Real y estovieron ocho dias. Y los españoles estaban muy dolientes y enfermos, descoloridos y angustiados, que gran lástima era de los ver segun estaban mal traidos.

CAPÍTULO XXII.

De cómo Gonzalo Pizarro é su gente allegaron á una tierra adonde los indios habian primero habitado é con la guerra lo habian desamparado, é hallaron muy grandísima cantidad de yuca con que se restauraron y escaparon las vidas, é del trabajo que pasaban.

Allegados del arte que hemos contado los españoles al yucal, parecíales en ver tantas raíces con que se podian sustentar que les habia Nuestro Señor hecho la mayor merced del mundo, y era tanta la alegría que tenian que derramaban muchas lágrimas, dándole gracias por ello; y aquellos dias que allí estovieron, como el servicio les habia faltado, ellos mesmos, de unos árboles que en aquellos montes se criaban, que echaban de sí unas puas muy agudas, con ellas rallaban la yuca é hacian de ella pan, teniéndole por más sabroso que si fueran blancas roscas de Utrera. É, ciertamente, Gonzalo Pizarro fué mucho lo que trabajó en este descubrimiento, é si él no mancillara su fama con nombre de traidor, ella para siempre hablara lo mucho que habia servido; mas en esta grande historia, como sea el principio é niñez de las cosas por los españoles hechas en estos reinos, pondremos las cosas como pasaron, no perdonando el contar la maldad ni atrocidad, ni dejar de decir los buenos hechos. Y volviendo á nuestra materia, fué grande é provechosa aquella yuca que los españoles hallaron en aquella parte, que otra cosa no hay que montañas muy espesas é ceborucos muy malos, é como los indios antiguamente habian vivido en aquellas llanadas, é su principal mantenimiento fuese aquesta yuca, tenian muy grandes sementeras de ella que duraban más de cuarenta leguas,

é dándoles sus enemigos comarcanos guerra, hasta lanzarlos de allí, quedóse toda aquella yuca para que los españoles pudiesen restaurar sus necesidades, que traian, con ella; é, á cabo de haber estado allí ocho dias, Gonzalo Pizarro mandó que se partiesen todos de aquel lugar, é que fuesen caminando el rio arriba, para ver si Dios, nuestro Señor, era servido de encaminarles á parte que pudiesen dar en alguna tierra que fuese buena, ó poder salir adonde habian venido. Allí en aquel yucal murieron dos españoles de la mucha yuca que comieron, y otros se hincharon é pararon tan malos, que por ninguna manera podian andar en sus piés, y en los caballos los ponian, encima de las sillas, é atándoles una recia cuerda les daban un garrote para que no pudiesen caerse, pues ni fuerza tenian para se tener en los caballos; y aunque se quejaban no eran ayudados, ántes los mismos españoles decian que de bellacos lo hacian, é que no tenian ningun mal.

Delante del Real iban españoles abriendo el camino por aquellos montes con machetes é hachas, é muchos andaban ya descalzos que no tenian alpargates ni otra cosa que se poner; é á Orellana é á los que fueron el rio abajo tuviéronlos por muertos de hambre ó por mano de los indios. En la retaguardia venian siempre españoles, no consintiendo que ninguno quedase atras, ántes á los enfermos llevaban en los caballos como digimos; é anduvieron el rio arriba cuarenta leguas, é siempre hallaron de aquella yuca que comian: los caballos iban tan flacos é sin fuerzas, que no eran de provecho. E acabado de haber andado estas cuarenta leguas, allegaron adonde estaba una pequeña poblacion, é para ver de hablar á los naturales, no tenian lengua ni intérprete que los preguntase lo que querian dellos saber. Los bárbaros, como los veian, espantábanse de verlos de aquella manera á ellos é á sus caballos, é ponianse en unas canoas é desde allí los hablaban por señas, trayéndoles de la comida que ellos tenian; rescatábanla con los españoles echándola en tierra y recibian el rescate de su mano, que eran cascabeles é peines é otras cosas comunes, que los españoles traen siempre consigo. De allí sa-

lieron é anduvieron ocho jornadas, descubriendo lo que habia el rio arriba, é hallaban siempre poblado adradamente como el que habian pasado, y despues que hobieron andado estos dias no hallaron más poblado ni camino para ir á nenguna parte, porque la contratacion de los indios es por el rio en sus canoas, é por señas les decian como no habia adelante más poblado nenguno, ni hallarian bastimento; lo cual, oido por los españoles, buscaban comida de la que tenian aquellos indios, é lo mejor que cada uno podia la llevaba á cuestas y en los caballos. Gonzalo Pizarro estaba muy triste porque no sabia en qué tierra estaba, ni qué derrota podria tomar para salir al Perú ó á otra parte, que fuese tierra que en ella estoviesen cristianos; é por consejo de D. Antonio, é de Sancho de Caravajal, é de Villegas, é Funes, é Juan de Acosta, determinó de enviar á descubrir por el rio al capitan Gonzalo Diaz de Pineda en dos canoas atadas fuertemente, é con indios que se las ayudasen á llevar por el rio arriba, é que anduviesen todo cuanto pudiesen basta ver si daban en algun poblado, y que él con todo el Real se iria siguiéndolos. Y el capitan Gonzalo Diaz se partió luégo en la canoa, llevando una ballesta é un arcabuz, é Gonzalo Pizarro hizo lo mesmo llevando muy gran trabajo, porque los españoles iban malos, y, como no comiesen otra cosa que aquella yuca, dábales cámaras, que mucho les fatigaban, é, sin esto, todos iban descalzos y en piernas, que no tenian que se calzar, si no eran algunos que de corazas de sillas hacian algunas abarcas; y como el camino era todo montaña é lleno de troncones é árboles espinosos, los piés llevaban llenos de grietas y las piernas pasadas muchos con las puas que hallaban. Y de esta suerte iban todos muertos de hambre, desnudos y descalzos, y llenos de llagas, abriendo el camino con las espadas, é llovia, que muchos dias se pasaban que no se enjugaban ni los tristes veian sol; é maldecíanse muchas veces por haber venido á pasar tan grandes trabajos é necesidades, de las cuales se pudieran excusar, pues el Perú era tierra tan larga é llena de poblado donde todos podian ser remediados.

Los que iban en la canoa cada noche hacian señal, para que por ella supiesen como iban adelante, é Gonzalo Pizarro é los españoles iban caminando por el monte con el trabajo que habemos contado, é anduvieron cincuenta y seis leguas, él por tierra é Gonzalo Diaz por el rio, que no hallaron nengun poblado ni comian otra cosa que la yuca que habian sacado, ó frutas silvestres, sin nengun gusto, que hallaban entre aquellas sierras. Gonzalo Diaz que iba por el rio, viendo que habian andado cincuenta leguas é no habian topado nenguna cosa, estaba muy triste, creyendo que él é todos los españoles que venian con Gonzalo Pizarro habian de ser muertos de hambre, pues no hallaban nenguna tierra que fuese poblada; é un dia, á hora de completas, hallaron una corriente muy grande que no la podian pasar, y saltaron en tierra, y en un troncon de un árbol, que allí habia traido el rio, se sentaron pensando en su miseria, y estaban muy cuidadosos en pensar que seria imposible que Gonzalo Pizarro ni los españoles pudiesen llegar hasta aquel paraje, por la mucha espesura de monte é grandes esteros que venian á entrar en el rio. Y estando pensando en ello, levantóse D. Pedro de Bustamante, que iba con Gonzalo Diaz, é vido por un torno ó vuelta que hacia el rio, cerca de allí, asomar una canoa, é dende á un poquito parecieron otras catorce ó quince, y en cada una venian ocho ó nueve indios con sus armas é paveses; é luego que esto vieron, el capitan Gonzalo Diaz sacó con su eslabon candela y con ella encendió la mecha del arcabaz, é Bustamante tomó la ballesta poniendo en ella una jara, é se pusieron á punto para ver los indios qué harian, los cuales venian en sus canoas descuidados de que hobiesen de topar con los cristianos. É, como con ellos emparejaron, Gonzalo Diaz apuntó con el arcabuz é dió á un indio por los pechos é luégo lo derribó en el rio, muerto; Bustamante con la ballesta arrojó una saeta é dió á otro por el brazo, el cual con mucha presteza la sacó é la tornó á arrojar á quien se la habia tirado, y dando muy grandísima grita les arrojaron muchos dardos é tiraderas. É de presto tornaron á cargar el arcabuz é armar la ballesta, é mataron otros dos

indios, é tomaron sus espadas é rodelas, é movieron tras ellos con su canoa.

Los indios, espantados de ver los cuatro que habian muerto, é temerosos, comenzaron de huir con sus canoas el rio abajo; los españoles les fueron siguiendo é tirándoles con el arcabuz, é tanto les fatigaron, que desamparando las canoas se echaron al rio, é tomaron algunas de ellas, en las cuales hallaron comida de la que los indios usan, é por ello dieron muchas gracias á Nuestro Señor, porque ya habia muchos dias que no comian otra cosa que yerbas é raíces que hallaban por la ribera del rio. Habian salido aquellos indios en las canoas, de un rio que está apartado deste rio, y, estando pescando dos de ellos con dos canoas, vieron á los cristianos, é fueron á dar mandado al pueblo, é salieron por un estero á dar en el rio, creyendo que los mataran ó prendieran, é sucedióles como habeis oido. Gonzalo Diaz é Bustamante, despues que hobieron comido, con las espadas hicieron en unos árboles que estaban vera del rio unas cruces, para que, viéndolas Gonzalo Pizarro é los cristianos que con él viniesen, entendiesen que ellos habian estado allí é que iban adelante. Luégo, aquella noche, fueron por el rio caminando, é ya que amanecia el dia se mostró muy claro, y hácia la parte del Mediodia, tendiendo los ojos, vieron unas altas é grandes sierras, é de verlas se holgaron mucho porque creyeron que era la cordillera de Quito, ó la que está junto á las ciudades de Popayan ó Cali, é que como los españoles no fuesen perdidos, que Dios, nuestro Señor, les sacaria á tierra de cristianos; é hallaron en un raudal del rio piedras, que nunca, en más de trescientas leguas que habian andado, no habian topado ninguna. É como hobiesen andado tanto por el rio arriba determinaron de dar la vuelta por él abajo, para ver si venian los de Gonzalo Pizarro; é dejando en un arenal alguna de aquella comida é canoas volviéronse el rio abajo, é lo que habian andado en once dias anduviéronlo en dia é medio.

Gonzalo Pizarro venia caminando con su gente, é padecian grandísima necesidad de comida, porque ya se habian comido

los perros, que eran más de novecientos, é dos tan solamente habian quedado vivos, uno de Gonzalo Pizarro é otro de Don Antonio de Rivera; caballos tambien habian comido muchos de los que habian traido, é los españoles venian tan cansados é fatigados del camino, que no se podian tener, é algunos se quedaban por aquellos montes muertos. E, yendo por el rio abajo, Gonzalo Diaz entendió el ruido que traian cortando los árboles con las espadas, é muy alegres salieron en tierra é fueron donde estaban los cristianos, é holgáronse unos con otros. Gonzalo Pizarro venia con la retaguardia, con temor que algunos españoles no se quedasen muertos, é como lo oyó Gonzalo Diaz, se volvió á meter en la canoa hasta que encontró con él, é como lo vido, no podemos contar el gran placer que recibió en verle, porque ya lo tenian por muerto; é dieron á Gonzalo Pizarro cuenta como por el rio abajo habian vuelto por saber de él, porque yendo caminando por él arriba habian salido unas canoas con unos indios con armas, y Dios los libró de sus manos y dió tal esfuerzo, que, despues que hobieron muerto cuatro de ellos, les compelieron, con los tiros que les tiraban con el arcabuz é ballesta, á huir de ellos y dejarles las canoas, en las cuales hallaron alguna comida, y que habian visto á la parte de Mediodia unas muy altas sierra, y que creian que en ellas hallarian poblado ó camino para salir á tierra de cristianos. Tambien le dijeron como habian hallado una gran playa en el rio llena de piedras. Y con saber estas cosas Gonzalo Pizarro mucho se holgó; y dejaremos de hablar agora de él por decir otras cosas mayores que sucedieron en el reino.

CAPÍTULO XXIII.

De cómo Su Majestad nombró por su Gobernador al capitan Belalcazar, y de cómo entró en la gobernacion y prendió al adelantado Andagoya.

En el primero libro hicimos mencion de como el capitan Sebastian de Belalcazar, yendo descubriendo, allegó á la provincia de Bogotá, llamada el Nuevo Reino de Granada, en la cual halló á los españoles de Santa Marta, primeros descubridores de aquellas partes; y, pasado lo que allí cuento, se embarcaron en un barco Belalcazar y Fedreman, y el licenciado Jimenez, con voluntad de procurar que aquella tierra en gobernacion les fuese dada; y aunque cada uno por sí llevase intento á lo negociar, fué en vano su pensamiento por estar encomendada al adelantado de Canarias D. Alonso de Lugo. El capitan Belalcazar llegado á España, halló á S. M. ausente de ella, gozando de sus inmortales trofeos; y como entónces los que iban á España les fuese fácil cosa el negociar, y los señores del Consejo se creian de los capitanes que iban á pedir mercedes, Belalcazar, despues de hechas sus informaciones le hicieron merced de la gobernacion de Popayan, con las villas de Ancerma, Cartago, Cali y Neyva, y todo lo que se incluye hasta llegar á los términos de la ciudad de San Francisco del Quito; é con sus despachos é favores se partió de España y vino al reino de Tierra Firme, y en el puerto de la ciudad de Panamá se embarcó en una nave con los que con él iban, é allegó cerca del puerto que agora llaman de la Buenaventura, desde donde prosiguió su camino á la ciudad de Cali, en la cual habia ya nueva de su ida y de como venia por Gobernador. É Andagoya procuraba de allegar amigos é favores

para resistirle la entrada y estar en gracia de los Regidores del Cabildo de aquella ciudad, y aunque todos le daban buena esperanza, é le hacian grandes ofrecimientos, deseaban ver ya á sus ojos á Belalcazar, para, llegando, negar al Adelantado é pasarse á él; porque las cosas nuevas aplacen al pueblo, el cual siempre es amigo de novedades y se huelga con ver mudanzas y más en los que gobiernan.

Ibanle al gobernador Belalcazar muchas cartas con grandes ofrecimientos, y Andagoya, sospechoso de algunos, los prendió y proveyó de enviar alguna gente á la montaña para perturbarle la venida; y pasadas algunas cosas que yo no puedo agora escribir, y embajadas é acuerdos, el gobernador Belalcazar llegó á la ciudad de Cali, y, como si por las armas se hobiera de averiguar quién tenia mejor título para gobernar, se pusieron en armas él y lo mismo Andagoya con los que le acudieron, y estovieron muy cerca de afrontar los unos con los otros, é, interviniendo algunos religiosos, se concertó que el gobernador Belalcazar presentase sus provisiones en el Cabildo, y, si le recibieren, quede admitido á la gobernacion, y si no que la use é tenga Andagoya. É ya se le habian pasado á Belalcazar muchos de los que estaban en Cali. Vistas las provisiones, los del Cabildo lo recibieron por Gobernador y espelieron del cargo al Adelantado, el cual, dende é pocos dias, fué preso é llevado á la ciudad de Popayan; y el gobernador Belalcazar escribió al capitan Robledo, y envió á tomar la posesion de las ciudades de Cartago y Ancerma á Pedro de Ayala, mandando que la ciudad de Santa Ana, que entónces se nombraba de San Juan, se llamase la villa de Ancerma. Llegado Pedro de Ayala á Cartago, el capitan Jorge Robledo repartió los caciques que allí hobo entre los conquistadores, é con los demas españoles que quedaron sin repartimiento determinó de ir á descubrir para dalles indios; é así salió de Cartago é fué á la villa de Ancerma, desde donde escribió sus cartas á Belalcazar, é supo que algunos, causados de envidia é emulacion, trataban mal de él en presencia de Belalcazar, y que el mesmo Belalcazar se

holgaba, porque, como era de poco saber y de bajo entendimiento, no sabia con prudencia entender á los que le iban con nuevas é injustas informaciones. Y deseando el capitan Jorge Robledo hacer lo que decimos, se partió de Ancerma llevando por su Alférez al capitan Alvaro de Mendoza, principal caballero de los que andaban en aquella conquista, y que habia muchos años que servia á S. M.; é con cien españoles de á pié é de á caballo, se partió de Ancerma é pasó el rio Grande por el pueblo de Irra. É dejando las cosas de aquella gobernacion en este estado, volveremos á la principal materia, y diremos de la manera que en España fué proveido el licenciado Cristóbal Vaca de Castro por Gobernador del Perú.

CAPÍTULO XXIV.

De cómo el alcalde Diego Nuñez de Mercado llegó en España y dió nueva de la muerte del Adelantado, y como Su Majestad se tuvo por deservido de ello y proveyó por Juez al licenciado Cistóbal Vaca de Castro.

Ya es tiempo que volvamos á la materia de las guerras civiles, porque hasta agora bien habrá visto el lector que el discurso de la obra no nos ha dado lugar para ello, y que lo que hemos tratado ha sido cosas convenibles, y que, si de ellas no hiciéramos narracion, quedara muy gran confusion en nuestro compendio; é para tratar agora de la venida de España á estas partes del licenciado Cristóbal Vaca de Castro, es necesario que digamos cómo se supo en España y quién llevó la nueva de la batalla de las Salinas. Pasó, pues, ansí; que el alcalde Diego Nuñez de Mercado, como siempre se hobiese fiel amigo del adelantado D. Diego de Almagro, despues que en el Cuzco el comendador Hernando Pizarro le hobo cortado la cabeza, procuró de salirse del reino con toda presteza y con la más disimulacion que pudo porque no le estorbasen, y embarcado en un navío se fué luégo á Tierra Firme, y desde allí, con mayor voluntad, navegó é anduvo hasta que se vido en la corte de S. M., y dió nueva de la batalla de las Salinas y de la muerte del adelantado D. Diego de Almagro, é de todo lo demas que habia pasado en el Perú, como aquel que bien lo sabia pues habia sido tercero en todos los negocios y conciertos que hobo entre los gobernadores. Y como el Emperador supo la muerte de Almagro le pesó grandemente, y se tuvo por deservido de las cosas que habian pasado en el Perú, y que un servidor é vasallo suyo tan leal fuese muerto con

tanta crueldad, y mandó á los de su Consejo que proveyesen justicia sobre aquel caso; y dende á poco tiempo allegó á España Diego de Alvarado y tambien Diego Gutierrez de los Rios, los cuales todos contaban lo sucedido en la muerte de Almagro, pidiendo justicia.

Tambien allegó á España D. Alonso Enriquez y otros que contaban las cosas diferentemente de como habian pasado; é los del Consejo de las Indias, deseando ser avisados de la verdad, nombraron por Juez de comision, y para que hiciese las informaciones, al licenciado Cristóbal Vaca de Castro, el cual quieren decir algunos que Hernando Pizarro procuró con el cardenal Loaysa, para que fuese él y le encargaran las cosas del marqués Pizarro, é que se mostrase favorable en sus negocios. En fin, como quiera que haya sido, á este Licenciado se mandó que fuese al Perú á entender en lo que decimos, y que si por caso, durante el tiempo de su llegada allá ó estada, falleciese el marqués D. Francisco Pizarro, S. M. le mandó dar una Cédula Real para que, siendo así ó hallando muerto al Marqués, él pudiese ser Gobernador é tener la provincia en gobernacion como el mesmo Marqués. É porque tambien habian ido algunas quejas á España del doctor Robles, oidor del Audiencia de Panamá, S. M. mandó al juez Vaca de Castro, que llegado á Panamá fuese Presidente el tiempo que allí estoviese, é tomase residencia al oidor Robles é doctor Villalobos; é dejada en órden el Audiencia, y como él fuese servido, se partiese luégo para el Perú, donde, en llegando, tomase las informaciones y mirase de la arte que habian pasado allí las cosas, é luégo lo avisase dello. Vaca de Castro aceptó el cargo, é dió de sí grande esperanza que con diligencia entenderia en ello, é haria lo que al servicio Real conviniese. É luégo que se divulgó en España la venida del licenciado Vaca de Castro al Perú, Diego de Alvarado y otros escribieron á Diego de Almagro é á Juan de Herrada, como el doctor Beltran y otros de los que estaban en el Consejo por Oidores habian recibido grandes presentes del Marqués, por donde se colegía que Vaca de Castro no haria allí recta justicia; y ansí, llegadas

estas cartas causó alguna turbacion en los ánimos de los de Chile. Vaca de Castro, despues que tuvo el despacho para su venida, se partió de la corte y vino á San Lucar, adonde se embarcó, nombrándose Presidente del Audiencia de Panamá. Al Marqués no faltó quien desde España le avisó de la ida de Vaca de Castro, é de cuán cortos poderes llevaba, y que no tuviese nengun recelo porque más iba para le dar favor, que no para que por su causa le viniese nengun deshonor.

Vaca de Castro anduvo por la mar hasta que llegó á Nombre de Dios, y de allí fué luégo á la ciudad de Panamá, donde llegó mediado el mes de Enero de mil é quinientos é cuarenta y dos años; publicaba que traia grandes poderes y comisiones. Llegado á la ciudad de Panamá, fué recibido por Presidente en el Audiencia é Chancillería Real, que por S. M. allí residia; en ella estaban por Oidores el doctor Robles y el doctor Villalobos, y despues que lo hobieron admitido al cargo de Presidente, presentó una Cédula Real, en que por ella S. M. mandaba que tomase residencia á los Oidores, especialmente al doctor Francisco de Robles, que habia mucho tiempo que usaba aquel cargo, é habian de él ido á España algunas quejas. Luégo le suspendió el oficio de Oidor é le tomó la residencia, y, por desear con brevedad partirse al Perú á entender en lo que allá habia que hacer, cometió la residencia al doctor Villalobos, que contra él no hobo demanda ni cargo que le poner, y al licenciado Paez de Laserna, que entónces habia venido por Oidor, de España. Él aderezó luégo su partida é se partió del puerto de la ciudad de Panamá, en un galeon que era del doctor Sepúlveda, yando con él D. Pedro Luis Cabrera é Hernan Mejía, Veinticuatro de la ciudad de Sevilla, y salió del puerto á diez y ocho de Marzo de mil é quinientos é cuarenta é dos años. Iba tambien con él Juan de Casares, Contador del Perú, é Sebastian de Merlo, Secretario que habia sido en aquella Audiencia; é acompañado de algunos navíos se partió para el Perú.

CAPÍTULO XXV.

De las cosas que pasaron en la ciudad de Los Reyes, é de cómo Peralvarez Holguin salió de la ciudad del Cuzco para ir á descubrir.

Por las cartas que se habian escrito de España, se sabia y era público en la ciudad de Los Reyes la venida de Vaca de Castro por Juez; é los de Chile no veian ya la hora que verlo en el reino para pedir justicia sobre la muerte que habian dado al adelantado D. Diego de Almagro. Y pasaban muy grandísima necesidad, y el Marqués en ninguna cosa remediaba su fatiga, ántes bien tenia una estancia y heredad con unos indios, que ya digimos habérsela dado Domingo de la Presa ó vendido á D. Diego, é sucedió que Domingo de la Presa murió en este tiempo, é Francisco Martin de Alcántara, hermano del Marqués, pidiósela, y áun sobre ello hobieron palabras, porque el Obispo, segun decian, pretendia para sí la estancia, y, en conclusion, el Marqués la dió á Francisco Martin, é la quitó á D. Diego. Cosa por cierto muy mal hecha, é no conforme al merecimiento que D. Diego, por respeto de su padre, tenia y merecia, que tanto en aqueste reino habia trabajado é mostrádose en el servicio del Rey. É como de ella se proveian de maíz é de otras cosas convenientes al servicio de la casa, donde todos vivian, sintieron la falta en tanta manera que el mozo D. Diego era compasion oir lo que decia, é quejarse de la crueldad que el Marqués con él usaba. Juan de Herrada, criado que habia sido de su padre, por todas las vías que podia buscaba con qué sustentar á D. Diego y á los que le acompañaban, que andaban muy pobres; verdad sea que el Marqués, por hacer amigos de algunos de ellos, envió á decir

á los capitanes Juan de Sayavedra, é Cristóbal de Sotelo, é Francisco de Chaves, que les queria dar indios de repartimiento con que pudiesen á su placer vivir, y ellos, y áun otros algunos, hacian de la tal promesa burla, diciendo que ántes querian morir de hambre que tener de comer por la mano del Marqués.

Visto por los de Chile la nueva que habia de la venida de Vaca de Castro, determinaron que D. Alonso de Montemayor é Juan de Baeza saliesen vestidos de luto á recibirle hasta Piura, ó donde le alcanzasen, para que fuesen restituidos en lo que habian perdido, é sus enemigos castigados de la traicion que cometieron en matar al Adelantado. Quisieron algunos decir que concertaron con Juan de Herrada é D. Diego de saber bien la intencion de Vaca de Castro, y, si no conformase con lo que ellos aguardaban é creian, que le matarian é recogerian todas las más armas que hobiese. Esto es lo que los del bando de Pachacama dicen, mas por entónces nunca tal concierto de matar á Vaca de Castro pasó, ni tal entre ellos se comunicó, ni iban por más de por informarle de lo que habia sucedido; y tambien, para que si por caso entendiesen que Vaca de Castro venia con propósito de dar favor al Marqués, y á ellos no hacerles entera justicia, que se apercibiesen de armas é allegasen á sí algunos amigos para defenderse de quien los quisiese enojar. É luégo se partieron estos dos para hacer lo que decimos; y el Marqués, como supiese el proveimiento de Vaca de Castro, mandó á un su camarero, llamado Alonso de Cabrera, que fuese á salir á recibirle, é á que aderezasen los aposentos por donde habia de residir y pasar. É aunque recibió el Marqués pena en saber que Vaca de Castro venia, disimulábalo cuerdamente, é daba á entender que se holgaba con su venida. En este tiempo habia salido á descubrir hácia los Chunchos el capitan Peralvarez Holguin con alguna copia de gente, y en la ciudad del Cuzco era Teniente de gobernador D. Pedro de Puertocarrero, y el capitan Peranzures estaba en el Puerto de Plata, adonde eran vecinos muchos caballeros principales, é habia puesto en buena órden á los indios de

aquellas provincias, é los que no querian reconocer sujecion ni dar la obediencia á S. M. eran castigados é constreñidos á lo hacer, y en las demas ciudades é nuevas poblaciones se tenia el mesmo cuidado; y en la ciudad de Los Reyes y en todas las más del reino se cogia muy gran cantidad de trigo é cebada.

Como Antonio Picado, secretario del Marqués, no fuese hombre constante ni mirase con prudencia, que ya que el Marqués era gobernado por su consejo, que convenia encaminarlo en desagraviar é allegar amigos, hacíalo al revés é decia muchas palabras feas contra los de Chile, é áun él fué parte para que al mozo D. Diego se le quitase la estancia é se diese á Francisco Martin; é para vituperar á los de Chile y en oprobio de ellos sacó un dia unas ropas bordadas, é por ellas sembradas muchas higas de oro, con la cual divisa se fué hácia la posada de D. Diego, é arremetiendo el caballo, haciendo grandes meneos con la persona, daba á entender que se las queria arrojar. Los de Chile acuitábanse de ver aquello, quejándose de su calamidad y fortuna, pues ansí Picado queria triunfar de ellos; y desde entónces crecieron las sospechas, é los de Chile temian al Marqués no los matase ó desterrase, é para defenderse buscaban armas. El Marqués fué avisado, y aconsejándole sus amigos que trujese consigo gente que le acompañase é guardase la persona, no le diesen muerte repentina, no quiso tomar su consejo, ántes se salia cada dia de su casa solo, y se iba adonde hacia un molino, en donde los de Chile le mataran, si quisieran ponerse á ello, muchas veces.

CAPÍTULO XXVI.

De las cosas que le sucedieron al presidente Vaca de Castro despues que salió de la ciudad de Panamá para ir al Perú.

Ya contamos en los capítulos precedentes como el presidente Vaca de Castro se embarcó en un galeon en la ciudad de Panamá, acompañado de algunos caballeros que con él fueron, y de otros navíos que iban de mercancía; pues, salido de Panamá, anduvo con buen tiempo hasta que llegó á reconocer un islote de peña que llaman los mareantes Mal Pelo, y de allí salieron los navíos, todos que iban, é anduvieron hasta que reconocieron la isla de la Gorgona, que es en la costa cerca del rio de San Juan. Desde allí los tiempos se les mostraron contrarios, y los aguaceros eran muchos, y los vientos, esparciéndose por el espacioso mar, hacian que las olas se engrandeciesen, trayendo en medio de ellas á los navíos que de Panamá habian salido; é al cabo de algunos dias fueron á reconocer la isla del Gallo, adonde, por tener necesidad el piloto y maestre de la nave donde venia Vaca de Castro, mandaron á los marineros que gobernasen hácia ella para se proveer de agua, y saltaron en tierra D. Pedro Luis Cabrera y Hernan Mejía, é otros algunos. Y estando en tierra quebróse con el temporal la amarra que tenia el navío, é viéronse en gran trabajo los marineros en poder meter en él á los que estaban fuera, y procuraron luégo de seguir su viaje, é navegaron hasta que allegaron á Ancon de Sardinas; é la noche que á él allegaron, vino un tan furioso viento que pensaron ser anegados é perdidos, é anduvieron por la mar derramados los unos navíos de los otros, y, venido el dia, el galeon estaba solo y no se vieron más los otros navíos. Y, visto por el piloto

que no parecia nenguno, quisieron tornar al Ancon de Sardinas, mas no pudieron porque mucho habian descaido de aquella parte, y, venida la noche, como estaban cerca de tierra, con buenas amarras echaron sus áncoras para estar aquella noche sin descaer, con viento contrario, de aquel lugar donde habian allegado. É al cabo de un rato un marinero dió voces al piloto que se iban á tierra; desamarraron el navío, é luégo con la vela del trinquete se salieron hácia la mar, y aunque el piloto procuró que no descayesen no lo pudo hacer, é arribaron á la isla del Gallo, adonde vieron estar un navío surto, é creyeron que era de los que habian salido en su conserva, mas no era así, ántes venia de la provincia de Nicaragua.

Vaca de Castro mandó á Merlo que con el batel fuese á aquel navío, é requiriese á los que en él estaban viniesen luégo á aparecer ante él; y venian dentro uno que habia por nombre Pedro Orejon, que era casado con una hija del gobernador Rodrigo de Contreras, é un Juan de Quiñones, vecino de la ciudad de Leon, é, como supieron que Vaca de Castro estaba en el galeon, fueron á verse con él, é les rogó se fuesen todos juntos, porque habia perdido la compañía que habia sacado de Panamá, y respondiéronle que lo harian. Luégo alzaron las áncoras y partieron de aquel lugar, siguiendo la costa arriba; mas, aunque procuraron los más que pudieron de subir adelante, no podian por causa de los tiempos contrarios que por ninguna manera los dejaban navegar. É visto por el presidente Vaca de Castro con cuánta dificultad navegaban, y los vientos que eran contrarios, y lo mucho que convenia allegar con brevedad al reino, para evitar no recreciese algun escándalo entre los bandos de Chile y Pachacama; juntados los que venian en el galeon, entraron en consulta sobre lo que harian, y acordaron, que pues los tiempos eran tan malos y les faltaban ya los cables é amarras, que debian arribar al puerto de Buenaventura, desde donde podrian ir hasta la ciudad de Cali, adonde hallarian todo aparejo para subir al Perú. Determinado lo que contamos por Vaca de Castro é por los que venian en entrambos navíos, arribaron á

la isla de Palmas, é nenguno de los que allí venian sabia aquel puerto, por estar entre unos rios é metido entre unos montes muy espesos, é que es menester saberlo bien para no errarlo. Habiendo yo ido á Panamá á negociar en la Chancillería Real cierto negocio, volví por este puerto á entrar en la gobernacion, é con haber el piloto, que Martin Hernandez habia por nombre, estado dos veces en él, no acertábamos é pensábamos ser perdidos, porque se ha de entrar por dos ó tres brazos de rios para subir por el que lleva con la marea los navíos al puerto, y anduvimos once dias por entre aquellos rios buscándolo y no lo pudimos jamás hallar, ni topáramos con él si no fuera por un piloto que salió en una barca á cierta pesquería, que nos llevó al rio que va al pueblo de la Buenaventura; digo esto porque pasó mucho trabajo Vaca de Castro en buscar este puerto, y se ponia á mucho riesgo querer entrar en él sin le haber visto.

Llegados á la isla de Palmas, estaban muy pensativos sobre la órden que ternian para poder hallar el puerto; hallaron en aquella isla en una peña un letrero de letras grandes que decia así: «Cualquiera que viniere en busca del puerto de Buenaventura, corra seis leguas Leste-Hueste, y en la playa que llegare verá una gran cruz, caven, é al pié de ella hallarán un calabazo, y en él dentro una carta que les dirá dónde está el puerto.» Y como aquello vieron allí escrito, grande fué el placer que todos recibieron, y Vaca de Castro mandó á un marinero, que entendia el altura, que entrase en el batel y fuese por aquella derrota á buscar aquella carta que estaba en la cruz, pues no se podia por ninguna manera errar, é á Merlo mandó Vaca de Castro que fuese con él en el batel. É luego fueron é allegaron á aquella parte que las letras de la peña habian dicho, é hallaron la cruz cortada por los indios que habia en la costa, é aunque con toda diligencia buscaron la carta no la pudieron hallar; é visto que habian hallado cortada la cruz, acordaron de ir hácia un ancon ó ensenada que hacia la costa, é por allí anduvieron ocho dias sin poder ver cosa alguna ni señal de puerto, é pasados estos ocho dias se

volvió la barca al galeon, adonde los que en él venian padecian gran necesidad de hambre, é no se pudieran sustentar si no fuera por el navío de Nicaragua, que del mantenimiento que habia traido les proveia, é por haber sido el viaje largo unos ni otros no tenian que comer.

CAPÍTULO XXVII.

De cómo el presidente Vaca de Castro se vió en gran necesidad y peligro por no saber el puerto de la Buenaventura dónde era, y de como, al cabo de algunos dias que andaban buscando el puerto, vieron un navío, en el cual venia D. Juan de Andagoya que les dijo el puerto dónde estaba.

Vuelto el batel que habia ido con los marineros á saber del puerto y buscar la carta que creyeron hallar al pié de la cruz, grande fué la pena que recibieron en ver el mal recaudo que traian; Vaca de Castro estaba muy fatigado é pensativo, é tornó á mandar volviese en el batel otro piloto con algunos marineros, á ver si por ventura toparian con el puerto, pues ya la necesidad que tenian de bastimentos era tanta, que por poco tiempo que se dilatase de lo hallar corrian peligro grande. É, metidos en el batel, fueron segunda vez á buscar el puerto, llevando ocho dias de término para poder ir é volver; y aunque anduvieron costeando la costa, y entraron en algunos rios que de aquellas montañas salian á la mar, no hallaron señal ni rastro del puerto ni otra cosa que á él les pudiese guiar. Y estando en determinacion de volverse á la isla de Palmas, para que Vaca de Castro, por la necesidad que tenia de bastimento, se pudiese volver á Panamá, vieron venir por la costa dos navíos que á la vela venian arribando adonde estaba el batel; é viéronlos surgir ó coger las velas, y con los bateles venian para ellos, y traian la mesma necesidad, porque venian de Nicaragua é los pilotos no sabian el puerto ni habian estado en él, é creyeron que los que venian en el batel, los pudieran avisar adonde estaba. Y, como los unos supieron de los otros en lo que andaban, recibieron pena é acordaron con todas tres barcas de ir por aquel ancon, á ver si podrian topar

con el puerto; é aquella noche hizo muy gran tormenta, é pensaron de perecer.

Vaca de Castro y los que estaban en los navíos padecian mucha necesidad de comida; y, estando los bateles para volverse á los navíos, vieron venir un navío, el cual salia del puerto de la Buenaventura, y en él venia D. Juan de Andagoya, hijo del adelantado D. Pascual de Andagoya, que iba á buscar al capitan Cristóbal de Peñas, y á que le diese el Audiencia Real de Panamá provision para que el adelantado Sebastian de Belalcazar dejase ir libremente al Adelantado su padre, que le tenia preso, adonde él quisiese. Y como Don Juan salió por la boca del rio é vido los navíos, metiéndose en la barca del navío, salió por ver lo que era é lo que buscaban; y la tormenta era mucha, é perdió el gobernalle del barco, y si no fueran á le socorrer se perdiera. Pues como supieron de D. Juan que el puerto estaba allí cerca, muy alegres acordaron de volver adonde estaba el Presidente, diciendo á D. Juan que no tenia á qué ir á Panamá, que allí venia el licenciado Vaca de Castro, que era presidente de la Audiencia de Panamá, y podria poner á su padre en libertad y desagravialle del daño que le hobiesen hecho; y, como aquello oyó D. Juan, recibió mucha alegría, creyendo que, pues el presidente Vaca de Castro traia poderes tan amplísimos é bastantes de S. M., como decia, que podria mucho aprovechar al Adelantado, su padre, é sacarlo de las manos é poder de Belalcazar; y diciendo á los que estaban en los bateles que fuesen por el rio que él habia salido, é derechos irian á dar en el puerto que buscaban, D. Juan con su navío fué á la isla de Palmas, adonde estaba Vaca de Castro, el cual le dió un mandamiento firmado de su nombre para que el adelantado Belalcazar soltase de la prision que tenia á D. Pascual de Andagoya. Y llegó en el galeon Vaca de Castro al puerto de Buenaventura, desde donde mandó á Merlo, su escribano, que fuese á notificar el mandamiento á Belalcazar, y á que supiese como por mandado de S. M. iba á los reinos del Perú; donde le dejaremos y diremos lo que sucedió en la ciudad de Los Reyes.

CAPÍTULO XXVIII.

De cómo se supo en la ciudad de Los Reyes la arribada de Vaca de Castro al rio de San Juan, y de lo mucho que lo sintieron los de Chile, y de lo que más pasó en aquel tiempo en Los Reyes.

Al tiempo que salió el presidente Vaca de Castro de Panamá, salieron con él ciertos navíos, como ya contamos, y en Ancon de Sardinas, con el temporal que allí tovieron, se perdieron unos de otros, y el galeon arribó al puerto de la Buenaventura, como está dicho, y los otros, como eran navíos más pequeños y mejores de la vela, pudieron subir arriba y llegar al puerto de Lima, adonde dieron nueva de como viniendo Vaca de Castro por la mar habia tenido tan récios tiempos que habia arribado, y que no sabian si era perdido ó si se volvió á Panamá, ó aportó al puerto de la Buenaventura; y con aquellas nuevas no se holgó poco el Marqués y los de su bando. Los de Chile, como lo oyeron, quejábanse de su corta ventura, pues estábanlo aguardando y con esperanza de lo ver con brevedad, para que los desagraviara en la sinjusticia que les habia hecho en matar al adelantado D. Diego, y á ellos no haberles dado en repartimiento ninguna cosa de lo mucho que habian descubierto é merecido en aquel reino; é andaban muy tristes é pensativos. É pasaban muy grandes necesidades, pues entre diez ó doce de ellos no se hallaba más de una sola capa, con que todos salian; é los vecinos hacianlo tan secamente con ellos, que, aunque los veian morir de hambre, no les ayudaban con cosa ninguna, ni querian en sus casas darles de comer.

Y acercándose el dia de San Juan salieron á caballo

á regocijarse los vecinos, é acaeció un pronóstico muy malo, y fué: que Antonio Picado tomó á las ancas de su caballo á un loco que en aquel tiempo estaba en Los Reyes, llamado Juan de Lepe, é no hobo cabalgado en el caballo, cuando entonando la voz comenzó á decir: «Esta es la justicia que mandan hacer á este hombre»; y como los de Chile le oyeron aquel pregon, holgáronse, y decian que ellos tenian esperanza que el dicho del loco era profecía, y que habian de ser de sus enemigos vengados con semejantes palabras que aquellas.

Quieren decir que en este tiempo los de Chile, viéndose tan desfavorecidos é que no les venia justicia ante quien pudiesen pedir sus agravios, que trataban entre ellos de matar al Marqués, y que el mesmo dia de San Juan pensáron efectuarlo, é que el buen caballero Cristóbal de Sotolo estorbó que no lo hiciesen, diciendo que no convenia hacer tal cosa por entónces; tambien dicen que el Marqués tenia determinado de desterrar á D. Diego é á Juan de Herrada, é hacer justicia de los que viese que andaban soleventados. Mas lo uno ni lo otro no es verdad, porque bien es público á los que en aquel tiempo vivian, como muchas veces el Marqués se iba á un molino, que entónces mandaba hacer á las riberas del rio que por aquella ciudad corre, solo, sin llevar más que un paje sin armas, é yendo tan desacompañado pocos eran menester para le matar si quisieran; mas aunque se trataba entre algunos de vengar la muerte del Adelantado, no se determinaban de matar al Marqués. Ni tampoco podemos creer, ni es cosa decente afirmar, que el Marqués pensase de los desterrar ni matar, pues sabemos que muchos de sus amigos le aconsejaron que los echase de la tierra, y él les respondia que nunca tal cosa por él seria hecha, porque luégo dirian que lo hacia porque no hobiese quien le pidiese en la residencia. Por la ciudad anduvo un tumulto, acompañado con un silencio profundo entre los indios, diciendo que ya se acercaba el dia final del Marqués, en el cual habia de ser por los de Chile muerto; y en los mercados ó tiangues lo hablaban ellos mesmos, y algunas indias lo decian á los españoles que tenian por amos; é decian que el

electo Garci Diaz lo oyó á una india, é que avisó al Marqués de ello, el cual lo echó en risa, diciendo que no se habia de mirar en aquellos abusos, que eran dichos de indios. Pasadas algunas pláticas sobre estos dichos, el Marqués mandó al Obispo que fuese á llamar á Juan de Herrada é lo trajese ante él; y esto era el mesmo dia de San Juan en la tarde. Cuatro ó cinco dias ántes de esto, Juan de Herrada habia sabido como el Marqués recogia armas para prender á los de Chile, ó desterrarlos, ó matar á los que le pareciese, é recatóse en lo oir; é juntándose Cristóbal de Sotelo é Francisco de Chaves y otros de los de su bando, determinaron de mercar armas, y, si el Marqués los quisiese prender ó matar, juntarse é matarle á él primero, si pudiesen. É luégo Juan de Herrada mercó una cota con que andaba siempre armado, é asimesmo mercaron lanzas é otras armas, las cuales tenian escondidas consigo. Don Diego andaba más acompañado que el Marqués; Juan de Herrada ansimesmo, cuando salia, llevaba consigo veinte ó treinta hombres determinados á lo que viniere. Al Marqués tambien le avisaron como los de Chile traian armas é andaban en cuadrillas é trataban de matarlo, é por saber aquello envió con el Obispo electo del Quito á llamar á Juan de Herrada; é viendo que el Marqués le enviaba á llamar, algo se turbó, é los de Chile le quisieron ir acompañando, mas él no dió lugar que ninguno fuese. Lo cual, visto por ellos, quedaron todos puestos en confusion hasta ver volver á su presencia á Juan de Herrada; y estovieron con sus armas apercibidas para ver en qué paraba la ida de Juan de Herrada, porque creyeron algunos de ellos que el Marqués le prendiera, pues que así á solas lo mandaba llamar.

Allegado Juan de Herrada adonde estaba el Marqués, hallólo en una huerta mirando unos naranjos que en ella tenia sembrados; llamando á la puerta le abrieron, é como entró dentro, el Marqués miró para él é dijo: «¿Quien sois?» Respondióle Juan de Herrada que tal le veia que no le conocia, que él era Juan de Herrada. El Marqués le dijo: «¿Qué es esto, Juan de Herrada, que me dicen que andais comprando armas,

aderezando cotas, todo para efecto de darme la muerte?» Juan de Herrada le respondió: «Verdad es, señor, que yo he comprado dos pares de coracinas é una cota, para defender con ello mi persona.» El Marqués dijo: «¿Qué causa os mueve agora á buscar armas más que otro tiempo?» Juan de Herrada tornó á responder é dijo: «Porque nos dicen y es público que vuestra Señoría recoge lanzas para matarnos á todos,» y diciendo esto dijo más: «Ea, pues, acabemos ya, y vuestra Señoría haga de nosotros lo que fuere servido, pues que habiendo empezado por la cabeza, no se yo por qué se tiene respeto á los piés; y asimesmo dicen que vuestra Señoría ha mandado matar al Juez, y si piensa matar á los de Chile no lo haga; destierre en un navío á D. Diego, pues es inocente y no tiene culpa, que yo me iré con él adonde la ventura nos quisiere echar.» El Marqués, con rostro airado, dijo: «¿Quién os ha hecho entender tan gran maldad ó traicion como es esa? porque nunca yo lo pensé; y el Juez más deseo yo de verlo acá que no vos, y Diego de Mora me ha escrito como arribó al rio de San Juan, é así me lo han dicho los maestres que han venido, é por no querer él embarcarse en mi galeon, no está aquí; é en lo de las armas que decís que aderezo, el otro dia salí á caza é no vide en cuantos íbamos una lanza, é mandé á mis criados que mercasen una y ellos mercaron cuatro. Plega á Dios, Juan de Herrada, que venga el Juez, é Dios ayude á la verdad y estas cosas hayan fin.»

Juan de Herrada, en alguna manera se habia ablandado su corazon en oir lo que el Marqués le habia dicho, é le respondió: «Por Dios, señor, que me han hecho empeñarme en quinientos pesos y más, que por mercar armas he gastado, y ansí ando armado con una cota, porque si alguno viniese á matarme me pueda defender.» El Marqués, mostrándole más amor, le dijo: «No plega á Dios que yo haga tan gran crueldad.» Juan de Herrada se quitó le gorra é se quiso ir, é ya que se iba, estaba allí un loco que se llamaba Valdesillo, y díjole al Marqués: «¿Cómo no le das de esas naranjas á Juan de Herrada?» Y el Marqués le respondió: «Por Dios que dices

bien, é yo no miraba en tanto.» Y entónces el mesmo Marqués cortó con su mano media docena de naranjas del árbol, que eran las primeras que se daban en aquella tierra, é dióselas á Juan de Herrada; el cual luégo se fué á su posada, y en el camino encontró más de treinta de los de Chile que salian á le buscar, y muy alegres como le vieron se volvieron con él preguntándole lo que le habia sucedido con el Marqués, y él les dió cuenta de todo ello. D. Diego estaba muy congojado por la tardanza de Juan de Herrada, y, como lo vido, muy alegre se fué para él á le abrazar, é Juan de Herrada le contó á él é á todos lo que le habia pasado con el Marqués.

CAPÍTULO XXIX.

De cómo los de Chile trataban de dar la muerte al Marqués, y de cómo Francisco de Herencia, que era uno de ellos, dió aviso en confesion, y de la remision grande del Marqués y de lo que más pasó hasta que los de Chile salieron á le matar.

Contento estaba en ver que se pasaba alguna parte de mi escritura sin contar cosas tristes é muertes crueles, mas no podemos huir la pluma ni arredralla de la materia que tenemos comenzada, pues mi escritura no es para satisfacer á los vivos, sino para dar fe al tiempo futuro y ser testigo manifiesto de lo que pasó. Y agora ha de contar la historia la muerte del marqués D. Francisco Pizarro, en nada allegada su especie á lo que merecia un varon como él fué, y que tan antiguo era en estas Indias en el servicio Real, é que por su persona habia descubierto tan grande é rico reino é tan próspero como es el del Perú, é adonde se han visto las mayores riquezas de plata y oro que hemos oido que en ninguna parte del mundo se hayan visto; mas consuélese con el adelantado D. Diego de Almagro, á quien él pudiera mandar no matar si quisiera, y con ello se estorbara no morir tan desastrada muerte como el otro. Pues, pasado el dia de San Juan, Juan de Herrada habló con D. Diego é le dijo en secreto como ya habia oido decir la arribada de Vaca de Castro, y áun tambien lo que se publicaba, de que venia sobornado de España con los dineros que el Marqués habia enviado, y áun que, sin esto, sospechaba que el Marqués los queria matar, é que, para librarse de lo uno y de lo otro, determinaba de anticiparse primero é matar al Marqués, é vengar la muerte del adelan-

tado D. Diego de Almagro. D. Diego era muy mozo, é virtuoso, é de gran presuncion, para descender de padres tan humildes tenia grandes pensamientos, y no le faltaba corazon para cometer cualquiera hazaña, mas era tan muchacho que no tenia edad para gobernar por su persona gente ni capitanía, y respondió á Juan de Herrada, que ántes que se determinase á nada, que pensase bien lo que habia de hacer. Aquel mesmo dia entraron en consulta muchos de los que seguian su bando, y despues de haber altercado lo que harian, se resumieron en matar al Marqués de la manera que pudiesen; lo cual estorbó el capitan Cristóbal de Sotelo, diciendo que no lo hiciesen hasta que viniese el Juez, porque, aunque se publicaba venir por no más de comision, podria tener en secreto otros poderes mayores, é, si venido que viniese no hiciese justicia recta y se acostase al bando del Marqués, que los matarian á entrambos. Y por estas causas que Sotelo dijo, por entónces se dejó de hacer lo que ya tenian determinado.

Y salidos de la consulta, uno de los que en ella se hallaron, llamado Francisco de Herencia, lo contó en confesion á un clérigo que ha por nombre Henao, el cual, oyéndolo é viendo el gran mal que vendria al reino é á los naturales de él si el Marqués muriese de aquella manera, é que Dios, nuestro Señor, y S. M. serian desservidos, y los daños que se podrian recrecer entre los españoles, é que las guerras civiles, que habian respirado, se levantarian con mayor incendio, determinó, por excusar estos daños, de avisar al Marqués, el cual aquella noche se queria ir á cenar á las casas de Francisco Martin de Alcántara, su hermano, con sus hijos; y, ántes que fuese, él mesmo, con Antonio Picado, su Secretario, fué á la posada del doctor Juan Blazquez, su Teniente, y le dijo que mirase que le habian dicho que los de Chile andaban levantados, é áun que platicaban de lo querer matar, que remediase con tiempo aquellos dichos y tirase las ocasiones con hacer justicia. El Doctor le respondió que miéntras estoviese en sus manos la vara de justicia, que durmiese descuidadamente, y sin pensar que nenguno se moveria á hacer cosa que sea en

su deservicio. Pasado esto, se fué el Marqués á las casas de su hermano, y dende á un rato entró en el aposento donde estaba su secretario, Antonio Picado, la color demudada, y con él vino un hombre que no quiso mostrarse por no ser conocido; y llegado Antonio Picado al Marqués le dijo que se levantase, que aquel hombre encubierto era el clérigo Henao, que le venia á avisar de como los de Chile le querian matar. El Marqués se levantó é fué allá, y oido de Henao todo lo que convenia para ser avisado, el Marqués le respondió, que algunos, con pensar que por aquel aviso les darian algun caballo ú otra cosa, habian dicho aquello, é que él no veia autor que hiciese la cosa cierta, é que todo era dicho de indios é indias; el clérigo le tornó á amonestar lo primero, diciéndole que él cumplia con lo que habia hecho, é que no creyera que habria en él tanta remision en negocio en que le iba la vida. El Marqués se volvió á la mesa pensativo, y no comió más, é sin pasar mucho tiempo se fué á su casa, é Antonio Picado se fué á la suya á danzar con una amiga que tenia. Cosa mal hecha, porque si él diera aviso de lo que habia pasado y de la sospecha que se tenia á los amigos del Marqués, pudiera ser que se excusara por entónces su muerte, aunque si vino, como es de creer, por juicio divino, no bastaban fuerzas humanas á estorbarlo.

El Marqués se acostó en su lecho pensando en lo que habia dicho Henao; y aquella noche el licenciado Caravajal tuvo aviso de las tramas en que andaban los de Chile, é envió á llamar á Juan de Herrada é le habló sobre que mirase que no hiciese cosa por donde les viniese más daño; á lo cual Juan de Herrada respondió, con disimulacion, no tener propósito de intentar ninguna cosa que fuese en deservicio del Marqués, porque ellos todos aguardaban al Juez, el cual creian que haria justicia. El Licenciado, aunque Juan de Herrada se le justificó, envió á avisar al Marqués para que anduviese acompañado y tuviese de los de Chile el recelo que era justo tener.

CAPÍTULO XXX.

De cómo los de Chile salieron de la posada de Don Diego de Almagro, y de la muerte que dieron al marqués Don Francisco Pizarro, y del ánimo tan valeroso que mostró ántes de su muerte.

Gran turbacion habia entre los de Chile en saber que el Marqués tenia sospecha de las práticas tan secretas que tenian; no sabian si por ventura algunos de los que se tenian por sus amigos, por conseguir la gracia del Marqués y por haber de él alguna merced, lo hubiese avisado, y no cesaban las consultas. Unas veces hablaban en ellas que saliesen á matar al Marqués, otras veces de irse á los pueblos de los indios, é aguardar al Juez, y otras consideraban que el Marqués los tenia por sospechosos, y que con algunas colores que él buscaria les daria á todos muertes crueles. Juan de Herrada les dijo que las armas que hubiese las trajesen allí, y que el tiempo les diria lo que habian de hacer. El Marqués estaba en su casa, é no siendo levantado, allegó á él un paje suyo é le dijo: «Señor, por toda la ciudad se dice, y entre los indios se habla por muy público, que os han mañana de matar los de Chile;» y el Marqués, con grande enojo, le dijo que se fuese para rapaz.

Espantado é admirado estoy con muy gran razon de ver el poco cuidado y gran remision del Marqués, decirle «mañana os han de matar» y echallo por chufeta como si no le fuera en ello nada; por donde, de que me paro á pensar las cosas que han pasado en estos reinos, como los que han leido mis libros habrán visto, me quedo admirado y me parece que Dios, por los pecados del Marqués, le cegó el entendimiento, é fué

servido que muriese muerte tan cruel como murió. É siempre que se ofreciere diré, que una de las causas por donde ha habido tantos alborotos y disensiones en este nuevo imperio de Indias, ha sido por proveer S. M. é los de su alto Consejo el gobierno de las provincias á hombres sin letras, é á muchos que no tienen ser ni linaje de administrar justicia, porque antiguamente los romanos, que mandaron con su saber el mundo, no dieran cargo de república á hombre que no fuera sabio ó jurisconsulto, por ninguna cosa, porque el que ha de gobernar si no es prudente, piensa que todo lo que hiciere ha de ser nada. Lo cual he querido decir, porque si el Marqués como era valiente fuera sábio, é si como era determinado fuera de letras, mirara con prudencia los avisos que le daban, é conociera que diez determinados hombres acometen á cualquier hazaña, aunque requiera grande osadía, pues leemos que Philipo, rey de Macedonia, estando en su palacio acompañado de sus criados é caballeros, le dió de estocadas un principal varon, llamado Pausanias, porque en cierto caso no le quiso hacer justicia. Por que veais si creia Philipo que habia de morir, y si se guardaba de otra manera que no el Marqués, pasó así: Que sabido por él que en el oráculo de Apolo, en Delfos, se habia dado una respuesta por el demonio, que habia de morir con carreta, mandó que en todo su reino no hobiese nengun carro, ni carreta, ni carreton, ni jamás le vieron entrar en pueblos que habia algunos, que de nombre se llamaban así, mas despues, aunque mucho se guardó, en la espada con que lo mató Pausanias hallaron esculpida en ella una carreta. Al gran Julio César, que mandó la mayor parte del mudo, y tenia diez mil hombres de guarda, y era bien quisto de todos los milites romanos, y tenía de su parte las cohortes y legiones pretorias é urbanas, ¿no lo mataron en un templo Bruto é Casio y otros hasta treinta, é le dieron veintitres puñaladas? Y sin estos, muchos Príncipes é grandes señores murieron por mano de un hombre atrevido; lo cual, pues es cierto, ¿cómo pensaba el Marqués que estaba seguro, é que no eran parte para le matar? ¡Mia fe, ce-

gáronle sus pecados y la permision de Dios, que quiere que su justicia sea clara, y en algunos tiempos y por algunos casos manifiesta á los hombres!

Venido el dia siguiente, que era el domingo, tornaron á hablar al Marqués sobre que se guardase de los de Chile, y decian que en aquel mesmo domingo le habian de matar, y con mucha tibieza mandó al doctor Juan Blazquez que prendiese á los principales de Chile, é pusiese en ello recaudo. Algunos quisieron decir que Domingo Ruiz, clérigo, y Perucho de Aguirre dieron de esto avisó á Juan de Herrada. Y venido el Doctor tornó á decir al Marqués, que miéntras él tuviese la vara en la mano, que estoviese seguro de no recibir nengun enojo ni deservicio, y que él entenderia en hacer en aquel dia las informaciones; y pasadas estas práticas se fueron á misa el Doctor y todos los más que alli estaban. Y estando los de Chile en la posada de D. Diego, entró uno de ellos, llamado San Millan, é muy turbado y dando grandes sospiros se fué adonde estaba Juan de Herrada, é muy descuidado de salir aquel dia á hacer lo que luégo hicieron, y le dijo: «¿Qué haceis, que de aquí á dos horas nos han á todos de hacer cuartos? y esto me ha dicho el tesorero Alonso de Riquelme.» Lo cual era mentira, porque el Tesorero no le dijo nada, y él levantaba de su cabeza todo aquello para insistir á Juan de Herrada á que saliese; el cual, levantándose de la cama tomó sus armas é se juntaron con él Martin de Bilbao, é Baltasar Gomez, y Diego de Hoces, é Juan de Guzman, el mesmo San Millan, Juan Sajo, natural de Navarra, Narvaez, Francisco Nuñez, de Granada, Juan Rodriguez Barragan, natural de Los Santos, Porras, de Ciudad-Rodrigo, Pedro Cabezas, Velazquez, el Comendador de San Juan, Bartolomé de Anciso, Arbolancha, Jerónimo de Almagro, Enrique Losa, Pineda, paje del Adelantado. Juntos estos, pública é descubiertamente, con ánimo de varones esforzados, determinaron de perder las vidas ó matar al Marqués, creyendo que aquel mesmo dia pensaba hacer de ellos justicia.

Dieron parte á Pedro Picon, natural de Mérida, y á Mar-

chena, é á Francisco de Chaves, capitan que fué del viejo Almagro, para que saliesen con sus caballos á la plaza á tenella segura; tambien supo la conjuracion el bullicioso mancebo, García de Alvarado y Sosa, el galan, é Martin Carrillo, y Peces, y Martel, natural de Sevilla, Francisco Coronado, de Badajoz, Juan Asturiano, Pedro Navarro, Diego Becerra, Juan Diente, los cuales tambien se apercibieron para dar favor á los que hebian de salir á hacer lo que decimos. Y ántes que saliesen enviaron un espía á ver lo que hacia el Doctor, y cuántos iban á las casas del Marqués, porque ya ellos sabian que no habia salido á misa; y áun dicen que el Doctor envió un espía, é que al tiempo que entró se metieron todos dentro, porque no los pudiese ver, y como pasase por junto á las casas donde ellos estaban, Montenegro, vecino de Los Reyes, le metieron por fuerza en ellas, y él, como supo lo que querian ir á hacer, lo procuró estorbar, mas nó bastó su dicho á ello.

CAPÍTULO XXXI.

En que se concluye el pasado hasta que el marqués D. Francisco Pizarro fué muerto por los de Chile.

Juntados los que tengo dicho, en la posada de D. Diego, sin mandárselo él ni tampoco estorbarlo, Juan de Herrada dijo: «Señores, mirá que si nos mostramos con ánimo é nos damos maña á matar al Marqués, que vengamos la muerte del Adelantado y ternemos en la tierra el premio que merecen los servicios que le hemos hecho al Rey en ella, y si no salimos con nuestra intencion, nuestras cabezas serán puestas en el rollo que está en la plaza; pero cada uno mire lo que le va en este negocio.» Todos le respondieron conforme á lo que él deseaba, é así salieron de donde estaban, armados con cotas é coracinas y alabardas, y dos ballestas, é un arcabuz, y á grandes voces iban diciendo: «¡Viva el Rey, mueran tiranos!» García de Alvarado, con los que hemos nombrado, salió por otra calle á caballo á les dar favor. Prosiguiendo su camino los de Chile hácia las casas del Marqués, iban atravesando hácia la plaza por las calles de la ciudad, adonde habia más de mil hombres, solos diez é nueve, é aunque oian el apellido, por algun secreto juicio de Dios, no lo estorbaban, ántes decian: «O van á matar al Marqués ó á Picado.» Los conjurados fueron todavía la plaza adelante diciendo: «¡Viva el Rey, mueran tiranos!» é algunas veces nombraban á Almagro; y así allegaron sin contraste á las casas del Marqués, las cuales son fuertes, y que para llegar adonde él estaba hay dos patios, y en el uno unas portadas estrechas, en las cuales estaban unas puertas tan fuertes, que si un hombre solo cerrara el cerrojo, no eran parte doscientos que vinieran á le enojar; sin esto, adonde él

estaba habia otra puerta que, á ponerse en ella todos los que con él se hallaron, no eran parte los que venian á le enojar; mas no hobo atencion á nada de esto. Estaban en el patio Lozano, su Maestre-sala, é un Antonio Navarro, é Hurtado, su criado, y con él estaban en la sala, con solamente capas y espadas, Francisco Martin de Alcántara, y el capitan Francisco de Chaves, D. Garci Diez, obispo del Quito, su Teniente, el doctor Juan Blazquez, el veedor García de Salcedo, Luis de Rivera, Juan Ortíz de Zárate, Alonso de Manjarres, D. Gomez de Luna, el secretario Pedro Lopez de Cáceres, Francisco de Ampuero, Rodrigo Pantoja, Diego Ortíz de Guzman, el capitan Juan Perez, Alonso Perez de Esquivel, Hernan Nuñez de Segura, Juan Enriquez, el viejo, Gonzalo Hernandez de la Torre, Juan Bautista Mallero, Hernan Gonzalez, y otros algunos criados del Marqués é de los que con él estaban. Y estando hablando el Marqués con el electo obispo del Quito, Diego de Vargas, su paje, hijo de Gomez de Tordoya, estaba á la puerta de la calle, y como viese por la plaza venir á los de Chile y conociese á Juan de Herrada é á Martin de Bilbao, con gran turbacion entró por las casas dando voces, diciendo: «¡Arma, arma, que todos los de Chile vienen á matar al Marqués, mi señor!» A estas voces el Marqués é los que con él estaban se alteraron é bajaron hasta ponerse en el descanso que hacia la escalera, para ver lo que era, y en esto los de Chile entraban ya por el segundo patio diciendo: «¡Viva el Rey, mueran tiranos!» y Jerónimo de Almagro hirió malamente á Hurtado, criado del Marqués; Lozano, su Maestre-sala, animosamente se mostró contra ellos, mas siendo él solo poco aprovechaba su ánimo, y por intercesion de Diego Mendez no lo mataron. Los que estaban con el Marqués se retiraron dentro á la sala, y con mucha cobardía todos los más de ellos huyeron feamente: el Doctor, con su vara, se arrojó por una ventana que salia á la huerta, é lo mesmo hizo el veedor García de Salcedo, é otros con tanto miedo é temor iban, que les parecia que los de Chile descargaban sus espadas en ellos. Algunos se metieron entre las camas y debajo de los aparadores.

El Marqués y Francisco Martin, su hermano, y D. Gomez de Luna, é Vargas y Cardona, sus pajes, se metieron en la cámara que estaba más adentro para armarse. Francisco de Chaves y Diego Ortíz de Guzman, y Juan Ortíz é Pedro Lopez de Cazalla, é Bartolomé de Vergara, con algunos que no huyeron, estaban en la sala turbados y no sabian qué se hacer. El Marqués, con ánimo valeroso, echando de sí una ropa larga de grana que tenia vestida, se entró en su recámara á armarse, é se vistió unas corazas, é tomando una espada ancha que le sirvió en el descubrimiento, la sacó de la vaina, diciendo: «Vení acá vos, mi buena espada, compañera de mis trabajos.» La puerta de la sala habianla cerrado, y los de Chile subian por la escalera, é Juan de Herrada delante diciendo: «¡Oh, dia dichoso y de grande felicidad, y cómo todos han de conocer que Almagro fué digno de tener tales amigos, pues tan bien supieron vengar su muerte en el cruel tirano que fué causa de ello!» El capitan Francisco de Chaves salió de donde se habia metido con el Obispo, é mandó que abriesen la puerta, y aúnque le dijeron que mejor estaba cerrada, pues con defenderla algun rato estaban ciertos que les vendria socorro, no bastó, porque vino á mandar que la abriesen; é abierta que fué, encontró con Juan de Herrada é con los otros, á los cuales, con mucha humildad é sin semblante de resistencia, pues áun no echó mano á la espada, les dijo: «Señores, ¿qué es esto? no se entienda conmigo el enojo que traeis con el Marqués, pues yo siempre fuí amigo.» No le respondieron palabra los delanteros, y volviendo Juan de Herrada la cabeza á los que venian atras, Arbolancha le dió una estocada mortal, de que luégo el capitan Francisco Chaves cayó dando arcadas con la muerte, y fué rodando hasta el patio; los de Chile subieron á la sala diciendo: «¿Qué es del tirano? ¿Dónde está?» Martin de Bilbao allegó á la cámara donde estaba el Marqués, y Juan Ortíz de Zárate con una alabarda le dió una herida ó dos, y el Juan Ortíz fué tambien herido malamente. Algunos quisieron decir que este Juan Ortíz de Zárate avisó á los de Chile que el Doctor los queria prender por mandado del Marqués, y otras

cosas que hallo ser dichos de pueblo y no se puede averiguar nada, y por lo que hizo se colije ser mentira. Francisco Martin de Alcántara estaba á la puerta de la cámara con su espada en la mano, y como viese que los de Chile habian ganado la segunda puerta, se retrajo á la recámara donde estaba el Marqués, su hermano, para le ayudar y morir con él. Los de Chile daban grandes voces diciendo: «Muera el tirano, que se nos pasa el tiempo y podria ser que le viniese favor.» El Marqués decia: «¿Qué desvergüenza tan grande ha sido ésta? ¿por qué me quereis matar?» y ellos, llamándole traidor, pugnaban por entrar para matarle.

El anciano Gobernador no dejaba con su denuedo de querer que la fama, que nunca muere, tuviese un punto de menoscabar el gran valor con que su persona se adornaba; tan animoso y de fuerte corazon se mostraba, que yo creyera, si estoviera en un campo espacioso, ántes que por sus enemigos muriera tomara por sí propio la venganza. Los de Chile que vieron que no le podian entrar, pidieron á grandes voces lanzas cumplidas con que desde afuera le pudiesen matar; dos pajes, mancebos, estaban con el Marqués, el uno llamado Vargas y el otro Cardona, é con sus espadas en las manos se pusieron al lado del Marqués, su señor. Pues viendo los de Chile que no le podian entrar, y que habia ya gran rato que estaban allí, usaron de un ardid mañoso, y fué de echarle do estaba el Marqués uno de ellos por fuerza, para que, embarazándose con él, ellos toviesen lugar de entrarle; y así á un Narvaez, con grandes empujones que le dieron, le hicieron entrar dentro, y el Marqués le dió tales golpes que murió de ellos, y los de Chile entraron dentro de rondon, y Martin de Bilbao y otros descargaron sus golpes en el Capitan, que de descubrir reinos é conquistar provincias nunca se cansó, que estaba envejecido en el servicio Real. Francisco Martin, si aprovechara su deseo conforme á lo que de sí mostró, nunca triunfaran del Marqués ni de él. El Marqués, despues de haber recibido muchas heridas, sin mostrar flaqueza ni falta de ánimo, cayó muerto en tierra; nombrando á Cristo, nuestro

Dios, espiró, quedando el cuerpo del generoso Capitan adornado del ser que requeria un tan famoso español como él fué, tendido en el suelo. Fué su muerte á hora de las once del dia, á veinte é seis dias del mes de Junio, año de nuestra reparacion de mil é quinientos é cuarenta y un años; gobernó por él é por sus Tenientes, desde la villa de Plata hasta la ciudad de Cartago, que hay nuevecientas leguas y más; no fué casado, tuvo, en señoras de este reino, tres hijos y una hija; cuando murió habia sesenta é tres años é dos meses. Vidose en el cielo una señal ántes que él muriese, que claramente demostraba que habia de suceder en el reino alguna cosa notable, y fué que vieron la luna estando llena, clara, é dende á un poco se encendió y declinó su color, á rubia sangre la mitad de ella, y la otra mitad negra, y mostraba lanzar de sí unas esponjas, todo de color de sangre; muchos hobo que lo vieron así como yo lo cuento. Fué muerto asimesmo su hermano Francisco Martin de Alcántara, y los dos pajes Cárdona y Vargas, y fueron heridos malamente D. Gomez de Luna, é Gonzalo Hernandez de la Torre, é Francisco de Vergara, y Hurtado.

CAPITULO XXXII.

De las cosas que más sucedieron en la ciudad de Los Reyes despues de la muerte del marqués D. Francisco Pizarro.

Muerto de la manera que habemos contado en los capítulos precedentes el marqués D. Francisco Pizarro, los agresores salieron dando grandes voces diciendo: «¡El tirano es muerto!» y acudian todos los más que allí estaban de los de Chile, armados y en sus caballos, y aprobando lo hecho decian unos y otros: «¡Viva el Rey y póngase el reino en justicia!» El secretario Antonio Picado, que la noche ántes se habia ocupado en danzar y otros pasatiempos de mancebo, como oyó el ruido y supo el suceso de la muerte del Marqués, fué grande su turbacion y la congoja que su ánimo recibió; y sin tiento ni consejo, temeroso, se fué á las casas del tesorero Alonso de Riquelme, adonde debajo de las cortinas de una cama se puso: el teniente Juan Blazquez se habia ido á esconder al monasterio de Santo Domingo. Y habíase extendido por la ciudad fama que el Marqués queria matar á D. Diego, lo cual oido por el capitan Gomez de Alvarado, hermano del adelantado D. Pedro, salió á la plaza con una lanza en la mano, y, como supo la verdad, comenzó á afear lo hecho, diciendo que habian muerto á un hombre muy valeroso; y, estando hablando esto él y el gobernador Francisco de Barrionuevo, allegó Juan de Herrada; y, como Gomez de Alvarado lo vido, le dijo: «¿Paréceos bien esto que haceis é habeis hecho?» Juan de Herrada respondió: «Otra cosa decíades vos ayer.» Dijo Gomez de Alvarado: «No es así.» Tornó á replicar Juan de Herrada, y dijo: «Sois mi padre, y téngoos de sufrir más que eso;» y con mucha ira, despues de le haber dicho esto, le

mandó que se entrase en la iglesia. Y algunos de los de Chile quisieron sacar el cuerpo del Marqués arrastrando, para ponelle en el rollo, y por ruego del obispo del Quito y de otros se dejó de hacer, y Juan de Barbarán y su mujer, y el secretario Pero Lopez, natural de Llerena, tomaron en un paño blanco el cuerpo del Marqués, y con mucha priesa lo llevaron á la iglesia, y como mejor pudieron hicieron un hoyo, en el cual le pusieron.

D. Diego vino acompañado de todos los principales, é se aposentó en las casas del Marqués, y sus amigos y consortes engrandecian lo que se habia hecho, diciendo que él y no otro habia de ser Gobernador, y que S. M. lo ternia por bien. Y luégo, pasado esto, se recogieron todas las armas y caballos é arcabuces que habia en la ciudad, y se hicieron algunos insultos é atrocidades, como en tiempos tan calamitosos se suelen hacer; á Diego Gavilan, el conquistador, dicen que le hurtaron en oro más de catorce mil pesos, de lo cual hobo despues poca parte, y robaron las casas del Marqués, y las de Francisco Martin, y las de Picado. Al tiempo que mataron al Marqués, estaban visitando al capitan Francisco de Godoy Diego de Agüero, é Jerónimo de Aliaga, Rodrigo de Mazuelos, Diego Gavilan, Rivera é otros, los cuales se habian ido á armar, oido el ruido, para defendelle; mas cuando acudieron fué tarde é no aprovechó su ayuda. É andaba en la ciudad gran bullicio, é, aunque pesó á muchos la muerte del Marqués, no osaban mostrar sentimiento, é tenian por cierto que el daño habia de ser mayor. El capitan Juan de Sayavedra no se halló en estas consultas, ántes mostró pesarle despues de que supo la muerte del Marqués, y fué á sus casas acompañado de algunos amigos suyos, é á favorecer á Diego Ortíz de Guzman. D. Baltasar de Castilla luégo fué adonde estaba D. Diego, y le sirvió desde entónces hasta que fué desbaratado en Chupas. Juan de Herrada, García de Alvarado, Francisco de Chaves y otros, entraron en su acuerdo para lo que habian de hacer, y determinaron de prender á los vecinos; y ansí, despues de haberles quitado los caballos é armas, fueron presos el licen-

ciado Benito Xuarez de Caravajal, el factor Illan Xuarez de Caravajal, su hermano, y el capitan Diego de Agüero, é Jerónimo de Aliaga, y Rodrigo de Mazuelos y Diego Gavilan, y otros algunos, los cuales llevaron á la iglesia adonde ya estaba Gomez de Alvarado.

Como el ruido que andaba en la ciudad fuese grande, y todos anduviesen tan desasosegados, los frailes del monasterio de Nuestra Señora de la Merced, pensando que los de Chile hicieran más daño en la ciudad, sacaron el Santísimo Sacramento, verdadero Dios nuestro, para que, por la debida reverencia, se toviese respeto á no matar ni á robar; é acertó á pasar por aquella calle el capitan Francisco de Chaves, é hizo una cosa tan fea y de mal cristiano, que yo me espanto cómo los demonios no le llevaron improvisamente á su poder, é fué que, como vido salir los frailes y el *Corpus Domini*, sin hacer ningun acatamiento ni reverencia á Su Majestad, con gran desden é poco temor de su deidad é menosprecio de los religiosos, dando una mangonada dijo: «Meteos padres en la iglesia que no teneis para qué salir.»

Despues de que tovieron todas las armas, y hobieron preso á los que tenian por sospechosos é puéstoles guardas, D. Diego é todos los más capitanes se retrajeron á sus posadas, y el capitan Cristóbal de Sotelo vino adonde estaba D. Diego, espantado en saber que tan presto y con tanta facilidad hobiesen muerto al Marqués; y quisiera que se hobiera dilatado hasta la venida del Juez, porque así lo habia dado siempre por parecer.

CAPÍTULO XXXIII.

De las cosas que fueron por los de Chile hechas, y de cómo recibieron á D. Diego por Gobernador, y de la prision de Antonio Picado, y de cómo vino de España el licenciado Rodrigo Niño, y Orihuela.

Presos los más principales vecinos de la ciudad de Los Reyes, y apoderados en la ciudad y habido en su poder los caballos é armas, trataban de que D. Diego fuese recibido por Gobernador. La nueva de la muerte del Marqués en breve tiempo fué divulgada y extendida por todas las comarcas de las provincias, y era entendido por los indios; y, como por todos ellos fuese sabida, lloraban sintiéndolo en gran manera, diciendo que los cristianos habian sido muy crueles en matar á su Capitan, y que grandes males habian de venir por su muerte, y que nunca tendrian quien los amparase ni mirase, como aquel que fué el primero que los descubrió é conquistó. Dicen que luégo se publicó entre los mesmos indios la batalla que se habia de dar en Chupas, é la venida de Vaca de Castro. Pues volviendo á contar de D. Diego de Almagro, que ya se habia ido á su casa, pareciéndole á Juan de Herrada y á los de su valia, que seria cosa acertada entender que los del Cabildo le recibiesen por Gobernador, para que tuviese el reino en justicia, hasta que, sabido por S. M. la justa venganza que habia tomado de la muerte de su padre, le hiciese merced de la Gobernacion; y pareciéndoles que los vecinos que estaban detenidos en la iglesia no estaban seguros, acordaron de los traer allí, y luégo fué hecho y les pusieron guardas. Y mandaron que se juntasen los Regidores y Alcaldes, y que recibiesen á D. Diego por Gobernador, los cuales ya sabian la

intencion de D. Diego é de Juan de Herrada, é pareciéndoles que, aunque era gran yerro, el menor daño de lo que podria resultar era recibillo por Gobernador, dicen que entre ellos se hizo una esclamacion relatando la fuerza que recibian; y áun tambien dicen que Rodrigo de Mazuelos habló muy sueltamente, en el ayuntamiento que hacian, contra D. Diego, y que querian, que, ya que lo recibian por Gobernador, tomase por acompañado al tesorero Alonso de Riquelme, y que estando los de Chile pensando en ello, D. Antonio de Garay dijo que no tenia él á D. Diego por de tan poco saber, que para gobernar quisiese compañía. Y al fin fué recibido por Gobernador, y quitaron las varas á los Alcaldes ordinarios é las dieron á Peces y á Martin Carrillo, y por Teniente de gobernador fué nombrado Cristóbal de Sotelo. Juan de Herrada era el que gobernaba á D. Diego é le imponia en lo que habia de hacer.

Y como hasta entónces no hobiesen preso al secretario Antonio Picado, acordaron de lo ir á prender en las casas del tesorero Alonso de Riquelme, donde ya sabian que estaba; buscándole en su casa, dicen que el Tesorero decia, cuando le preguntaban por él: «que no sé del señor Antonio Picado, ni le he visto,» y que guiñaba con los ojos, diciendo por aquella seña que lo hallarian debajo de la cama, donde le prendieron. É, porque dijese del tesoro del Marqués y de las escrituras que tenia, acordaron de lo tratar bien para que, pensando que no le habian de matar, dijese de ello; y le llevaron á las casas de D. Diego, que ya se llamaba Gobernador. De España venia un caballero, natural de Toledo, llamado el licenciado Rodrigo Niño, y éste y un Francisco de Orihuela venian encaminados al Marqués; el Orihuela con despachos que le traia, y el Licenciado para ser su abogado en la residencia; adelante diremos el suceso de ellos. En este tiempo mataron á un trompeta, tambien criado del Marqués; tambien prendieron á Hurtado, al cual hallaron en el aposento del obispo D. Garci Diaz, é cierto oro é joyas, que hallaron en una recámara del Marqués, se dió por inventario á los oficiales. Un hombre salió de Los Reyes é fué á dar aviso de lo que habia sucedido á

Alonso de Cabrera, camarero del Marqués. D. Diego mandó que buscasen todos los papeles y escrituras que tenia el Marqués, y abrieron un testamento que habia hecho ántes que muriese; y entre las escrituras hallaron cartas del Comendador mayor, D. Francisco de los Cobos, y del doctor Beltran, y del Cardenal, y de otros Grandes de España, favorables para el Marqués.

Pareciéndole que seria muy bien enviar á la ciudad del Cuzco aviso de la muerte del Marqués, al capitan Grabiel de Rojas é á los demas amigos de su padre, para que estoviesen de ello advertidos (y áun dicen que envió provision de Teniente á Grabiel de Rojas); por estar en la ciudad de Los Reyes un hombre muy diligente llamado Juan Diente, le mandó que fuese luégo al Cuzco con la nueva, é anduvo en cinco dias á pié tanto camino, que es cosa ridiculosa de creer, mas muchos testigos viven hoy que saben ser cierto lo que yo aquí afirmo, y es que Juan Diente anduvo en cinco dias ciento ó veinte leguas que hay desde Los Reyes al Cuzco, tan áspero é trabajoso camino, é tan poblado de nieves, como en otras partes hemos escrito, no embargante que algunos dicen que los indios lo llevaron la mayor parte de ellas encima de sus hombros en una hamaca.

CAPÍTULO XXXIV.

De cómo D. Diego de Almagro, habiendo ocupado con tiranía la ciudad de Los Reyes, despachó mensajeros á algunos de las ciudades del reino, para que le recibiesen por Gobernador.

Apoderado en la ciudad de Los Reyes D. Diego de Almagro, é habiéndole ya recibido por Gobernador en ella, procuró por consejo de Juan de Herrada, é de Cristóbal de Sotelo, y de Francisco de Chaves y de los demas, que debía procurar allegar á sí con palabras amorosas á los vecinos de la ciudad, y que se escribiesen cartas y se enviasen mensajeros por todas las ciudades del reino, principalmente al capitan Alonso de Alvarado, que estaba por Teniente del Marqués en la ciudad de la Frontera, que es pueblo en las Chachapoyas, escribiéndole graciosamente que holgase de tener con él amistad y ser su Teniente en la ciudad que tenia á cargo; y luégo se hizo así. García de Alvarado, por intercesion de D. Diego, fué á hablar á Gomez de Alvarado, persuadiéndole que se acordase de la vieja amistad que tuvo con el adelantado D. Diego de Almagro, y que no quisiese desechar al hijo ni mostrarse neutral. Gomez de Alvarado, de allí adelante, fué á hablar á D. Diego, que todos llamaban Gobernador, é á ofrecérsele como de primero; é á Trujillo enviaron mensajero, é Diego de Mora, que allí era Teniente, escribió á D. Diego muy graciosamente mostrando holgarse con lo que habia hecho. Y Don Alonso de Montemayor, que ido habia á saber del Juez, como supo que habia arribado á la Buenaventura y lo que habia sucedido en Los Reyes, se volvió. Juan Balsa recogió las armas que pudo é algunos caballos, para irse donde estaba Don Diego.

Alonso de Cabrera, que ya digimos que era un criado del Gobernador, que estaba en Guaylas, como supo la muerte del Marqués, su señor, recibió mucha pena, é procuró de allegar algunos españoles para con ellos ir á salir á alguna parte que pudiese dañar á los de Chile; é sabido en Los Reyes como Cabrera juntaba gente, Juan de Herrada le escribió persuadiéndolo que se viniese á la ciudad y le darian los hijos del Marqués en guarda; mas él, locamente é sin mirar el tiempo presente é su mutacion, respondió casi amenazando, cosa que no le aprovechó nada, é á los de Chile encendió en ira, é tenian voluntad de le haber á las manos para le quitar la vida. É aunque supieron que Diego de Mora se habia mostrado amigo de D. Diego de Almagro, por consejo de Juan de Herrada y de Cristóbal de Sotelo, se acordó de enviar á García de Alvarado con cuarenta de á caballo para que fuese á Trujillo, é hiciese en aquella ciudad lo que viese que convenia á su partido. Y luégo se partió García de Alvarado camino de Trujillo, y, en un aposento que llaman el Tambo Blanco, encontró con Luis García Samamés, señor de los indios de los Conchucos, el cual dijo á García de Alvarado que no tenia para qué pasar adelante, porque Diego de Mora é todos los demas que estaban en Trujillo se habian mostrado singulares amigos suyos, é que harian todo aquello que les mandase, como no fuese en deservicio de la Majestad Real; y que si iba allá que seria alborotar la ciudad é dar lugar á algun desasosiego. García de Alvarado, pareciéndole bien lo que decia Luis García Samamés, se volvió á Los Reyes, adonde, sabiendo que Cabrera allegaba gente, D. Diego le mandó que se embarcase en el galeon que allí estaba, é llevase cincuenta de á caballo y veinte arcabuceros, y fuese á prenderle, é correr la costa hasta la ciudad de San Miguel; García de Alvarado lo hizo así como le fué mandado, y, embarcándose en el galeon, se partió, con la gente que hemos dicho, camino de Trujillo.

CAPÍTULO XXXV.

De cómo García de Alvarado se partió de Los Reyes y desembarcó en Santa, y prendió á Cabrera, y anduvo hasta que llegó á San Miguel, y de los que mató en el camino, y de como el capitan Alonso de Alvarado alzó bandera por el Rey.

Aderezado García de Alvarado de lo que habia de llevar, y embarcada la gente y caballos en el galeon, se partió luégo é fué á desembarcar al valle de Santa, adonde tuvo nueva de como Cabrera con otros venia á aquel valle; y los indios, teniéndolo por cosa cierta, habian aparejado mucha comida é yerba para los caballos. Y era verdad que Cabrera é Barroso, é otros siete ú ocho que se habian juntado, venian de la sierra á se juntar á los llanos con pensamiento de ir á buscar al licenciado Vaca de Castro, mas García de Alvarado se dió tal maña, que prendió á Cabrera é á Barroso, y á Cáceres y á otros tres, y de ellos supo como no venian más que ellos; é viendo García de Alvarado que allí no habia más que hacer se fué con los presos á la ciudad de Trujillo, yendo muy recatado que no le sucediese algun desman. Yo me informé de soldados que anduvieron en aquel tiempo con él, y me afirmaron que jamás se quitaba las armas, ni se cansaba con nengun trabajo, ántes los compadecia alegremente, dando de sí ejemplo á los que militaban debajo de su bandera; y, estando en la ciudad de Trujillo, aunque Diego de Mora se mostraba muy amigo de Almagro, sospechando que podria ser los vecinos de aquella ciudad levantarse contra él é matarle, por quitar estos inconvenientes, con toda la gente que con él habia venido, se metió en las casas del Marqués, y allí con el cuidado que decimos estaba, no consintiendo que se hiciese

nengun mal en la ciudad, aunque él tomó los dineros de los difuntos que estaban en depósito é algunos caballos é armas. Y desde Trujillo, en el galeon que él habia traido, mandó llevar los presos hasta la ciudad de San Miguel é puerto de Paita, y él con su gente se partió para la mesma ciudad de San Miguel; donde le dejaremos y dirá la historia del arte que el capitan Alonso de Alvarado supo la muerte del Marqués, que fué ántes que los matadores cumpliesen su intencion dañada.

Dábanse parte unos á otros de lo que pensaban hacer, y estando en la ciudad de Los Reyes un soldado, que habia estado en la conquista de Moyobamba con el capitan Alonso de Alvarado, supo de ellos lo que pensaban, y porque no hobiese ocasion de que él desirviese al Rey, ni se hallase en la congregacion de los de Chile, se partió luégo para ir á dar aviso de lo que sabia al capitan Alonso de Alvarado, y en cinco dias anduvo hasta llegar á Tenpucle; é, yendo más adelante, en unos pueblos topó con un vecino de Guanuco, llamado Juan de Mora, al cual dijo lo que pasaba y como la gente de Chile tenia intencion malvada contra el Marqués. Y este soldado, llamado Carrillo, prosiguió su camino hasta llegar á la ciudad de la Frontera, adonde halló ausente al capitan Alonso de Alvarado, que era ido á conquistar una provincia que está en las Chachapoyas; y como dende á pocos dias los de Chile matasen al Marqués, en poco tiempo fué la nueva á la ciudad de Guanuco, donde estaba Pedro Barroso, que allí era Teniente; é, sabiéndolo, acordaron él é los vecinos de ir á juntarse con el capitan Alonso de Alvarado, que estaba en las Chachapoyas, y Juan de Mora con mucha priesa se partió luégo para dalle con brevedad la nueva, y desde el camino, con un anacona que mucho andaba, le escribió una carta, dándole por ella aviso de lo que habia sucedido. Llegado este indio con la carta, y sabido por el Capitan la desastrada muerte del Marqués, grande fué la pena que recibió; Juan de Mora, vecino de la ciudad de Guanuco, allegó á Chachapoyas, y como por el Capitan fuese entendida enteramente la muerte

que dieron al marqués D. Francisco Pizarro, con los que allí habia, se fué á la ciudad de la Frontera y mandó juntar los Regidores. Con voluntad y consentimiento de todos ellos fué recibido por Justicia mayor é Capitan general del Rey, contra cualesquier que quisiesen ocupar el reino sin su voluntad Real; é luégo alzó bandera en su Real nombre é se publicó por enemigo de los de Chile. Y hechas estas cosas por el Capitan, mandó llamar ante sí todos los caciques de la comarca, é les habló muy amorosamente, diciéndoles que ya sabian la muerte que los de Chile habian dado al Marqués, y que pues ellos habian sido dél siempre bien tratados, que les rogaba que tuviesen por todos los caminos espías, é que si viniesen algunos españoles le avisasen, ó que no tuviesen en ello descuido. Los caciques respondieron que harian todo aquello que les mandase, y juntos los que habian venido de Guanuco, y por todos recibido por Capitan, mandó que se pertrechasen de armas y que fuesen hechas picas é lanzas; y de plata y de fierro se hacian coseletes, y celadas, y barbotes, y manoplas, y todas las armas que le eran necesarias, para que, si los de Chile viniesen, los hallasen apercibidos é no los pudiesen enojar. É todos hacian con gran voluntad lo que por el capitan Alonso de Alvarado les era mandado.

Viendo Alvarado la voluntad que veia en la gente que con él estaba para servir á S. M., y su grande ánimo, y teniendo aviso de la venida del licenciado Vaca de Castro, le hizo mensajeros para hacerle saber como habia alzado bandera por el Rey, y tenia juntos doscientos hombres bien armados é aderezados, y con voluntad de servir á S. M. y castigar la grande atrocidad hecha en Los Reyes, en la muerte que dieron al Marqués, y que con gran diligencia apresurase el camino y viniese con brevedad allí, donde él con aquellos servidores del Rey le estaban aguardando; que era parte dispuesta para defenderse de los enemigos por la aspereza de las grandes sierras é muchos rios que habia, é que asimesmo los que quisiesen acudir á la voz del Rey podrian venir sin peligro. É avisado de estas cosas y de otras el mensajero que fué, que

habia por nombre Pedro de Orduña, se partió en busca de Vaca de Castro. Y despachado este mensajero, Alvarado hizo otro mensajero á Moyobamba, al capitan Juan Perez de Guevara, que con ciertos españoles habia ido á poblar aquellas provincias, para que, dejando la nueva poblacion que estaba haciendo, se viniese luégo para él, porque el reino estaba puesto en gran confusion por haber los de Chile muerto al Marqués en la ciudad de Los Reyes; sabida esta nueva salian de todas partes á meterse debajo de la bandera del leal Capitan. Y viendo Alonso de Alvarado cómo crecia su poder, acordó de enviar á la ciudad de Trujillo á Iñigo Lopez Carrillo, con otro soldado, para que con dinero que les dió pudiesen mercar algunas armas y caballos secretamente, por mano é industria de los amigos que él tenia en aquella ciudad; y con mucha priesa anduvieron hasta llegar á Trujillo estos dos, dejando de trecho á trecho indios para que pudiesen dar mandado é aviso de lo que fuese menester. É ya que llegaban junto á la ciudad dejaron escondidos los indios de las Chachapoyas que consigo traian, y ellos se entraron en un monasterio de la Merced, é á los frailes que allí estaban dieron cuenta de su venida é cartas que les traian del capitan Alvarado; é los frailes se dieron tal maña que compraron algunas coracinas y cotas é otras armas, é fierro para hacellas en la ciudad de la Frontera, en lo cual se gastó mucha suma de dineros á costa del capitan Alvarado. Y despues que lo hobieron comprado y tenian aparejado, con los indios que habian traido de las Chachapoyas las sacaron de noche de la ciudad, y se partieron adonde estaba Alvarado, dejando cartas, que el Capitan escribia al Cabildo é á otras partes é personas principales de aquella ciudad, por las cuales les persuadia, que, aborreciendo la amistad de D. Diego, pues so color de vengar la muerte de su padre habia ocupado el reino con gran tiranía, se viniesen á juntar con él, porque, llegado Vaca de Castro, se hiciese castigo en D. Diego. En este tiempo era Teniente por Almagro, Villafranca, é tuvo aviso de como el capitan Alonso de Alvarado habia alzado bandera por el Rey.

Todo esto que habemos contado pasó primero que García de Alvarado viniese á Trujillo, porque por guardar la órden se puso como va, y porque no es inconveniente, como la historia aclare la verdad del suceso; y áun tambien podremos decir, que sabido por García de Alvarado la venida de Carrillo, y la llevada de las armas, lo sintió grandemente y envió tras él algunos de á caballo, mas no lo pudieron tomar.

CAPÍTULO XXXVI.

De cómo D. Diego de Almagro escribió al capitan Alonso de Alvarado, sin saber que habia alzado bandera, y le envió provision de Teniente, y de la muerte de Orihuela.

En los capítulos precedentes hicimos narracion como Don Diego de Almagro, por consejo de Juan de Herrada é Cristóbal de Sotelo y de otros, habia determinado de escribir al capitan Alonso de Alvarado á la ciudad de la Frontera, donde era Teniente por el Marqués; é, poniéndolo por obra, le escribió una carta muy graciosa, dándole por ella cuenta de la muerte del Marqués, y como los del Cabildo de la ciudad de Los Reyes le habian recibido por Gobernador, y en todos los demas pueblos é ciudades del reino habian hecho lo mesmo; é pues él era caballero, y sabia la razon que él tuvo de vengar la muerte de su padre, que no quisiese serle contrario, ántes se mostrase su amigo, y el cargo que tenia de mano del Marqués lo quisiese recibir de la suya, como allí se lo enviaba, quedando con deseo de acrecentalle la honra é hacienda. Con esta carta le envió una provision de Capitan é Teniente de gobernador en aquella ciudad; y porque aceptase el cargo é no hobiese alguna mudanza, como tenian en su poder al secretario Antonio Picado, é supiesen cuán gran amigo era de Alvarado, le hicieron que le escribiese una carta á su gusto, dando por ella á entender que D. Diego de Almagro habia acertado en la muerte que dió al Marqués, por la ingratitud que tuvo con su padre, é por la crueldad con que trataba á los de Chile, é que pues todos los tenientes y capitanes del Marqués le habian obedecido é cumplido sus mandamientos, que hiciese él lo mesmo, porque, no haciéndolo, Dios seria muy desservido

y S. M., y los naturales muy fatigados. Y con estas cartas escribió Juan de Herrada otra, casi diciendo lo mismo, é las enviaron á la ciudad de la Frontera, adonde, como por el capitan Alonso de Alvarado fueron vistas, recibió muy grande enojo, respondiéndoles conforme al mal que habian hecho, é no á las palabras dulces que le escribieron.

En la ciudad de Los Reyes comenzaba á haber algunas envidias entre los mesmos de Chile, y al doctor Juan Blazquez, que estaba retraido en Santo Domingo, le sacaron é le tenian preso en las casas de Antonio Picado, adonde estuvo algunos dias; y el obispo Fray Vicente de Valverde vino á la ciudad del Cuzco muy pesante por saber la muerte del Marqués, y como halló á su hermano, el Doctor, preso, recelándose que los de Chile le habian de matar, en un pequeño navío que habia en el puerto, fingiendo que iba á caza, se metió en él con su hermano, el doctor Juan Blazquez, é con otras algunas personas, con propósito de ir á buscar al presidente Vaca de Castro, y en la isla de la Puna salieron los indios y le mataron á él, é al Doctor, é á otros diez y seis españoles. Y tambien salieron de la costa para ir al Quito veinte españoles, tratantes, con mucha mercadería, y un cacique llamado Chaparra, en la region de Carrochamba, salió para ellos y los mató á todos sin nenguno quedar, y les tomó toda la mercadería que llevaban. Volvamos á decir de lo que pasó en la ciudad de Los Reyes, y de la muerte de Orihuela, diciendo primero lo que hizo García de Alvarado; y fué que, como ya contamos, partió de la ciudad de Trujillo para ir á San Miguel, y en el valle de Xayanca dejó la gente toda que llevaba, y con veinte de á caballo solamente se partió para la ciudad, adonde puso la justicia de ella por Almagro, y tomó el oro de los difuntos, y los caballos é armas que pudo haber, é prendió al licenciado Leon porque le tuvo por sospechoso. Y como ya hobiese algunos dias que Alonso de Alvarado hobiese alzado bandera por el Rey, súpose en todo el reino, é fué muy grande la turbacion que recibieron los de Chile, porque, como fuese la autoridad de Alvarado mucha, pesábales de que se hobiese declarado por su

enemigo; y sabido cómo el capitan García de Alvarado habia prendido á Alonso de Cabrera, é á Villegas, é á Vozmediano, é á los otros, é como habian andado alborotando con cartas por todas partes, y porque temiesen los otros ó por otra causa que ellos quisieron buscar, Juan de Herrada escribió al capitan García de Alvarado que los matase luégo; y como García de Alvarado vido la carta, envió luégo al puerto de Paita por ellos y les cortó las cabezas en la ciudad de San Miguel; decia el pregon: «por amotinadores.» Orihuela, aquel que contamos que venia de España con despachos del Marqués, néciamente, sin mirar que no era tiempo de hablar, yendo á la posada de D. Diego de Almagro dijo algunas palabras feas, é los de Chile no holgaron de ello; Juan de Herrada fué luégo á su posada y lo prendió, y otro dia, en la mañana, le sacaron á cortar la cabeza, é junto al rollo se la cortaron por amotinador. Dijo ántes que le matasen que él no era en cargo á Don Diego, porque así le diese aquella muerte, si no fuese una carta que escribió los dias pasados al camarero Alonso de Cabrera diciéndole en ella como él venia de España, y que lo hiciese como hombre de valor en procurar la venganza de la muerte del Marqués; é ya que le iban á quitar la vida dió una gran voz diciendo que mirasen que era de corona, como si, por ventura, por aquello le hobieran de dar la vida.

Luégo que esto pasó, D. Diego é Juan de Herrada entendian con todas sus inteligencias de saber el tesoro que el Marqués tenia dónde estaba, é al secretario Antonio Picado unas veces le interrogaban blandamente é con amor que lo dijese, é cuando por allí veian que no aprovechaba, le ponian grandes temores, diciendo que á tormentos se lo harian decir.

CAPÍTULO XXXVII.

De cómo Don Pedro Puertocarrero no quiso ser Teniente de Almagro, ántes se ausentó de la ciudad y Gomez de Tordoya y otros algunos, y de cómo pesó á algunos saber la muerte del Marqués.

Contado ha ya la historia como D. Diego envió á la ciudad del Cuzco á aquel hombre tan afamado en andar á pié, que se llamaba Juan Diente, con despachos para el capitan Grabiel de Rojas, y para otros amigos viejos de su padre, y tambien envió provision á D. Pedro Puertocarrero para que pudiese ser Teniente en su nombre; sin esto, envió otra provision en blanco, para que, si nenguno de estos quisiese, se señalase en ella quien viesen que convenia. Pues al tiempo que este Juan Diente pasó por Guamanga, estaba allí Vasco de Guevara por Teniente, é traia tambien despachos para él de nuevo Gobernador, confiando en la amistad que tuvo con el Adelantado, é que tuvo su amistad y que fué su Capitan en las Salinas; é hubo alguna turbacion en Guamanga, porque unos se holgaban en saber aquel acaecimiento, y á otros les pesaba grandemente. Y al fin fué recibido en el Cabildo por Gobernador, y luégo se despachó Juan Diente para el Cuzco, el cual entró en él de noche, y se fué derecho al monasterio de Nuestra Señora de la Merced, desde donde dió las cartas á quien venian, y estovo tres ó cuatro dias sin publicarse nenguna nueva. Antes de esto habian salido de la ciudad para ir al Collao, el Licenciado de La Gama con todos los más vecinos, sin quedar nenguno en ella, para evitar que el capitan Peralvarez y los españoles que iban con él á entrar á los Chunchos, no hiciesen nengun daño á los naturales, y por esto no habia sino

muy pocos vecinos en el Cuzco; y habia en él más de ochenta hombres de los que se hallaron con el Adelantado en la batallas de la Salinas, y como supieron la nueva estaban muy alegres y contentos, y unos á otros se saludaban.

Grabiel de Rojas á todo este tiempo se estaba en su casa, hasta ver en lo que paraba, é si D. Pedro Puertocarrero tomaba la vara por D. Diego de Almagro; á la plaza salieron luégo el Comendador de la Merced y otro fraile (porque ya este reino lleva de costumbre tan grande dolencia, como es que los frailes han de ser los movedores de las guerras), y estos, y más de setenta hombres de armas salieron dando voces que entrasen en cabildo y recibiesen las provisiones del nuevo Gobernador. Y, estando ellos en la plaza, fué un Melchor Hernandez, natural de la ciudad de Trujillo, á la posada de D. Pedro y le dijo lo que pasaba, y con alguna turbacion se levantó, y tomando sus armas salió á la plaza, preguntándole primero á aquel que le habia hablado qué sabia, y él le contó lo que pasaba y de la muerte que habian dado los de Chile al Marqués; y, como llegó á la plaza, el Comendador de la Merced le dijo que recibiese á D. Diego por Gobernador. Llegado D. Pedro donde solian hacer su cabildo, se juntaron Diego de Silva, é Francisco de Caravajal, alcaldes, y Hernando Bachicao y Tomás Blazquez, regidores, que no habia más en la ciudad; y despues que se hobieron ayuntado, D. Pedro de Puertocarrero, muy turbado, les dijo, que bien sabian las nuevas que habian venido de la muerte del Marqués, y que por su muerte no tenia fuerza el cargo que él tenia de ser su Teniente, por tanto, que tomasen la vara é la diesen ellos á quien quisiesen. Francisco de Caravajal, despues que estovieron hablando los que estaban presentes algunas cosas, é que habian rogado á D. Pedro que toviese la vara como se la tenia, é que él no queria, dijo que la dejase, é que por qué estaba tan temeroso, que mayor señor fué Julio César y le mataron en su palacio; y se pasaron otras pláticas, y los Regidores é Alcaldes no se conformaban en nombrar el Teniente que habia de haber. Los de Chile daban voces diciendo que ¿qué hacian, que por qué no

recibian á D. Diego por Gobernador? y los del Cabildo, por no poder más ó por algunos temores que les ponian, ó por otra causa que á ellos les pareció evidente, lo recibieron á Don Diego por Gobernador, é nombraron á Grabiel de Rojas por Teniente.

Gomez de Tordoya é Juan Velez habian salido á caza aquel dia, y no se hallaron en la ciudad, ni tampoco estovo en ella Diego Maldonado, ni los otros vecinos que pudieran oponerse contra la tiranía de Almagro. Los indios que habitaban en la ciudad del Cuzco y en su comarca recibieron muy grandísima pena cuando supieron la muerte del Marqués, acordándose que habia sido el primer Capitan que los descubrió; é andaba muy gran tumulto en la ciudad. Gomez de Tordoya é Juan Velez vinieron de caza, é pasaron por aquella parte por donde estaba D. Pedro de Puertocarrero, y supieron dél la muerte del Marqués y como habian recibido á D. Diego por Gobernador, é á Grabiel de Rojas por Teniente. Gomez de Tordoya, como aquello oyó, mostró pesar de ello, é dicen que fué adonde se habia hecho el cabildo, armado con sus armas, y que dijo que habia sido gran traicion la muerte que dieron al Marqués, y que Dios los castigaria, como merecian, delito tan grave. Los de Chile que estaban en el Cuzco, mostrábanse estar muy contentos con lo que habia pasado, y creian que el Rey, nuestro señor, perdonaria á D. Diego la muerte del Marqués, y le daria la gobernacion del Nuevo Toledo que su padre tuvo encomendada: Gomez de Tordoya é Juan Velez de Guevara, temiendo que los de Chile no los prendiesen, acordaron de se huir aquella noche, y aunque D. Pedro pudiera hacer lo mesmo, quiso aguardar á ver si pudiera sacar consigo á aquellos pocos vecinos que habia. Gomez de Tordoya y Juan Velez tomaron el camino real de Collasuyo, yendo apellidando la gente que hallaban, allegaron hasta Chuquiavo adonde encontraron á los vecinos del Cuzco que habian ido con el licenciado de La Gama, para echar fuera de los términos al capitan Peralvarez. Como supieron la muerte del Marqués, grande fué la pena que recibieron, acordándose como habia

diez y seis años que anduvo conquistando y descubriendo el reino para que S. M. fuese servido, y que ellos le habian ayudado en todas las conquistas, y que agora, en fin de vejez tan trabajada y tan sin reposo como él habia tenido, le hobiesen dado la muerte los de Chile; tanto sintieron la muerte de su Capitan, que, no pudiendo refrenar la pasion, lanzaban por sus ojos tantas lágrimas que eran señales muy claras que daban á entender el amor que le tovieron.

Don Pedro estaba en el Cuzco preso en su casa, y habia enviado á avisar á los vecinos que habia, que eran Diego de Silva, y Francisco de Caravajal, y Tomás Vazquez, y Francisco Sanchez, y Diego de Gumiel, para que se saliesen del Cuzco; mas los de Chile prendieron á dos de ellos, y en los otros tenian cuidado de mirar no se ausentasen. Pedro de los Rios andaba fuera de la ciudad, y acertando á venir aquel dia á entrar en ella, fué avisado de las cosas que pasaban, é aguardó á entrar de noche y fuese á su posada. D. Pedro Puertocarrero tuvo aviso de la venida de Pedro de los Rios, é hablóse con él y concertaron de salirse de la ciudad, y, aunque habia algunos de los de Chile que tenian cuidado de velarle, se salió de su casa con sus caballos é un criado que se decia Benavides, y junto con Pedro de los Rios, por aquel rio que atraviesa la ciudad se fueron por él abajo más término de una legua, desde donde salieron é tomaron el camino que mejor les pareció que podrian ir en seguimiento de Gomez de Tordoya, que ya estaban juntos con él el capitan Castro, é Francisco de Villacastin, Jerónimo de Soria, é Gonzalo de los Nidos é otros.

CAPÍTULO XXXVIII.

De cómo Gomez de Tordoya y los otros vecinos del Cuzco acordaron de hacer mensajeros al capitan Peralvarez Holguin, para que, sabiendo la muerte del Marqués, alzase bandera por el Rey.

En gran manera me veo fatigado en comprender los acaecimientos que pasaron en este tiempo en el reino, porque era cosa decente hacer narracion de lo que pasaba en Los Reyes y lo que hacia Vaca de Castro. Dios me es testigo de mis grandes vigilias é poco reposo que he tenido, de lo cual no quiero otro premio sino que el lector me trate como amigo, mirando los muchos caminos y peregrinaciones que yo he hecho por investigar las cosas notables de estas partes; y como sea tan grande esta escritura hállome ya tan cansado que deseo en gran manera acabar esta peregrinacion. Pues volviendo á nuestro cuento, pasa asi: que el capitan Peralvarez Holguin habia venido con comision del Marqués á entrar por los Chunchos, que es aquella jornada donde salió desbaratado Peranzures, y quieren algunos decir que ántes que saliese de la ciudad de Los Reyes habia hablado á los de Chile que matasen al Marqués é vengasen la muerte de D. Diego de Almagro, el viejo, é que despues de llegado á la ciudad del Cuzco le oyeron decir algunas veces que los de Chile habian de matar al Marqués; y esto no se sabe cierto mas de que se dice. É yo no creo que Peralvarez hablase semejante cosa, pero dicen que no mostraba ir muy pagado de él. Y como Gomez de Tordoya é Gonzalo de los Nidos y Villacastin, é los otros vecinos é caballeros que se habian juntado, estoviesen pensando lo que harian, y el comienzo que darian á las cosas

para que los fines fuesen prósperos y S. M. servido, y como el licenciado de La Gama y el capitan Castro, con los otros que habian salido con Peralvarez, dijesen que áun no habria entrado en la tierra donde iba, como buenos é leales servidores é vasallos de S. M., determinaron de hacer una cosa muy acertada, que fué escribir á Peralvarez como el Marqués era muerto y los matadores se habian apoderado en el reino y lo tenian ocupado, y que, pues era caballero é tan buen servidor del Rey, que dejase la jornada que llevaba y se viniese para ellos con la gente que tenia, é que lo recibirian por Capitan general, para que, alzando bandera por S. M., pudiese defender el reino de que no hiciesen en él nengun daño los de Chile, é irse á juntar con el licenciado Vaca de Castro, que, como todos sabian, venia por Juez de residencia; y que no dejase de aceptar lo que le pedian, pues en ello la fortuna se le mostraba favorable, é que, sin la honra é fama perpetua, ternia gran premio en el reino; y que supiese que la ciudad del Cuzco estaba por D. Diego, y en ella por teniente Grabiel de Rojas.

Escrito esto, y estando todos ellos en un pueblo de la provincia del Collao, llamado Ayavire, allegó allí Martin de Almendras, que venia de la Villa de Plata, al cual acordaron de enviar con la nueva á Peralvarez, y Almendras se ofreció de ir con toda diligencia; y en unas andas, acompañado de muchos indios que lo llevaban, se partió de allí, é con tanta priesa caminaba que anduvo en un dia y una noche treinta y siete leguas, porque por todas partes salian indios á llevarlo de refresco en las andas ó hamaca en que iba. Y, con esta priesa que llevaba Almendras, anduvo hasta llegar á un pueblo, llamado Chuquito, adonde estaban ciertos soldados del capitan Peralvarez, los cuales, por su mandado, habian quedado para que llevasen aviso si el Marqués le quitaba el cargo ó proveia otra cosa que no le viniese bien; y esta sospecha debia de proceder, porque, pasando algunas práticas entre él é los de Chile en Los Reyes, se deberia de temer que siendo por el Marqués oidas le quitaria la jornada é conquista. Y los que dejó, que eran, un caballero natural de Cáceres llamado

Sancho Perero, antiguo en estos reinos y que en ellos ha siempre servido á S. M., y Hernando de Rivera, con otros dos ó tres, como llegase Martin de Almendras donde estaban, preguntáronle qué nuevas habia, y cómo venia con tanta priesa. Almendras, con mucha tristeza, les respondió que presto lo sabrian; diciendo esto se fué á reposar para salir luégo á su camino. Sancho Perero y los otros, como le oyeron hablar aquello, y que decia que presto sabrian á lo que venia, creyendo que el Marqués enviaba nuevo mandado para que Peralvarez no hiciese la jornada, acordaron de le quitar el despacho ó cartas que traia; y luégo se fueron derechos adonde estaba, é poniéndole las dagas en los pechos decian que les diese el despacho que traia, donde no que le matarian. Y viéndose en aquel aprieto les dijo que no tenian razon de hacer lo que hacian, que supiesen que á lo que él venia era á dar aviso al capitan Peralvarez de la muerte del Marqués. Y diciendo esto les contó lo que pasaba y de la suerte que por los de Chile habia sido muerto, y pesóles en gran manera.

Sancho Perero le dijo que se quedase, pues venia fatigado del camino, y se fuese por sus jornadas, que él iria á dar la nueva á Peralvarez; Martin de Almendras respondió que era contento de hacerlo así, y él en unas andas ó hamaca se partió luégo y anduvo hasta llegar á la provincia de Chuquiavo, adonde alcanzó al capitan Peralvarez, quien mostró, sabida la nueva, pesarle, mas alegróse en gran manera con el cargo que le ofrecian, y decia que habia de vengar la muerte del Marqués ó perder la vida sobre tal caso. Gomez de Tordoya venia caminando con los que se le llegaban hácia aquella parte adonde estaba Peralvarez, y habíanse juntado con él veinte é cinco españoles; y estando en Chuquito se acordó por todos de hacer otro mensajero al capitan Peralvarez, y que fuese el capitan Castro, porque le daria mucha priesa á que se viniese para ellos, porque la brevedad en semejantes tiempos adobaba los negocios, y se hacian prósperamente. Y así se partió luégo al capitan Castro, é anduvo hasta que topó con él; é con la primera nueva que tuvo habia alzado bandera por el Rey contra

la tirania de Almagro, y se le entregó la bandera á Martin de Robles, é adelantándose Peralvarez con los de á caballo se fué á juntar con Gomez de Tordoya y con los demas que estaban en Chuquito, é mostraron mucho placer los unos con los otros. Don Pedro Puertocarrero y Pedro de los Rios habian salido del Cuzco, é tovieron pensamiento de se ir á la Villa de Plata, y juntarse con el capitan Peranzures; y como tuvieron aviso de la junta que habia en Collao, se fueron allá, é juntos, Peralvarez é los vecinos del Cuzco, determinaron de volver á su ciudad á hacer que en ella fuese recibido Peralvarez por Capitan general en nombre de S. M., para castigar la tirania de los de Chile é la usurpacion que hacian del reino.

CAPÍTULO XXXIX.

De cómo Peralvarez Holguin fué recibido por Capitan general contra los de Chile, é Gomez de Tordoya fué nombrado por Maese de campo, y de cómo entró en la ciudad del Cuzco.

Despues que Peralvarez Holguin fué enteramente avisado de las cosas sucedidas en el reino, y de como Grabiel de Rojas era Teniente de gobernador de la ciudad del Cuzco, trataron entre todos que seria cosa acertada revolver sobre el Cuzco é prender á Grabiel de Rojas y á los que viesen que seguian el apellido de los de Chile; y con este acuerdo se aparejaron para se partir, recibiendo todos primero por general á Peralvarez, y él nombró por su Maese de campo á Gomez de Tordoya, é á Martin de Robles se tornó á confirmar el cargo que ya tenia de Alférez general, y Castro fué nombrado por Capitan de arcabuceros. Ordenadas estas cosas, el general Peralvarez escribió luégo á la Villa de Plata, al capitan Peranzures, que en ella habia sido Teniente por el Marqués, haciéndole saber como él estaba nombrado por General para ir contra los de Chile, y, pues el deservicio que á S. M. se habia hecho en le matar tan cruelmente era mucho, que teniendo respeto á la obligacion que tienen los caballeros de mostrar su valor en semejantes tiempos, le rogaba é amonestaba que allegando los más que pudiese se viniese á juntar con él á la ciudad del Cuzco, donde él tenia determinado de ir á recoger alguna gente; y con esta embajada envió á Sancho Perero á la Villa de Plata, y él con los que con él estaban determinó que se partiesen luégo y entrasen en el Cuzco sin ser sentidos. Habia juntos cincuenta de á caballo; los que estaban á pié mandó

Peralvarez que le siguiesen, sin darse mucha priesa, hasta que llegasen á la ciudad del Cuzco, adonde se procuraria de haber caballos para que todos tuviesen, y él, con los cincuenta que digo, se partió la vuelta del Cuzco, adonde Grabiel de Rojas estaba todavia por Teniente de Almagro.

Algunos de los de Chile se fueron á la ciudad de Los Reyes, y le dieron nueva como los vecinos del Cuzco habian enviado á llamar á Peralvarez para le hacer su Capitan; de que no poca turbacion se recibió con esta nueva y con la que tenia de Alonso de Alvarado, como diremos adelante. En el Cuzco se tenia nueva de como en Chuquito se hacia junta de gente, y de como Peralvarez volvia de la entrada de los Chunchos, y con esta nueva estaban avisados; Grabiel de Rojas tenia puestas espías por los caminos para saber si venia ó no, ó lo que determinaban de hacer. Peralvarez é su Maestre de campo, Gomez de Tordoya, toda priesa se dieron para llegar al Cuzco, y, aunque se tuvo en la ciudad nueva de su venida, no se pusieron en resistencia, ántes le escribieron que entrase pacíficamente, porque Grabiel de Rojas tenia aquel cargo en nombre del Rey, é no por tirano nenguno, y que todos deseaban ser contra D. Diego é los de Chile; estas cosas é otras escribieron los del Cabildo á Peralvarez, y algunos huyeron, sabido que venia Peralvarez, de los que habia allí que se hallaron con el Adelantado en las Salinas. Peralvarez é su gente entraron en la ciudad, haciendo todo el ruido que pudieron para que pensasen que era mucha gente, é sin que se hiciese nengun daño ni agravio á los que dentro estaban. Mandó Peralvarez que se hiciese cabildo é ayuntamiento, y, juntos en él los regidores y alcaldes, fué recibido por ellos por Capitan general en nombre de S. M., el cual recibimiento se hizo contra la voluntad de los del cabildo, porque ellos querian á Grabiel de Rojas, mas Peralvarez tenia cercado donde se hacia el ayuntamiento, é al fin lo recibieron; y los regidores é alcaldes le pidieron las fianzas acostumbradas, las cuales no quiso dar y ellos no fueron poderosos á constreñirle á que las diese. Y luégo, con sonido de trompetas, fué apregonado un

auto que en el cabildo se hizo del recibimiento; y todos los más vecinos y moradores de la ciudad aprobaron el cargo que tenia Peralvarez, y mostraban mucho contento, porque él daba de sí grande esperanza, é á grandes voces se decia por la ciudad: «¡Viva el Rey!» Y, porque supo que iban fuera de ella más de sesenta españoles, mandó al capitan Castro que fuese con algunos á los prender, y salieron con él Juan Alonso Palomino, é Lope Martin, y Hernando Bachicao, é Tomás Vazquez, é Jerónimo de Soria, é Guillada, y Diego Manuel, y Cerdán ó otros cuatro, y diéronse tanta priesa que los alcanzaron, y con ir más que ellos tres veces se pusieron en resistencia, é fueron presos más de cuarenta por el capitan Castro y por los que con él iban, y por ser de noche se escaparon los demas, y con ellos se volvieron á la ciudad; y como Peralvarez supo lo que habia pasado, envió á mandar que los soltasen para que se fuesen adonde quisiesen, y que no los metiesen en son de presos.

En Arequipa tambien habian recibido á D. Diego por Gobernador, y como Peralvarez estoviese ya recibido por Capitan general en la gran ciudad del Cuzco, é aguardando á que viniese el capitan Peranzures de la Villa de Plata á se juntar con él, mandó á Francisco Sanchez, su Sargento mayor, que fuese á Arequipa, y persuadiese á los vecinos de ella á que acudiesen al servicio del Rey, pues ya claro sabian haber ocupado el reino D. Diego tiránicamente, sin tener autoridad Real de S. M.; y mandóle que se diese buena maña á recoger armas é gente. É porque en aquel tiempo habia llegado al puerto de Arequipa un navío de tres ó cuatro que salieron de España, á costa del obispo de Plasencia, á descubrir el Estrecho de Magallanes, que pasaron muy grandes trabajos y naufragio muy largo, y murieron los Capitanes que venian en los navíos, y de todos ellos éste solamente vino á aportar á este reino, y traia algunos españoles, de estos pensó Peralvarez que vinieran para se juntar con él. Era Teniente entónces en Arequipa por D. Diego, Cristóbal de Hervas. Luégo se partió Francisco Sanchez, el Sargento mayor, camino de Arequipa á hacer lo que decimos.

CAPÍTULO XL.

De cómo el licenciado Vaca de Castro llegó al puerto de la Buenaventura, y de allí fué con muy gran trabajo á la ciudad de Cali, donde estaba el adelantado Don Sebastian de Belalcazar, gobernador de Su Majestad, y de lo que allí hizo.

Menester será que hablemos agora un poco del licenciado Vaca de Castro, pues hasta agora el discurso de la obra no ha dado paro ello lugar; é dejando de hablar las cosas que pasaban en las ciudades del Cuzco y Lima, diremos, que, sabido por Vaca de Castro estar allí el puerto de la Buenaventura, aunque supiese cuán dificultoso camino era ir desde allí á la ciudad de Cali, donde estaba el adelantado D. Sebastian de Belalcazar, habiendo enviado á Merlo á hacerle saber su ida, y el cargo que llevaba al reino del Perú, por mandado de S. M., é á que pusiese en libertad al adelantado D. Pascual de Andagoya, llegó á aquel pueblo é puerto, donde tan solamente habia cuatro ó cinco hombres que recogian á los mercaderes que venian de Tierra Firme. Todos creian que Vaca de Castro traia poderes muy bastantes para cualquier negocio que se ofreciese por donde quiera que pasase, é así lo publicaba é decia él. Pues, yendo Merlo con el despacho é poder que hemos dicho, anduvo hasta que llegó á la ciudad de Cali, adonde dió nueva al Adelantado, que de camino estaba para ir á la ciudad nueva de Cartago, como el licenciado Vaca de Castro, presidente de la Audiencia Real de Panamá y juez del Perú, habia con temporal arribado al puerto de la Buenaventura, é que allí proveyó un auto á pedimento de D. Juan de Andagoya, hijo del adelantado D. Pascual de Andagoya, en que mandaba por él que lo mandase traer de la ciudad de Po-

payan, donde le tenia preso, á la de Cali, donde con brevedad seria su venida, y él, oidos á entrambos gobernadores, les haria justicia; y luégo le notificó este mandamiento el mesmo Merlo. Y el adelantado Belalcazar escribió á la ciudad de Popayan, al capitan Francisco García de Tovar, que era en ella su Teniente, que trujese á la ciudad de Cali al Adelantado; y luégo Belalcazar, sabiendo que Vaca de Castro estaba en el puerto de la Buenaventura y de la falta que tenia de bastimento, acordó enviarle al camino el provcimiento necesario de comida é indios con que pudiese venir. Belalcazar estaba de camino para ir á la ciudad de Cartago, á visitar las regiones que el capitan Jorge Robledo habia conquistado é descubierto, é, por parecelle que le convenia aguardar á Vaca de Castro, se detuvo en Cali hasta ver lo que S. M. mandaba hacer.

Vaca de Castro, ayudado é muy servido del capitan Cristóbal de Peña, se partió de allí con muy graves enfermedades, y que, á no estar en su compañía sus médico é cirujanos, muriera; é, al cabo de haber tardado treinta é tres dias, llegó á la ciudad de Cali, habiéndole muerto los tigres dos españoles, y otros siete la hambre y ásperas sierras que pasaban. El Gobernador y todos los vecinos de Cali le hicieron muy buen recibimiento, y le aposentaron en aquella ciudad á él é á los que consigo traia, y fueron muy bien proveidos, y estuvo en Cali tres meses muy enfermo; é por estar en aquella ciudad entrambos gobernadores, Andagoya é Belalcazar, é por evitar no hobiese entre ellos algun escándalo, les notificó un mandamiento para que no contendiesen en cosa alguna, porque de ello S. M. seria muy desservido. Y como Vaca de Castro viniese con codicia de haber dineros, ciertas cosillas menudas y de poco precio que traia, tuvo sus inteligencias y rodeos con Belalcazar para que se las tomase y se las pagase á precios que no se tenian por baratos. Vaca de Castro envió sus mensajeros á la ciudad del Quito, para que supiesen en todo el Perú su venida, y como S. M. le habia proveido por Juez para entender en las alteraciones pasadas, que hobo entre el marqués D. Francisco Pizarro y el adelantado D. Diego de Almagro;

y hecho esto, ya que habia tres meses que llegó á la ciudad de Cali, proveyendo que el adelantado D. Pascual de Andagoya se pudiese ir á presentar ante S. M. y los del su muy alto Consejo, determinó de ir á la ciudad de Popayan para seguir su camino derecho al reino del Perú.

CAPÍTULO XLI.

De cómo el presidente Cristóbal Vaca de Castro se partió de la ciudad de Cali á la de Popayan, y de cómo en ella supo la muerte del Marqués por el capitan Lorenzo de Aldana, que venia en su busca.

Como Vaca de Castro estuviese ya en disposicion de poder caminar y desease llegar á la ciudad de Los Reyes, adonde pensó hallar al Marqués, para entender en lo que por S. M. le era mandado, habló con el adelantado D. Sebastian de Belalcazar, diciéndole que él se queria partir para Popayan, que mandase proveer los caminos de las cosas necesarias, y Belalcazar hizo todo lo posible para su aviamiento. É, acompañado de sus criados y de otras personas, se partió para la ciudad de Popayan, que está de Cali veinte é dos leguas, y anduvo hasta que llegó á ella, donde le recibieron muy bien los vecinos é señores del Cabildo.

Al tiempo que mataron en la ciudad de Los Reyes al marqués D. Francisco Pizarro, Lorenzo de Aldana estaba en la ciudad del Quito; y la nueva, como siempre sea tan veloz y presta, no tardó mucho tiempo que no llegase al Quito; aunque primero salió Aldana de aquella ciudad á se juntar con Vaca de Castro, que, como habia tardado desde la Buenaventura hasta llegar á Popayan cuatro meses, fué la nueva de su llegada primero que se supiese la muerte del Marqués. Mas no se tardó mucho tiempo, despues de salido Aldana, cuando llegó la nueva; é uno que habia por nombre Almaraz, que era criado suyo, y estaba entendiendo en sus indios é hacienda, á priesa le fué á alcanzar y se la dió. Como Aldana lo supo mucho fué lo que le pesó, y dióse más priesa que

pensó para más brevemente llegar á la ciudad de Popayan, donde ya estaba Vaca de Castro, y llegó á ella un domingo por la mañana, que acababan de entrar en misa, y, entrando por la iglesia, dióse á conocer á Vaca de Castro, y recibiólo muy bien por la noticia que tenia de lo mucho que habia servido y merecia; y, como supo la muerte del Marqués no la tuvo por cierta, pero tampoco dejó de considerar que los de Chile, como hombres vencidos y que tenian deseo de vengar la muerte del Adelantado, le habrian muerto. Y en gran manera se holgó por traer una provision de S. M., para que, si por caso hallase al Marqués muerto, que él pudiese gobernar la provincia é tenella en justicia; y, ciertamente, él no mostró mucho sentimiento de aquel suceso, aunque algunos creyeron ser de industria. Luégo, aquel mesmo dia, despachó sus mensajeros al adelantado Belalcazar, rogándole que no quisiese ir á Cartago ni á otra parte, sino que se estoviese en la ciudad, hasta que se supiese ciertamente la nueva que habia tenido de la muerte del Marqués si era fingida ó verdadera; Belalcazar respondió que él haria lo que le mandaban é no saldria de allí aunque mucho le conviniese. Dejaremos agora de hablar de Vaca de Castro, y diremos qué pasaba en Los Reyes.

CAPÍTULO XLII.

De cómo D. Diego de Almagro mandó dar tormento al secretario Antonio Picado, creyendo que dijera tener el Marqués algun tesoro, y de cómo hizo justicia de él.

Ya ha contado la historia como D. Diego de Almagro tenia en su poder al secretario Antonio Picado, y muchas veces, él por su parte y Juan de Herrada por la suya, le amonestaban que si sabia dónde el Marqués tenia enterrado el tesoro, que creian no era poco grande, que lo dijese, pues erae osa creedera que si alguno de sus amigos tenia de ello aviso que era él; Antonio Picado respondia, que si el Marqués algun tesoro tenia, que él podia afirmar que no sabia donde estaba; y, aunque daba sus excusas, no era creido. È como le tuviesen enemistad por las cosas pasadas, con mucha ira, Juan de Herrada le decia, que luégo dijese del tesoro, si no que supiese que le habian de matar; él respondia lo que decimos, afirmándolo con grandes juramentos. È viendo Almagro é Juan de Herrada que no queria Picado decir dónde el Marqués tenia el tesoro, mandaron que aparejasen para le dar tormento; é luégo fué hecho, y le dieron grandes tormentos, y, como el triste no supiese que les decir, hacia grandes clamores, pidiendo con mucha eficacia la muerte y que no le fatigasen en tanta manera. Juan de Herrada le decia que dijese dónde el Marqués tenia la plata é oro escondido, é que no le harian más mal; el afligido é acongojado Picado respondió, que supiesen de Hurtado, criado del Marqués, si sabia de ello. É aquella noche enviaron á prender á Hurtado; é, venido ante la presencia de Juan de Herrada, le dijo lo mismo que á Picado, que dijese del tesoro si no que le darian la muerte. Hurtado res-

pondió que el Marqués no tenia más oro ni plata que aquella que habian hallado en la cámara, y que si él lo toviera, y él lo supiéra, luégo avisara de ello; mas no creyendo sus excusas, le hicieron desnudar é le pusieron en el burro para le dar tormento. Juan de Herrada, porque habia sido su amigo ó por otra alguna ocasion, no consintió que le diesen tormento, ántes le dió lugar á que se volviese á su casa, y despues que hobieron dado al secretario Antonio Picado grandes tormentos, viendo que no podian saber de él ninguna cosa, concertaron de lo matar, é un dia ántes de la fiesta de San Jerónimo le enviaron á decir que se confesase, que supiese que no tenia más vida de aquel dia. Picado, sintiendo la muerte como hombre, fatigóse mucho con aquellas nuevas, aunque, porque no le diesen más tormentos de los dados, deseaba que lo matasen; y confesóse con mucha contricion, casándose aquella noche con Ana Xuarez, su amiga.

Otro dia, por la mañana, lo sacaron de la cárcel en una mula sin silla, y en las manos llevaba un crucifijo, yendo por las calles acostumbradas, pidiendo perdon á todos; por donde hemos de mirar el ser de este mundo cuánto es vano, y este mandar y desear de allegar tesoros y crecer en honra ó dignidad, cómo se consume. ¡Quien vió á Picado tan galano, cuán adornado de arreos, é cuán rico de tesoros, cuán privado del Gobernador y cuán absoluto en el mandar! Véislo ahí, todo ello lo dejó, é le dan muerte pública, y habiéndole atormentado así; como Dios se muestra tan recto en su juicio, fué servido que Picado muriese de aquesta suerte, pues nunca aconsejó al Marqués cosa acertada ni que le conviniese. Una de las principales causas que ha habido para que los Gobernadores de estos reinos hayan tenido tan malos fines, ha sido por fiarse de criados simples, é astutos, é maliciosos, y deseosos más de allegar dineros y favorecer á sus amigos, que no de aconsejar á sus señores lo que les conviene, é lo que son obligados á hacer; y los vivos é los que más han de venir á gobernar sírvanse de criados virtuosos, y que conozcan que no consiste en ellos ningun vicio notable, é acertarán, y donde

no, ellos pasarán por la carrera que han pasado los demas. Despues que hobieron pregonado con pregones que daban á entender la causa por qué le mataban, le cortaron la cabeza y le enterraron en Nuestra Señora de la Merced. D. Diego, por parecer de los capitanes, mandó á D. Alonso de Montemayor que fuese á las ciudades de Guamanga y Cuzco á hacer gente y aderezar armas para lo que se ofreciese; é vino á Los Reyes nueva como el capitan Alonso de Alvarado, sabida la nueva de la muerte del Marqués, habia juntado la gente que tenia consigo, é la que estaba en Guanuco con Pedro Barroso, é la que tenia Juan Perez de Guevara en Moyobamba, y con toda ella pensaba hacerse fuerte, hasta que Vaca de Castro entrase en el reino, y que habia alzado bandera por el Rey. Esta nueva causó gran turbacion, aunque Juan de Herrada, é Cristóbal de Sotelo, é los demas principales del bando de Chile, no tenian voluntad de dar reencuentros, ni batalla, ni hacer más que, si S. M. no perdonase la muerte del Marqués, meterse en lo interior de las provincias de Chile; y verdaderamente, entre estos habia caballeros tan determinados y soldados tan osados, que si la emulacion no carcomiera entre ellos sus mesmas entrañas, con deseo de unos á otros superar é verse muertos, ellos prevalecieran fuera del reino, porque en él, teniéndole en tiranía, no se les podia excusar el castigo que Dios y el mundo suelen dar á los que se arrean de tal título, y de hacer semejantes atrocidades.

Pues, habiendo ya venido de las ciudades de San Miguel é Trujillo el capitan García de Alvarado, un soldado que era muy confin de Francisco de Chaves, habia tomado una india á otro soldado que tenia muy grande amistad con el capitan Cristóbal de Sotelo, que hemos escrito ser Teniente de gobernador en Los Reyes, y como fuese hombre de tanto pundonor, y deseoso de no consentir hacer daño, y más siendo aquel soldado su conocido, envió á rogar con mucha crianza al capitan Francisco de Chaves, que pues con su favor el soldado habia quitado la india al que la tenia, que mandase que la restituyese, porque no convenia hacer otra cosa. Francisco de

Chaves, con mucha arrogancia y poco sufrimiento, baldonando á quien le fué con la embajada, respondió que no tenia voluntad de que aquel que habia tomado la india la volviese, pues era suya, y que no le enviase Alguacil nenguno allá porque lo maltrataria y no llevaria recaudo. Sotelo era sabio, y conociendo los daños que se suelen seguir por haber desconformidad entre los capitanes, templando la ira con el saber de su persona, le envió segunda vez á rogar le diese la india para que vuelta fuese á quien la poseia, é si el otro decia que era suya la pidiese por justicia, é teniéndola no le seria negada; Francisco de Chaves tornó á responder ásperamente, é que no habia de volver la india quien la tenia, pues era suya. Cristóbal de Sotelo, enojándose grandemente de que Francisco de Chaves le tuviese en tan poco, dijo que en gran manera le pesaba porque empezaba á haber discordias entre ellos, é bandos, que es causa de novedades é grandes daños, y que se holgaba en gran manera porque él no habia sido de los matadores del Marqués, y si seguia á D. Diego era por la amistad que tuvo con su padre, lo cual no seria parte para que él dejase de cumplir el mandamiento de S. M.; y diciendo esto dijo más, que no pensase Francisco de Chaves que, porque en él sobró la crianza y en él faltó el comedimiento, saldria con lo que él no le consintiria; y, diciendo esto delante de cinco ó seis amigos suyos, se salió para ir á su casa á le quitar la india, y, si se la defendiese, la vida, ó él, en testimonio de su virtud, perder la suya.

¡Oh, cevilidad! ¿qué es lo que haces? ¡Oh, tiranía, y cuántos males acarreas! Y vosotros, capitanes de mi nacion, ¿qué os mueve unos á otros horadar vuestras entrañas con los puñales tan agudos y espadas tan afiladas? ¡Oh, cómo lloro y en gran manera me congojo, en que por cosas tan comunes muriesen españoles tan adornados de tal ser, que por cualquier nacion ó region que atravesasen se diria merecer ellos justamente haber nacido á riberas de Ebro, y solamente para ellos han sido mal corregidos ó acordados, pues sin haber descubierto enteramente los secretos de la tierra, ni que los

bárbaros entendiesen la servidumbre que habian de tener, levantaron guerras, que todos ellos ó los más quedaron, por testimonio de su desatino, muertos, para que viniesen á triunfar de sus conquistas é poblaciones nuevas personas que en ellas nunca hobiesen trabajado! Pues volviendo á nuestro cuento, como Cristóbal de Sotelo saliese para ir en casa de Francisco de Chaves, uno de los que allí estaban fué luégo á decirlo á Juan de Herrada, para que viniese por su persona á poner remedio, de tal manera que no se matasen sobre aquella india aquellos capitanes; y como Juan de Herrada lo supo fué luégo para estorbar lo que se creyó que sucediera, y llamó á Cristóbal de Sotelo y le dijo que no quisiese pasar adelante, porque no convenia á su autoridad que bastase una india lividinosa á moverlo á ir contra Francisco de Chaves. Sotelo le respondió que ya él habia hecho lo que debia á caballero, y á tener cumplimiento con Francisco de Chaves, y que no lo habia habido en él para templar y disimular su yerro; mas que, ántes, sustentando la quitada de la india, habia dicho que á su desplacer la habia de tener, é áun que si algun Alguacil iba á su casa que lo habia de maltratar. Juan de Herrada le respondió que se estuviese quedo, que él queria ir á casa de Francisco de Chaves por la india; lo cual oido por Sotelo, se quedó en su posada, y Juan de Herrada fué á la de Francisco de Chaves y le pidió con gran enojo la india, y, aunque le pesó, la sacó de su casa y de poder de aquel que la tenia, y la dió á su primero señor.

CAPÍTULO XLIII.

De cómo fueron presos los capitanes Francisco de Chaves y Francisco Nuñez, y de cómo Francisco de Chaves fué muerto.

Ya era tiempo de que las exequias funerales del viejo marqués fuesen celebradas, con que se empezase á derramar sangre de aquellos que á él le sacaron tanta, que bastó para le quitar la vida, y el mozo Gobernador comenzase á gustar de los jaropes tan amargos que acarrea la tiranía, pues en ella ni amigo se muestra leal ni enemigo piadoso; y que le fuera mejor á él é á sus cómplices aguardar al Juez, que no con tal atrocidad dar la muerte al Marqués, al cual, áun despues de muerto, no se guardó con él nengun honor, como el lector ha visto, ántes metieron su cuerpo en las entrañas de la tierra como si fuera algun hombre vil ó ribaldo, y para que en esto allegase á aquel dicho que dijo el Condestable de Castilla, Gran Maestre de Santiago, D. Alvaro de Luna, que, viendo que estaba un garabato puesto donde le querian matar, preguntó al verdugo que para qué estaba allí, y le dijo que para ponerle despues de muerto la cabeza; respondió D. Alvaro dando una castañeta; «despues de yo muerto haced del cuerpo y de la cabeza lo que quisiéredes;» dando á entender que en aquel punto que se la cortasen iria su ánima á aquella parte que mediante sus obras habia merecido. Viendo, pues, el capitan Francisco de Chaves como Juan de Herrada le habia sacado de su casa la india, contra su voluntad, tomólo por afrenta y en oprobio suyo, é tomando sus armas é caballo se fué adonde estaba D. Diego de Almagro, é dicen que le dijo que tomase el caballo é armas que traia allí, é que él habia reci-

bido de su mano, que él no lo queria, ni tenerse más por su amigo, y que una le hizo su padre é que bien se la pagó, y que otra le habia él hecho é que tambien se la pagaria. Lo cual dicen que le dijo por lo de Guaytara, porque hobo sospecha que se carteó con Hernando Pizarro; lo cual jamás no pude averiguar, ni lo creo, porque siempre Francisco de Chaves se mostró fiel amigo del Adelantado y enemigo de Hernando Pizarro.

Los que estaban en la sala con D. Diego, creyendo que el enojo le hacia hablar aquellas cosas, le amansaron, amonestándole que mirase que haber quitado la india á aquel que la tenia, sin ser suya, que muy bien hecho era, y que dejar la amistad de D. Diego ni de seguille, que no tenia razon ni le seria bien contado; y él respondia que jamás le seria su amigo ni su partido sustentaria. Juan de Herrada oyendo aquello, mirando cuerdamente que no convenia dar libertad á un hombre que tan al descubierto negaba lo que él mesmo habia hecho, quisiéralo prender allí, é no se atrevió porque Francisco Nuñez de Pedroso era grande amigo suyo, y estaba con los soldados alojado en su cuartel como Capitan de todos ellos, y parecióle que vendria luégo en su favor; y industriosamente abajóse de donde estaba y fuése hácia el capitan Francisco Nuñez de Pedroso, con algunos soldados para que le ayudasen si menester fuese, é, llegado adonde estaba Francisco Nuñez, le dijo que subiese arriba é hablase á Francisco de Chaves, pues era su amigo, que no se alargase tanto en hablar; y contóle lo que habia pasado. Francisco Nuñez, creyendo que la intencion de Juan de Herrada no era que él fuese allá para otro efecto, dijo alegremente que era contento é que luégo iba á lo hacer, é, llegado en presencia de Almagro y de los demas capitanes que allí estaban, le interrogó que no dejase de ser amigo de D. Diego; mas no le mudaron del propósito que tenia. É como aquello vieron, D. Diego é Juan de Herrada, dijeron á los que estaban allí que qué les parecia que debian de hacer sobre aquello; García de Alvarado respondió, que, pues el capitan Francisco de Chaves no queria ser amigo de Don

Diego, que lo prendiesen. Lo cual entendido por Francisco de Chaves, mirando contra García de Alvarado, le dijo, que pues que á él le parecia así, que le prendiesen luégo y que le echasen las prisiones; Francisco Nuñez dijo, que si prendian al capitan Francisco de Chaves, que lo mesmo habian de hacer de él.

Juan de Herrada, dicen que por estas causas ó por estar mal con Francisco de Chaves, porque supo que yendo á ver á Gomez de Alvarado, é viéndole triste porque él era General (dicen que habia sido criado del adelantado D. Pedro, su hermano, el mesmo Juan de Herrada), dijo á Gomez de Alvarado que era mal hecho que adonde tantos caballeros hobiese fuese Juan de Herrada general, y que no se habia de consentir, al tiempo que el capitan Francisco Nuñez habló lo que hemos contado, dijo Juan de Herrada «sea como mandáredes;» y los prendieron luégo á entrambos y les echaron prisiones. Y venida la noche, porque tenian amigos y no recreciese algun alboroto, los enviaron á un navío que en el puerto estaba, y juntamente con ellos al bachiller Enriquez, porque, segun se dijo despues, por su consejo Francisco de Chaves tomó la india, y fomentaba la enemistad con D. Diego. É luégo por la mañana hobo algun alboroto, con la prision de Francisco de Chaves é Francisco Nuñez; pesándoles á unos de ello, é á otros pareciéndoles bien, debatian é andaban porfías, y como Juan de Herrada lo supo, tomando consejo con algunos que él tenia por amigos, acordaron de mandar matar al capitan Francisco de Chaves y desterrar á Francisco Nuñez. Y luégo, otro dia, con gran secreto, porque no se supiese, fueron á la mar por mandado de D. Diego y de Juan de Herrada á dar la muerte á Francisco de Chaves, el cual ya estaba arrepentido por lo que habia hecho; y como le dijeron que se confesase, espantóse, y dicen que dijo, que dos sillas tenia, la una en el cielo y la otra en el infierno, y que ya la Potencia divina tenia determinado á cuál de aquellas partes habia de ir, y que no queria confesarse. Otros dicen, que lo que dijo fué, que pues que así lo mataban sus propios amigos, que el diablo le llevase el ánima.

Bien pudo ser que dijese entrambas cosas, porque un hombre que tan poco acatamiento hizo al Santísimo Sacramento no se habia de creer que ménos muerte que ésta habia de haber; y diciendo esto fué muerto por el verdugo, y tambien lo fué el bachiller Enriquez. Al Francisco Nuñez desterraron en aquel mesmo navío adonde habian embarcado á Doña Inés, la mujer de Francisco Martin de Alcántara, é á los hijos del Marqués, por causas que ellos buscaban é formaban; y tambien desterraron á Diego de Peralta, vecino de la ciudad de la Paz, hombre que ha servido mucho á S. M., y les mandaron que fuesen en aquel navío.

Como ya hobiese muchos dias que Peralvarez Holguin habia tirado del mando de la ciudad del Cuzco al capitan Grabiel de Rojas, que por D. Diego la tenia, y allegase gente para venir á buscar á los que habian muerto al Marqués, fué la nueva á Guamanga, y desde allí en poco tiempo se supo en la ciudad de Los Reyes; y como D. Diego y los que con él estaban lo supiesen, fué mucha su turbacion ver que, Alonso de Alvarado por una parte é Peralvarez por la otra, se hobiesen levantado contra ellos, é, tomando consejo en lo que harian, entraron en sus acuerdos é consultas, y determinaron ir la vuelta de la serranía y desbaratar á Peralvarez, si les pareciese, ó irse á la ciudad del Cuzco. Y luégo, como pensaron esta determinacion, allegaron las más armas é caballos que pudieron para salir de Los Reyes aderezados, nombrando sus capitanes, é alférez, y más oficiales que habian de tener cargo de la guerra.

CAPÍTULO XLIV.

De cómo sabido en la Villa de Plata la muerte del marqués D. Francisco Pizarro, alzaron bandera por el Rey, y salieron el capitan Peranzures y otros vecinos á se juntar con Peralvarez Holguin.

Al tiempo que el Marqués fué muerto, era su Teniente en la Villa de Plata el capitan Peranzures, y como al tiempo que fué á entrar en los Chunchos, como en lo de atras está dicho, tuviese tan gran noticia del rio de la Plata, y de muchas provincias pobladas, deseaba descubrir alguna entrada que no fuese dificultosa, para atravesar la cordillera de los Andes; y desde el tiempo que el Marqués le nombró por su Teniente mostró bien su valor en hacer la guerra á los indios, y en sustentarlos en la paz que prometian, no consintiendo que les fuese hecho nengun daño. En las ricas minas de Porco estaban españoles que sacaban cantidad de plata. Y teniendo el capitan Peranzures el deseo que digo, de descubrir aquella tierra é rio grande, salió hácia la region de los Juries, que es al Oriente, con alguna gente para ver la disposicion que habia por aquella parte para poder entrar; y siendo aquel año alcaldes en la Villa de Plata, el capitan Garcilaso de la Vega é Luis Perdomo, regidores, Pedro de Hinojosa, y Diego Lopez de Zúñiga, y Francisco de Almendras, é Juan de Caravajal, y alguacil mayor, Antonio Alvarez, vino á la villa un hombre, como mensajero de Gomez de Tordoya, porque Sancho Perero, el que envió Peralvarez, áun no habia llegado, y dijo á los alcaldes la nueva que habia de la muerte del Marqués, de que todos recibieron muy grandísima pena, y aunque quisieron tenerla encubierta hasta que volviese el capitan Peranzures, no pudieron, porque luégo fué entendido por todos los vecinos, é mostraron gran sentimiento, pesándoles que un Go-

bernador del Rey, y Capitan tan antiguo en las conquistas de estas Indias, fuese muerto con tanta crueldad. Y hobo grande alboroto entre todos, no sabiendo qué órden se tendria para saber si Peranzures volveria de la entrada ó no; y luégo los alcaldes é regidores entraron en su cabildo, é, despues de haber alzado bandera por el Rey, acordaron de hacer mensajero al capitan Peranzures para que se volviese luégo, pues la nueva que habia lo requeria. Y ansí enviaron con la nueva á Peranzures á un Marchena, el cual, dándose toda priesa á andar allegó adonde estaba Peranzures, y como supo que el Marqués habia sido muerto le pesó grandemente. Luégo, con toda brevedad, volvió á la Villa y entraron en cabildo muchas veces, y no concluian nada porque los regidores querian nombrar por Capitan al virtuoso caballero Gonzalo de la Vega é á Diego de Rojas, y Paranzures él pretendia serlo, pues habia sido Teniente; y en los mesmos ayuntamientos tovieron muchas porfias y allegaron á palabras Peranzures y el alcalde Luis Perdomo.

Pedro de Hinojosa habló en uno de los ayuntamientos bien y de tal manera, que todos determinaron pretender solamente el servicio del Rey, y que, pues Peranzures era caballero é animoso, é habia sido Teniente del Marqués, que fuese Capitan; luégo se tornó á alzar la bandera por S. M., la cual se entregó á Alonso de Loaisa, por alférez. Antes de esto habia ido el capitan Garcilaso á las minas de Porco, á recoger la gente y armas que hobiese, y la plata, para repartir entre los que habian de ir á servir al Rey; é luégo todos se aderezaron. É llegó Sancho Perero, el mensajero que envió Peralvarez, el cual dijo á aquellos caballeros lo que habia pasado, y como le habian recibido por General para deshacer la tiranía de Almagro; y, dadas las cartas de Peralvarez, se volvió con las que le dieron. Despues que se hobieron aderezado los que habian de ir, y, encabalgados en buenos caballos, él los hizo una graciosa habla diciéndoles que mirasen que eran caballeros, é servidores del Rey, y que la maldad que habian acometido los de Chile en tiranizar el reino que habia sido mucha, por lo cual

eran dignos de grande castigo, y que á ellos, como leales, competia dárselo; é, dichas otras razones sobre esta materia, el capitan Peranzures, despues de haber dejado por Justicia mayor á Francisco de Almendras, é por alcalde á Grabiel de Mendoza, é á Antonio Alvarez por alguacil mayor, salió de la villa leal llevando cincuenta y dos de á caballo, entre los cuales, iban, Garcilaso de la Vega, é Pedro de Hinojosa, é Gaspar Rodriguez de Camporredondo, Lope de Mendieta, Alonso de Loaisa, alférez, Diego Centeno, Luis Perdomo, Alonso de Mendoza, Juan de Caravajal, Diego de Rojas, Alonso de Camargo, Lope de Mendoza, Diego Lope de Zúñiga, Diego de Almendras, Francisco de Tapia, Hernan Nuñez de Segura, Luis de Rivera, Alonso Perez Castillejo, Francisco Retamoso, Hernando de Aldana, Alonso Manjarres, y otros hasta la cantidad que digo. Y anduvieron por sus jornadas hasta que llegaron á los pueblos del Rey, desde donde, dejando el bagaje con alguna gente, el capitan Peranzures fué por el camino de Hatuncolla á la ciudad de Arequipa, á juntar é recoger las armas é gente que pudiese, y entró en ella al tiempo que entraban el sargento mayor Francisco Sanchez con los que envió Peralvarez.

Y como la noche áun no hobiese hecho su curso, ni el dia dado muestra de su claridad, y entrasen unos por una parte y otros por otra soltando arcabuces, y, como no se conociesen, aina se hicieran algun daño, mas despues que supieron los que eran se holgaron; y aunque en aquella ciudad se mostraron neutrales algunos, otros hobo que con voluntad firme se juntaron con los capitanes para ir á servir al Rey, y caminaron la vuelta del Cuzco. En el cual camino, dejando de ser alférez de Peranzures, Loaisa, lo fué Diego Centeno, y entró con su bandera en Chupas; y por sus jornadas anduvieron hasta que llegaron á la ciudad del Cuzco. El capitan Peralvarez y Gomez de Tordoya y los demas los recibieron muy bien, y hobo mucha alegria en el Cuzco, y todos dieron la obediencia á Peralvarez y le recibieron por General, y él nombró por Capitan de lanzas al mesmo Peranzures y al capitan Garcilaso de la Vega. Y dejarémoslos agora y diremos del capitan Alvarado.

CAPÍTULO XLV.

De las cosas que fueron hechas por el capitan Alonso de Alvarado, despues que alzó bandera por el Rey.

Ya ha contado la historia como el capitan Alonso de Alvarado, teniendo por gran deservicio de S. M. lo que se habia hecho en matar al marqués D. Francisco Pizarro, habia alzado bandera por su Real nombre, y allegado gente para hacerse fuerte en aquella serrania donde estaba, hasta que llegase á ellos el presidente Vaca de Castro, que ya era público venia por Juez de residencia en las cosas de Almagro y Pizarro; y, como se extendió la nueva, D. Diego de Almagro é Juan de Herrada le escribieron persuadiéndole se pasase á ellos, y otras cosas que ya el discurso de la obra ha contado, con lo que él respondió cuando vido las cartas. Como en las ciudades de Trujillo y San Miguel se supo que Alonso de Alvarado habia alzado bandera en nombre del Rey, acudianle algunos que, teniendo por feo lo hecho por D. Diego, no querian hallarse en parte que pudiesen seguir su partido ni opinion, como todos estoviesen conformes y unánimes en el servicio del Rey. Como el capitan Alonso de Alvarado supiese que García de Alvarado habia ido á Piura, pensó de le desbaratar ántes que volvieso á Los Reyes, y que si le desbarataba que seria muy gran desman para los de Chile, pues tanta confianza de él tenian; y como toviese esta determinacion Alvarado, á aquel soldado que ya contamos que fué por las armas á Trujillo, que se llamaba Carrillo, mandó que fuese á la provincia de Caxamalca, donde estaba Melchor Verdugo, y al pueblo de Guamachuco donde estaba Aguilera, señores de ellos, para que, pues estaban allí, é tenian alguna gente é los indios que bien sabian la

tierra, que se aparejasen para le ayudar, porque queria desbaratar ó matar á García de Alvarado y á los que con él venian. Verdugo, deseando estar neutral, á lo que dicen, respondió equívocamente al Carrillo; tambien quieren decir que cuando García de Alvarado pasó por allí, que le llevó un caballo ó dos, muy buenos, é unos arcabuces, y que por el aviso de Verdugo dió prisa á su ida García de Alvarado, y Verdugo, aunque recibió cartas de Alonso de Alvarado, que le enviaba á llamar que se juntase con él, no lo quiso hacer, créese que por tener la intencion que decimos.

Pues como el capitan Alonso de Alvarado viese que no habia podido echar una celada que pesara á García de Alvarado, é sabido que en la ciudad de Los Reyes se hacia gran junta de gente para venir contra él, é á buscar al juez Vaca de Castro, determinó de salir de aquella ciudad donde estaba para se ir á juntar con él, que ya se creia que estaba en el Quito, y anduvo hasta que llegó á Cotabamba, adonde se paró por tenerla por cosa fuerte y adonde no podria de los enemigos ser combatido, y que si viniese pujanza de ellos que podrian meterse en lo más adentro de la provincia; y tornó á enviar á Vaca de Castro otros mensajeros, haciéndole saber como él quedaba bueno con la gente que allí tenia, y que se diese priesa á andar, porque, como los del reino supiesen su entrada en la tierra, luégo acudirian muchos y saldrian para servir al Rey. Dejemos agora á Alonso de Alvarado, y digamos que despues de haber llegado á la ciudad del Cuzco el capitan Peralvarez Holguin, é habiéndole recibido por General, é apregonado el proveimiento con voz de trompeta en la plaza pública, entendia en hacer armas y aderezarse de gente, y como llegó Peranzures, como contamos, se hacia lo mesmo. Allegó á aquella ciudad D. Alonso de Montemayor, que habia ido por mandado de D. Diego de Almagro á hablar de su parte á Peralvarez Holguin, que ya sabia en los movimientos que andaba, que dejadas aquellas cosas se conformase con ellos, y, pues siempre se habia mostrado amigo del adelantado Almagro y de sus valedores, que lo fuese agora de los venga-

dores de su muerte, y para que si Peralvarez no hobiese entrado en el Cuzco, que tomase la ciudad por él, y allegase todas las más armas y gente que pudiese y con ello se volviese á Los Reyes. D. Alonso no usó de nenguno de estos poderes, y cuando llegó á la ciudad del Cuzco halló dentro al general Peralvarez Holguin, y, aunque le dijo de parte de D. Diego algunas cosas, refrenóse como caballero cuerdo é mostró voluntad de querer servir al Rey; mas Peralvarez lo prendió por entónces, y le tenia guardia secreta porque no se volviese á Los Reyes.

CAPÍTULO XLVI.

De cómo el presidente Cristóbal Vaca de Castro partió de Popayan para ir á la ciudad del Quito.

Ya contamos en los capítulos precedentes, como, estando el licendiado Vaca de Castro en la ciudad de Popayan, fué Lorenzo de Aldana, Teniente de general que habia sido por el marqués Pizarro, y dió nueva de la muerte que los de Chile dieron al mesmo Marqués en la ciudad de Los Reyes; y, sabido por Vaca de Castro, luégo escribió al adelantado D. Sebastian de Belalcazar, que estaba en la ciudad de Calí, para que no abajase por entónces á la ciudad de Cartago y Ancerma. Y estando Vaca de Castro con gran deseo de saber lo cierto de las nuevas que habian venido, llegó á aquella ciudad un Ordas é Juan de Valdivieso, vecinos del Cuzco, los cuales juntamente con Diego Maldonado y otros vecinos del Perú se habian embarcado en la ciudad de Panamá para subir al reino, y llegados á la costa del Perú hallaron las nuevas de la muerte del Marqués, y como Vaca de Castro habia arribado al puerto de la Buenaventura; y dejando de pasar adelante *vinieron al Quito en su busca.* De allí fueron á la villa de Pasto, y juntamente con un Villalva fueron á Popayan, adonde le hallaron y dieron cuenta de lo que pasaba, y de como D. Diego se habia nombrado Gobernador del reino, y enviado á un su capitan, llamado García de Alvarado, á correr la costa, y áun á procurar de haberle á las manos para le matar ó prender; é que habia preso á Aonso de Cabrera é á otros, é los habia muerto, é que se habia vuelto llevando preso al licenciado García de Leon. Pues como de Vaca de Castro fueron estas nuevas sabidas, claramente entendió que el Marqués habia sido muerto y D. Diego nombrado por Gobernador,

tornó á escribir al adelantado Belalcazar diciéndole, como de unos vecinos del Perú, que habian venido de la costa, habia sido avisado de la muerte del marqués D. Francisco Pizarro, y como D. Diego, sin vergüenza nenguna, habia tenido atrevimiento de se nombrar por Gobernador ó hacerse recibir en Los Reyes por tal; y que, pues siempre se habia mostrado servidor de S. M., y era su Gobernador y Capitan general, procurase de llegar la más gente é armas que pudiese y se viniese á la ciudad de Popayan, donde le aguardaba.

Vista por Belalcazar la carta de Vaca de Castro, quieren decir que le pesó grandemente, y que más de temor qae de voluntad habia ido á su llamado; y hacen creer ser asi, porque siempre mostró estar tibio en las cosas que se ofrecieron, y que en las cartas que escribió á las ciudades más allegadas al mar Océano escribia que habia de volver con toda brevedad, é que iba por no poder hacer otra cosa. Y él tenia otra ocasion para desear la ida de abajo y de no ir arriba, y era que el capitan Jorge Robledo, fundador de aquellos pueblos é ciudades, vino nueva, ó tenida por cierta, á Calí, que iba alzado él y todos los que en aquel tiempo andábamos con él, y el Adelantado deseaba por su persona poderle prender; y respondió al Licenciado que él era contento de ir luégo á Popayan, é hacer lo quo por él le era mandado, y que llevaria la más gente que pudiese, aunque habia muy poca de presente en aquella ciudad. Luégo se aderezó como mejor pudo, y acompañado de algunos criados suyos y amigos, y de otros vecinos de la ciudad de Calí, se partió é allegó á la de Popayan, donde fué recibido del presidente Vaca de Castro.

Juntos con él los más principales que se hallaron, el licenciado Vaca de Castro hizo demostracion de una Cédula real de S. M., en que por ella mandaba, que si durante su ida al Perú muriese el marqués Pizarro, ó estando allá, que pudiese tomar en sí el gobierno de las provincias é ser su Gobernador en ellas, y tener poderes tan bastantes como los tenia el mesmo Marqués, y que pudiese usar el tal cargo falleciendo el Marqués. Y como fué vista la Cédula, estovieron altercando lo

que seria mejor hacer, para sacar el reino de D. Diego, pues lo tenia contra la voluntad de S. M.; y hobo algunos que daban de parecer que se volviese Vaca de Castro al puerto de la Buenaventura, y de allí á Panamá, adonde podria hacer armada y mucha gente con que podria ir muy pujante contra los de Chile, y castigalles el delito que habian cometido en matar al Marqués y haber ocupado el reino. Lorenzo de Aldana no era de este parecer, ántes decia á Vaca de Castro que con toda brevedad se pusiese en camino y entrase en el Perú, porque, aunque D. Diego hobiese tomado nombre de Gobernador, habia en él tales caballeros y servidores del Rey, que no dejarian de acudir á su servicio por nenguna cosa, y que la ida á Panamá acarrearia mucho daño y no traeria nengun provecho; y despues que hobieron altercado sobre lo que harian, determinó de partirse para Quito, mandando Vaca de Castro al adelantado Belalcazar que fuese con él al Perú. Y miéntras se aderezaba de las cosas necesarias para el camino, sacando muchos treslados de la Cédula real de S. M., los envió con mensajeros para que por todas las partes se supiese su ida, é la voluntad de S. M., que era que, por muerte del Marqués, él fuese Gobernador; é con la gente que allí habia se partió para la ciudad del Quito, llevando consigo al capitan Lorenzo de Aldana, de quien tenia grande esperanza le ayudaria en los negocios, é anduvo por sus jornadas hasta que allegó á la Villaviciosa de Pasto, adonde halló algunos personas é vecinos que quisieron ir con él para servir á S. M.

Pues allegados al Quito aquellos mensajeros, que de Popayan Vaca de Castro despachó, luégo que allí vieron la Real cédula del Rey, nuestro señor, entraron en cabildo el capitan Pedro de Puelles, que allí era Teniente, é los alcaldes, é recibieron por gobernador á Vaca de Castro, haciéndole luégo mensajeros para que lo supiese, é ofreciéndosele de le ir á acompañar hasta que por él fuese hecho lo que S. M. le mandó. Y como el gobernador Vaca de Castro supo que le habian recibido en el Quito, se holgó porque las cosas llevasen buenos principios, é con mucha priesa se partió para ir allá.

CAPÍTULO XLVII.

De cómo el gobernador Cristóbal Vaca de Castro, yendo caminando á la ciudad del Quito, allegado á un pueblo llamado Carangue, recibió cartas del capitan Alonso de Alvarado, y supo como estaba alzado contra Almagro y en nombre del Rey, de lo cual recibió mucho placer.

Mucho deseaba el gobernador Vaca de Castro verse ya en el Quito, para sacar gente é para tener entero aviso de las cosas de arriba; y luégo, dándose priesa á caminar, anduvo tanto que allegó al pueblo de Carangue, que está del Quito catorce leguas, y allególe un mensajero con nuevas de que no poca alegría recibió. Vistas las cartas que traía, supo que estando por Teniente del Marqués en la ciudad de la Frontera el capitan Alonso de Alvarado, luégo que supo su muerte, teniéndolo por caso feo é que S. M. de ello era desservido, alzó bandera en su Real nombre, y habia allegado la más gente que habia podido, y estaba con toda ella metido en una parte fuerte é aparejada para se defender, y muy dificultosa para los enemigos querer hacerles daño; y supo muy por entero todas las cosas que ya contamos, que el capitan Alonso de Alvarado le envió á decir. Y por todos los que con el gobernador Vaca de Castro venian fueron vistas las cartas y oida la nueva, teniendo por buen principio lo que Alvarado habia hecho y por nueva alegre. Luégo tornó á toda furia á despachar el mesmo mensajero á las provincias de las Chachapoyas, ó adonde Alvarado estoviese, enviando el treslado de la Cédula real y escribiéndole graciosamente, engrandeciendo el hecho que habia hecho en alzar bandera por el Rey, é que de caballero de tan gran ser como él era no se habia de esperar ménos de

lo que por él habia sido hecho, é que enviase aviso de su ida á Los Reyes é á la ciudad del Cuzco, é á las demas partes del reino. Despachado este mensajero, el gobernador Vaca de Castro allegó á la ciudad del Quito, adonde fué recibido muy honorablemente é con gran solemnidad por Gobernador é Capitan general; y luégo que hobo tomado en sí la ciudad tornó á despachar más mensajeros por todo el reino, para que supiesen su llegada á él, é como ya quedaba en Quito.

Diego Maldonado, el vecino del Cuzco, como allegase á la costa y en los pueblos marítimos de ella supiese la muerte del Marqués, y como D. Diego se habia nombrado Gobernador, pareciéndole no convenir pasar adelante, se vino al Quito á se juntar con el gobernador Vaca de Castro, y lo mesmo hizo Diego de Peralta y otros vecinos del Perú. Y aunque el adelantado Belalcazar venia con él, teniendo entendido no venir de voluntad por las causas que atras se han contado, siempre tomaba el parecer de Lorenzo de Aldana y se guiaba por su consejo. Pues la fama veloz en breve dió noticia en las ciudades marítimas de Puerto Viejo, é Guayaquil, é San Miguel, de la llegada de Vaca de Castro al Quito, y de como estaba recibido en él por Gobernador, ó que hacia llamamiento de gente; é muchos, con deseo de servir á S. M., se iban á le buscar, é otros, que habian estádo neutrales, acuerdan de acudir á la voz del Rey é á su servicio, é así vinieron al Quito á juntarse con Vaca de Castro para le servir é acompañar. É como tuvo nueva que Gonzalo Pizarro habia entrado á descubrir la Canela, con más de doscientos hombres y entre ellos muchos soldados viejos é que entendian la guerra, por la haber usado, llamando á un Gonzalo Martin, vecino de aquella ciudad, conquistador antiguo, le mandó que con veinte ó treinta hombres bien aderezados entrase en la Canela, por el camino que habia él ido, y con diligencia procurase de le dar aviso de como el Marqués, su hermano, habia sido por los de Chile muerto, y como él venia en nombre del Rey á gobernar la provincia é hacer justicia en los que hobiesen delinquido, por tanto, que luégo, con la gente que tenia, saliese en su favor para ir á cas-

tigar á D. Diego lo que habia hecho. Mas aunque este Gonzalo Martin procurase dar aviso á Pizarro no pudo dar con él. Tambien supo el Gobernador como en las provincias de Bracamoros estaba el capitan Pedro de Vergara con gente, é despachó á un Sandoval con ocho ó diez españoles para que fuese á dalle aviso de su venida, y de que convenia al servicio del Rey que saliese luégo con la gente que tenia para ir á la ciudad de Los Reyes contra D. Diego, que la tenia ocupada; y, aunque estaba la provincia de Chaparra é los Paltas alzados, y eran aquellos bárbaros muy osados, Sandoval, con los que con él iban, pasó por todos aquellos pueblos y caminos tan fragosos, que atraviesan por las encumbradas sierras, hasta que allegó adonde estaba el capitan Vergara, é le denunció la nueva que llevaba, é lo que habia sucedido en la tierra; y como por él fué sabido, deseando servir al Rey é hallarse contra los que al Marqués mataron, se aparejaba para salir de allí.

CAPÍTULO XLVIII.

De las cosas que más fueron hechas por el general Peralvarez Holguin, y de cómo salió del Cuzco.

Ya contamos en los capítulos precedentes como Peralvarez Holguin fué recibido en la ciudad del Cuzco por General, y de cómo habia llegado allí D. Alonso de Montemayor con despachos de D. Diego; y aunque ántes de allegar al Cuzco le escribió é hizo saber de su ida, y á lo que le habia enviado D. Diego, no se tenia de él confianza, porque conociendo que el adelantado Almagro le tuvo siempre en mucho, y fué con él á Chile, y que se habia hallado en las Salinas de su parte, temíase que procuraria de allegar alguna gente para acudirle. É porque D. Alonso intentó de se huir de la ciudad del Cuzco, porque, ántes que allí viniese Peranzures, le dijeron que venian en su compañía, de la Villa de Plata, algunas personas no muy bien con él, temiendo, en tiempo revuelto, quisiesen matarle, se habia procurado de ir; mas luégo Peralvarez le tornó á haber á sus manos, é le mandó prender, haciendo á su persona el tratamiento que merecia. É llegado Peranzures, é nombrados los capitanes, se hallaron trescientos hombres de á caballo, y piqueros, é arcabuceros, y escopeteros. Y como tuviesen nueva de que S. M. habia nombrado por Juez al licenciado Vaca de Castro, y áun que habia arribado al puerto de Buenaventura y ya era tiempo de estar en el Quito, determinaron de salir de la ciudad del Cuzco, dejando en ella la justicia en nombre del Rey, con la gente que vieron que bastaba, con propósito, que si Almagro é los que seguian su opinion saliesen al camino, de les dar la batalla, é si no, ir hasta que se pudiesen juntar con Vaca de Castro adonde quiera que le to-

pasen; y con buena órden comenzaron á caminar hasta Guamanga, llevando siempre corredores para ser avisados de lo que pasaba, é si habia nueva de venir gente de los enemigos.

Querer encarecer los grandes males y daños, insultos é robos, vejaciones é malos tratamientos que á los naturales con estos movimientos se les hacian, es nunca acabar si por órden los hobiese de contar, porque no se ha tenido en más matar indios que si fueran bestias inútiles, y que Cristo, nuestro Dios, por ellos como por nosotros no se pusiera en la Cruz; y si los capitanes querian poner algun remedio en evitar tan gran daño no eran parte, porque como en los alborotos é guerras civiles que ha habido, los soldados han tenido siempre al robo é aprovechamiento, é vivir libremente, en queriéndolos corregir se amotinaban, pasándose de un campo á otro, ó se quedaban por los pueblos si no les dejaban seguir su propósito. Y, á la verdad, tambien podremos en alguna manera relevallos de culpa, por ser la tierra tan áspera é falta de bestias, que muchos iban á pié por no tener en qué ir á caballo; é tambien hay algunos despoblados que conviene, por el mucho frio que en ellos hace, llevar tiendas y mantenimientos, y como con moderacion esto se hiciese, yo no culparia el servicio de los indios. Mas pues los lectores conocen lo que yo puedo decir, no quiero sobre ello hablar más, que si uno tenia necesidad de un puerco mataba veinte, y si de cuatro indios llevaba doce; y, hablando más claro, muchos habia que sus mancebas públicas llevaban en hamacas, á cuestas de los pobres indios. Pues volviendo á nuestro cuento, como el capitan general Peralvarez Holguin partiese del Cuzco anduvo hasta que allegó á Guamanga, adonde era Teniente de D. Diego Vasco de Guevara; é, creyendo que le harian algun mal tratamiento, se ausentó de la ciudad é anduvo por entre aquellas sierras perdido, y le tornaron, soldados que envió Peralvarez á buscarle, á su poder, é se hizo recibir en Guamanga, y salieron con él de aquella ciudad algunos vecinos é otros soldados. É despues que hobieron puesto en órden aquella ciudad, é dejádola puesta en el servicio de S. M., el general Peralvarez, deseando atra-

vesar la serranía por el camino real de los Ingas, se partió luégo de allí, enviando siempre sus corredores para tener aviso de lo que viesen; é allegado media legua más allá de Parcos, quiso que todos los capitanes, caballeros, hijos-dalgo é soldados, que venían debajo de su bandera, que de nuevo le recibiesen por General é le jurasen por tal, y allí se hizo esta solemnidad pública. E luégo platicaron sobre lo que harían; é unos decían que se debía de ir é dar la batalla á D. Diego, que ya era salido de Lima, como luégo diremos; otros lo reprobaban, diciendo que mejor les sería ir siguiendo su camino hacia Caxamalca, adonde sabrían nuevas del Juez, y con la gente que trujese tendrían potencia para resistir á los enemigos, que no habían entendido en otra cosa que en engrosar su ejército y rehacerse de armas; é al fin acordaron de proseguir su viaje, á juntarse con Vaca de Castro é con el capitan Alonso de Alvarado.

Alonso de Toro, el vecino del Cuzco, fingiendo que volvía en busca de unas indias, se salió del Real; quieren decir que los vecinos de la ciudad del Cuzco estaban pesantes por haber nombrado por su general á Peralvarez Holguin, y que en este mesmo lugar tuvo algunas porfías con D. Pedro Puertocarrero, é que llegaron á tanto, que le quitó los caballos é armas, é le quiso mandar echar del Real, é interviniendo los capitanes fueron puestos en paz, é Alonso de Toro volvió al Real, é prosiguieron su camino. Y dejaremos de hablar de ellos y diremos la salida de D. Diego de Los Reyes.

CAPÍTULO XLIX.

De cómo D. Diego de Almagro, sabida la nueva de Peralvarez, con parecer de sus capitanes, salió de la ciudad de Los Reyes, y de la gente que sacó y capitanes.

Ya ha contado la historia como estando en la ciudad de Los Reyes D. Diego é toda su gente, tuvo nueva como en la ciudad del Cuzco habian nombrado por general á Peralvarez Holguin, y á Gomez de Tordoya por Maese de campo, y todas las cosas que más habian pasado, de lo cual recibieron gran turbacion así por ello como por lo de Alvarado; y, juntos los más principales de ellos, entraron en consulta para determinar lo que harian. Gomez de Alvarado é Juan de Sayavedra estaban sentidos de que Juan de Herrada fuese el General y que sobre ellos toviese poder, habiendo sido hombre comun é soldado particular, y estaban muy desgraciados con D. Diego, y, aunque en algunas consultas se hallaban, no era con voluntad ni con tal deseo como se creia. É tratando sobre ello qué harian, hobo pareceres diversos, porque á unos parecia que debian ir á desbaratar al capitan Alonso de Alvarado, y á otros que no, sino que, abajando por el camino marítimo de los llanos, fuesen á prender ó matar á Vaca de Castro, y engrosar su ejército, para tener tal potencia que pudiesen deshacer á los que contra ellos se habian mostrado enemigos, é aguardar á ver la Majestad Cesárea qué es lo que proveia sobre aquellas cosas; y, si enviase contra ellos mandado riguroso, irse á meter delante del Maulense rio. Pero no concordaron de seguir ninguna opinion ni parecer de aquellos, ántes á todos á una les pareció bien el dicho del avisado Cristóbal de Sotelo, que era, que fuesen á encontrarse con Peralvarez y le desbaratasen, pues no podia traer más que trescientos hombres, é de allí anduviesen hasta meterse en la gran ciudad del Cuzco,

adonde ternian aviso de la venida de Vaca de Castro é del arte que entraba, é con qué gusto oia las cosas. Determinado por los capitanes de salir de Los Reyes, enviaron á la provincia de Xauxa doce españoles á que hablasen á los guancas, como ellos querian ir por su provincia, que tuviesen fe entera é amistad verdadera para con ellos, é para que hiciesen carnaje, é para que, sabiendo ó teniendo nueva que Peralvarez é los suyos venian, enviasen aviso de ello; é para estos efectos fueron enviados estos que digo. Y luégo D. Diego é los capitanes comenzaron á allegar armas, é afinar pólvora, é hacer arcabuces, teniendo la guerra por cierta, no dudando que habian de morir no pocos de ellos, pues unos de otros estaban tan desabridos. Las banderas fueron desplegadas, é los atambores con sus palotes daban á entender la guerra que los pífanos denunciaban, y todos comenzaron á se aparejar para salir con brevedad de la ciudad.

¡Oh, qué era ver la noble juventud española que estaba en Los Reyes para seguir las banderas de Chile! ¡Cuántos caballeros hijos-dalgo, cuán adornados de gracias y disposicion, cuán belicosos algunos de ellos, y cuán en tan poco tenian la vida, para que la habladora fama no los dejase en tinieblas de olvido, ni la inmortal memoria dejase con su escritura de dar testimonio de su valor! ¡Oh, quién los viera atravesar las provincias que confinan con el Estrecho; y como su fama fuera más memorada, pues faltando la habilidad pudieran mostrar su fortaleza contra las bárbaras naciones que viven en las regiones que están adelante de donde el sol hace su curso! É pues al tiempo de la cruel batalla de Chupas tengo de hacer mencion de los nombres de los más principales, quiero para entónces guardar lo que el discurso de la obra no da materia evidente para que agora tratemos. É ya que todos estovieron apercibidos para salir de Los Reyes, é pertrechados de las armas é caballos que pudieron, salieron de la ciudad apercibiendo para que fuese con ellos al fator Illan Xuarez de Caravajal, é á otros algunos, y con ellos salió el reverendo padre fray Tomás de San Martin, provincial de los Dominicos; en

la ciudad dejaron por Teniente de gobernador á Juan Alonso de Badajoz. É, salidos de Los Reyes, anduvieron hasta llegar legua y media de la ciudad, adonde acordaron de nombrar capitanes; é, aunque pesó á muchos, obedecieron por General á Juan de Herrada. Cristóbal de Sotelo, é Juan Tello, é García de Alvarado fueron nombrados por capitanes de gente de á caballo, é Diego de Hoces y Martincote é Cárdenas se señalaron por capitanes de gente de á pié, é lo mesmo Juan de Olea; sargento mayor era Xuarez, é alférez general Gonzalo Pereyra. Toda la gente que allí se juntó eran quinientos é diez y siete españoles, todos muy lucidos, é hicieron sus alardes é reseña; de caballo habia ciento é ochenta, y cien arcabuceros y escopeteros, y los demas eran piqueros é algunos alabarderos: cinco tiros tenian de artillería.

Juan de Herrada adoleció en este tiempo; quisieron decir que fué la ocasion cierta ponzoña que Juan Balsa le dió en la comida, mas lo que se tiene por cierto fué que, como ya fuese viejo é habia un año que las armas jamás quitaba de encima de su persona, de quebrantamiento le venia aquella enfermedad; y agraviándole mucho iba con mucha pena. Y ansí anduvieron hasta que llegaron á Guarochiri, desde donde se vino el reverendo fray Tomás de San Martin y el capitan Diego de Agüero, con licencia de D. Diego; é Juan de Sayavedra é Gomez de Alvarado y el Factor, con sus mañas que tovieron, se salieron de entre ellos y desde Xauxa se volvierou á Lima. Y en Guarochiri le fatigó mucho el mal á Juan de Herrada, y, viendo que no podia por su persona gobernar el campo, habló con D. Diego é con los capitanes que recibiesen por generales é principales á los capitanes Cristóbal de Sotelo é García de Alvarado. Cosa mal ordenada é que no podia parar en bien, pues si un imperio, por amplísimo é grande que sea, no puede ser gobernado bien por dos cabezas, ¿cuánto ménos lo seria adonde no habia si no un puñado de gente? Pero como á mí no me convenga poner las cosas bien guiadas y encaminadas que hacian en aquel tiempo los que andaban en el Perú, pondré cómo sucedia y de la arte que ellos lo ordenaban.

CAPÍTULO L.

De cómo el general Peralvarez Holguin, despues de haber sido recibido por General y jurado última vez, cabe Parcos, vino caminando la vuelta de Xauxa, é de cómo, yendo á correr el campo Gaspar Rodriguez de Camporredondo, prendió á los que estaban en aquella provincia de parte de Don Diego.

En los capítulos precedentes hicimos mencion de como el capitan Peralvarez Holguin, despues que lo hobieron jurado por Capitan general, movió de aquel lugar donde estaba con voluntad de se acercar á lo provincia de Xauxa, para tener enteramente aviso de las cosas que hacian los de Chile; pues como aquellos doce hombres que envió D. Diego desde Los Reyes allegasen á Xauxa, para entender en las cosas que hemos dicho que venian á hacer, procuraron de confirmar en su amistad á los guancas; mas como aquellos indios fuesen tan entendidos, é ya tuviesen aviso de la venida de Vaca de Castro, é de como en las Chachapoyas se habia alzado contra ellos Alonso de Alvarado, y en el Cuzco Peralvarez, pareciéndoles que seria cordura tener la parte de Pachacama, aunque los preguntaban si tenian noticia ó sabian alguna nueva de que los cristianos del Cuzco viniesen, decian que no sabian nada. É aunque no ignoraban que ya llegaban cerca de su valle, no se lo querian decir, ántes ciertos indios fueron á dar mandado á Peralvarez como estaban allí; é, teniendo este aviso, mandó á Gaspar Rodriguez de Camporredondo que fuese á Xauxa á correr el campo, y mirase si habia algunos corredores de D. Diego y los prendiese. Gaspar Rodriguez, con voluntad de servir al Rey, se partió para Xauxa, y dió de noche

en los cristianos que estaban allí y los prendió, y volvió con ellos á Peralvarez, el cual mandó ahorcar á dos de ellos. Y tomando parecer con los capitanes, acordaron de engañar á los enemigos con decirles la verdad, y era que, como ellos allegasen por parte tan confin á la ciudad de Los Reyes, era cosa decente creer que la querian ir á ocupar y apoderarse en ella, y que si les enviasen á decir que por el camino de la sierra habian de ir, que no lo creerian, ántes vendrian con más órden á los buscar, y que así, sin peligro podrian caminar hácia Caxamalca. É á los mesmos de Chile soltó Peralvarez, y les dijo que le dijesen á D. Diego é á los que seguian su opinion, que se contentasen con el daño que habian hecho é que no se extendiesen á hacer más maldades, pues el castigo les habia de venir, y que él se iba camino de Caxamalca porque no queria contender con ellos ni dar batalla, no por pavor ni causas de ningun temor que de ellos tuviese, sino porque queria aguardar á ver si, cayendo en el yerro que habian hecho, vernian en conocimiento de pedir perdon al Rey. Luégo, como esto dijo, los envió, y entrando en la provincia de Xauxa habló á los guancas, amonestándoles que quisiesen ser amigos leales suyos é no de los de Chile, que andaban en deservicio del Rey; é diciéndoles otras cosas se partió luégo Peralvarez de Xauxa.

Pues volvamos á D. Diego y á su gente, que venian caminando hácia Xauxa con buena órden, porque ya tenian nueva de como los corredores que fueron habian sido presos; é de uno que á ellos aportó quisieron saber lo cierto, y, pensando que andaba con alguna cautela, Cristóbal de Sotelo le dió tormento, y le dijo que Peralvarez venia con trescientos españoles é traia consigo á D. Alonso de Montemayor é á Vasco de Guevara, é que iban caminando la vuelta de Bombon. Juan de Herrada iba enfermo, y de un soldado, gran andador, llamado Zamarrilla, que en hábito de indio solia caminar por no ser conocido, tuvo aviso como Peralvarez ciertamente iba derecho á Bombon; y, como desease que no se diese batalla, mandóle á aquel, so pena de grandes temores que le puso, que no dijese

nada á D. Diego ni á los capitanes; y como vinieron los otros que habia enviado Peralvarez, é dijeron ciertamente su ida, entraron en consulta los capitanes é más principales de ellos sobre lo que harian. Cristóbal de Sotelo entendió muy bien la cautela de los enemigos é dijo: «Estos nos quieren engañar con la verdad é verdaderamente se deben ir á juntar con Alvarado, y de mi parecer debríamos salirles al camino, pues muy bien lo podemos hacer.» É, diciendo esto, mandó que, por un atajo que salia al camino real, moviesen para se encontrar con ellos. Juan de Herrada, como no desease que se diese batalla, no lo consintió con algunas excusas que puso, diciendo que fuesen á Xauxa, que tiempo tornian para los seguir si por el camino de Bombon iban; y, no queriendo tomar el consejo é parecer de Cristóbal de Sotelo, movieron con buen orden para Xauxa y anduvieron hasta que llegaron al valle. Y, como se mandase por Sotelo é García de Alvarado, no podia haber buena órden, porque lo que el uno mandaba, pareciéndole al otro no convenir, mandaba al contrario. É como Sotelo fuese tan cuerdo, como ya otras veces hemos dicho, pareciéndole que si por él é García de Alvarado se hobiese el campo de regir que se perderian, dijo que él mirando este daño no queria otra autoridad de la que, sin el cargo, su persona tenia, y que pues García de Alvarado era caballero tan principal que solamente por su persona se entendiese en usar el cargo de General, para que con el parecer de los capitanes se hiciese la guerra como requeria. Y como Sotelo dijo esto, pareciéndoles á todos bien, quedó García de Alvarado solamente por General, aunque á todos los más de los soldados, é áun de los capitanes, les pesaba porque Sotelo no era el General, porque era en gran manera muy bien quisto é sabia tratar los soldados de tal manera, que andando bien corregidos, era por ellos amado.

Peralvarez con su gente iba caminando la vuelta de Bombon, muy alegre porque tan á su salvo habia pasado por el valle de Xauxa; é siempre enviaba sus corredores delante de su campo, y en la retaguardia venia siempre un capitan con

gente suelta para que los enemigos no pudiesen, si viniesen siguiéndoles, tomalles descuidados ni roballes el bagax y caminaban con grande órden y en todo llevaban muy gran cuidado. Pues llegados á Xauxa los de Chile, y habiéndose desistido del cargo de General Cristóbal de Sotelo, y siéndolo solamente García de Alvarado, tornaron á entrar en consulta sobre lo que harian, habiéndoles pesado grandemente en no haber seguido á Peralvarez Holguin, pues pudieran por Pariacaca salir á le tomar la delantera é desbaratallo; é tornaron á acordar de seguirlo á la ligera dejando alli su bagax. Y dándose mucha priesa fueran en seguimiento de los del Cuzco, mas como la tierra sea tan fragosa, y el furioso invierno no fuese pasado, ni las nubes dejasen de lanzar tanta agua de sí que los rios dejasen de ir tan crecidos, que no poco trabajo daban á los caminantes; y los bárbaros, viendo los movimienque se levantaban, alzaban las comidas y ausentábanse por no dejar los caminos poblados con los muertos de las cargas que los cristianos, en testimonio de su crueldad, dejaban; eran todas estas causas tan dificultosas que no lijeramente puede un Real alcanzar á otro.

CAPÍTULO LI.

De cómo D. Diego de Almagro con su general García de Alvarado, fueron siguiendo á Peralvarez Holguin, y de cómo allegando cerca de Rombon se volvieron, y de la muerte de Juan de Herrada, y de cómo Peralvarez iba caminando.

Determinados los de Chile de ir en seguimiento del general Peralvarez Holguin, teniendo esperanza de lo desbaratar, se partieron luégo de Xauxa; Juan de Herrada estaba muy fatigado de su enfermedad, é, no pudiendo ir con D. Diego, se quedó en aquel valle. É luégo que partieron de allí, dándose á andar mucha priesa, con pensar que podrian alcanzarlos, anduvieron, mas por los inconvenientes que arriba hemos dicho no se pudieron afrontar con ellos, aunque llegaron á topar su bagaje y en él hicieron algun daño; é tornó á parecelles que seria bien dar la vuelta sobre Xauxa, é seguir su camino derechos á Guamanga, y á la gran ciudad del Cuzco, para, con la gente que de aquellas ciudades hobiese, engrosar su ejército, é hacer artillería, é aguardar á Vaca de Castro de qué manera entraba en el reino é si se juntaba con la parcialidad de los Pizarros, y que conforme á ello determinarian lo que más le conviniese. Muy grande era la enemistad é ódio que tenian con Gomez de Tordoya, porque éste decian que habia sido la causa principal que Peralvarez revolviese sobre el Cuzco, y dejase la entrada de los Chunchos, y deseaban tomar de él venganza; y, como acordaron de no seguir más á Peralvarez, revolvieron sobre Xauxa, é hallaron que Juan de Herrada de su enfermedad habia muerto, de lo cual á todos pesó grandemente, é allí se aposentaron pidiendo á los bárbaros recaudo de mantenimiento. En este tiempo, el general

Peralvarez Holguin iba caminando con muy gran trabajo, por ser la tierra tan áspera y de grandes puertos nevados y muy frios, y por las muchas aguás que habia, y por los rios, que en muchos de ellos no hallaban puentes. Y tuvo aviso de cuán cerca habian llegado los enemigos, y tenia muy en órden puesta su gente, animándolos para que se hobiesen animosamente contra los que los seguian; y todos los capitanes é soldados estaban tan puestos en morir por sustentar lo que habian hecho, que poca necesidad habia de exhortaciones, y estaban apercibidos no cansándose de tener sobre sí las armas, para ver si los de Chile venian á juntarse con ellos. Y, como de los que venian en la retaguardia supieron que habian dado la vuelta, prosiguieron su camino con grande órden, enviando sus corredores siempre delante para ser avisados; los indios, como sean tan viciosos en mentir, y se les dé tan poco por decir verdad, echaban fama que por delante venian banderas contra ellos, y que los de Chile venian todavía siguiéndolos, y causaba algun alboroto y desasosiego porque tovieron muchas armas fingidas.

Los alférceces iban caminando con las banderas y estandarte Real, y, como el camino fuese tan dificultoso como hemos dicho, los rios fuesen tan grandes y en algunos faltasen puentes, por darse priesa á pasar se ahogaban algunos españoles é caballos é indios; é anduvieron hasta que llegaron á una antigua fortaleza de los Ingas, reyes pasados de estas provincias, que ha por nombre Tambo, y está entre medias del valle de Xauxa é de la provincia de Caxamalca, é, por ser cosa fuerte el sitio donde estaba aquella fortaleza é aposentos, determinó Peralvarez de descansar allí, porque los españoles é caballos venian muy fatigados. Y estando en este lugar entraron en consulta, el General, é los capitanes, é más principales que venian allí juntos, para determinar lo que seria bueno que hiciesen, é acordaron que desde allí fuesen enviados mensajeros al licenciado Vaca de Castro, y le hiciesen saber lo que en servicio de S. M. se habia hecho, y de como ellos iban á le buscar, que les enviase á mandar lo que harian é más al ser-

vicio de S. M. conviniese. Nombraron para que fuese por mensajero á Luis de Leon, vecino de Arequipa, é al capitan Juan Alonso Palomino, é á un Diego de Torres, á los cuales mandaron que fuesen por Guaraz y supiesen dónde estaba el capitan Alonso de Alvarado, que ya sabian, por los que tomaron en Xauxa é por los indios, haber alzado bandera en servicio del Rey y estar con buena copia de españoles aguardando á Vaca de Castro, y le diesen cartas de Peralvarez y de los capitanes que tambien le hacian saber lo mesmo, y le persuadian se viniese á juntar con ellos, pues la voluntad é deseo que todos tenian de servir al Rey era una, y que desde allí caminasen á toda furia para que Vaca de Castro toviese aviso de lo que pasaba. Tomadas las cartas de creencia, los mensajeros se partieron con gran voluntad de ir á buscar á Vaca de Castro; y pasaron muy gran peligro, porque los bárbaros, como los viesen tan pocos, en un pueblo llamado Taca salieron á los matar, y aina quedaran allí con sus despachos, segun los indios los acometieron tan denodadamente, mas al fin, como eran soldados valientes, pasaron adelante y allegaron hasta donde estaba el capitan Alonso de Alvarado con su gente. Y en saber que Peralvarez viniese con caballeros tan lucidos, y voluntad tan entera de servir al Rey, se holgó, mas que pensasen que él habia de ir á meterse debajo de sus banderas, ni ser inferior de quien habia sido superior, teníalo por locura, é no determinó de lo hacer, ántes respondió equivocadamente á los mensajeros, é áun en las cartas, dando excusas que pareciesen justas porque no naciese entre ellos alguna discordia.

Pues luégo que el general Peralvarez Holguin hobo despachado los mensajeros, se partió de aquel fuerte, por el mesmo camino que ellos fueron, llevando siempre buena órden en la gente. Los indios salian á la retaguardia á robar, si podian, alguna cosa de su bagaje; y de esta manera, con muy gran trabajo, por la aspereza de los caminos, llegaron á la provincia de Guaylas, á un pueblo que ha por nombre Guaraz adonde hallaron mucho bastimento. Y entraron en consulta para determinar lo que harian, y acordaron de que seria cosa

acertada aguardar respuesta de Vaca de Castro, y ver si vernia con brevedad á aquella parte, porque quedando el enemigo atras, no podian sacar ningun fruto en andar extragando las provincias y gastando los mantenimientos, pues que por fuerza habian de revolver por aquella parte; é asi, con parecer de todos, asentaron allí su Real, poniendo el estandarte en medio de las capitanías, y las banderas por su órden, dejando una plaza para lo que sucediese. Peralvarez mandó con grandes penas que no se hiciese nengun mal tratamiento á los naturales, sino que con templanza fuesen tratados, y gastados los mantenimientos con moderacion, mas poco aprovechó este mando; y no se puede ligeramente decir el ganado é otras cosas que robaron é tomaron á los indios, aunque en semejantes tiempos no se puede ménos hacer.

CAPÍTULO LII.

De cómo el capitan Alonso de Alvarado, sabida la nueva de Peralvarez Holguin, tornó á hacer otro mensajero á Vaca de Castro, amonestándole que con toda brevedad se viniese adonde él estaba.

Gran ventura fué la de Vaca de Castro en hallar en el reino tanta lealtad, que ya que D. Diego hobiese ocupado el gobierno de las provincias, tuviese S. M. el Rey, nuestro señor, tales vasallos que no quisiesen disimular yerro tan pesado, y que ninguno contra su voluntad Real pudiese ocupar el reino. Puesto que, aunque S. M. ha dado por cosa justa la batalla que se dió en Chupas, yo en mi libro no nombraré á D. Diego ni á los que le seguian traidores, por dos causas, las cuales, si no fueren evidentes, yo me pongo debajo de la correccion de los doctos y hombres sabios que más en esto que yo entienden, y digo que la principal es Vaca de Castro no traer comision ni mandado Real para dar batalla; lo segundo, que el D. Diego y los que andaban con él, si Vaca de Castro no se juntara con Peralvarez, ellos le acudieran, y tambien porque el intento de los de Chile al principio fué vengar la muerte del Adelantado con matar al Marqués, y si no los quisiese el Rey perdonar meterse en lo más adentro de las provincias. Verdad sea que hicieron un gran yerro, y fué en la ciudad de Los Reyes, al tiempo que mataron al Marqués, quitar las varas á los alcaldes ordinarios y dallas á los que ellos eligieron; cosa mal hecha.

Pues volviendo á nuestro propósito, como el capitan Alonso de Alvarado hobiese allegado la más gente que pudo y hobiese despachado sus mensajeros á Vaca de Castro,

como supo que Peralvarez Holguin, con la gente del Cuzco y de la Villa de Plata, venian acercándose á él, acordó de no ir al Quito, donde pensaba que hallaria á Vaca de Castro, ántes con su gente fué caminando hácia la provincia de Guaylas, enviando primero otro mensajero á Vaca de Castro, que sin aguardar á que pasase más tiempo, se viniese con la gente que toviese junta, pues, loado Dios, las cosas iban con tan buenos principios que hallaria al pié de quinientos hombres con él ó con Peralvarez, para que le ayudasen á hacer lo que por S. M. le hobiese sido mandado; y que no tardase mucho en venir, porque D. Diego se habia retirado hácia el Cuzco, y por allá no se hiciese más poderoso, y otras cosas que en sus cartas le escribió. Y luégo que el capitan Alonso de Alvarado hobo hecho esto, mandó á los que con él estaban que se aparejasen para ir á Guaylas; é así se partieron luégo é anduvo hasta que llegó á un aposento, que se llama Yungai, una jornada del Real de Peralvarez, desde donde se escribieron cartas muy graciosas, y algunos de un Real iban á holgar á otro. Y allí estovieron aguardando á saber nuevas del gobernador Vaca de Castro, donde dejaremos de hablar de ellos y diremos lo que hizo D. Diego de Almagro.

CAPÍTULO LIII.

De cómo estando en la provincia de Xauxa D. Diego de Almagro y su gente, acordaron de que él y no otro fuese General, y Cristóbal de Sotelo fuese Maese de campo, y de como estovieron por enviar á la ciudad de Los Reyes á García de Alvarado, y de cómo Sotelo lo estorbó.

Mucho pesó á D. Diego de Almagro é á los que con él estaban cuando supieron la muerte de Juan de Herrada. É los capitanes ó principales entraron en consulta para determinar de enviar á Los Reyes un Capitan que trajese hierro para hacer armas y otras cosas de que tenian necesidad, y algunos vinieron en ello y que fuese García de Alvarado, con ciento de á caballo é cincuenta arcabuceros; é ya que esto estaba acordado, Cristóbal de Sotelo, con otros que cuerdamente miraron los daños que de aquella ida se podian recrecer, é que los soldados robarian la ciudad haciendo en ella daños é insultos, lo estorbó, de que García de Alvarado grandemente de ello se sintió. Y, cesado este proveimiento, los soldados públicamente decian que no querian otro General que al mozo D. Diego, y que Cristóbal de Sotelo fuese Maese de campo, y sobre esto entraron en consulta los principales de ellos, é acordaron que fuese así, aunque de ello mostró recibir pena García de Alvarado porque le fuese quitado el cargo; y dende en adelante D. Diego entendió en usar el cargo de Capitan general, é Cristóbal de Sotelo de Maestre de Campo. É luégo se determinó de que el Maestre de campo Cristóbal de Sotelo se partiese á la ligera con veinte de á caballo, y fuese á entrar en la ciudad del Cuzco, y procurase allegar algunos amigos é hacer lo que más viese que le convenia; é así se partió luégo, con veinte de caballo á la ligera armados, é anduvo hasta que llegó á Guamanga, donde estuvo pocos dias, y luégo se partió para el Cuz-

co. García de Alvarado, como vido que Sotelo se le anteponia é iba al Cuzco á hacer lo que él quisiera, grandemente le pesó y comenzó á tener ódio con él, y áun la amistad que tenia con D. Diego aflojó y no la tenia tan entera como al principio, y estaba muy tibio en lo que le convenia.

Pues dándose mucha priesa el Maese de campo Sotelo, llegó á la ciudad del Cuzco, adonde mandó llamar á los regidores que allí habia, para que tornasen á recibir por gobernador á D. Diego. Felipe Gutierrez, como supo la entrada de Cristóbal de Sotelo en el pueblo, se quiso ausentar ó irse á esconder á Santo Domingo, é siendo de ello avisado Sotelo envió ciertos hombres é le prendieron é trujeron al Cabildo. Luégo tomó los dineros que allí halló de Francisco de Caravajal, y de Bachicao, y de otras personas que habian ido con Peralvarez, para los gastos de la guerra, y á Diego Mendez mandó que con veinte de á caballo, y entre ellos algunos arcabuceros, se partiese para la Villa de Plata, y que en ella hiciese recibir á D. Diego por Gobernador, pues S. M. habia dado aquella gobernacion al adelantado D. Diego de Almagro, su padre, para que la gobernase; y allegado el capitan Diego Mendez á la provincia de las Charcas, donde está esta villa, Antonio Alvarez, vecino de ella, se ausentó, y lo mesmo hicieron Luis de Villanueva y otros algunos, por no acudir á D. Diego ni hallarse en dar favor á Diego Mendez, pues para ponerse en resistencia no eran parte. Diego Mendez escribió á Antonio Alvarez para que se viniese adonde él estaba, prometiéndole que seria parte para que D. Diego le hiciese mercedes; Antonio Alvarez respondió diciendo, que él no habia de ser traidor, y en fin, pasadas otras embajadas é cosas que sucedieron, fueron presos Antonio Alvarez, é Villanueva, é Vivanco é otros, y Diego Mendez, despues que hobo hecho que recibiesen á D. Diego por Gobernador y nombrando por Teniente á Juan de Vera, se partió para las ricas minas de Porco, donde tomó pasados de sesenta mil pesos de oro que allí habia, é los caballos é armas que allí halló, é con todo ello se volvió la vuelta de la gran ciudad del Cuzco.

CAPÍTULO LIV.

De cómo, despues de haber despachado mensajeros á muchas partes, el gobernador Vaca de Castro acordó de salir del Quito para irse á juntar con el capitan Alonso de Alvarado.

Contado ha la historia como en el pueblo de Carangue le dieron al gobernador Vaca de Castro cartas de Alonso de Alvarado, en que por ellas le hacia saber como se habia alzado en servicio del Rey contra los de Chile, é las otras cosas que ya la historia ha contado, y de como Vaca de Castro recibió mucha alegría, y asimesmo cómo despachó á los Bracamoros y á otras partes mensajeros para que se juntasen con él para castigar á D. Diego por la muerte que dió al Marqués y por haber ocupado el reino. Y como, sabido en las ciudades marítimas su estada en el Quito, le habian acudido algunos, de los cuales y de los que él y Belalcazar habian traido estarian juntos hasta ciento é veinte hombres; y como tuviese nuevas que el capitan Pedro de Vergara con gran voluntad venia á lo servir con todos los españoles que tenia, acordó, pues las cosas llevaban tan buenos prencipios, de se partir del Quito, dejando por su Teniente de gobernador en aquella ciudad á Hernando Sarmiento, mandando primero al adelantado Belalcazar, que con veinte de á caballo partiese delante á correr el campo, y que pues era tan conocido de los naturales de aquella region, por los haber conquistado, les mandase proveer de bastimentos los aposentos por donde él habia de caminar. Belalcazar dijo que lo haria como por él le era mandado, y partiéndose del Quito fué por el camino real, entrando por los pueblos de Pansaleo y La Tacunga, y anduvo hasta que

llegó á los reales aposentos de Tomebamba; adonde encontró con el capitan Diego de Mora, é con un Barrientos, y otros que con deseo de servir al Rey acudian á se juntar con Vaca de Castro. Y entre estos venia el capitan Francisco Nuñez, el que desterraron de Los Reyes cuando mataron á Francisco de Chaves, el cual, por se salvar que no le castigasen por se haber hallado en la muerte del Marqués, fingió que venia á buscar á Vaca de Castro, y como supiese que el adelantado Belalcazar estaba allí, le habló rogándole quisiese favorecerle de manera que Vaca de Castro no le hiciese algun mal tratamiento; é aunque Belalcazar fué avisado de que habia sido de los más culpantes en la muerte del viejo Marqués, y que Vaca de Castro grandemente deseaba haber los autores de aquella fechoría, para castigarlos conforme á delito tan grande como habian cometido, no solamente fué contento de que se salvase, mas, porque pudiese ir sin que Vaca de Castro le viese, le dió un caballo, diciéndole que anduviese hasta entrar en su gobernacion, que en ella no habia que temer.

Pues como el gobernador Vaca de Castro supiese que Diego de Mora y los otros le acudieran, holgóse en gran manera y anduvo hasta que llegó á Tomebamba, yendo siempre con él Aldana, Maldonado, é Valdivieso é los otros vecinos, y á los que halló allí mostró grande amor, hablándoles graciosamente; y como supo que Belalcazar, sin su voluntad ni consentimiento, habia dado de mano á Francisco Nuñez de Pedroso, sintiólo grandemente, é luégo, llamando á Belalcazar, se lo reprendió con alguna aspereza, y no se fió de allí adelante tanto en su persona como de ántes. Luégo escribió al teniente Sarmiento, al Quito, amonestándole que con diligencia procurase de saber por qué camino iba el capitan Francisco Nuñez y lo prendiese para castigarlo; mas aunque Sarmiento lo procuró no bastó poder prenderlo, porque con la guía que le dió el Adelantado se supo muy bien descabullir y meterse en la gobernacion adonde se juntó con el capitan Juan Cabrera, é fué con él á Antioquía. En este real aposento de Tomebamba le dijeron al gobernador Vaca de Castro ciertas cosas, las cua-

les yo no afirmaré por ciertas, porque yo no he hallado autor que afirme haberlas oido, y tambien porque fué Belalcazar amigo del bando de Pachamaca y habia sido capitan del Marqués. Lo que dicen que habia hablado fué, que habia aprobado la muerte del Marqués, diciendo que ¡D. Diego habia hecho bien en le matar é vengar la muerte de su padre, é que mostraba tenerse por amigo del mesmo D. Diego, y otras cosas que no convenian ser dichas en tiempo semejante; como Vaca de Castro fué de esto avisado, recibió muy grande pena, é pesóle por haberle traido consigo, é luégo quisiera mandarle volver, sino que se reeelaba que muchos de los que habian venido de la gobernacion, viéndole á él volver, no se querrian ellos quedar. É del enojo que recibió de saber que Belalcazar hobiese dicho aquellas cosas, le dieron ciertas calenturas, de que estovo muy enfermo. Por entónces no habló nenguna cosa á Belalcazar, é prosiguió su camino la vuelta de la ciudad de San Miguel, é cada dia le acudian gentes de todas partes para hallarse con él en servicio de S. M.; y allegado á la ciudad de Piura, despues de le haber reeibido por Gobernador se partió de allí, llevando muy gran deseo de hallar ocasion para despedir de sí á Belalcazar. Luégo, prosiguiendo su camino, allegó á los aposentos de Carrochamba, donde halló á los hijos del Marqués, que, como supieron su venida, le estaban aguardando, é la mujer de Francisco Martin de Alcántara; Vaca de Castro los fué luégo á visitar, é, ántes que entrase en su aposento, los consoló diciendo que ya que Dios hobiese sido servido de que matasen al Marqués, que no se fatigasen, que él haria castigo en los que le mataron, é que serian restituidos en sus haciendas.

É al cabo de cuatro ó cinco dias que habia que estaba en Carrochamba, allegaron ciertos arcabuceros que el capitan Vergara le enviaba, porque, luégo que allegó Sandoval con todos los que estaban con él, determinó de salir á servir á S. M.; y por no gastar los mantenimientos no quiso él venir luégo adonde estaba Vaca de Castro, sino salir más adelante á le aguardar, y para que toviesen cuidado de guardar su

persona le envió los arcabuceros. El Gobernador se holgó mucho con ellos, el cual, ántes de esto, habia mandado á uno que habia por nombre Carreño, muy grande andador, que en el hábito índico fuese á la ciudad de Los Reyes é llevase un treslado de la provision que tenia, para que le recibiesen por Gobernador; y éste se obligó de lo hacer, é fué con el despacho é cartas á la ciudad de Los Reyes, en tiempo que D. Diego estaba muy cerca de allí, y se metió en el monasterio del señor Santo Domingo, donde, como el Provincial Fray Martin lo supo, holgándose de ello, lo hizo saber á los regidores, y se juntaron dentro en la iglesia, adonde acordaron de recibir por Teniente á Jerónimo de Aliaga, aunque primero dicen que se recibió á Francisco de Barrionuevo,

CAPÍTULO LV.

De las cosas que pasaron en el Real de Peralvarez Holguin, y de como el Maese de campo Gomez de Tordoya, y el capitan Garcilaso de la Vega se salieron de él é fueron á encontrarse con el gobernador Vaca de Castro.

Ya digimos en los capitulos de atras como el general Peralvarez Holguin habia llegado á la provincia de Guaraz con su gente, y de como Gomez de Tordoya era Maese de campo y la segunda persona; y como llegaron allí y supieron ciertamente la nueva de Vaca de Castro, de como ya venia más acá de Quito, enviáronle mensajeros, é lo mesmo al capitan Alonso de Alvarado. Y como pasase por allí Carreño, el que fué con la provision á la ciudad de Los Reyes, echó fama que Vaca de Castro é todos los que venian con él publicaban é decian, que la gloria de lo que se habia hecho en el Cuzco y en las Charcas se debia de dar á Gomez de Tordoya, é no á otro nenguno; é aunque Gomez de Tordoya oia esto, como era cuerdo é desease servir al Rey, no paraba en ello. Peralvarez era de otra condicion, é mostró pesarle en oir semejantes práticas, é para encendelles en más ira sus amigos le ponian mal con Gomez de Tordoya, diciendo que lo echase luégo del campo é no le tuviese en él, para que se viese y entendiese si era parte ó lo dejaba de ser para que se hiciese lo que se hacia; é así, inconsideradamente, mandó al capitan Castro que prendiese á Gomez de Tordoya, y así fué hecho. É Castro fué una mañana á su aposento, acompañado de soldados, é hizo lo que le fué mandado; de lo cual recibió gran pena Tordoya, é sin lo dar á entender, armado de sus armas é con sus caballos, salió de Guaraz para ir á juntarse con Vaca de Castro, é como el capi-

tan Garcilaso de la Vega era su primo hermano, é tan bien quisto de todos los que allí estaban, acordó Peralvarez asimesmo que saliese del campo. É Garcilaso lo hizo, é que dando la bandera de su compañía á su alférez Pedro de Fuentes, juntos Gomez de Tordorya y él caminaron la vuelta de Trujillo, donde se creyó que estaba Vaca de Castro.

É luégo que hobieron salido, el general Peralvarez Holguin dió sus excusas en presencia de los soldados, porque no le culpasen lo que habia hecho con Tordoya, y le escribió una carta, rogándole muy ahincadamente se volviese, porque por dichos de hombres apasionados se movió á lo que hizo, de lo cual ya estaba pesante; y vista la carta por Tordoya, le respondió que él iria á encontrarse con Vaca de Castro, y le seria buen amigo, lo cual creyese, y prosiguió su camino á encontrarse con Vaca de Castro. El capitan Alonso de Alvarado vino algunas veces de su Real al de Peralvarez á holgarse con los que en él estaban; é, recogiendo bastimento de la comarca de aquel sitio, estovieron más de cuatro meses aguardando á que viniese el gobernador Vaca de Castro, con gran deseo de ir luégo á buscar á los enemigos. Y dejaremos de hablar de ellos, y diremos un poco del gobernador Vaca de Castro.

CAPÍTULO LVI.

De cómo el gobernador Vaca de Castro mandó al adelantado Belalcazar que se volviese á su gobernacion, y cómo supo la entrada de Peralvarez en Guaraz, y de cómo estando en Motupe allegó á él D. Alonso de Montemayor y el capitan Vasco de Guevara.

Despues que hobieron llegado los arcabuceros que envió el capitan Pedro de Vergara, vino un mensajero, llamado Francisco de las Balsas, que él mesmo enviaba, con la nueva del alzamiento de Peralvarez contra D. Diego y en servicio del Rey, y como estaban en Guaraz él y Gomez de Tordoya, y con gran pujanza, aguardándole á que llegase; y por aquellas nuevas alegróse en demasia el Gobernador, y dió por ello muchas gracias á nuestro Señor, y en todos los que con él estaban habia mucho contento y no veian la hora en que verse juntos con los capitanes Peralvarez y Alonso de Alvarado, pues eran pasados de cuatrocientos españoles, muy lucidos, y entre ellos muchos caballeros hijos-dalgo. Y supo como se habian juntado con Peralvarez los capitanes Peranzures y Garcilaso de la Vega, con los vecinos de la Villa de Plata, y como D. Diego los habia seguido hasta cerca de Bombon, y todas las demas cosas que sucedieron, segun la historia las ha contado. Y como el gobernador Vaca de Castro supiese nuevas tan alegres, que para él entónces otras no pudieran venir que le dieran más contento, como no estuviese satisfecho de llevar en su compañia al adelantado Belalcazar, pareciéndole que con aquella nueva habria color para le mandar volver, habló con Lorenzo de Aldana para que le dijese que al servicio de S. M. convenia que se volviese á su gobernacion á poner cobro en

ella, pues quedaban todas las más provincias levantadas, y y por domar é conquistar; que ya, pues Peralvarez é Alonso de Alvarado con tantos caballeros se habian mostrado servidores del Rey, no haria mucha falta su persona. El Adelantado respondió á lo que el capitan Lorenzo de Aldana le habia dicho de parte del Gobernador, que él iba á servir á S. M., que no le mandase volver, porque seria muy grande mengua suya volverse de aquella manera y dirian que habia sido por otra ocasion.

El Gobernador mandó á su secretario, Sebastian de Merlo, que fuese al aposento del Adelantado y que le notificase, por auto, que de parte de S. M. le requeria, que luégo se volviese á su Gobernacion á poner en ella cobro, porque convenia así al servicio del Rey, nuestro señor, y que, si así no lo hiciese, que no lo tendria por su servidor, ni que en él habia la lealtad que requeria á la obligacion de ser su vasallo y haberle hecho su Gobernador; y esto mandó que le notificase é hiciese saber al adelantado Belalcazar, aparte, donde no lo pudiese entender nenguna persona. Merlo se partió luégo á hacerlo así, é llegado donde estaba el Adelantado, é visto por él el mandado de Vaca de Castro, turbóse en gran manera, y mandó á la gente que con él estaba y habia venido de su gobernacion que se aderezasen para ir con él donde estaba el Gobernador. Merlo se adelantó é avisó á Vaca de Castro de la ida de Belalcazar con su gente, y como lo supo, sin hacer nengun bullicio, mandó á los caballeros que con él estaban que estuviesen sobre aviso para ver si Belalcazar quisiese intentar alguna cosa para que no pudiese salir con ello, y á los arcabuceros mandó que estoviesen con sus arcabuces en las manos. El Adelantado vino con aquellos que le acompañaban hasta que llegó donde estaba Vaca de Castro, y, como allí llegó, se lo hicieron saber, y él mandó que le dejasen entrar adonde él estaba. Como entró Belalcazar, con rostro triste le habló diciéndole, que estaba muy espantado de lo que de su parte le habian dicho, sobre que se volviese á su gobernacion, pues él sabia que su salida de ella habia sido para servir á S. M. en

aquella jornada, y no volver á ella hasta que D. Diego fuese castigado del alzamiento que habia hecho del reino del Perú; é que si se volvia, que algunos pensarian que hobo causa bastante para ello, é que él se mostraba valedor é favorecedor del hecho de D. Diego. Oido por Vaca de Castro lo que Belalcázar habia dicho, y como queria con razones equivalentes purgarse de lo que de él se pensaba, le respondió palabras muy graves, diciendo por ellas que no dudaba sino que siempre se habia mostrado servidor muy leal de S. M., é que como de tal habia confiado su persona en la gobernacion en gente que no habia visto, é que no creyera de él otra cosa, si ciertamente por informacion no toviera que él y los suyos dieron favor á Francisco Nuñez de Pedroso, para que se pudiera ir sin nenguna pena ni castigo á la gobernacion, proveyéndole de caballo é guías que le llevasen por tal camino que no encontrasen con él; y que en el Quito y en otras partes, no solamente se queria mostrar, mas daba á entender por sus palabras, D. Diego haber hecho cosa muy acertada en la muerte que dió al Marqués. É que por estas causas, é porque los Capitanes de arriba tenian la voz del Rey con gran pujanza, le habia enviado á mandar que se volviese á su gobernacion; que así se lo amonestaba de nuevo lo hiciese, pues áun no tenia los naturales de ella pacíficos ni que dejasen de estar levantados.

El Adelantado bien quisiera pasar adelante é no volverse á la gobernacion, pareciéndole que seria grande mengua suya, mas, aunque mucho lo porfió, no aprovechó con el gobernador Vaca de Castro; é viendo que le convenia volver, le dijo que mirase que si de aquella manera le echase de su compañía, que creerian que habia sido por algun delito que él hobiese cometido, que le rogaba diese en ello tal órden que no tuviesen de que le notar. Vaca de Castro, por contentarle, escribió desde allí sus cartas al Rey, nuestro señor, diciéndole por ellas que el adelantado Belalcazar se volvia por le servir en la gobernacion que le tenia encomendada, porque en la del Perú, por estar declarados en su servicio Peralvarez é Alvarado, no

se tenia mucha necesidad de su persona. Y esto se escribió porque S. M. no se tuviese por deservido del Adelantado; é para satisfacer á los que con él estaban, trataron allí que, al tiempo que el Adelantado se hobiese de volver, se hablase que por ser hombre tan anciano y tener tanto que hacer en su gobernacion se volvia. Y luégo, otro dia, el Adelantado se despidió y se hizo todo lo que hemos contado, y se creyó que el Gobernador no tenia de él nenguna punta de enojo, y con él se volvieron los vecinos de Cali y otras personas que anduvieron hasta que llegaron á la ciudad del Quito, desde donde se partieron á la gobernacion de Popayan. Y estando allí le vino nueva al gobernador Vaca de Castro, de como ya llegaban cerca los mensajeros de los Capitanes, de lo cual mucho se holgó; y luégo se partió y anduvo hasta que llegó al aposento de Cayambe donde allegaron los mensajeros y dieron las cartas de los Capitanes, y con ellas se holgó en saber por entero lo que habian hecho. Recibió muy alegremente á los mensajeros, y respondió cartas muy graciosas dando á entender que S. M. les haria mercedes crecidas, porque asi se habian mostrado sus servidores leales, y que él se daria toda la más priesa que pudiese á irse á juntar con ellos, y que en el entretanto les encomendaba entre ellos hobiese toda conformidad, é que tratasen á los indios de tal manera que no se toviesen por agraviados, ni se ausentasen por no ser bien tratados. Tambien escribió el gobernador Vaca de Castro al capitan Alonso de Alvarado, é á los caballeros y soldados que estaban con él.

En este tiempo, como hobiesen llegado los despachos de Vaca de Castro, por todo el reino le habian recibido por Gobernador, si no era en la parte que D. Diego ó sus capitanes tenian; en lo demas las Justicias estaban por el Rey y en su nombre. Gomez de Tordoya, cuando salió del Real de Guaraz en busca de Vaca de Castro, vino hasta la ciudad de Trujillo, adonde estaban aguardándolo, que ya sabian venir camino. D. Alonso de Montemayor y el capitan Vasco de Guevara venian á se juntar con Vaca de Castro, é partieron del Real de

Peralvarez ántes que lo asentasen en Guaraz y con su licencia, y, aunque llegados á la ciudad de Trujillo supieron que Vaca de Castro habia partido del Quito, no pararon allí, ántes se dieron priesa á andar. Vaca de Castro anduvo hasta que llegó al valle de Jayanque, donde estaban aguardándole el capitan Vasco de Guevara, D. Alonso de Montemayor y Pedro de Vergara, que, con la gente que tenia en los Bracamoros, habia aportado allí; é recibió mucha alegría en los ver, holgándose mucho con Pedro de Vergara, agradeciéndole la diligencia que habia tenido en salir á servir á S. M., y á D. Alonso é á Vasco de Guevara preguntó algunas cosas de les que habian pasado en Los Reyes al tiempo que mataron al Marqués, é de ellos fué avisado. Y algunos de los que venian con él le aconsejaron no se fiase de Vasco de Guevara ni de D. Alonso, porque fué mucha la amistad que tovieron con el adelantado D. Diego de Almagro. É aunque no se mostraba tener de ellos sospecha nenguna, se recataban no hiciesen con su llegada algun daño; mas bien seguros estaban ellos dos de no servir á S. M, que siempre fué mucha la lealtad de D. Alonso de Montemayor, segun se pareció despues al tiempo que entró en el Perú el Visorey, pues fué uno de los que más le siguieron é sirvieron.

CAPÍTULO LVII.

De cómo el capitan Pedro de Vergara habló al gobernador Vaca de Castro, sobre que mandase proveer de algun socorro para los soldados que con él habian salido, y de como llegó á la ciudad de Trujillo.

Como el capitan Pedro de Vergara habia dias que estaba en la conquista de los Bracamoros, porque desde el tiempo que se dió la batalla de las Salinas fué á aquella conquista, los que con él venian traian toda la ropa gastada, é salian tan desbaratados que bien daban á entender ser gente de entrada, y, como su necesidad fuese mucha, hablaron al capitan Pedro de Vergara para que se tuviese órden con el gobernador Vaca de Castro, para que los proveyese de algun socorro, pues su deseo para el servicio del Rey era tanto. Vaca de Castro supo del Capitan aquella necesidad, é mandó proveer de diez mil pesos de oro en aderezos é cosas que ellos hobieron menester, y con aquel socorro fueron ellos muy alegres é contentos. Vaca de Castro no hacia cosa sin tomar parecer con Lorenzo de Aldana, é tenia intencion de le nombrar por Maese de campo del ejército que se juntase, allegando adonde los Capitanes estaban. Y despues que hobieron estado allí el tiempo que bastó, se partieron para irse á la ciudad de Trujillo; y como los vecinos y moradores que en ella estaban supieron su venida la recibieron con gran voluntad, mostrando tener deseo de servir á S. M. en todo lo que mandarles quisiere; é, juntos los regidores é alcaldes, fué personalmente recibido por Gobernador, como la provision Real de S. M. mandaba. Y como hobiese pasado desde España allí grandes trabajos é grandes caminos, siendo hombre regalado y que no entendia

en más que en su estudio, hallábase muy quebrantado é deseaba tener algun reparo, y pensar de parar en alguna parte parecíale ser yerro, hasta que D. Diego estoviese vuelto al servicio de S. M., ó por fuerza de armas le constriñese á que, dejando de se llamar Gobernador, pues no tenia título ninguno, dejase la provincia que tenia ocupada, y deseaba con brevedad salir presto de Trujillo; y en los dias que estovo allí entendia en proveer las cosas como para los negocios conviniese.

Allí halló á Gomez de Tordoya y al capitan Garcilaso de la Vega, y con ellos se holgó; é sabida la causa de su venida, les habló amorosamente, diciendo que no habia para qué entre caballeros hobiese discordias ni puntas de enemistad, pues Su Majestad debia ser informado de sus servicios é hacelles grandes mercedes. Quieren decir que Tordoya habló bien en las cosas de Peralvarez; otros dicen que no, ántes dió á entender que á él solo se atribuyese la mayor parte de la honra en se alzar bandera entre los del Cuzco, en nombre de S. M., é que Peralvarez habia sabido en Los Reyes, ántes que fuese al Cuzco, para hacer la entrada de los Chunchos, como el Marqués habia de ser muerto á manos de los de Chile, y que si le habian nombrado por General que habia sido porque con la gente que tenia no se declarase por amigo de D. Diego, y contra ellos, que eran tan pocos que no pudieran conseguir su deseo, que era servir al Rey, si él lo quisiera estorbar; y que era tan deseoso de cargo é de mandar, Peralvarez, que si el que de presente tenia se le quisiese quitar, que no ternia á mucho que se mostrase enemigo ó no quisiese dalle la obediencia. Y dicen, que cuando Vaca de Castro oyó aquellas cosas, que recibió grande alteracion, encubriéndola porque no se entendiese que tenia recelo de que Peralvarez, viéndose tan pujante, no quisiese por su autoridad seguir la guerra. Luégo mandó que, con mucha priesa, todos los que habian de ir con él se aderezasen para se partir, porque llegaron cartas de entrambos Reales que no dilatase su llegada á se juntar con ellos, ántes lo procurase, porque convenia así al

servicio de S. M.; y como los que estaban en la ciudad de Trujillo vieron que el Gobernador se queria luégo partir, entraron en consulta para tratar por cuál camino ó parte irian que hiciese mejor efecto. A unos parecia que debian ir á la ciudad de Los Reyes, á allegar la más gente que pudiesen, é con ella subir á Xauxa y enviar á mandar á los Capitanes que con la que con ellos estaba saliesen de allí para que se pudiesen juntar en el mesmo valle de Xauxa; á otros les pareció que no convenia ni era cosa acertada pasar sin ir á juntarse con la gente que estaba en Guaraz, y que en ella le recibiesen por Gobernador é Capitan general. Despues que hobieron bien pensado lo que más acertado en este negocio se haria, se resumieron en que Vaca de Castro fuese primero á Guaraz que á Los Reyes; y por todos aprobado este parecer, partió de la ciudad de Trujillo dejando en ella por Teniente é Justicia, en nombre de S. M., á Diego de Mora, y, con los que se habian juntado é habian de ir con él, se partió é anduvo hasta que llegó al valle de Santa, donde se toma el camino para subir á la sierra.

CAPÍTULO LVIII.

De cómo el gobernador Vaca de Castro subió desde Santa por el camino de la sierra, dejando el de los llanos, y de cómo encontró á Gomez de Alvarado, y sabido que venia sin licencia del capitan Alonso de Alvarado le pesó de ello, y de cómo tambien vino allí el Provincial Fray Tomás de San Martin.

Llegado el gobernador Vaca de Castro al valle que dicen de Santa, por donde corre un rio algo crecido, como ya estoviesen los grandes edificios é aposentos de aquel pueblo arruinados, é las llanadas y vegas del rio llenas de escambrones y cañaveras, con grandes florestas muy espesas, críanse gran cantidad de mosquitos, de los cuales en aquel tiempo que allí estovo Vaca de Castro no hobo pocos, y, como sea cosa tan mala aquellos mosquitos, fatigaban así al Gobernador como á los que estaban con él; y sin mucho estar entre compañia tan contagiosa, ordenaron luégo la partida para subir á las sierras, tomando el camino por el derecho de las provincias de Moro y Quizquiz, llevando recaudo de bastimento é indios que les llevaban el bagaje. El capitan Pedro de Vergara habia quedado en la ciudad, para hacer salir alguna gente que en ella habia quedado, mas en breve tiempo alcanzó al Gobernador, que caminando por sus jornadas iba; y, como subió en lo alto de las sierras, de aquel comun mal que á todos da, de la cabeza, le dió á él é á los más, é los paró tales que andaban como si fueran navegando por la mar, sin jamás la haber visto ni saber cuán fatigosa era; é al cabo de algunos dias que hobieron andado, llegó á un pueblo que ha por nombre Tozal, adonde supo de un español que allí halló, como en el Real del

capitan Alonso de Alvarado habia habido palabras entre él é Gomez de Alvarado, el mancebo, el cual, como tuviese nueva de su venida, se habia salido del Real, sin licencia del Capitan, para se venir á juntar con él; é recibió mucha pena en saber esta nueva, y más de que supo que sin licencia del capitan Alonso de Alvarado se hobiese venido.

Llamando á su Secretario, luégo mandó que con un mandamiento fuese y se lo notificase á Gomez de Alvarado, por el cual le mandaba, so graves penas, que se volviese á meter debajo de la bandera de su Capitan, y al mesmo Merlo mandó que fuese con él hasta que viese que quedaba con el Capitan. É luégo se partió Merlo con el mandamiento á hacer lo que le fué mandado por el Gobernador, é anduvo hasta que llegó al aposento donde estaba Gomez de Alvarado, y en él halló al Provincial Fray Tomás de San Martin; que, como en la ciudad de Los Reyes se supiese la venida de Vaca de Castro, deseando aprovechar en el servicio de S. M., se partió luégo para encontrarse con él, é habia venido por Guaraz é por el sitio donde estaba el capitan Alonso de Alvarado, é por el de Peralvarez Holguin. É todos los caballeros de entrambos Reales se holgaron mucho con él y él con ellos; y estando en su Real Alonso de Alvarado, sobre algunas porfías hobieron desabrimientos entre el mesmo Capitan y Gomez de Alvarado, é pasaron algunas palabras, y el Provincial se puso en medio, poniendo paz entre ellos. Gomez de Alvarado pidió licencia al Capitan para que lo dejase ir á buscar al gobernador Vaca de Castro, la cual no le quiso dar, y sin ella se salió del Real para le ir á buscar, y, como por éste fué sabido, envió á Merlo con el mandamiento que hemos contado. Llegado al aposento de Guaylas halló en él aposentado á Gomez de Alvarado, y al mesmo Provincial Fray Tomás, que juntos habian salido del Real de Alonso de Alvarado; y como Merlo allí le halló, y Gomez de Alvarado fuese caballero tan prencipal, parecióle buen consejo darle parte de lo que por mandado del Gobernador venia á hacer; é como el Provincial lo entendió, avisó á Gomez de Alvarado de ello, é áun le aconsejó que se partiese luégo á

encontrar con Vaca de Castro, pues estaba tan cerca. É teniéndose por bien aconsejado Gomez de Alvarado, mandó ensillar un caballo, y, sin que Merlo lo entendiese, se partió luégo adonde pensó que hallaria al Gobernador; é, llegado ante él, mostró gran voluntad de le servir, y que por más presto se encontrar con él se habia salido del Real del capitan Alonso de Alvarado.

Vaca de Castro hobo muy gran pesar porque así se habia venido Gomez de Alvarado, sin ir al Real de Alonso de Alvarado, como él por el mandamiento que llevó Merlo mandaba, y por ver que no tenia ya remedio, disimuló con él aquel enojo; y luégo se partió para el aposento de Guaylas, adonde él é todos los más que con él iban se hallaron fatigados de las cabezas, porque les parecia que estaban en el alta mar metidos, segun tenian el mareamiento. El Provincial habló allí á Vaca de Castro, ofreciéndose mucho á su servicio, y él le recibió muy bien; y, desde este pueblo de Guaylas, Vaca de Castro mandó á Gomez de Alvarado se fuese al Real del capitan Alonso de Alvarado, porque él estaba informado que sin su licencia ni voluntad se habia salido de él, y que no queria consentir que contra la voluntad de los Capitanes, que en servicio del Rey tanto se habian mostrado, nenguno se apartase de ellos. Gomez de Alvarado le pesó que el Gobernador le mandase volver adonde estaba el capitan Alvarado, y, aunque con palabras procuro excusar aquella ida no aprovechó nada, é así se partió yendo con él el Provincial Fray Tomás, é llegados adonde estaba el capitan Alonso de Alvarado, poniéndose en medio de entrambos, los conformó y puso en toda amistad. Y por haber llegado el gobernador Vaca de Castro al aposento de Guaylas, víspera de la Pascua de la Resurreccion de nuestro Señor Dios, acordó de holgar allí dos dias, con parecer de todos los caballeros que con él venian.

CAPÍTULO LIX.

De cómo el gobernador Vaca de Castro hizo reseña de los españoles que traia consigo, y de cómo envió al Real de Peralvarez al capitan Lorenzo de Aldana y á Diego Maldonado.

Como el gobernador Vaca de Castro llegase tan cerca de Guaraz, donde estaba el Capitan general Peralvarez Holguin, muchos del Real iban á se ver con él é á ofrecerse al servicio del Rey, y algunos se quedaban é otros volvian; y como en estas partes de las Indias sean tan grandes las cautelas, y los hombres tengan tan poca fe unos con otros, comenzaron á poner discordia entre el Gobernador y Peralvarez de esta manera: que á Vaca de Castro le decian que Peralvarez estaba sospechoso, é que tenia intencion, si no le sustentaba en el cargo que él tenia de General, de no le dar la gente que tenia ni recibirle por Gobernador; á Peralvarez le decian que Vaca de Castro, por las cosas que le habian dicho Gomez de Tordoya y Garcilaso de la Vega, é los que más habian salido de su Real, mostraba no tener voluntad de le pagar el gran servicio que á S. M. habia hecho, y aconsejábanle que no le diese las banderas. Pues pasando estas cosas que vamos contando, el gobernador Vaca de Castro praticó con el Provincial lo que le decian, y su pensamiento era no dejar á Peralvarez con el cargo de General, pues no era cosa decente que, siendo él Gobernador del Rey, é habiéndose de hallar por su persona en la batalla, si los enemigos la diesen, otro tuviera el nombre de General, y que asimesmo pensaba dar el cargo de Maese de campo á Lorenzo de Aldana. El Provincial le dió su parecer, como vió que más al servicio de S. M. convenia, diciendo que debia enviar á Peralvarez personas de confianza que le hablasen é atrajesen á que se conformase con él.

A Vaca de Castro le pareció bien el consejo del Provincial, é mirando que estaba allí Lorenzo de Aldana, que era muy confin en amistad é parentesco con el capitan Peralvarez, acordó de le enviar á que de su parte le hablase, é dijese la voluntad tan grande que tenia de le gratificar lo mucho que á S. M. habia servido, y que le persuadiese á que le entregase las banderas, pues, por haber muerto el Marqués, él era Gobernador en el reino, por provision de S. M., como ya él habia visto; y que lo que él habia oido dél, que deseaba tener el cargo, que él le prometia que despues de su persona nenguno de los que estaban con él ni habia en el reino le precediese en honor, ni fuese más principal que él en el campo. Y que pues siempre habia sido servidor de S. M. tan leal, é tenia tan gran deudo é amistad con Peralvarez, que metiese en aquel negocio la mano de tal manera, que S. M. en nenguna cosa fuese deservido; é que juntamente con él queria que fuese Diego Maldonado, el vecino del Cuzco, pues era tan prencipal y conocido de todos. Lorenzo de Aldana respondió alegremente á Vaca de Castro, dando grande esperanza que con la ida suya y de Diego Maldonado S. M. seria muy servido, puesto que de la lealtad de Peralvarez no habia que dudar. Y luégo se partieron é llegaron á Guaraz al cabo de algunos dias, adonde pasaron algunas práticas entre ellos, despues de haberlos recibido muy bien; y Lorenzo de Aldana y Diego Maldonado dijeron al capitan Peralvarez Holguin la sospecha que se tenia allá de su persona, y que, pues tan bien en el Real servicio se habia mostrado, que no lo escureciese con no se conformar con el Gobernador. Y al fin, persuadiéndole á que le toviese todo amor é conformidad, diciéndole Aldana como Vaca de Castro le hacia la segunda persona en todo el campo y le daria cargo de Maese de campo, dió las banderas á Vaca de Castro y le escribió graciosamente, é lo mesmo hicieron los demas Capitanes é caballeros que allí habia.

Ya el gobernador Vaca de Castro se habia partido con su gente de allí adonde estaba, y venia acercándose adonde tenia su Real el capitan Alonso de Alvarado, que ya sabia cuán

junto llegaba de allí, é tenia aderezado de le recibir lo más honorablemente que fuese posible, con muchos arcos de juncias é flores olorosas por el rededor de la tienda; y, llegando el Gobernador cerca de donde estaba, salió el Capitan con su gente de á caballo á lo recibir, armados, y lo mismo la gente de pié, con sus picas ballestas é arcabuces, é hicieron su escuadron con grande órden, como si hobieran de pelear, para que el Gobernador conociera cuán diestros estaban en el arte militar. En esto ya llegaba Vaca de Castro donde estaba el Capitan, y él se apeó y fué á humillársele, el cual lo recibió muy bien, dándole á entender el gran servicio que á S. M. habia hecho en haber alzado bandera en su Real nombre, é la honra que ganaba en haber sido la primera que en el reino se habia mostrado contra los de Chile. Alvarado le respondió que él habia hecho lo que nunca dejaria de hacer, que era servir al Rey; é luégo allegaron Gomez de Alvarado é los más caballeros é soldados que estaban en el escuadron y en los caballos á le besar las manos, y él, con grande amor, los abrazaba á todos é daba grande esperanza de que serian gratificados de lo que en servicio de S. M. habian hecho. Y diciendo esto y otras cosas, cabalgando todos, se fué á meter en el Real, aposentando á Vaca de Castro en un aposento que para él tenia hecho; y estaba tan alegre y contento de se ver apoderado de la gente que allí estaba, y que estoviese de su parte el capitan Alonso de Alvarado, que no lo podia encubrir.

CAPÍTULO LX.

De cómo en Guaraz se supo estar Vaca de Castro en el Real de Alonso de Alvarado, y cómo el capitan Castro fué allá, y de la ida de Vaca de Castro á Guaraz, y de cómo se apoderó de la gente que allí estaba, y de lo demas que pasó.

Como estaba tan cerca el campo de Guaraz del Real del capitan Alonso de Alvarado, fué la nueva allá de lo que pasaba, y recibieron grande alegría Peralvarez y los demas, porque, como habia muchos dias que estaban allí, deseaban salir de aquel lugar; y luégo se aparejaron para lo recibir. Y el capitan Castro se partió luégo, acompañado de algunos soldados, para ir adonde estaba Vaca de Castro, y como llegó á él le mostró tener mucho amor, tratándole por deudo suyo por parte de la condesa de Lemos, de quien Vaca de Castro se tenia por cercano pariente. Del Real de Guaraz tambien salió el capitan Peranzures por mandado del capitan Peralvarez, porque le tenia por amigo muy singular, aunque tambien habia habido algunas puntas entre ellos; y Vaca de Castro recibió muy bien al capitan Peranzures. Y despues de se haber partido de Guaraz, Peranzures, Lorenzo de Aldana é Diego Maldonado determinaron de le ir á decir la gran voluntad que Peralvarez tenia de servir á S. M., y aconsejaron al mesmo capitan Peralvarez que se fuese á ver con él, pues que iba tan cerca; respondió que era contento y que luégo se debia partir. É dejando recaudo en el campo se partieron al Real del capitan Alonso de Alvarado, adonde estaba el Gobernador; y de que supo que venia se holgó mucho, y saliéronle á recibir algunos caballeros. Como Vaca de Castro vido á Peralvarez le mostró grande amor y voluntad, prometiéndole de

honrar por lo mucho que á S. M. habia servido, y fruto grande que habia hecho á todo el reino; Peralvarez le informó de todas las cosas que habian pasado desde el tiempo que en la ciudad del Cuzco se habia alzado bandera. Allí se hallaron él é Gomez de Tordoya, y el capitan Garcilaso de la Vega. Y, despues de haber estado un dia Peralvarez con Vaca de Castro, se volvió á su campo, no muy contento, segun algunos quisieron decir, porque le pareció que fuera cosa justa dejarle con el cargo de General, pues tan de veras se habia mostrado tan leal servidor de S. M.

Pues luégo que se partió Peralvarez, el gobernador Vaca de Castro, tomando su parecer con los más principales que allí estaban, determinó de se partir para Guaraz, adonde le habian de ser entregadas las banderas que habia, y aunque se tenia gran deseo de ver el campo junto y puesto debajo de la mano y poder del Gobernador, se estuvo allí tres dias descansando del camino tan largo que habian traido. Y esto pasado, luégo el Gobernador, con el capitan Alonso de Alvarado y toda la demas gente que habia, se partieron para el campo del capitan Peralvarez Holguin, y cuando llegaron á él salió con todos los soldados é caballeros que en él estaban, é le hicieron el más solemne recibimiento que fué posible, nombrando el nombre del Rey, y que todos le habian de servir con toda lealtad, hasta sacar el reino de los que le tenian ocupado, y que le ternian é obedecerian por Gobernador en su nombre Real. É diciendo estas cosas con grande alegría, soltaban los tiros de artillería que tenian, é arcabuces, é todos los de á caballo venian armados con sus armas é lanzas en las manos, é allegaron á hablar al Gobernador é á dalle la enhorabuena de su venida, y él les respondia á todos graciosamente, agradeciéndoles lo mucho que habian servido á S. M.; é todos juntos le dieron la obediencia. Y, tomando el capitan Peralvarez el estandarte Real en sus manos, dijo al Gobernador, que yendo él é muchos caballeros de los que allí estaban á descubrir las provincias que adelante de los Chunchos están, tuvieron aviso de la desastrada muerte del Marqués y de la gran calamidad

en que el reino estaba; doliéndose de ello volvieron al Cuzco adonde él fué recibido por Capitan general de todos los españoles que en él estaban é acudieron, é que por haber tenido noticia que él venia en nombre del Rey, é con su poder, aunque se vieron con ejército más engrosado del que sacaron del Cuzco, y con mediano aparejo, armas é artillería é caballos, é voluntades fieles y enteras para castigar la tiranía que se habia levantado, no quiso aventurar nada, pues estaba claro que fuera mayor el daño si no los vencieran, que no el provecho de los vencer, y que atravesó por la provincia de Xauxa y Bombon hasta Guaraz, con intencion de aguardar su mandado; y pues nuestro Señor habia guiado las cosas prósperamente, y él era Gobernador del Rey por muerte del Marqués, que recibiese el estandarte Real é las banderas que para aquella guerra se habian levantado, debajo de las cuales él é todos los caballeros é soldados que allí estaban se metian.

Vaca de Castro, tomando el estandarte Real en sus manos con muy grandísima alegría, lo dió á Rodrigo de Campo, su Capitan de la guardia, é respondió á Peralvarez que él se daba por entregado de las banderas é gente que allí habia, é que siendo él caballero, é viniendo de tan leales predecesores como fueron sus pasados, que no se esperaba ménos; é mandó á su Capitan de la guardia que cogiese el estandarte, porque no queria que hobiese levantado más del que en el Quito habia mandado hacer.

CAPÍTULO LXI.

De cómo el capitan Peralvarez Holguin, viendo que no se demostraba el estandarte que él allí tenia, recibió alguna pena, y aina se recreciera algun alboroto, y de cómo Vaca de Castro notificó de nuevo la Cédula que de Su Majestad tenia, é pidió por virtud de ella le recibiesen por Gobernador.

Luégo que Vaca de Castro mandó coger el estandarte que allí tenia el capitan Peralvarez, movieron todos para ir adonde tenia asentado el Real, que no estaba léjos de allí, y como habia muchas tiendas parecia una gran poblacion; y al tiempo que movian para ir, viendo Peralvarez que el estandarte que habia traido Vaca de Castro iba tendido, y el que allí tenia no, mostró gran pesar doliéndose de ello. Bien se lo conocieron algunos amigos suyos, y comenzaron á se alborotar, pero no para que diesen á entender nada de su congoja; y Peralvarez, disimulando cuerdamente, se iba, é Vaca de Castro junto á él, que claro habia sentido el pesar de Peralvarez; y llegados al Real, halláronlo todo lleno de ramos verdes y juncia. Pues luégo que Vaca de Castro se vió en el aposento que para él tenian aderezado, mandó que todos estuviesen allí sin se mover ni ir á se reposar, porque tenia qué les decir; lo cual, oido por los españoles, no se fué ninguno, ántes todos los Capitanes é principales tenian deseo de saber para qué efecto Vaca de Castro les mandaba detener. É habíase hecho un tablado alto, en el cual se puso un paño de terciopelo negro, é una silla de terciopelo azul, é sin se asentar les propuso la siguiente prática, teniendo el rostro sereno y representando grande autoridad, é habló así:

«Caballeros leales, famosos Capitanes, vasallos de César, Emperador é gran Rey nuestro: no ignoro, pues lo conozco,

vuestra gran lealtad y valor generoso con que os habeis movido á servir á vuestro Rey, y deshacer la tiranía que se ha levantado entre D. Diego y los que siguen su malvada opinion. Ciertamente no se puede encarecer lo mucho que S. M. estimará este servicio, é yo en su Real nombre, pues ya Dios ha sido servido de traerme aquí, despues de haber pasado tan largo naufragio y camino como ha sido el que he traido, y con tantos desasosiegos y enfermedades como todos ya sabeis, pues lo habeis oido; é no tengo en nada recontar lo que digo, ántes me gozo é alegro é tengo por de gran felicidad, pues con vuestro favor yo haré lo que al Real servicio conviene, y en lo que pudiere por todos, no terné otro respeto á más de gratificar á cada uno segun su servicio. Y porque supiese de mi venida en este esclarecido ejército, el capitan Peralvarez y los demas caballeros que en él estábades, envié un treslado de la Cédula por donde S. M. me da comision á que gobierne estos reinos, y agora conviene que, vista la original, de nuevo me reciban y tengan por Gobernador é Capitan general.»

É sacando, cuando esto dijo, la provision, mandó al Secretario que la leyese, é se leyó en voz alta, é todos á grandes voces, alzando sus manos derechas, comenzaron á decir: «¡Viva el Rey!» y que tenian é habian por su Gobernador á Vaca de Castro; y él tornó á les decir que habia de repartir las regiones por todos ellos. É acabada su prática se abajó é se fué á su aposento, adonde quedaron con él los capitanes Alonso de Alvarado, é Peralvarez Holguin, é Garcilaso de la Vega, Lorenzo de Aldana, Diego de Rojas, Peranzures, é D. Pedro Puertocarrero con otros muchos caballeros, á los cuales Vaca de Castro les tornó á decir, que pues de todas las ciudades del reino habia vecinos é regidores, que se juntasen los de cada ciudad y hiciesen cabildo, é le recibiesen por Gobernador, pues ya la gente de guerra le tenia por Capitan general; luégo lo hicieron así. É, pasadas estas cosas, Vaca de Castro se entró á reposar, y lo mesmo hicieron todos los Capitanes é caballeros, donde los dejaremos por decir un poco de D. Diego de Almagro.

CAPÍTULO LXII.

De cómo llegado D. Diego de Almagro á la ciudad de Guamanga, Martin Carrillo, su Maestre de campo, mató á Baltanas, y de su salida de Guamanga para el Cuzco, y de cómo se pertrechaba de armas é hizo tiros de artillería.

Llegado D. Diego de Almagro á la ciudad de Guamanga, se fué á aposentar adonde le tenian aparejado, y todos los vecinos, porque no los llevase consigo, mostraban gran voluntad á su servicio; aunque la ciudad estaba casi desierta por estar todos los más con Peralvarez. Su alférez general, Gonzalo Pereira, porque tan presto no le daban posada, con muy grande ira y no poca soberbia, casi teniendo en poco á su Capitan, se fué á la plaza pública que en medio de ella está situada, y mirando el rollo que en ella estaba, arrimó á él el estandarte, diciendo que aquel era su aposento y él no merecia otro, porque dado no se le habian. Juicios son de Dios, y en ellos muestra su gran poder, pues, llevando por guía é cosa preciada el estandarte, lo arrimaron al rollo, adonde despues todos los Capitanes, con otros principales que seguian el partido de Almagro, fueron muertos en él por justicia. D. Diego recibió grande enojo de que lo supo. Habíale quedado el cargo de Maese de campo á Martin Carrillo, el cual, en Guamanga, sobre cosas de no mucha importancia, prendió á Baltanas, é, llevándole preso, algunos amigos suyos salieron á le defender: como D. Diego lo supo, empuñándose en su espada, dijo que no perturbasen á su Maese de campo á que dejase de hacer justicia, y Martin Carrillo le metió en su tienda. El capitan Juan Balsa é otros fueron para estorbar que no le matasen, y, como Martin Carrillo los vió venir, mandó á un negro que

le diese de estocadas; y así fué muerto Baltanas, que grande amigo era de Cristóbal de Sotelo. É, aunque D. Diego aprobó su muerte, el Maese de campo Martin Carrillo temíase de Sotelo, y comenzó á mostrarse muy amigo de García de Alvarado, que áun no era partido para Arequipa; y poníale por delante que Sotelo quería superar á todos, é no tener igual, é otras cosas, que, como el ánimo de Alvarado fuese tan orgulloso é levantado, poco era menester para traello á sí é que tuviese ódio á Sotelo. É pasadas estas cosas, D. Diego, con todos los suyos, se partió para el Cuzco, despachando primero al capitan García de Alvarado á la ciudad de Arequipa, á que recogiese alguna gente é armas.

Andando por sus jornadas, D. Diego llegó á la ciudad del Cuzco, adonde le fué hecho muy gran recibimiento, é se aposentó él é toda su gente en la ciudad, é al cabo de pocos dias vino Diego Mendez á la Villa de Plata, adonde con engaño habia preso á Anton Alvarez, vecino de ella, é habia recogido todo el oro é plata que habia en las minas de Porco, y en aquella region, é con todo ello se vino camino del Cuzco; y, como llegase cerca, el Gobernador le salió á recibir, que mucho se habia alegrado porque trujese tan buen recaudo de dineros para pagar los soldados. Y de esta manera se juntó toda la más gente que pudo, teniendo en todo Cristóbal de Sotelo grande órden. Y eran tan bien proveidos de las cosas que habia en la tierra, que á muchos sobró é á nadie faltó; y los Capitanes tenian en sus casas tablas puestas, adonde generalmente comian los soldados. Como por D. Diego y todos los que le seguian se tenia entendido, no tener ni poseer más tierra ni vida de aquella que con las armas pudiese defender, porque despues que Peralvarez Holguin pasó por Xauxa á muchos se les habia arruinado los corazones, é algunos holgaran de no estar en el Cuzco, mas otros deseaban con D. Diego ponderar sus fuerzas de tal manera, que sus enemigos no triunfasen de ellos, ansí determinaron luégo de se aderezar é hacer armas. É se juntó infinito cobre, é Pedro de Candia se ofreció de sacar muchos tiros gruesos de artillería; y éste dió

á entender tener voluntad de lo hacer y servir en aquella guerra á D. Diego, aunque despues pareció al contrario. Los primeros moldes que hizo para sacar los tiros fueron muy grandes, mas tornáronle á mandar los hiciese menores, y, porque ya entendian que el gobernador Vaca de Castro estaba junto con Peralvarez en Guaraz, se daban gran priesa, con no poca diligencia; unos traian el cobre, otros hacian el carbon, otros aderezaban los hornos, de manera que en breve tiempo sacaron seis tiros grandes y bien hechos, no embargante que Pedro de Candia los sacó tres ó cuatro veces faltos, al parecer de todos, de industria, por haberse arrepentido de haber dicho que los sabia hacer, él ponia por excusa que se le helaba el metal, é que no podia correr con los fuelles.

É luégo que hobieron hecho el artillería, mandaron juntar más de trescientos plateros, para hacer é aderezar armas ó arcabuces, los cuales mandaron que tuviese encargo de mandar hacer el capitan Juan Perez, hombre muy ingenioso é que habia tenido cargo de los ballesteros en la de las Salinas, como atras contamos; y él entendió de tal manera en ello, que se hicieron algunos arcabuces tan buenos ó fornidos como dentro en Viena. Tambien se hicieron muchas sillas de armas, echándoles por aceros en los arzones plata, labrándolas de muchos follajes é guarniciones de seda de colores, cada uno como mejor le parecia; é'se hicieron lanzas ginetas, muy galanas é pintadas, con sus arandelas é gocetes, é muy buenas puntas de diamante, é muchos coseletes de plata é de oro, é almetes muy galanos y bien fornidos, de lo mismo, é todas las demas armas necesarias para treinta é cinco hombres de armas que habian de meter en la batalla.

CAPÍTULO LXIII.

De las cosas que más pasaron en la ciudad del Cuzco, y de la prática que D. Diego hizo á sus compañeros, y de lo que hacia García de Alvarado.

Contando va la historia las cosas que pasaban en la ciudad del Cuzco, entre D. Diego de Almagro y su gente, é la gran priesa que tenian en aderezar armas, proveyendo á todas partes el buen capitan Cristóbal de Sotelo, que de su propia hacienda más habia repartido entre los soldados, sus compañeros, de cien mil pesos, é habia enviado espías por mandado de D. Diego para que supiese Vaca de Castro si venia ya. El inga Paulo tambien se mandó que por las postas supiese de Xauxa lo que habia en Guaraz, y como ya Vaca de Castro se habia juntado con los capitanes Alonso de Alvarado é Peralvarez Holguin, habíase extendido la nueva por todas las provincias de tal manera, que en breve fué á la gran ciudad del Cuzco; y decian los indios que Vaca de Castro habia traido muchos españoles y banderas. Esta nueva no dejó de causar alguna alteracion, no para que hobiese desmayo en el mozo D. Diego é sus cómplices; entraron en consulta él y los Capitanes é más principales que estaban en la ciudad, sobre cuál seria más acertado hacer, y convinieron en darse toda la priesa á salir del Cuzco, é requerir á Vaca de Castro no les dé batalla ni reencuentro, porque ellos aguardaban á ver el Real mandado de César y su proveimiento, para en un punto no salir de su mandado. Y no veian la hora que hobiese venido el capitan García de Alvarado; y mandando juntar á todos los españoles de pié é de á caballo, que estaban en el Cuzco para seguir sus banderas, de que todos estaban en parte donde le pudieron entender les dijo:

«Ya todos sabeis é nenguno deja de entender el gran valor que mi padre en este reino tuvo, é la constancia con que procuró que se descubriese, y el deseo que mostró á no deservir á S. M. en un punto, y la desastrada muerte que le dieron, como algunos soldados de los viejos que con él se hallaron en las Salinas, é agora por seguir sus reliquias están conmigo, lo vieron, y tambien como despues, habiendo pasado tan gran calamidad por ellos y por mí, y estando en la ciudad de Los Reyes fuí tan mal tratado del Marqués, que, ciertamente, yo muchas veces aborrecia la vida y deseaba la muerte, la cual ya él andaba ordenando de me dar; é por no estar en cautiverio tan enojoso, é por vengar la muerte de mi padre, quité al Marqués la vida, pues justamente lo merecia, por la que él quitó é mandó quitar á quien tanto le honró é favoreció. Pues muerto el Marqués, y aunque fuera vivo, no os parezca que hacemos nengun deservicio á S. M. en querer gobernar la gobernacion que él encomendó á mi padre, é áun le dió poder para que despues de su muerte nombrase persona que en el Real nombre asistiese en la gobernacion, é para que todos los que esto ignoran lo tengan por cierto, determino de mandar que delante de todos se lean las provisiones é mercedes que S. M. hizo á mi padre; por eso, mirá, que mi deseo no es más de verme metido enteramente en el cargo de la gobernacion de la provincia del Nuevo Toledo, para gratificar é pagar lo mucho que os debo, y lo que á mi padre servisteis en las guerras y descubrimientos pasados.»

Y como por su mandado habian todos salido fuera de la ciudad, en un campo raso, allí fueron leidas las provisiones que el viejo Adelantado tenia de S. M., entre las cuales pareció una que decia: «que al que él nombrase por gobernador despues de sus dias lo pudiese ser, y los cabildos le obedeciesen é toviesen por tal,» y mostró más el testamento de su padre en el cual está una cláusula por donde se mostraba haberle nombrado por Gobernador, y por su administrador á Diego de Alvarado. Y despues de las haber leido, que no poco se holgaron los soldados de las ver, dió fin á su prática diciendo,

que pues aquello veian ser claro, que les rogaba le fuesen fieles amigos y compañeros, y no le desmamparasen hasta ver su fortuna qué fin habia y lo que S. M. mandaba; y que el gobernador Vaca de Castro no traia poder ni traia autoridad para le desposeer de la gobernacion, é que mirasen cuántos é cuán grandes fueron los méritos de su padre y la ingratitud de los Pizarros. De tal manera supo hablar este mozo á los españoles, que les levantó los corazones y los provocó á le seguir contra cualquier Capitan que contra ellos viniese; é verdaderamente los soldados que estaban en el Cuzco eran los más de ellos de valor é clara sangre, é como desde el principio se habian mostrado valedores é amigos de D. Diego, con constancia firme y no fingida, como la gente soez suelen tener, se movian á le seguir. Y dicen que, como en tanta manera aborreciesen al cardenal Loaysa, y supiesen que Vaca de Castro habia sido proveido por su causa, que le hicieron una estatua y la quemaron, diciendo contra ella muchas injurias.

García de Alvarado habia ido, como digimos, por mandado de D. Diego á los llanos, é á correr el campo marítimo hasta llegar á la ciudad de Arequipa, y salió por Lunaguana, yendo robando todo lo que podia, é recogiendo las armas é caballos que hallaba, é llegó á Arequipa, donde hizo grandes desafueros, é mató á un vecino que se decia Montenegro, é otro español; y quieren decir que llevaba tan gran cudicia que se extendia á tomar las cosas sagradas de plata é oro que halló en las iglesias, y despues que hobo hecho no pocos insultos, con la gente é armas que pudo haber se fué para el Cuzco, adonde fué bien recibido de D. Diego de Almagro. Sotelo bien habia sabido la muerte que Martin Carrillo habia dado en Guamanga á Baltanas, y de cómo entre él y García de Alvarado habia habido práticas de se mostrar sus enemigos disimulados; y, mirando que para en semejantes tiempos no era menester andar en puntas, disimuló lo que en su pecho tenia, é al capitan García de Alvarado habló luégo que allegó al Cuzco juntamente con otros que le deseaban aplacer. Alvarado decia que habia hecho mal Cristóbal de Sotelo en nom-

brar á Juan Gutierrez Malaver por Capitan de la gente que habia hecho en el Cuzco, é que no se habia de disimular ni pasar por ello. Sotelo tenia cargo en la ciudad de proveer las cosas necesarias, é tenia gran cuidado en que la gente de guerra no hiciese nengun robo ni insultos, ni agraviasen á los indios naturales; mas, como la guerra traiga consigo la soltura tan desenfrenadamente, á los soldados no les parece que hacen valentía si no se aprovechan de los bienes é haciendas de los pacíficos, y dos soldados que se llamaban los Machines entraron en casa del capitan Grabiel de Rojas á matar á otro soldado é aprovecharse de lo que pudiesen. É al fin ellos mataron al que querian mal, y, aunque se quisieron poner en parte que Sotelo no los pudiese prender, no lo pudieran hacer, que como él tuviese de ello aviso, con mucha presteza los buscó é mandó prender, é dijo que se confesasen porque luégo los queria mandar matar por el delito que habian cometido.

CAPÍTULO LXIV.

De cómo los capitones García de Alvarado é Saucedo fueron á rogar á Cristóbal de Sotelo perdonase á los que tenia presos, y de lo que pasaron, y de las cosas que más sucedieron hasta que García de Alvarado mató al buen caballero Cristóbal de Sotelo.

Como los que estaban en el Cuzco estaban mal corregidos, ó les pareciese, que si no era en el arte militar ni cosas tocantes á la guerra, que en lo demas no habian de ser castigados por nengun delito que cometiesen, alborotáronse mucho en saber de la prision de los Machines. A D. Diego fué luégo la nueva de la prision, mas no proveyó nenguna cosa; García de Alvarado é Saucedo determinaron de ir entrambos é rogar á Sotelo que quisiese perdonar á los que tenia presos, y llegado primero Saucedo á la cárcel no le quisieron abrir, ni Sotelo hacer nada de lo que sobre aquel caso le rogaba, lo cual visto por Saucedo á grandes voces le dijo que mirase lo que hacia porque aquellos soldados eran sus amigos, y se lo habia de pedir por justicia. Cristóbal de Sotelo, enojándose mucho de aquellas palabras, le respondió que se fuese á su posada, si no que le pondria adonde presto habia de poner á los que presos tenia. Saucedo se fué luégo é se juntó con García de Alvarado, que ya venia cerca, mas, aunque despues de llegado llamó á la puerta, no le quisieron abrir ni responder; é Sotelo, hecha la informacion de aquel negocio sobre que habian sido presos, mandó ahorcar á uno de ellos. Y, como ya se acercaba el tiempo que el campo de Chupas con sus laderas habia de recoger la noble sangre española, y el bando de los Almagros habia de haber fin, convenia y era

necesario para su destruccion, y para que las obsequias del Marqués fuesen memoradas, que la emulacion y malquerencia acabase de matar é consumir los principales Capitanes de los de Chile, para que los de Pachacama hallasen ménos resistencia en el triunfo que de ellos habian de haber, porque habiendo ya muerto á Francisco de Chaves, é Juan de Herrada, con la ponzoña que dicen que Juan Balsa le dió, como contamos, no quedaba agora más de Cristóbal de Sotelo y García de Alvarado, y para que estos tambien acabasen como los demas se guió de esta manera. Que como García de Alvarado, puesto que era animoso é viniese muy soberbio de Arequipa, y de allí trujese robados muchos dineros, comenzó á sentir que Sotelo fuese más parte que él, y siempre superior de todos, tomando amistad fingida ó verdadera con muchos que habian sido soldados del capitan Francisco de Chaves, y estaban mal con Sotelo, porque por su causa decian habia sido muerto, los atraia á su voluntad para aprovecharse de ellos cuando en necesidad se viese, é al mesmo D. Diego de Almagro tenia en poco. De los dineros que habia traido comenzó de gastar é despender entre las personas que eran sus amigos, é que á él le parecia, holgándose siempre de tratar de Sotelo, é afeando sus cosas; é los cómplices que tenia en este negocio García de Alvarado, é los que andaban inquiriendo las intenciones de los soldados, eran Rodrigo Nuñez, Maese de campo que habia sido del viejo Adelantado, hombre de no mucho saber y ménos consejo; é Martin Carrillo; é Juan Rodriguez Barragan, é otros muchos.

Cristóbal de Sotelo no dejó de entender, por congeturas, la intencion de García de Alvarado, mas como era prudente, mostróle tener en poco é no hacer caso de ello, no embargante que dicen que habló con D. Diego sobre ello. Pues como García de Alvarado hubiese atraido á sí muchos soldados de los que estaban en la ciudad, é algunos de los viejos que habian seguido las banderas del Adelantado, ponia en práticas cuál habia de ser General del campo, él ó Cristóbal de Sotelo, industriosamente, para que dijesen que él y no otro

lo habia de ser. En estos dias Cristóbal de Sotelo se sintió con mala disposicion de unas calenturas, y de que echó por la parte inferior una culebra ó lombríz de más de una braza, y áun creyóse que eran yerbas que le habian dado; D. Diego é todos los Capitanes é vecinos de la ciudad le iban á visitar, haciendo lo mesmo muchos soldados de sus amigos, y sobre algunas práticas, delante de algunos, dijo que no tenia en nada á cuantos Alvarados habia habido ni habia, lo cual, oido por los que estaban presentes, no tardó mucho que García de Alvarado lo supiese, é de ello se mostró sentir, y tenia intencion dañada contra Sotelo, y determinó de le matar. Andando un dia por la ciudad á caballo, con algunos de sus amigos, se encontró con el capitan Juan Balsa, que tambien andaba cabalgando, é le dijo que fuesen á ver al capitan Cristóbal de Sotelo pues estaba malo, Juan Balsa respondió que era contento, y, despidiendo á los que más con Alvarado venian, se fueron, yendo con ellos un Juan García, de Guadalcanal, é Diego Perez Becerra, muy amigos de García de Alvarado; y, allegados á la posada de Sotelo, entraron dentro donde tenia su lecho, y, despues de haber pasado pocas palabras, dijo García de Alvarado que por qué habia dicho que no tenia en nada á los Alvarados y otras cosas que le habian informado, lo cual era en su perjuicio ó contra su honra, que le diese la satisfaccion de ello. Cuando esto pasaba, demás de estar el Sotelo enfermo, no habia allí nengun amigo ni criado suyo, aunque no dejaba en su casa de haber muchos, y como el mal no le hobiese dejado, ántes le agraviaba más, le respondió que no estaba para le responder ni dar satisfaccion, porque casi estaba fuera de juicio, é tan malo que echaba diablos é culebras del cuerpo. Juan Balsa, mostrándose en sus palabras favorable al Sotelo, decia al García de Alvarado que no era tiempo de entender en cosas semejantes, é se levantó haciendo muestra de se querer ir; García de Alvarado, viéndole levantar hizo lo mesmo, despidiéndose de Sotelo, é ya que se iban, como el capitan Cristóbal de Sotelo era hombre tan animoso é que en tanto tenia la honra, pensando un

poco consigo propio sobre lo que habia pasado con García de Alvarado, con voces altas le tornó á llamar y dijo: «Yo no me acuerdo que haya dicho de vos ni de los Alvarados lo que decís; pero si algo he dicho hasta agora, lo mismo torno á decir, que siendo quien soy se me da poco por Alvarados.» É como aquello oyó García de Alvarado, con grande ira dijo: «Juro á Dios que os tengo de matar don traidor.» Sotelo, saltando de la cama, dijo: «Yo os mataré á vos.»

García de Alvarado, echando mano á su espada, se iba para el enfermo Sotelo, para le herir con ella, Juan Balsa arremetió con mucha ligereza y se abrazó con él; Sotelo entró dentro de una recámara adonde estaba un criado suyo, llamado Lizcano, é mirando si veria algunas armas, no vido más que una espada é una capa, é con ella salió, y en el ínter estuvieron hablando García de Alvarado é Juan Balsa. Ya habian acudido algunos amigos de García de Alvarado, é tenian la casa cercada, el cual, con el espada alta, entró buscando á Sotelo, habiéndolo dejado Juan Balsa; y como el criado de Sotelo lo viese entrar, arremetió para él por detras, é abrazóse con él fuertemente. Pues como Sotelo vió que su enemigo estaba tan cerca de él arremetió á le matar; Juan Balsa le echó mano diciéndole que no hiciese tal cosa, y en el ínter García de Alvarado, aunque al mozo Lizcano le pesó, salió de sus manos é le hirió en la cabeza, é se fué hácia Sotelo para le matar, é le tiró algunas cuchilladas y estocadas. É al ruido que traian entró Juan García, el que nombramos arriba, é le dió tales heridas que dende á un poco quedó muerto en el suelo, teniéndole asido Juan Balsa, ó por le defender que no muriese ó por gana de velle muerto; lo cual creo yo é tengo por más cierto lo que dicen. De esta manera murió el principal y mas acabado varon que habia entre los de Chile, que con su muerte se vió claramente su caida é destruccion de todos, pues si fuera vivo pudiera con su prudencia guiar las cosas de otra manera que se guiaron.

CAPÍTULO LXV.

Del sentimiento que mostró D. Diego y muchos de los de Chile en saber la muerte del capitan Cristóbal de Sotelo, y de cómo García de Alvarado é los otros con muchos se encastillaron en su posada, y D. Diego los quiso combatir.

Muerto, como hemos contado, el capitan Cristóbal de Sotelo, luégo se extendió la nueva por la ciudad, é fué el alboroto que hobo grande, porque por su mucho valor era querido de muchos soldados, de los viejos que se habian hallado con el Adelantado, é de otros que nuevamente habian querido seguir las banderas de D. Diego; é recibieron tanta pena, que no pudieron dejar de darla á entender por las señales de sus rostros é lágrimas que de sus ojos salian. É con gemidos lastimosos, tomando sus armas, se fueron á la posada de Don Diego, dejando á García de Alvarado, llamándole vil é cobarde, pues, estando Sotelo tan agraviado de enfermedad, le habia muerto; é deseaban haber á las manos al traidor de García de Alvarado para le dar la muerte, pues tuvo atrevimiento de quitar la vida al Capitan que ellos tanto querian. Juan Balsa luégo fué á la posada del mozo D. Diego, y le dió cuenta de lo que habia pasado, aunque á la sazon estaba fuera, é recibió muy gran turbacion porque algunos le dijeron que García de Alvarado queria hacer lo mesmo de él, é alzarse con el campo; é aunque D. Diego no mostró flaqueza nenguna, ni queria dejar de luégo le ir á prender ó matar, amonestáronle se entrase en las casas de Pedro de Oñate, que despues fué Maese de campo, desde donde mandó dar alarma por la ciudad, y salió, con los que le acudieron, á la plaza,

para desde allí ir á combatir las casas donde estaba García de Alvarado. El capitan Felipe Gutierrez y otros caballeros prudentes le dijeron que no lo debia de hacer, porque no era tiempo de dar lugar á muertes de hombres, ni á que se recreciese algun motin ó levantamiento contra él, porque conocian de algunos Capitanes é muchos soldados tener amistad verdadera con García de Alvarado, é que, si viniesen á las manos, todo el furor seria contra él; y por estos dichos D. Diego determinó de no combatir la casa donde estaba encastillado García de Alvarado y los demas que con él se habian acogido. Martin Carrillo, aunque ya no usaba el cargo de Maese de campo, é fuése persona privada, salió, sin autoridad ninguna que toviese, por la ciudad, mandando, so pena de muerte, que ninguno saliese de su posada. D. Diego, vista la tibieza de los suyos é la poca voluntad que en ellos hallaba para conseguir su deseo, muy triste se volvió á su posada.

Pues, como el belicoso capitan García de Alvarado viese cuán prósperamente y á su voluntad le habia sucedido el negocio de la muerte de Sotelo, envió algunos amigos suyos para que atrajesen á su voluntad los que más pudiesen, é como la gente del Perú sea tan mudable é variable, é no tengan más fe que su particular interes, viendo que García de Alvarado tenia más potencia que aquel que ellos habian elegido é nombrado por Gobernador, acudiéronle más de los que se pensó, con sus armas, ofreciéndole sus personas para lo que de ellas quisiese aprovecharse. D. Diego ya estaba en su posada, como decimos, con mucha pasion por la muerte que se le habia dado á Cristóbal de Sotelo, é por no verse tan poderoso que pudiera castigar al autor de tan mala hazaña, y entrando en consulta con sus Capitanes é personas más principales, sobre lo que debian de hacer, acordaron de que no les convenia ni era tiempo de mudarse en bandos ni parcialidades, pues tenian los enemigos á la puerta, é tratando entre D. Diego é García de Alvarado pusieron treguas. Don Diego, con industria, le envió á decir se estoviese en su posada y de ella no saliese, porque no convenia hacer otra cosa;

García de Alvarado era tan vano é presuntuoso, que muy poco caudal hacia de las palabras de D. Diego ni de sus mandamientos, y con disfraz respondió que él haria lo que le mandaba, é no saldria de su posada hasta que fuese su voluntad.

CAPÍTULO LXVI.

De cómo D. Diego de Almagro dió la compañía de Sotelo á Diego Mendez, é de cómo García de Alcarado fué muerto á sus manos, é Cristóbal de Sotelo vengado.

Pasadas las cosas que hemos contado en la ciudad del Cuzco, despues de la muerte de Cristóbal de Sotelo no dejaba todavía de haber algun alboroto en la ciudad, y D. Diego, que bravísimamente estaba sentido de la desvergüenza de García de Alvarado, consigo mismo imaginaba qué arte é modo tendria para satisfacer á su voluntad, é que ninguno con el ejemplo de Alvarado quisiese intentar otra traicion como la que él habia hecho, y deseaba ver desacompañado á García de Alvarado para llevar adelante su deseo, y que hobiese efecto su propósito. Y llamando á consulta á los capitanes é soldados viejos que tenian fe entera con él por haber seguido las banderas del Adelantado, su padre, con parecer de todos ellos fué nombrado Juan Balsa por Capitan general, hombre indigno de que se le diese tal cargo, y la compañía de Cristóbal de Sotelo fué encargada á Diego Mendez, porque se conoció dél tener enemistad á García de Alvarado, el cual todavía se estaba encastillado con los que con él estaban. É como los soldados que estaban en el Cuzco toviesen ya nueva de la entrada en el reino de Vaca de Castro, é les conviniese tener paz entre ellos para poder dar guerra á quien quisiese dársela, tratando con los capitanes, hobo medianeros de paz entre D. Diego é García de Alvarado; mas, como él se sintiese culpado en las cosas pasadas, pedia que Don Diego le hiciese su Capitan general, y diese poder bastante para poder gobernar en su nombre el campo, é que de otra

manera su persona no fiaria de palabras, é que de aquella suerte él estaria seguro é le serviria lealmente. D. Diego, como desease castigar á Alvarado, é viese que no podia por otra vía, acordó de le dar la provision é poder que pedia, é nombrarle por su General, tratando primero con Juan Balsa é con otros, que lo haria con cautela é industria para le matar; é así, luégo le envió una provision en que por ella le nombraba por General é Teniente de Gobernador. É al tiempo que se la llevaban, porque en ella no iba poder para quitar é poner capitanes, la rasgó delante de quien la llevaba, diciendo palabras feas contra D. Diego, y que no era él hombre que le habian de dar el poder limitado. Y como habia oido decir que Juan Balsa habia sido nombrado por General, concibió que, por su parte, procuraba con D. Diego que no le diese el poder que pedia, é habló con algunos amigos suyos para que estuviesen prevenidos para matar á Juan Balsa, porque le queria enviar á llamar, é que luégo le diesen de puñaladas, y ellos respondieron que cumplirian su mandado.

É ansí, con un servidor suyo, envió á suplicar á Juan Balsa le hiciese tan singular gracia que viniese á su posada, que le queria hablar algunas cosas; y, llegado el mensajero, Juan Balsa, que no era poco mañoso é canteloso, como vido la embajada de Alvarado, luégo cayó que era por le dar queja de la provision que D. Diego le enviaba, é pensó con palabras blandas atraello á sí, é á que saliese de donde estaba é Don Diego le pudiese matar. É así, fué con aquel criado de García de Alvarado á su posada, adonde fué recibido con buen semblante, aunque debajo de la intencion é voluntad que hemos dicho; pues, como bobo llegado, García de Alvarado le dijo: «Admirado estoy, Juan Balsa, de que D. Diego así haya querido que todos conozcan no tener conmigo el amistad que se requeria á las cosas tan magníficas que yo en su servicio he hecho, é con la lealtad que le he seguido; la ingratitud pecado es que no ligeramente se perdona, é los capitanes que andan en semejantes guerras, que D. Diego trata é tiene entre manos, mucho es lo que sufren á sus amigos, y las cosas que disimu-

lan por no venir á rompimiento con ellos y en su desgracia, y ha querido mostrarse tan apasionado conmigo por la muerte de Sotelo, como si su felicidad enteramente estuviera en su vida, é sus trabajos é calamidad en su muerte; no mira la mucha razon que yo tuve para dar la muerte á Sotelo, y la poca que él tiene para desecharme de su servicio. Mas, al fin, mi pundonor ó ser de persona no requiere mudar fortuna ni negar amistad; si D. Diego mirase el tiempo en que está, é cuán provechosos le son los amigos, é me enviare la provision bastante é como yo la pido, tenerme há tan á su servicio como despues que el viejo Marqués fué muerto hasta agora.»

García de Alvarado creyó que Juan Balsa le responderia desabridamente, con lo cual hobiera ocasion de le matar; más Juan Balsa, que bien sobre el aviso estaba, le respondió muy blandamente, diciéndole que D. Diego, si no le envió provision para poder nombrar oficiales y deshacer capitanes, que seria no caer en ello el escribano, é que él mesmo puntase la provision y la mandase escrebir, porque luégo la traeria firmada de D. Diego; por que él, conociendo que á todos generalmente era provechoso tenello por General, lo doseaba por su parte, no embargante que D. Diego los dias pasados le habia nombrado por General, el cual cargo él de sí desechaba y deseaba que él sólo fuese señor y superior de todos ellos, pues era tan bienquisto de la gente. Estas cosas y otras de buena crianza dijo Juan Balsa á García de Alvarado, como hombre que era bien caudaloso de ellas, debajo de un velo industrioso é de gran cautela. García de Alvarado, creyendo lo que Juan Balsa le decia, le respondió graciosamente, y que supiese que le habia enviado á llamar para le matar, mas que sabido su voluntad é buen deseo le ternia siempre por amigo verdadero, y que le rogaba le hiciese traer la provision que pedia al gobernador D. Diego, y le hiciese entender cuán su servidor é amigo era. Juan Balsa, despues de le haber prometido que ansí lo haria, se partió para la posada de D. Diego, é le dió cuenta de lo que habia pasado con García de Alvarado; y él y otros algunos le aconsejaban le

enviase á García de Alvarado la provision que pedia, é, habiendo lugar é convenible tiempo para ello, le matase. Don Diego, pareciéndole falta de ánimo é que perdia de su autoridad, no lo queria hacer, mas, mirando que convenia así, mandó hacer la provision del arte que García de Alvarado la pedia, é despues de la haber firmado se la envió; el cual con ella se tubo por contento é seguro, y salió de donde estaba bien acompañado, y en la plaza pública de la ciudad fué apregonada al son de muchas trompetas, é fué recibido por tal de toda la gente de guerra, deseando D. Diego ver tiempo para le matar, porque temia no quisiese hacer de él lo mismo que hizo de Cristóbal de Sotelo.

CAPÍTULO LXVII.

En que se concluye el pasado, hasta la muerte de García de Alvarado.

Con haber pasado las cosas que habemos contado, no dejó de haber grandes sospechas entre unos y otros, é algunos soldados insistian á García de Alvarado á que matase á Don Diego, é con las reliquias de su ejército se fuese á buscar á Vaca de Castro por la parte que le pareciese, pues no era cosa conveniente á ellos más fiarse de D. Diego, ni de aquellos que se habian mostrado sus enemigos; Alvarado, como era tan inconstante é mancebo muy amimoso, no dudó de hacer aquello que le aconsejaban sus amigos, é matar á D. Diego. Estaba en este tiempo en compañía de Juan Balsa un soldado llamado Sanmillan, natural de Segovia, de la familia de los Bocudos, mercadantes muy ricos, y que habia sido conquistador en algunas partes de este reino, é halládose en la muerte del Marqués, y era muy liberal y en extremo gastador, y habia dado en el campo á soldados más de ochenta mil pesos de oro; é como viese nombrado por General á García de Alvarado, quiso ofrecerse á su amistad é servicio, é como él de suyo fuese gastador, despues de le haber hecho muchas ofertas, le rogó mucho quisiese recibir servicio de su posada, él y sus amigos, de un convite que él hacerlo queria. García de Alvarado, como conociese que las palabras que le decia Sanmillan eran á buena intencion dichas, é sin cautela, é sin mezcla de ninguna malicia, despues de le haber agradecido su deseo, le respondió que era contento de hacer lo que por él le era rogado, y más en tiempo que se podian juntar al convite ó banquete muchos que estaban unos de

otros desabridos, y tratar el amistad entre todos; y dijo al Sanmillan que aparejase para el dia que quisiese, porque queria convidar á D. Diego. Luégo que esto pasó, dicen que García de Alvarado trató con sus amigos de que habian de matar á Diego Mendez, é á Alonso de Sayavedra, é Diego de Hoces, é Juan Gutierrez Malaver, con otros capitanes é soldados que se tenian por amigos de Sotelo, é áun al mesmo D. Diego de Almagro determinaron de matar, y despues de hechas estas muertes enviar sus mensajeros á Vaca de Castro, para que, entregándole el campo é dándole la obediencia, le proveyese é nombrase por Capitan, para que pudiese con sus amigos ir á descubrir alguna parte remota é ignota de estos reinos. É hecha esta conjuracion, los conjurados y autores de ella, que no eran pocos, se aparejaban é aderezaban para lo poner en obra. García de Alvarado, despues de lo haber concertado, se fué á D. Diego é le dijo como Sanmillan queria hacer un convite y que le habia convidado, que le suplicaba se quisiese hallar en él, é hacer con los capitanes que hiciesen lo mesmo, pues era razon que todos se holgasen.

D. Diego bien entendió que García de Alvarado no le decia aquello con fe entera ni voluntad, mas, porque le pareció que podria por allí rodearse de manera que García de Alvarado fuese muerto, le respondió graciosamente que era contento de ir al convite que decia, é que bien le parecia que se regocijasen y mostrasen alegría. Pasada esta prática, se despidió García de Alvarado y se fué á su posada á tratar lo que tenia concertado, é Sanmillan por su parte andaba á buscar todo género de cosas para el convite, mercando el vino á trescientos pesos cada arroba, para que bebiesen los convidados. D. Diego praticó con sus amigos, é con aquellos que más se fiaba, que se aparejasen y estoviesen apercibidos para dar la muerte á García de Alvarado en aquel convite que hacerse queria. Juan Balsa, é Diego de Hoces, é Juan Gutierrez Malaver, é Diego Memiez con otros, fueron contentos de cumplir en aquello el mandado, é conjuraron contra García de Alvarado; y estando todos con esta buena intencion

llegó la tarde. D. Diego se recogió á su cámara á hora de vísperas, poco más, y con él aquellos que habian de matar á García de Alvarado; é recostado en su lecho fingió estar mal dispuesto, á fin de que García de Alvarado vendria á querer llevarle al convite ó cena, porque todos habian ya comido é habia de ser segunda vez, á la cual cada uno aguardaba á hacer su hazaña. É á Martincote mandó D. Diego que viniese á hacer la guardia aquella noche, y que avisase á los soldados que fuesen bien proveidos de pelotas para lo que sucediese; Martincote envió á su Alférez con cincuenta arcabuceros, á que hiciesen lo que mandado les fuese por D. Diego, é, allegados á la puerta de la casa de D. Diego, secretamente les mandaron que hiciesen la salva sin pelotas, é al segundo tiro tirasen con ellas, y estoviesen apercibidos para lo que les mandase. En este tiempo ya la cena estaba aparejada, y García de Alvarado envió á suplicar con toda humildad á Don Diego quisiese venir á ella, para poner en efecto lo que habia concertado; D. Diego, que no estaba descuidado de aquello, do no ménos que la vida le iba, de industria fingió que el mal le agraviaba, para que el García de Alvarado viniese á él é hobiese lugar de le matar, y llegado el mensajero le respondió: «Decid al Capitan general que yo me siento con mala disposicion, y de tal manera que no quisiera cenar, mas, que por amor de él, que yo iré luégo como quiera que estoviere.» Vuelto con la embajada García de Alvarado, parecióle que era mala crianza no ir por él, pues se veia claramente estar mal dispuesto, é, para que sin sospecha lo viesen adonde deseaban ver, dijo á los que con él estaban: «Ea, señores, vamos por el Gobernador, que me dicen que está mal dispuesto;» é así, bajado de su casa, fué adonde el convite se habia hecho, con mucha gente, é bien armada é puestos á todo recaudo; y él con su espada é una cota jacerina de malla menuda é fuerte, é yendo bajando encontró con Martin Carrillo, harto amigo suyo y enemigo de D. Diego, y, sabiendo adonde iba, le dijo que se volviese porque iba perdido, y si D. Diego le veia en su casa estaba cierto que le habia de matar.

García de Alvarado, con su denuedo se retuvo y dijo: «¿Quién basta matarme á mí? vamos, que no tengais miedo, que yo nenguno llevo.» Martin Carrillo, adivinando la justa muerte que Alvarado habia de haber, le tornó á amonestar que no fuese, é afirmaba que jamás volveria de donde iba; y no curando de aquellas amonestaciones, allegó á la puerta de Xapana, que era donde posaba D. Diego, é como vido tantos arcabuceros se turbó. Ellos le hicieron la salva sin nenguna pelota, con lo cual se aseguró y entró adelante, é no hobo él pasado cuando los arcabuceros cargaron con pelotas sus arcabuces. Yendo por la sala acompañado de todos sus amigos, allegó á la sala donde estaba D. Diego, é junto á la puerta su Capitan de la guardia, Juan de Guzman; Alvarado entró de rondon por la cámara, preguntando dónde estaba el Gobernador, é, así como estuvo dentro, con tres ó cuatro amigos suyos Juan de Guzman, el Capitan, cerró la puerta bien apretada con una alabarda, porque no entrasen los otros que con él habian venido. D. Diego muy alegre porque García de Alvarado venia adonde él estaba, se levantó del lecho donde estaba recostado, diciendo á grandes voces á los que con él estaban: «Ea, caballeros vamos á cenar;» García de Alvarado dijo: «¿Qué ha sido la mala dispusicion de vuestra señoría, que estoy muy turbado de saber que haya estado con algun mal?» D. Diego le dijo que ya no era nada, que bien podian ir á cenar; y diciendo esto se juntó con él Juan Balsa, como Teniente general que era, y arremetió á García de Alvarado, y abrazándose con él dijo: «Sed preso por el Rey»; D. Diego, echando mano á su espada, dijo: «Preso nó, mas muerto sí»; é diciendo esto le dió una mala herida en la cabeza, é los que allí estaban descargaron sus golpes en él, é le pasaron con muchas estocadas el cuerpo, y él no habló más de decir, «¡válame Dios! ¿y qué son de mis amigos?» Y diciendo esto cayó muerto en tierra é pagó la que él dió á Cristóbal de Sotelo. Sus amigos, como supieron lo que pasaba, espantados de tan extraño acaecimiento, iban unos por unas partes é otros por otras á se esconder entre los edificios de

la ciudad; D. Diego, como no anduviese por más de por castigar á García de Alvarado, é ya le toviese muerto, perdonó á todos los que se habian mostrado por sus amigos, é así muchos le vinieron á besar las manos é á ofrecerse de nuevo á su servicio.

Con la muerte de Alvarado quedó gran regocijo en todos los más de los Almagros, porque, por su demasiada presuncion é soberbia, le querian mal, é al fin vino á morir muerte conforme á la vida que vivió, é pagó haberse hallado en la muerte del Marqués, é los robos ó crueldades que hizo é muerte que dió á Sotelo; é, sobre todo, á costa del mozo Don Diego é de los demas queria conseguir fama é gozar del perdon. Era García de Alvarado caballero de edad de veinte é nueve años, de hermoso parecer é de cuerpo bien dispuesto, ambicioso, soberbio, de gran presuncion é muy vano, é valiente é muy animoso, amigo de gente suez é allegado al consejo de ellos. Robáronle su casa, adonde tenia mucha vajilla é otras cosas de precio.

Aína que los mesmos de Chile se hobieran consumido ellos mesmos, é la tiranía hobiera triunfado de ellos, que bien parece Dios nuestro Señor ser servido de que las exequias del Marqués fuesen celebradas con la sangre de los principales que fueron en le matar, y en acometer tan grande atrocidad como fué la que hicieron; y mirando en mí mismo las muertes tan desastradas de Francisco de Chaves, é Juan de Herrada, é Cristóbal de Sotelo, é García de Alvarado, que eran las cabezas principales de los Almagros, y el fin tan malo que todos hobieron, me espanto cómo los movedores de las sediciones, é tiranos que se han levantado, no tomaban ejemplo en estos para arredrar de sí cosa tan inícua y fea como es usurpar el reino á natural señor; mas la gente del Perú no sabe escarmentar en cabeza agena. Y dejemos esto y digamos un poco del gobernador Vaca de Castro.

CAPÍTULO LXVIII.

De cómo el gobernador Vaca de Castro determinó de enviar su ejército hácia la provincia de Xauxa, y él irse hácia la ciudad de Los Reyes.

Ya se acordará el lector como atras digimos la llegada de Vaca de Castro á la provincia de Guaraz, y de cómo fué recibido por Gobernador y Capitan general en nombre del Rey, y las cosas que más pasaron, segun que el discurso de la obra lo ha recontado; pues luégo, donde á pocos dias, entraron en consulta él é los más principales caballeros é capitanes que allí se hallaron, para determinar lo que deberian de hacer para la pacificacion del reyno, é fué acordado que á los capitanes se les diesen conductas de sus capitanías, é que ellos é los sargentos é más oficiales entendiesen que por su mandado se hacia la guerra. Y el gobernador Vaca de Castro hizo nombramiento de capitanes á los mesmos que asistian en los cargos, y les dió sus provisiones, sin mudar á ninguno, si no fué á Peralvarez, que todavía pensaba ir por General; mas aquel cargo y dignidad querialo para sí, é le nombró por Maese de campo, de lo cual Peralvarez se sintió. Hechas estas cosas por el Gobernador, rogó á los capitanes é caballeros prencipales que con él iban, se regocijasen é alegrasen, pues la merced que Dios, nuestro Señor, habia hecho en los juntar á todos habia sido muy grande; lo cual oido por ellos, ordenaron juego de cañas y sortija, y el Gobernador los convidó á su aposento. É, pasadas estas fiestas, habia nombrado el Gobernador por su Alcalde mayor del campo al licenciado Leon, é porque Peralvarez supo que el Gobernador mandaba que su cargo de Maese de campo no se extendiese á más de

lo de la guerra, y no en lo tocante á hacer justicia, se comenzó á quejar é decir que él tenia su pago en lo que habia hecho. Vaca de Castro, deseando toda concordia entre sus gentes, sin quitar el cargo al licenciado Leon, le envió á decir á Peralvarez, que, pues era caballero, tuviese atencion de servir á Dios y al Rey, é que, usando el cargo que tenia, tomase ciertas lanzas de que fuese capitan, pues él queria que en el cargo, despues de su persona, otro no mandase más que él. Con esta órden no hobo más de estas cosas domésticas entre el Gobernador é su gente, é todos estaban contentos, si no fué el capitan Gomez de Tordoya, que tenia enemistad con Peralvarez, é aunque le fué dada una compañía de gente de á caballo, no quiso usar el cargo sino ser soldado y entrar privadamente en la batalla; é por ser muy confin en deudo é amistad con el capitan Garcilaso de la Vega, le persuadia con palabras á que toviese el mesmo deseo que él. Garcilaso, deseando ver el reino en paz, é hacer lo que S. M. fuese servido, no quiso hacer más de, con toda lealtad, lo que le fuese mandado por el Gobernador.

Pasadas estas cosas, é conocidos los soldadados con los capitanes, é sabido cada uno la gente que llevaba, no tenian picas que fuesen buenas, por lo cual tenian gran pena, y acaeció hallarse allí Cervantes, un vecino de Los Reyes, y éste, por haber visto madera dispuesta para las hacer en la provincia de Xauxa, donde él tenia indios en encomienda, se ofreció de ir á entender en ello; é partido, anduvo hasta que llegó á Xauxa, é habló á los indios que del monte cortasen madera de que fuesen hechas las picas, las necesarias para la guerra, y se hicieron muchas é muy buenas. Pasado esto entraron en consulta los capitanes con el Gobernador, y acordaron que seria bien enviar corredores que fuesen hasta la provincia de Xauxa, é mirasen lo que adelante habia, é toviesen aquella provincia por el Rey, é, acordado que esto así se hiciese, nombraron para que fuese á ello al capitan Diego de Rojas, con la gente que para ello era necesario; é luégo se partió Diego de Rojas con los que con él habian de ir. E, par-

tido, se tornó á entrar en consulta el Gobernador é capitanes, é parecióles que el Gobernador abajase á los llanos é se metiese en la ciudad de Los Reyes, donde era su Teniente Aliaga, para que de ella se sacase algun dinero para los soldados que habian de seguir la guerra, é allegar gente para que con ella fuese engrosado el campo; é asimesmo acordaron que el capitan Peranzures fuese á la ciudad de San Miguel, é prendiese á un Santiago, hombre rico é caudaloso de dineros, que en ella vivia, porque habia mostrádose amigo de D. Diego, é que le fuesen secuestrados sus bienes é tomados los dineros que le hallasen, é con ellos se volviesen por el camino marítimo á Los Reyes, é Peranzures se partió luégo. É el Gobernador mandó á los capitanes Peralvarez é Alonso de Alvarado, que se partiesen é anduviesen hasta la provincia de Xauxa, é no dejasen de andar, y en ella situasen su campo hasta que él saliese de Los Reyes á juntarse con ellos. Ordenadas estas cosas por el gobernador Vaca de Castro, *se partió á la ciudad de Los Reyes*, enviando delante mensajeros para que hiciesen saber su venida; y, como todos los que en aquella ciudad estaban eran amigos del Marqués, holgáronse mucho de saber que venia, é, allegado á ella, se le hizo grande recibimiento: entró víspera de *Corpus Christi*.

El licenciado Benito Xuarez de Caravajal, que allí á la sazon estaba, salió á lo recibir, y lo mismo el factor Illan Xuarez de Caravajal, su hermano, y el capitan Diego de Agüero, é Alonso de Riquelme, Tesorero, é Jerónimo de Aliaga, el Teniente, é los Regidores, é con ellos el gobernador Barrionuevo; é despues que hobieron besádole las manos, é pasado lo que en semejantes actos suele acontecer, el Gobernador fué aposentado é muy servido de los vecinos. Ya que entraba en ella, el Factor, en nombre de todos, le dijo que fuese tan bien venido como fué el Gran Capitan en Italia, para lo que convenia al servicio de S. M., é que el é todos los caballeros de aquella ciudad le servirian, é harian lo que al servicio de S. M. conviniese, como sus vasallos leales. Y el Gobernador lo agradeció é mostró holgarse con lo que el Factor le dijo.

CAPÍTULO LXIX.

De las cosas que fueron hechas en Los Reyes por Vaca de Castro, é de la llegada á Xauxa por los capitanes, y de cómo fué Peranzures á San Miguel.

Llegado á la ciudad de Los Reyes el gobernador Vaca de Castro, como en el capítulo de atras hemos escrito, fué recibido por Gobernador, aunque ya le tenian por tal; y del factor Illan Xuarez, é de su hermano el Licenciado, é del capitan Francisco de Godoy fué informado de las cosas que habian pasado en aquella ciudad, é trató con ellos é con los demas oficiales é regidores, de como con los capitanes Peralvarez y Alonso de Alvarado iba mucha gente muy lucida, é todos con gran deseo de servir á S. M., y no descansar hasta tanto que la tiranía de D. Diego fuese acabada, é halló en todos voluntad conforme é verdadera para hacer lo mesmo. Tambien halló en Los Reyes á Gomez de Alvarado, hermano del adelantado D. Pedro, con el cual se holgó mucho, é se dió priesa á buscar dineros é á recoger gente para engrosar su campo, y al son de los atambores se allegó la que hobo, é, junta, nombró por capitan de la gente de á caballo á Gomez de Alvarado, é de la de á pié á Juan Velez de Guevara, natural de la ciudad de Málaga. En este tiempo ya habianse salido de Guaraz los capitanes Alonso de Alvarado é Peralvarez, é Garcilaso, é los demas, é habian andado por sus jornadas hasta que llegaron á la provincia de Xauxa, adonde hallaron al capitan Diego de Rojas, é le mandaron que fuese á la ciudad de Guamanga é hiciese en ella un fuerte, é aguardase á que todos se fuesen allí á juntar, teniendo aviso de lo que hacia D. Diego é si venian nuevas que salia del Cuzco. El

Real se asentó en Xauxa, é los capitanes é gente de guerra eran bien proveidos por los guancas, naturales de aquel valle; Vaca de Castro estaba en Los Reyes procurando las cosas necesarias, é habia juntádose con él el capitan Juan de Sayavedra, y el licenciado Benito Xuarez de Caravajal, y el capitan Diego de Agüero, y el capitan Francisco de Godoy, y el secretario Jerónimo de Aliaga, é Montenegro, é otros vecinos se ofrecieron de ir con él, é lo mismo hizo Diego Gavilan, el Conquistador, natural de Guadalcanal; é habiendo, como hemos dicho, nombrado por capitan de gente de á caballo á Gomez de Alvarado, hermano del adelantado D. Pedro de Alvarado, y al bachiller Juan Velez de Guevara de la de á pié, se aparejaron para salir de Los Reyes.

El capitan Peranzures anduvo tanto, que en breve tiempo allegó á la ciudad de San Miguel, é prendió á Diego de Santiago, vecino de ella, é le tomó cantidad de diez y ocho mil pesos de oro, é con ellos se volvió á Los Reyes, é fué bien recibido del Gobernador; é con la moneda que trajo Peranzures se hicieron socorros á los soldados. En el Callao de Lima estaba el galeon grande é otras cuatro naves, é por no saber Vaca de Castro el fin que la guerra habia de tener, pareciéndole convenir tener la mar segura, para poder salir por ella si en algun aprieto se viesen, despues de haber tomado parecer con los principales que allí estaban, nombró por capitan á Juan Perez de Guevara, que es el que habia ido á poblar á Moyobamba, y él se encargó de las naves é prometió que con toda lealtad haria lo que le mandara. É despues de haber puesto en órden la ciudad de Los Reyes, se partió é anduvo hasta que llegó al valle de Xauxa, adonde fué bien recibido de los Capitanes. El capitan Diego de Rojas anduvo hasta que llegó á Guamanga, é por nueva de los indios se supo como D. Diego estaba en el Cuzco, é todos los vecinos de aquella ciudad mostraban gran voluntad al servicio del Rey. Pareciéndole á Vaca de Castro convenir salir de Xauxa, se aparejaron, y sucedió una cosa por donde estovo en poco de recrecer gran daño, y fué que, sobre ciertos indios para

llevar las cargas del capitan Alonso de Alvarado, que no le quiso enviar el capitan Peralvarez, como Maese de campo que era, se enojó tanto que envió á desafiarlo con una carta, la cual, vista por Peralvarez, se airó en demasía, é queriendo salir al desafío fué entendido por Vaca de Castro, é á gran priesa, ántes que los amigos del uno ó del otro quisiesen favorecer su partido, envió á llamar al capitan Alonso de Alvarado, y, mandando que no saliese de allí, le habló rogándole que, pues era el Capitan más antiguo, é que siempre habia servido al Rey, no quisiese por tan livianas cosas, en tiempo tan dificultoso, mostrarse enemigo de Peralvarez ni de otro capitan; y, dichole estas cosas, Vaca de Castro mandó al secretario Pero Lopez que fuese á Peralvarez y le pidiese la carta del desafío. Peralvarez le respondió que no mirase en aquellas cosas, que ya la habia rasgado. Tornó á mandar á Pero Lopez, é á Lorenzo de Aldana, é á Francisco de Godoy, que fuesen para que diese la carta, é hecha pedazos la envió á Vaca de Castro; y entreviniendo Francisco de Godoy, é Lorenzo de Aldana, é Garcilaso de la Vega y otros caballeros, los hicieron amigos é quedaron tan conformes como de ántes. Vaca de Castro agradeció á los naturales moradores de Xauxa el proveimiento que habian dado, y se repartieron las picas entre los soldados, y se apercibieron para salir luégo de Xauxa.

CAPÍTULO LXX.

De cómo D. Diego de Almagro, despues de la muerte de García de Alvarado, determinó de se aparejar para salir del Cuzco, y de cómo envió á un Juan de Aguirre, con otros diez de á caballo para tomar lengua de lo que pasaba, é de cómo fueron muertos é presos.

Despues que fué muerto en la ciudad del Cuzco el capitan García de Alvarado, como en los capítulos precedentes hemos escrito, como algunos que se tenian por sus amigos lo vieron muerto, daban á entender no estar contentos, é pluguiera á Dios que entre ellos hubiera tanta desconformidad, que la cevil guerra que trataban hobiera fin, y el mozo D. Diego, constreñido de necesidad, ó se fuera privadamente á poner en las manos de Vaca de Castro, é se retirara con los pocos que le siguieron, é se metieran en las provincias que están adelante de Maule. Viendo pues D. Diego el descontento que habia en algunos de los que seguian su partido, aparte y en secreto mandó llamar á Martin Carrillo, é á D. Baltasar de Castilla, é á los más principales, é les dijo, que pues él é no García de Alvarado habia de ser el que á todos habia de hacer mercedes, é repartirles las provincias que habia en el reino, que les rogaba con toda voluntad le quisiesen ser amigos fieles é compañeros tan leales, que todos tuviesen que contar de su constancia, é que bien sabian la sobrada razon que para matar á García de Alvarado tuvo, é la poca que él tenia para querer despues de muerto Sotelo andar en conjuraciones contra su persona é amigos. Estas cosas é otras dijo Don Diego á los que allí vinieron, é fueron contentos de le seguir, é todos de esta manera unánimes é conformes quisieron

seguir la opinion que habian comenzado. É porque no sabian ciertamente Vaca de Castro adonde estaba, aunque los indios les decian haber llegado á Los Reyes, acordaron de enviar á un Aguirre, vizcaino, con diez de á caballo, para que fuesen hácia Guamanga, á ver si pudiese tomar algun hombre de quien toviese lengua de lo que habia en la tierra, pues tan convenible les era estar avisados de lo que habia en las provincias de abajo.

Luégo Aguirre é los demas se partieron para cumplir el mandado de D. Diego, é como ya todas las provincias tuviesen aviso de como Vaca de Castro estaba en Xauxa, con mayor potencia que D. Diego, parecióles que seria consejo saludable mostrarse de su parte é no acudir á la de D. Diego; é así, estos que del Cuzco salieron á hacer lo que digo, en un valle llamado Uripa, mataron los indios al Aguirre, que se habia adelantado de otro pueblo donde habian quedado sus compañeros, y á ellos les dieron tanta guerra que no pudieron volver al Cuzco, é retrayéndose hácia la ciudad de Guamanga, donde estaba el capitan Diego de Rojas, los indios dieron mandado é fueron presos é muertos por la justicia todos los más de ellos. É por nueva de indios se supo esta desgracia é muerte de los corredores, de lo cual D. Diego sintió gran pena, é sin dalla á entender miró por sí, é que le convenia apretar bien las manos, é aparejar bien las lanzas, pues contra él se juntaba todo el poder del Perú; é daba priesa que todos se aderezasen. É por tener sospecha de Martin Carrillo é de un vecino del Cuzco los mandó prender, é teniéndolos presos escribió á la ciudad de Arequipa sus letras á un Idiaquez, que lo tenia por amigo, pidiéndole consejo sobre lo que haria de ellos, si los dejeria en el Cuzco ó si los llevaria consigo. Idiaquez respondió al Gobernador que lo que le parecia, y á él le convenia era, ni llevallos ni dejallos, y, aunque Don Diego entendió bien la carta, no quiso usar de tanta crueldad, sino dejallos presos, é dende á pocos dias los soltó; é por su Teniente dejó á Juan Rodriguez Barragan. É la artillería tenia bien á punto, é los cañones bien limpios, é pólvora la nece-

saria; é fueron traidos carretones para en que fuese asentada, siendo de ella capitan Pedro de Candia.

É, como ya les pareciese ser tiempo de salir del Cuzco, mandó D. Diego á los capitanes que sacasen las banderas, teniendo todos por General á Juan Balsa, hombre de poco ánimo; é, salidos, se fueron á aposentar al valle de Xaquixaguana. D. Diego salió luégo, y en la ciudad quedó Juan Balsa para echar de todo punto los soldados della, y, estando Don Diego fuera del Cuzco, fué avisado como en su campo habia algunos que se querian huir é pasarse á los enemigos, los cuales eran Pedro Picon, é Alonso Diaz, é Juan Montañés, todos bien valientes é animosos; pareciéndoles mal la empresa que traian, querian, dejando á su Capitan, pasarse al que venia en nombre del Rey é áun con poder de los perdonar. É, aunque con mucho secreto se quisieron salir del campo, D. Diego lo hobo de saber, é luégo fueron presos é sentenciados á muerte, la cual les fué dada con un cordel é un garrote para que escarmentasen en ellos los demas.

El Inga Mango, entendido los movimientos que habia, é cómo Vaca de Castro estaba en Xauxa, é alguna de su gente en Guamanga, é que D. Diego estaba fuera del Cuzco, como él en tanta manera aborreciese á los Pizarros, envió sus mensajeros á D. Diego, diciendo que se habia retirado á Víticos é desnaturado de su patria por el mal tratamiento que Pizarro le hizo, é por el mucho oro que le pedia, por las cuales causas movió la guerra contra los cristianos, é la trató hasta que su padre de Chile vino, é que por el amistad que tenia con él se fuese á Guamanga, que allí le saldria de paz; é que le hacia saber que Vaca de Castro estaba en Xauxa con potente ejército, é que en Guamanga tenia alguna gente. Oido por D. Diego lo que decimos, mandó que saliesen con toda furia Juan Balsa del Cuzco con la resta de los soldados que en ella habia, enviando á mandar á su teniente Juan Rodriguez Barragan que tuviese recaudo é gran cuidado en la ciudad. É todo fué hecho asi; é Juan Balsa salió del Cuzco con la retaguardia é parte del bagax que en ella habia quedado. En Xa-

quixaguana se ordenó la órden que habian de tener, y era que nenguno caminase á pié é que todos caminasen á caballo, é que del campo los soldados no saliesen á buscar mantenimientos, pues iban bien proveidos de gente de servicio para que lo buscasen, é que con el bagax fuese un capitan, por sus dias. La gente que allí estaba junta, si no les faltara Juan de Herrada ó Sotelo, cierto, pudieran acometer cualquier gran hecho aunque muy dificultoso fuera.

CAPÍTULO LXXI.

De cómo D. Diego de Almagro é su gente salieron del valle de Xaquixaguana, é caminaron para la puente de Apurima, é de cómo pensaron retraerse al Collao.

Como se hizo justicia de los tres españoles, que en el capítulo pasado hemos dicho, parecióle que todo estaba seguro é que nenguno de los que seguian las banderas de Chile las dejarian ni desampararian, y D. Diego mandó que todos se aparejasen para salir de aquel lugar; é, alzadas las tiendas é recogida la gente é servicio, se pusieron á punto, llevando tan buena órden que nengun campo de los que se habian hecho en este reino mejor que ellos la ha llevado. Las jornadas que hacian no eran muy grandes; asentaban las banderas por su órden, é, formado el campo, parecia algun pueblo, dejando siempre plaza adonde pudiesen pelear, é ponerse en órden de guerra si los enemigos remaneciesen sobre ellos. Nenguno comia en sus tiendas, las tablas derramadas por todas partes, eran las viandas comunes, y entre todos habia afinidad é congreguedad muy conjunta; pero la mutacion del tiempo é su fragilidad presto á todos les cubrió de una calamidad tan grande, como los cerros de Chupas darán testimonio para siempre. En todas partes que paraban no estaban ociosos; los hombres de armas ejercitaban sus personas é corrian sus lanzas, ensayándose para pelear, lo mesmo hacian los ginetes, é los arcabuceros hacian su escaramuza. Echaban corredores é sobrecorredores, sus velas é centinelas; con tan maravillosa órden é buen cuidado lo hacian, que era de ver. É, de continuo, los indios que los seguian, hacian su mercado ó tianguez donde lo necesario se hallaba á mercar. No embargante

que se llevaba la órden que tengo dicha, é hobiese poca gente comun entre la que llevaban, y en particular habia capitanes animosos, caballeros de gran valor, soldados valentísimos, artillería excelente; todavía, por parecer que eran pocos para resistir á los muchos enemigos que contra ellos se juntaban, é viendo claramente no poseer más tierra de la que hollaban, entraron en consulta D. Diego é los capitanes de quien él más se fiaba, é trataron sobre lo que debian hacer é más sano les seria.

Por nuevas de los indios é del Inga sabian estar Vaca de Castro en la provincia de Xauxa, é haber engrosado el campo que tenian hecho los capitanes que estaban en Guaraz, é que todo el reino se movia contra ellos, y no tenian otra atencion que era destruirlos, é que, siendo todos españoles, que seria tan gran temeridad querer tentar á Dios, ni tener su fortuna en tanto que creyesen superar los que eran tan pocos á la potencia que contra ellos venia; y mirando sobre el negocio que tenian entre manos lo que hacer les convenia, para que sus enemigos Peralvarez é Tordoya no triunfansen de ellos, les pareció que seria cosa provechosa caminar hasta que llegasen á la puente de Apurima, porque fuese la nueva al enemigo de su ida, é, teniendo por cierto que lo iban á buscar, se reparase, y ellos, pasada la puente, por un camino que prolongaba hácia la mano diestra, que va á salir á los Quichuas, dar con desvio la vuelta á los Charcas é huir de los muchos enemigos que tenian, hasta que el tiempo les diese á entender lo que habian de hacer. É aunque se trató en esta consulta las cosas que he dicho, é pensasen ponello en efecto, no fué Dios servido que lo llevasen adelante, porque habia entre ellos personas que habian hecho muchas muertes, é sido autores de infinitos daños, é convenia que no quedasen sin castigo. É por sus jornadas anduvieron hasta llegar á la puente de Apurima, donde estovieron algunos dias aderezándola porque estaba arruinada ó deshecha del todo; é ya que los soldados é capitanes habian pasado de la otra parte del rio, é tenian la intencion que hemos dicho, aportó al aposento de

Curaguaxi, donde ya estaba Almagro é sus capitanes, un clérigo llamado Marquez, el cual venia de Lima, é, caminando por despoblados, hobo de llegar á aquel lugar, donde fué recibido muy bien de D. Diego é su gente, y en secreto dijo á Almagro é sus capitanes, como no temiesen de dar la batalla á Vaca de Castro, porque la gente que habia juntado no era tanta como decian, ni todos tan proveidos de armas é las demas cosas que para la guerra eran necesarias. Con las prácticas é dichos de este clérigo tomaron ánimo, diciendo Martin de Bilbao é los otros capitanes, que se acercasen á Vaca de Castro y le diesen la batalla, pues así se habia juntado con sus enemigos é tomádolos por valedores; D. Diego tambien vino en ello.

Algunos capitanes se estaban en el parecer é determinacion pasada, é daban evidentes razones por qué no convenia pasar adelante, é tornando á altercar sobre esto, se vino á difinir entre todos de irse á meter en Guamanga, é buscar á Vaca de Castro; é mandaron al padre Marquez que á todos los soldados é gente de guerra dijese é publicase la poca gente que Vaca de Castro traia, é que no eran para oponerse contra la fortaleza é valentía que en ellos habia; é así lo hizo el clérigo. È despues, delante de todos los españoles, dijo misa, é acabada dijo, que por aquel cuerpo verdadero de Dios que en el cáliz habia estado, que lo que habia dicho á los capitanes é caballeros del campo era verdad; é oido el juramento todos se alegraron. È partieron de allí otro dia llevando la órden pasada, é anduvieron hasta la provincia de Andaguailas, adonde el señor de ella, llamado Guasco, habia alzado los bastimentos, porque como estaba encomendada á Diego Maldonado, el rico, é sabia como estaba con Vaca de Castro, no quiso nostrarse amigo de los de Chile, é tambien tenia una provision de Vaca de Castro para que, si algun español de los de Chile se desmandase, lo pudiese matar, é para otras cosas; é como vieron que los indios no les salian de paz, se enojaron con ellos, mas no era tiempo de entender en castigo de indios, é como mejor pudieron se aderezaron para salir

de allí, habiendo enviado primero al licenciado de La Gama con embajada al campo de Vaca de Castro para que tratase la paz. É Vaca de Castro le mandó á él é á los que con él vinieron, que se aposentasen en Guaylas, que es pasado el rio, é supo de él su embajada, é dijo como en el campo de D. Diego habia muchos que deseaban salir de aquel yerro en que andaban, mas no habian podido ponello por obra; en conclusion, la relacion de esta embajada fué, que Vaca de Castro mandó que viniese Juan Balsa é otro capitan de los principales, con el cual se trataria la paz.

En este tiempo, D. Diego ya habia llegado á los aposentos Reales de Vilcas, adonde se hizo fuerte, é asentado el Real en aquellos arruinados edificios por el Sargento mayor Suarez, varon que bien entendia la guerra, allí determinaron Don Diego é sus capitanes de enviar mensajeros de nuevo al gobernador Vaca de Castro sobre el trato de la paz; é parecióles que seria gran justificacion de todos ellos escribillos dos cartas, una al Gobernador é otra á los Capitanes, las cuales yo hobe los originales, é las pondré á la letra como acostumbro á hacer con otras muchas que he puesto y pondré. El mensajero que fué á las llevar era Lope de Idiaquez; la carta de D. Diego comenzaba así:

Carta de D. Diego de Almagro para el gobernador Vaca de Castro.

Muy magnífico Sr.: Háme alterado en tanta manera la nueva que he oido, que, á no afirmármela persona de vista, no lo pudiera imaginar, que vuestra merced, viniendo por ministro de Su Majestad á poner paz é justicia en esta su tierra, se favorece de los que la han alborotado; cosa nunca oida ni digna en verdad de ser creida de una tal persona é tan calificada, pues, por concurrir en ella lo que faltaba en otras mu-

chas é de mucho tino, segun por acá se ha publicado, fué elegida la de vuestra merced para la presidencia de Panamá, é para enmendar agravios, é paréceme da calor á los que los Pizarros cometieron en daño de mi padre, pues, siendo ellos los que en estas partes los sembraron, viene vuestra merced á no desarraigallos para que no se pierda la simiente, pues, con los que hasta aquí han ayudado á sustentarlo, se ha vuestra merced conjurado contra mí é contra los que me ayudan á defender causa tan justificada, é merced tan merecida, como Su Majestad hizo á mi padre, de esta gobernacion del Nuevo Toledo, por sus tan señalados servicios; é por ellos fué servido gozase yo de ella despues de sus dias, como Príncipe muy agradecido, como vuestra merced habrá sabido por el licenciado Antonio de La Gama é jurado Gonzalo Hernandez, que tengo por nueva cierta están allá dias há.

Sin la creencia que les dí, llevaron cierta instruccion é capítulos para platicallos con vuestra merced; y por no ser cierto si los que acompañan á vuestra merced habrán sido alguna parte para que mis justificaciones no sean oidas, ni dado lugar á que las digan de la mia á vuestra merced los mensajeros, lleva agora lo mismo Lope de Idiaquez, que, movido solo por celo que tiene al servicio de Su Majestad, condoliéndose de los grandes trabajos y muertes que reciben los indios, reconociendo el gran daño que podria suceder en esta su tierra, si vuestra merced persevera en el propósito que me han certificado trae; é por estar libre de pasion, como lo saben todos los que le conocen, ha determinado de tomar este trabajo, sin podérsele yo excusar, por ser muy peligroso en la coyuntura que se ofrece, por estar los indios de la tierra de guerra é no perdonar la vida á nengun cristiano. É dicen ellos é lo certifican, que por mandado de vuestra merced lo hacen, é así lo envia á decir de parte de vuestra merced Maldonado á un criado suyo que se llama Juan de Pinos, que está en sus pueblos, que lo haga efectuar, é Palomino é otros vecinos de Guamanga los ensisten tambien en ello; é así ha sido causa de matar á diez cristianos, que algunos de ellos se iban á España á sus casas

con lo que tenian, é, junto con esto, los han tomado sus haciendas. É no obstante todos estos temores, se ha dispuesto en sacrificar la suya en pasos tan meritorios. Sabe bien lo acaecido en estas partes, despues que se descubrieron, é lo que han cometido los Pizarros, é lo que contra mi padre é los que le seguian se ha hecho, y mi intencion, porque yo se la he declarado, é conoce mi justicia, é dirá de mi parte mis justificaciones, como quien sabe cuán justas las tengo para que me sea guardada.

É por haber enviado los que envié con lo que digo, é no tener respuesta de vuestra merced ni de ellos, y esperar con toda voluntad, por saber lo que en este caso mueve á vuestra merced á estar con mis enemigos, é porque el portador cumplirá lo demas diciendo verdad, no me alargaré, remitiéndome en todo á su relacion, que es que, sabiendo la venida de vuestra merced en mi perjuicio, é con mano armada, é con mis enemigos, ó por mejor decir de Su Majestad, estando yo de la mesma manera, no para desservir á vuestra merced, sino para le dar favor contra quien no le obedeciere sus mandamientos, como á Presidente, como lo haria siéndome necesario; temiéndome ser vuestra merced dagnificado de los que me parece favorecerse, salí del Cuzco para le ir á buscar, é llegando aquí supe lo que digo, que no poco me ha escandalizado. Por tanto, sepa vuestra merced que yo tengo provision patente de Su Majestad, en que hizo merced de esta Gobernacion á mi padre, y otra para que la tenga la persona á quien él la dejase; é dejóla á mí, su hijo, como parece por la cláusula de su testamento que ya vuestra merced habrá visto, si lo habrá tenido por bien, que todo recaudo llevaron el Licenciado é Jurado. É digo que los que me siguen é yo somos servidores é vasallos de Su Majestad, é por tales nos tenemos, é peleamos debajo de su imperial estandarte, defendiendo esta merced hasta tanto que Su Majestad, informado de la muerte tan abatida que dieron á mi padre é muchos de los que le seguian, é de los grandes agravios que á él é á ellos les hicieron, é como le mataron Pizarros por robarle lo que era suyo, para sobornar á los que por bien tuvie-

ron, y en menosprecio de su Príncipe quisieron ser participioneros de sus bienes, porque no viniese á oidos de Su Majestad insultos tan abominables, enviare á mandar lo que más convenga á su servicio, que en caso que yo sepa que mana de su voluntad que no tenga esta gobernacion en su nombre, la dejaré juntamente con las armas, y yo y los que conmigo están iremos, pecho por tierra, sin dilacion alguna, á justificarnos ante su Cesáreo acatamiento.

Y en caso que vuestra merced no se hobiese juntado ó se apartase de mis enemigos, seria con el mismo obedecido por mí, é, no haciéndolo así, certifico á vuestra merced que ellos é yo iremos, como fuimos, á defender los límites de esta gobernacion, é ofenderemos á todos los que los quisieren usurpar. É así, abiertamente vea el daño que se puede recrecer, é lo pese bien, y el deservicio tan grande que se hace á Dios é á Su Majestad; no consienta que los nublados que están congelados se derramen, poniendo en más miseria á los vasallos de Su Majestad é naturales de esta mísera tierra, que la que en los pasados ha padecido, que no es pequeña, ni la que dará la guerra, sino que, depuestas las armas, se esté vuestra merced en esa gobernacion de la Nueva Castilla, dejándome á mí en ésta que Su Majestad me ha hecho merced, mandando que los caminos se abran, é los indios vivan en paz, é se sepa la voluntad de Su Majestad, porque aquella obedeceré yo. Y esto requiero á vuestra merced una é dos é tres veces, é cuantas de derecho puedo é debo, de parte de Dios é de Su Majestad, é que las muertes é daños que se recrecieren en la tierra y en los naturales de ella, que no es poca lástima verlos, é pérdidas de quintos reales, por durar vuestra merced y los que le siguen en esta pertinacia, carguen sobre vuestra merced y sobre ellos, y no sobre mí y los que me siguen, pues con mano armada é con favor de mis enemigos me viene vuestra merced á *matar á mí é á* ellos por defender yo la tierra de Su Majestad que me dió con provision, no queriendo poner paz, pues vino por tal ministro y no de la guerra.

É ansí digo, que, no queriendo dar corte en estos escánda-

los, se atribuirá á vuestra merced ser causa de ellos, é no viniéndome á buscar, procuraré de dilatar esta cosa todo el tiempo que lo pudiere hacer, é no fuere constreñido á ofender por defenderme, hasta saber lo que Su Majestad fuere servido de mandar proveer al despacho que lleva de mi parte Jerónimo de Surbano, que tengo por cierto estar ya en esa tierra con él; y haciendo vuestra merced lo contrario, no partiré del campo hasta que una de las partes quede en él vencida. É á Dios suplico me oya en esto como en lo pasado, porque pueda poner toda la tierra en devocion de Su Majestad, restaurando sus quintos é haciendas, que tan robado ha sido en lo pasado é de cada dia esperan ser más por los alborotadores que del Cuzco salieron; trayendo al Inga, natural señor de estas partes, á su devocion, pues ellos han sido causa de que no haya venido á ella por mi mano dias há, y espero vernú presto, porque, aunque es indio, reconoce las traiciones é maldades de Pizarros é de sus aliados, é la justicia é razon que yo tengo é me sigue. É así va él adelante de mí á hacer la guerra á esos desservidores de Su Majestad, y á vuestra merced asimismo, por haberse juntado con ellos, si no muda propósito; aunque tengo por cierto, si ha estado y está en su libre poder, nunca vuestra merced tenga intencion de me hacer agravio. Vale. De Vilcas, á cuatro de Setiembre de mil é quinientos é cuarenta é dos años.—D. Diego de Almagro.

Esta carta se dió á Lope de Idiaquez de mano de D. Diego de Almagro, y otra de los Capitanes, que sacada del original, sin mudar sentencia ni más que á la letra, decia así:

Carta de los capitanes de D. Diego de Almagro para el gobernador Vaca de Castro.

Ilustre Sr.: Aun el trueno de la justicia que viene vuestra señoría á efectuar en estas partes no le hemos oido, y el relámpago de la justicia que nos desea hacer há dias que nos

tiene ciegos; vuestra señoría era justo que nos tuviese por servidores é vasallos de Su Majestad, y nosotros no nos persuadiéramos serlo si pasásemos con silencio lo que oimos, y no advirtiésemos á vuestra señoría de lo que nos parece ser servicio de Dios y de Su Majestad, que bien confiados estamos, si vuestra señoría toma el parecer de nuestros enemigos, en nada dará corte para que la paz se anteponga á la guerra, pues Dios la amó, y en su nombre la ama el gobernador D. Diego de Almagro, como temeroso dél y del servicio de su Rey, y nosotros la deseamos por ser su justicia, é verlo tan inclinado á todo bien; é pues se ofrece mensajero que dará entera relacion á vuestra señoría de nuestras voluntades remitímonos á ella. En lo demas, decimos é suplicamos á vuestra señoría, pues Su Majestad no puede ser servido con la guerra é muerte de tanta gente, y ésta no poderse excusar viniendo vuestra señoría en compañía de nuestros enemigos, que á la hora se aparte de ellos y se ponga de por medio, é atienda á dar algun corte de concordia, hasta tanto que Su Majestad, informado de lo pasado y de la justicia que el Gobernador tiene, provea lo que fuere servido, pues hasta agora, los que le ayudamos á sustentar é ayudaremos hasta morir, por la merced que Su Majestad hizo á su padre é á él en su nombre de esta gobernacion del Nuevo Toledo, certificamos á vuestra señoría, si persevera en venir contra ella con mano armada, nos hallará en sus límites defendiéndola á todos los del mundo, en tanto que Su Majestad otra cosa mande, é que sepamos manar de su Cesárea voluntad nos mandar el contrario, hasta que los de una parte queden vencidos.

Por tanto, sabido por vuestra señoría nuestras intenciones é nuestra justicia, é el aderezo que tenemos de artillería, municion, amigos é armas y lo demas, é muy buenas voluntades para ofender á mucho número de gente, le suplicamos otra é muchas veces dé algun buen medio de paz; y esto requerimos todos unánimes é conformes, de parte de Dios é de Su Majestad, á vuestra señoría, con el acatamiento que debemos é somos obligados, donde no, protestamos que todos los daños y menoscabos é muer-

tes de hombres, é pérdida de la tierra é naturales de ella, é de los quintos é hacienda reales, será á cargo de vuestra señoría é de los que en su compañía vinieren, como personas que no desean paz por sus propios intereses, posponiendo el servicio de nuestro Rey por ellos, y no del Gobernador é ministros, pues lo requerimos con tiempo con ella, é lo que vuestra señoría era obligado á pedir pedimos nosotros, viendo á vuestra señoría metido en la guerra en tanta manera como nos dicen, contra súbditos de Su Majestad, siendo obligado á mantenerlos en concordia.

É porque podria ser que Peralvarez é Tordoya, é los apasionados que de acá fueron en su compañía, y vuestra señoría los ha acogido en la suya, pongan con él en prática que venga contra el Gobernador é los que le seguimos, dándole á entender que la gente que le favorece, oido el nombre del Rey, unos se irian á vuestra señoría é otros se huirian á Chile, por manera que podria ser gran señor é ganar la tierra sin aventurar nada, á esto respondemos que el Gobernador é los que con él estamos tenemos la voz de Su Majestad, é deseamos más su servicio que nuestras propias vidas é haciendas, é así favorecemos sus reales provisiones, é certificamos á vuestra señoría que, á la hora que sepamos su movimiento contra el Gobernador, iremos con los ánimos hostigados de los malos tratamientos que hemos recibido, y de los que esperamos de vuestra señoría recibir si no nos defendemos, á pelear, pues ha tomado la proteccion de nuestros enemigos, y con tanto rigor viene en nuestro daño, procurando dar la muerte á los que nos la desean dar. Y con esto nos parece cumplimos con Dios y con nuestro Rey, para que en ningun tiempo dejemos de ser tenidos por muy verdaderos súbditos é vasallos suyos, é temerosos de su honra como fieles servidores; y por desearlo ser de vuestra señoría, no sabríamos encarecer la merced que se nos haria en que vuestra señoría lo mirase bien, é fuese medianero é no parcial, certificando á vuestra señoría favorece causa la más injusta del mundo, y, no queriéndose reconocer, esperamos que mostrará Dios su justicia como en lo pasado. Y por quedar confiados

verá vuestra señoría lo que suplicamos ser lo mejor no nos alargamos más. Vale. De Vilcas, á cuatro de Setiembre de mil é quinientos é cuarenta y dos años.—Juan Balsa, Diego de Hoces, Diego Mendez, Martin de Bilbao, Cárdenas, Pedro de Candia, Martincote, Juan Gutierrez Malaver, Pedro de Oñate, Juan Perez.

Escrita esta carta, fué dada á Lope de Idiaquez para que la diese á Vaca de Castro, é con todo hervor procurase evitar el rompimiento, allegándose al dicho de Ciceron que decia: «que nunca vió tan mala paz que no fuese mejor que buena guerra.» Aunque D. Diego é sus Capitanes bien pudieran gozarse con ella si quisieran, mas no suelen tener tal beneficio ni entendello los que violentamente quieren comprender lo que no es suyo. Idiaquez voluntad tenia de tratar los negocios de tal manera que hobiesen buen fin.

CAPÍTULO LXXII.

De cómo el gobernador Cristóbal Vaca de Castro partió de la provincia de Xauxa para la ciudad de Guamanga, adonde ya estaba el capitan Diego de Rojas.

Despues que el gobernador Vaca de Castro prudentemente hobo puesto en toda conformidad los capitanes Peralvarez Holguin é Alonso de Alvarado, é habiendo repartido las armas que allí habia entre la gente de guerra, é habládoles para que se mostrasen varones fuertes, é tan constantes que, castigando á los movedores, la tierra quedase sin opresion, é S. M. señor absoluto della, para en los negocios é despachos llevaba consigo, é por su secretario, á Pero Lopez, natural de Llerena, como ya digimos en la muerte del Marqués, é le mandó que guardase las cartas ó despachos que habian traido el licenciado de La Gama é el jurado Gonzalo Hernandez. É porque ya habian empezado á salir las banderas de infantería, se dió órden que hiciesen lo mesmo los de á caballo; hablando á los guancas amorosamente que proveyesen de indios para llevar las municiones é bagax del campo, y ellos lo hicieron así. É, despues de todo aderezado, el Gobernador se partió llevando el estandarte Real del águila el capitan Rodrigo de Campo, é anduvo con buena órden hasta que llegó al pueblo de Picoy, adonde reparó sin estar nengun dia, porque deseaba meterse en Guamanga, adonde el capitan Diego de Rojas se habia prudentemente metido, ó, por se defender del enemigo, si viniese, habia hecho una fortaleza para encastillarse él y los que con él estaban. É, como en el reino se toviese por cierto que se habia de dar la batalla entre los bandos de Pachacama é Chile, hacianse grandes plegarias, especialmente en la ciudad

de Los Reyes, adonde se hacian grandes sacrificios á nuestro Dios, é los religiosos de todas las órdenes salian en sus procesiones pidiendo el auxilio divino, é que la victoria se señalase por Vaca de Castro, pues en nombre del Rey hacia la guerra. Las mujeres españolas, por su parte, pedian lo mismo, é recelándose no hobiesen la victoria los de Chile, metian en los navíos sus haciendas, para, en siendo la nueva triste, hacer ellas lo mesmo.

Diego de Rojas tuvo aviso de la estada de D. Diego en Vilcas, é despachó mensajeros á Vaca de Castro amonestándole que con gran priesa se viniese á Guamanga, porque el enemigo no se acercase; é, cuando esta nueva llegó, el Gobernador estaba en Parcos, é causó gran turbacion, pareciéndoles que los enemigos descargaban contra ellos sus lanzas, y se dió luégo alarma. El Gobernador, desasosegado, de una parte á otra andaba, mandando que á mucha priesa anduviesen á meterse en Guamanga, é mandó al capitan Peranzures que con toda furia volviese á darla á que marchase el capitan Alonso de Alvarado, que con las lanzas de su compañía se habia quedado atras, é á la demas gente que por el camino venia. Peranzures lo hizo así, é dió la nueva al capitan Alonso de Alvarado, que luégo llegó á Parcos; el Gobernador se partió, abajando por aquella parte que Juan Chico fué muerto cuando el desdichado de Morgobejo se retiró á morir en los altos de Lunaguana, desde donde mandó Vaca de Castro á Lope Martin que ligeramente fuese en su caballo á Guamanga é supiese de Diego de Rojas si habia otra nueva; é, vuelto, dijo lo mismo que ya se sabia. É, porque algunas compañías de infantería iban muy adelante, mandó Vaca de Castro que reparasen para que todos fuesen juntos, y en Vinaque se asentó el Real é se juntó todo el campo. De los corredores, que por mandado de Diego de Rojas habian ido á correr, se supo como D. Diego abajaba de Vilcas para meterse en Guamanga, y esta nueva causó más alboroto que la pasada, é Vaca de Castro é sus capitanes entraron en consulta, é acordaron de darse priesa para llegar á Guamanga ántes que Don

Diego en ella entrase; é con muy gran desórden comenzaron de marchar, de tal manera, que, si el enemigo estoviera cerca de allí, fácilmente fueran desbaratados. Y, allegados á Guamanga, en la plaza de ella entraron las banderas, poniendo los versos que traian á las bocas de las calles; adonde se estuvo aquella noche, y otro dia se supo la verdad, que Don Diego se estaba en Vilcas é no habia partido ni mudado el campo un tiro de arcabuz. Salió de la ciudad hácia la parte de Vilcas, é las tiendas fueron puestas, y el capitan Peranzures, é la rezaga, é todo el bagax allegó é se juntaron todos.

CAPÍTULO LXXIII.

De como llegó al campo de Vaca de Castro Idiaquez á tratar la paz, al tiempo que el Gobernador queria hacer mensajeros á Vilcas.

Asentado el campo del arte que habemos escrito en el capítulo pasado, Vaca de Castro é sus capitanes entraron en consulta para tratar lo que habian de hacer, pues estaban tan cerca los enemigos, é pareció á todos que se debian hacer mensajeros á D. Diego para que, dejada su injusta demanda, viniese al servicio de S. M. y le entregase las banderas é gente, y asimesmo el mensajero llevase cartas é despachos para algunos de los principales que estaban con él; é, ya que se habia mandado al Secretario que se escribiesen las cartas, allegaron Lope de Idiaquez y el factor Mercado é fuéronse para Vaca de Castro. Dadas las cartas de Almagro é sus capitanes, é los capítulos que traian, los cuales eran que Vaca de Castro derramase la gente que tenia hecha, ó que lo mesmo haria D. Diego, que se retirase á la ciudad de Los Reyes, y se estoviese en ella como principal de la Nueva Castilla, é que Don Diego volveria al Cuzco é provincia del Nuevo Toledo, hasta tanto que S. M. mandase lo que fuese servido, é otras cosas que no hacen al caso poner; el gobernador Vaca de Castro, con las cartas que le escribieron mostró tener punta de enojo é desabrimiento, mas dudando la guerra seguir é deseando la paz, conociendo que habria gran mortandad, pues de una parte y de otra habia hombres tan animosos y en quien cabia todo acto de fortaleza, y que la batalla seria en su mano dalla y en la de Dios, nuestro Señor, dar la vitoria á quien fuese servido, queriendo rehuir de sí dia de tan gran juicio como seria

cuando la batalla se representase, mandó llamar á consulta á los más principales de su campo, é á los capitanes, delante de los cuales se altercó lo que debian de hacer, é determinaron que el gobernador Vaca de Castro escribiese á D. Diego é á todos sus capitanes con toda benivolencia é humildad, para los atraer al servicio de S. M., é amonestalle que envie de su campo al capitan Juan Balsa para confirmar por entero la paz; é para que estoviese seguro é no se temiese de nenguna cautela iria de su campo el capitan Alonso de Alvarado.

É asi el Gobernador mandó luégo escribir á su secretario Pero Lopez las cartas, persuadiendo por ellas á D. Diego se viniese para el servicio de S. M., y se acordase cuántos trabajos su padre pasó por alcanzar honra é conseguir fama, que no perdiese por su parte lo que el viejo Adelantado por la suya habia ganado, é que no se habia alterado cosa alguna con su muerte, porque entendia carecia de tener hombres reposados é maduros que con prudencia le aconsejasen lo que habia de hacer, é que no tuviese sola su esperanza en las armas é artillería, porque, teniendo la conciencia dañada, poco aprovecha el esfuerzo, pues de arriba, por mandado del alto Dios nuestro, se ordena que la justicia permanezca. É sin esto le escribió otras cosas amonestándole lo que le convenia, é que tambien diese crédito á Lope de Idiaquez é al factor Mercado para lo que de su parte allá le dijesen; á los capitanes tambien escribió lo mismo persuadiéndoles el servicio del Rey, é diéronles cartas particulares para muchos.

CAPÍTULO LXXIV.

De cómo Vaca de Castro, no embargante andar en aquellos conciertos, envió á Alonso Çamarrilla por espía al campo de Don Diego, é con cartas para muchos de los que con él estaban, é de como saliendo corredores de Vilcas fué preso por Juan Diente, é confesando á lo que iba le mataron.

Pasadas las cosas que vamos contando, é habiendo dado los despachos que habian de llevar los mensajeros, el gobernador Vaca de Castro usó de cautela, porque quiso con industria, sin que los mensajeros que andaban en los tratos lo supiesen, enviar por espía á un grandísimo andador, llamado Alonso García Çamarrilla, que es el que hicimos mencion en los libros de atras, cuando el cerco del Cuzco, Hernando Pizarro le mandó fuese á Yucay con Mango Inga, é, queriéndole matar, con sus ligeros piés se escapó de aquel lugar porque su sepultura habia de ser en Vilcas; y en todo este reino no habia hombre aparejado é dispuesto para espía, si no era éste y Juan Diente, que fué el que lo prendió, como diremos. É rapada la barba, é dejado el hábito español, puso en su persona el traje índico, acompañados sus muelas é labios de la yerba tan preciada que á las haldas de los Andes se cria; dejando la espada de que él no era merecedor, puso en sus manos un baston, y en chupa ó pequeña mochila puso cartas que Vaca de Castro le dió para el Real de D. Diego, é que, mirado del arte que estaba asentado su campo é la órden que tenia, volviese con toda diligencia á le avisar dello. É así fué despachado Alonso García, que quien del Real lo vió salir, cierto, creyó ser algun indio; tambien se despidieron del Gobernador Lope de Idiaquez y el factor Mercado.

En este tiempo los de Chile, despues de haber despachado á los que iban á tratar de la paz, en su campo gran cuidado tenian, enviando corredores por todas partes, porque sus enemigos no los tomasen descuidados; é un dia que cupo correr á Juan Diente, excelente soldado é gran peon, hácia la mano diestra del asiento de Vilcas, junto á unas sierras de nieve, se subió por lo alto de un collado por ver si por ventura algun español viniese hácia Guamanga; é como Alonso García viniese caminando é trujese voluntad de salir por aquel lugar, fué visto por Juan Diente, mas creyó que era indio como el traje lo daba á entender, é con mucha diligencia abajó hácia aquella parte que lo vido. Alonso García, que no iba descuidado, llevando los ojos en los altos cerros é nevados campos, reconoció el español que por allí andaba, é, viendo que era de los enemigos, revuelve por otro camino que á unas grandes rocas é hondas cuevas iba á salir. El adaliz Juan Diente, que en ligereza le escedia, con no poco trabajo abajó á aquel lugar, é, siguiendo el rastro, por su mucha experiencia conoció no ser indio, é andando más adelante le alcanzó adonde ya estaba en una cueva metido; é aunque Alonso García era grandísimo andador é singular espía, vino á ser preso por Juan Diente, que le pasaba, aunque otro en el reino no se le igualaba. É preso lo llevó al campo de Vilcas, donde no embargante que habia sido soldado del viejo Adelantado, por lo que al oficio militar convenia, se le dió tormento, é confesó venir por espía é con cartas de Vaca de Castro é otras cosas; D. Diego mandó que en pago de su buena diligencia, é por el daño que por ella les viniera si la de Juan Diente no fuera tanta que bastara como bastó á le prender, que fuese ahorcado, é al tiempo que le querian echar la soga á la garganta dijo estas palabras: «Por el paso en que estoy os digo que hay contra vosotros mil é cien hombres de guerra, muy bien aderezados, con gran deseo de destruiros; y esto digo porque, no embargante que me quitais la vida, me pesa que os perdais.» É luégo dado vuelta al garrote dió el ánima.

Las palabras que Juan Diente dijo á aquellos indomables

capitanes é soldados de tanto esfuerzo, nengun temor causó en los ánimos de aquellos que no eran más de quinientos é cincuenta, en ver que tenian mil é cien enemigos; é con gran tumulto, echándose mano de las barbas, decian que no viniesen en concierto de paz, ántes diesen la batalla, sin se espantar de la potencia que contra ellos venia. No sé yo qué causa seria para haber de concebir tan poco temor los pocos á los muchos, pues todos habian nacido en aquella provincia que al cuero del buey se compara; y, en la verdad, como ya por sus pecados á muchos, ó todos, les estaba prohibido no tornar á ver las patrias donde nacieron, é ya la fortuna cruel queria concluir con las banderas de Maule, é de un golpe derribar el bando de Chile, muy encendidos todos, con grande agonía, pedian la batalla. Aunque yo no sé si la pedian con estímulos de esfuerzo ó demasiada ira, que algunos hay que el temor del mal que esperan les hacen arriscar á todo peligro; é aguardaban con gran deseo á ver qué conclusion habia dado el negocio á que iba Lope de Idiaquez. É yendo á correr el campo un Francisco Gallego, se pasó á los enemigos, é ántes de esto habian hecho lo mismo Juan García, Pero Lopez de Ayala é Diego Lopez Becerra, é otros amigos que habian sido de García de Alvarado; pero aunque estos eran huidos, é claramente se entendió que otros algunos tenian el mismo deseo, no bastó á domar ni poner miedo á los diamantinos corazones de los Almagros, porque ya habian tomado á pechos aquella opinion.

CAPÍTULO LXXV.

De cómo los mensajeros llegaron al campo de Vilcas, é las cosas no tuvieron medio de paz, é se puso la justicia de ellos en las armas.

Al tiempo que fueron dadas las cartas á Alonso García no lo vieron ni entendieron Lope de Idiaquez ni el factor Mercado, porque no lo consintieran, y ellos, con los despachos é cartas que les dieron, se partieron de Guamanga é anduvieron hasta llegar á Vilcas; é visto los capítulos en que Vaca de Castro mandaba deshacer el campo, é que le fuesen entregados Martin de Bilbao, Sanmillan, Diego de Hoces, Juan Rodriguez Barragan, Martincote, é los otros que fueron en la muerte del Marqués, é que á D. Diego le seria hecha merced cumplida en nombre de S. M., é para que se efectuase que Juan Balsa se fuese á Guamanga, é que el capitan Alonso de Alvarado vernia á Vilcas, é que de este arte se evitarian los grandes daños que se recrecerian si la guerra pasase adelante; para consultar lo que harian, determinaron juntarse los capitanes, é D. Diego é los mensajeros vinieron á se hallar en aquella consulta, é tratando sobre el negocio determinaban de enviar á Juan Balsa, para que, perdonando Vaca de Castro á los matadores del Marqués, en lo demas se hiciese como él quisiese. É ya que las cosas iban encaminadas á este fin, pareció una carta que Agamenon escribia á Pedro de Candia, su suegro, persuadiéndole por ella falsase el artillería, pues via que andaba errado é contra el servicio de la Majestad Real; é que segun la pujanza traia no podian dejar de ser vencidos, é despues ser tenidos por traidores, é otras cosas á estas conformes. Traia esta carta un indio del mesmo Aga-

menon, é, al tiempo que se la dió al indio, le preguntó si algun español se la habia visto; el indio le respondió que los corredores la habian leido. É como aquello vió entendió que habia sido con cautela por le tomar en el lazo, é sin la leer fué á la consulta que entónces se hacia; é mostrada é leida públicamente, poco faltó que los mensajeros que presentes estaban no dejasen allí las vidas, porque D. Diego é los demas se indignaron demasiadamente, viendo que por una parte le pedian paz é por otra les hacian cautelosa guerra. É con un furioso coraje juraron todos de morir ó vencer, mandando á los mensajeros que se volviesen é aquello diesen por respuesta, é dijesen que aparejasen las manos, é que no volviesen otra vez con conciertos ellos ni otros porque perderian las vidas; é así se cerró todo el camino de la paz.

Los mensajeros no veian la hora que salir de allí, é tomados sus caballos fueron sacados del campo, y D. Diego de Almagro, cabalgando en un poderoso caballo, mandó que toda su gente fuese junta en la plaza, que en triángulo de los arruinados edificios é templo del Sol estaba; é, como todos en tanta manera la amasen, poca pereza hobo para cumplir su mandamiento, é poniéndose en medio de todos les propuso la siguiente plática: «¡Oh, mis compañeros ó amigos tan leales! Bien creo que nenguno de vosotros ignora ni le son ocultos los grandes méritos, valor é liberalidad del adelantado D. Diego de Almagro, mi padre, é que fué la primera espada que domó la multitud é ferocidad de los bárbaros que hay en estas regiones, y en las que se extienden hasta el Maulense rio, é á muchos dellos puso debajo del yugo español é servicio real, y fué un escalon por donde subieron los Pizarros, en premio de lo cual con gran crueldad le fué quitada la vida. É despues, por el descuido que en España se tuvo en proveer la justicia que de mano de S. M. aguardábamos, é por entender, como era público, que el Juez que venia era para añadirnos trabajos é miserias, que no para nos hacer justicia, por haber sido proveido de mano del cardenal Loaisa, tan favorecido del bando de Pachacama; é viendo que de todo punto se nos negaba la

justicia que tantos dias habia que aguardábamos, fué Dios servido de mostrar sus secretos juicios, é, para que agora é para siempre se entiendan, que el Marqués con su vida pagase la muerte, que, con la crueldad suya é del traidor de su hermano, se dió á mi padre. É pues nuestro Señor en vosotros puso tanto ánimo y esfuerzo, que, sin dificultad, sois varones indomables é aparejados á todo acto de fortaleza, é dispuestos para sufrir tan grandes trabajos, hambres, calor é frio, ruégoos con toda voluntad no os falte en este tiempo que la fortuna nos promete para defender nuestras vidas é honras, las cuales sólo están en las puntas de nuestras lanzas y en las pelotas de los arcabuces. Por tanto, ruégoos que, con un heroismo voluntario, salgamos de este fuerte é busquemos á nuestros enemigos, é les dad á entender el valor é valentía de que nuestras personas están adornadas; é si no fuere Dios servido de nos dar la gloria de la victoria, á lo ménos, ganando la de la fama perpetua con nuestras obras, vendamos las vidas en aquel precio que otro nenguno se determine á comprarlas. É á aquel soldado que cabeza de enemigo me trujere, desde aquí lo hago Señor de su repartimiento, é, si fuere casado, que entre en su lugar en el tálamo é reciba en su gremio á su mujer.» No hobo acabado el mozo D. Diego bien su prática, cuado los soldados, alzadas las manos derechas, pidieron á voces la batalla; y así el campo se levantó de allí, é otro dia se marchó hasta llegar á Pomacocha, sitio fuerte, adonde quisieron descansar é áun aguardar hasta que supiesen que el enemigo habia salido de Chupas, para dar la batalla en Sachabamba, campo dispuesto, é adonde se podian aprovechar de la artillería; mas como ya la muerte anduviese por encima de las cabezas de ellos, con hervor é calor grande, hicieron alzar las tiendas é que fuesen á dormir á Sachabamba para otro dia dar en el enemigo ó meterse en Guamanga.

CAPÍTULO LXXVI.

De cómo los mensajeros llegaron al campo de Vaca de Castro, é se supo cómo D. Diego era salido de Vilcas, é salió á recorrer el campo Peranzures, é de cómo los Reales se acercaron para dar la batalla, é cada capitan animaba su gente exhortándolos para la pelea.

Ya se acercaba el tiempo que los cerros de Chupas se habian de rociar con la sangre de los que nacieron en España, para dar noticia en los futuros tiempos que las yerbas y escabrosas matas que en ellos se crian son simientes de entrañas hispanenses; é vosotras, ánimas de los taboganenses capitanes, si decirse puede, allá en la parte donde vuestros méritos os han colocado mirá la tela que dejastes urdida, y cómo se ejecuta é cumple vuestro tan vinculado juramento. Recuerden, pues, los famosos Ingas con su Guayna Capac, y miren sus mares la famosa venganza que se toma del destrozo que en el Yupangue linaje se ha hecho, é como no fué menester otras armas que las que los temerarios trajeron para este destrozo. É vosotros, romanos, que en tanto ensalzais los acaecimientos que pasaron en vuestra Roma en las guerras de la cevilidad, ya se levantó otro furor vecino á la equinoccial, tan largo, que once cursos de años pasaron por él, adonde no faltaron Curios, ni Scévolas, ni Centulios, ni Brutos; pues acá, teniendo el corazon atravesado con la lanza, é llevándole la pelota con su furia las entrañas y redaño, é queriendo escupir por la boca el ánima, llamaban Almagro é nombraban á Pizarro, é todos apellidaban al Rey. No sé cómo entre á contar tanta crueldad, ni á cuál de las partes tenga por justa; pero, al fin, la tiranía cosa es fea é aborrecible ante el acatamiento

divino. É pues yo no puedo dejar de proseguir lo comenzado, no embargante que muchas veces retuve la mano, desechando de mí el papel, para que presto podamos salir de tan grande agonía, será necesario que digamos lo que Lope de Idiaquez y el factor Mercado hicieron, que luégo que salieron de aquel campo, que por su locura venia á ser sacrificado, no holgándose poco de verse fuera de ellos, caminaron hácia Guamanga.

El gobernador Vaca de Castro, habiendo enviado los mensajeros, é con ellos, como cursores, la ley de la Partida, que, segun los legistas, por ella se da por traidor al que niega la obediencia al Rey, entró en consulta con los capitanes más principales del campo; é sabiendo por los indios adalides que D. Diego habia salido de Vilcas, recelándose no fuese á la ciudad de Los Reyes por el camino de Guaytara, é hiciese en ella más daño que lo que hizo cuando mató al Marqués, con parecer de todos el campo se mudó de donde estaba, y aquel dia, que fué viérnes, marchó hasta se poner en la llanada de Chupas. Y aquella noche fué tan grande la tempestad que hizo, que de las nubes é de su espesura otra cosa que estopadas de agua no caia, acompañada de grandes truenos, de manera que hasta los elementos se les mostraban enemigos; y se pasó con muy gran trabajo, porque muchos soldados no tenian con que de la lluvia se amparar que las armas con que al dia siguiente habian de pelear, é á querer la fortuna que los Reales se juntaran, poco daño pudiera el artillería é arcabucería hacer. É si esta batalla fuera dada en las Españas, ó se afrontara una gente con otra en la Italia, no habia para qué ponderar ni decir más de que se juntaron dos mil hombres para se matar; pero es admiracion muy grande pasar tan grandes navegaciones como por el Océano Austral se pasan, é que entrando pocos á pocos se junten tantos, que, aunque en el número no son muchos, hacen temblar á todas las naciones ó regiones que se extienden desde el Estrecho hasta el fin de la tierra, sin osar mostrarse los bárbaros contrarios de ellos. É bien sé yo que dos mil españoles fuera de mi patria adonde quieran son temidos, é que saben usar la guerra civil con tanta

crueldad, como lo dará presto á entender un soldado que el oficio de Sargento mayor usaba en el campo de Vaca de Castro; no hobo Mario, ni Sila, ni Dionisio, ni Falaris que tan cruelmente como éste se mostrase, pues en toda crueldad se mostró varon semejable á los que digo: testigos son los árboles que hay desde el Quito hasta el cerro de Potosí.

É ya que la noche era pasada, é habia echado por los campos la nieve muchos copos de ella, y el ida era claro, mandó el gobernador Vaca de Castro que saliesen á correr el campo, é no se habia dejado de hacer la noche con toda su tormenta; é sucedió una cosa muy de reir, que fué que, apartándose de los corredores D. Pedro Puertocarrero é un Juan de Mora, fueron á dar adonde estaban unos grandes riscos é peñas, é creyendo D. Pedro que eran los corredores de los enemigos, é que podia hender por ellos para dar aviso á su capitan, enristrando la lanza, se encontró con aquellas rocas de tal manera, que, hecha piezas, aína su caballo y él fueran allí estrellados. É los que aquella noche salieron á correr vieron los corredores de los enemigos, é avisaron á Vaca de Castro de ello; é no tardó mucho tiempo que el factor Mercado é Lope Idiaquez vinieron adonde estaba el Gobernador, dándole cuenta de lo que pasaba, é como los de Chile trataron de los matar, y, en conclusion, que la guerra era cierta y la paz no tenia remedio, ni querian otra que la que con las puntas de las lanzas ganasen, é que habria quinientos españoles en Vilcas, todos bien armados y encabalgados, y entre ellos algunos hombres de armas, y en ellos voluntad firme para morir ó vencer. El Gobernador, como aquello oyó, mandó al secretario Pero Lopez que lo asentase en los registros, poniendo en ellos las cartas de Almagro é sus capitanes, é luégo mandó entrar en consulta á todos los capitanes é oficiales de la guerra, é les dijo: «Bien habeis visto los cumplimientos que he tenido con D. Diego, é los que siguen su opinion é le son cómplices en la tiranía en que andan; por evitar muertes de hombres, é por lo que su padre de este mozo sirvió á S. M., deseaba no se perdiera, no ha querido,

arrepintiéndose, gozar del perdon é clemencia que S. M. con él tuviera, ántes estuvo en poco de matar á los embajadores, é, sin las cartas tan deshonestas que me ha escrito, viene contra nosotros á nos dar batalla, con furor tiránico é codicia insaciable de mandar é ocupar el reino, cosa que no le hemos de consentir, ni que tan grande calamidad por él venga. É para que los nuestros tomen ánimo é el castigo se haga conforme á tan gran delito, determino de dar por traidores á él é á sus valedores, é campo franco para lo que en su Real fuere hallado.»

Los capitanes Peralvarez Holguin, Alonso de Alvarado, Garcilaso de la Vega, Diego de Rojas, Pedro de Castro, y el Sargento mayor Francisco de Caravajal é los otros que allí se hallaron, respondieron: «Que pues él era Gobernador del Rey, é tan docto en las letras, que aquello que por justicia hallase mandase ejecutar, que ellos como sus ministros en todo le ayudarian.» É salido de consulta mandó tocar los atambores, é la gente de guerra fué allí junta; é luégo, con voces altas, que todos lo pudieron oir, fué dado por traidor D. Diego é sus aliados, si no venian dentro de seis dias que le dieron de citacion, é asimesmo se dió campo franco á los soldados de la parte del Rey para lo que hallasen en el de los enemigos. Vaca de Castro no tenia comision para hacer de su autoridad este auto, ni S. M. le dió tal poder, mas en semejantes tiempos requiere hacerse la guerra de tal manera que la teman. É hecho esto, retrayéndose en su tienda, delante de un crucifijo, alzadas las manos, hizo su oracion á Dios pidiéndole su ayuda, pues sabia cuánto deseo tenia de la paz é cuánto reusaba la guerra.

En este tiempo, los de Chile estaban hasta una legua de los de Pachacama, é D. Diego é los capitanes entraron en consulta é consejo de guerra para determinar lo que harian; é allí trataron diferentemente, porque á unos les parecia que fuesen á dar la batalla á los enemigos, pues fácilmente lo podian hacer; otros decian que con ménos dificultad podrian conseguir la victoria yendo á salir á la loma de Chupas, é

revolviendo sobre la mano diestra meterse en Guamanga, adonde, siendo por ellos ocupada aquella ciudad, el enemigo ternia falta de bastimentos é se veria en tanto trabajo que forzado de necesidad revolveria á los buscar, y ya ellos ternian buscado sitio é asentado su campo, é su artillería situada adonde con ella fuesen los enemigos desbaratados. É pareciendo á todos esto bien, trataron de lo hacer así; tratando en aquella consulta, que si yendo caminando los enemigos contra ellos viniesen, que sin aguardar á más se les diese la batalla; é luégo salieron de allí, mandando que fuesen corredores por todas las partes.

CAPÍTULO LXXVII.

De cómo el capitan Castro é Peranzures salieron á correr, y de cómo los Reales se acercaron para dar la batalla, é cada capitan animaba su gente, exhortándoles para la pelea.

Ya, pues, se acercaba el dia del sábado, en el cual se dió la batalla, é todos los collados é lomas de Chupas, con sus laderas, estaban llenos de gente natural de estas provincias, unos que seguian á los Almagros y otros á los de Pachacama; é habia en los Reales muchas señoras pallas, naturales del Cuzco, las cuales, como viesen el dia final de la guerra, siendo por los españoles muy queridas, y ellas teniendo para con ellos el mesmo amor, deleitándose por andar en servicio de gente tan fuerte, y de ser comblezas de las mujeres legítimas que ellos tenian en España, barruntando la muerte que por ellos habia de venir, aullaban gimiendo y al uso de su patria descabelladas andaban de una parte á otra. Los indios, era tan grande el tumulto que tenian, que el clamor resurtió en los valles é cerros de Chupas, é no paró allí, ántes se oia cerca de los Andes repetir los alaridos; los mesmos indios se asombraban del resonido de sus propias voces, que recudia á toda parte, y tenian gran gozo de ver la majestad de los españoles pelear unos con otros, sin querer tener el feudo natural, dando gracias á su sol porque tan famosa venganza se tomaba de los daños que en sus mayores se habian hecho. É, como ya los enemigos llegasen cerca, los de Chile asentaron su campo con pensamiento de, á la segunda vigilia de la noche, alzar sus tiendas é procurar de meterse en Guamanga, é irse á la ciudad de Los Reyes por el camino de Guaytara.

Y en esto, los de la parte de Vaca de Castro estaban apo-

sentados en el mesmo valle de Chupas, y para subir á lo alto de la sierra habia más de una legua de subida, y los corredores que habian ido á correr habian llegado hasta que pudieron ver el campo de D. Diego; é, despues de haber tenido grandes práticas con otros corredores de los suyos, se volvieron á dar aviso de ello, diciendo que D. Diego vernia luégo á ganar lo alto de la sierra. Lo cual oido por Vaca de Castro, mandó al capitan Pedro de Castro que con cien españoles arcabueros se partiese luégo hácia lo alto de la sierra, é procurase de la ganar ántes que los enemigos la ocupasen. El capitan Castro se partió luégo para lo hacer, yendo en su seguimiento el capitan Peranzures con las lanzas de su compañía en su reguardia.

Pues dándose toda priesa el capitan Castro, anduvo hasta llegar á lo superior de la sierra, adonde, allegado, asentó su bandera, ó no tardó mucho de allegar Peranzures; é dende á poco vieron venir los corredores de D. Diego, los cuales salieron de su Real para ver lo que pasaba, é si el enemigo habia asentado su campo ó venia á ganar lo alto; é como por ellos fué visto que eran ya señores dél, de lo cual eran muestra sus banderas, despues de haber tenido con ellos algunas prácticas de las que suelen pasar en semejantes tiempos, se volvieron á su campo. En el ínter de lo cual, con la más órden que podian, venian caminando Vaca de Castro y sus capitanes, á juntarse con la gente de guerra que estaba en su campo y en lo alto, y, despues de haber andado á gran priesa, llegaron poco más de á hora de vísperas; donde luégo se juntaron Vaca de Castro y los capitanes Peralvarez Holguin, é Alonso de Alvarado, é Garcilaso de la Vega, Peranzures, Diego de Rojas, el Sargento mayor Francisco de Caravajal, con más algunos de los caballeros é varones principales, y entraron en consulta para determinar lo que debrian hacer, si seria cosa acertada dar el dia siguiente la batalla al enemigo, ó si la dilatarian hasta ver lo que el mesmo D. Diego de Almagro hacia. Sobre esto en la congregacion hobo diversas opiniones, porque unos, con razones que daban, decian que no debian de

dar la batalla luégo hasta entender la voluntad de los contrarios; otros decian que dejasen aquel sitio é marchasen hasta ponerse más cerca, y que seria en su mano escoger el sitio; otros tambien decian que no dilatasen el negocio á más tiempo de cuanto, la noche siendo pasada, el dia viniese, en el cual se diese la batalla, pues en tiempos semejantes, perdida una coyuntura, se cobra tarde, é la celeridad y presteza aprovecha mucho, y la dilacion acarrea daño. Alonso de Alvarado era de esta opinion, é decia á Vaca de Castro, que, sin mirar ni pensar nada, el dia venidero se diese la batalla, porque la gente estaba pronta y con gran gana, y el ímpetu primero es constante é acompañado de gran esfuerzo, porque la sangre caliente hierve por todo el cuerpo, y da esfuerzo á los hombres, y, si se pasa aquel furor vigoroso y si se enfria, siempre los ánimos se encojen é muestran más temerosos que valientes, é no se acuerdan de la constancia pasada. Y, dichas estas y otras cosas, Vaca de Castro le respondió: «¿Y vuestro buen seso?» [1] á lo cual tornó á replicar las razones dichas; y, en fin, se determinó por todos de dar la batalla, é de nuevo tornó á animar su gente, diciéndoles que se doliesen de la honra del Rey, y que diesen sus personas muestra del valor que en ellas habia, y otras exhortaciones.

D. Diego y sus capitanes en este tiempo no dormian, ántes habian tenido de nuevo otras consideraciones sobre lo que se haria; é viendo que ya no podian sin dificultad irse á meter en Guamanga, pues tenian por delante los rostros de los enemigos, y paresciéndoles más fácil dar la batalla y echar á una parte aquel hecho, despues de se haber encomendado á Dios, determinaron de pelear; D. Diego, pues, viendo que la batalla no se podia excusar, encima de su caballo, con su lanza en la mano, dió vuelta á sus banderas diciendo: «¡Oh, capitanes á quien yo tanto debo, y soldados tan esforzados! la batalla no se excusa, pues lo enemigos están tan cerca; mirá que hoy es el dia por el cual la fortuna nos promete el go-

1 Así en el original.

bierno de la provincia, é la venganza entera de nuestros enemigos, y el ser aposentados en los mejores repartimientos, por tanto, no dejeis de herir en los que contra vosotros se han mostrado enemigos, pues sabeis que mi deseo ni el vuestro jamás fué de deservir al Rey, é que al fin vuestras armas han de condenar por tirano al vencido, y el vencedor será tenido por leal.» Diciendo estas palabras y otras, exhortaba á los amigos para la batalla que se habia de dar.

CAPÍTULO LXXVIII.

De la cruel batalla que se dió entre Vaca de Castro é D. Diego de Almagro, y como los de Chile fueron rotos é vencidos con muerte de muchos de ellos, é su bando para siempre deshecho.

Pasada la noche con grandes temores y esperanzas, é no con ménos justificaciones que cada parte pensaba tener, los capitanes mandaron á los alférez, que, sacadas las banderas, los atambores diesen señal para que, entendida por los soldados, supiesen que ya estaba tan á punto de dar la batalla, que no faltaba más de arremeter unos con otros; é así los de Chile salieron con grande ardimiento, é, levantando sus clamores al cielo, movieron con sus animosos corazones contra sus enemigos, con ánimo pronto y deseo de vengar el enojo que tenian de ellos; y ansí situaron en buena parte el artillería, que eran diez y seis tiros, y en tal, que, si por cualquiera de aquellas partes los enemigos subieran, creyeran que la mesma artillería hiciera la guerra é los venciera á todos. De la gente de á caballo hicieron dos escuadrones; en el uno iba Don Diego é su general Juan Balsa, y en el otro el capitan Saucedo é Diego Mendez, y el uno de estos escuadrones era mayor que el otro. É tenian los lados ó cuernos dél los capitanes Diego de Hoces y el mesmo Diego Mendez, Martin de Bilbao con la infantería estaba detras del artillería, é Martincote, valentísimo capitan, iba por sobresaliente con los arcabuceros, habiendo sacado los necesarios para frente del escuadron é para los lados. El estandarte pusieron junto al escuadron donde iba D. Diego, y el capitan Pedro de Candia estaba con los artilleros aparejado para disparar los tiros cuando le

mandasen. Suarez, el Sargento mayor, andaba de una parte á otra entendiendo en lo que convenia, al cual alababan de entender la malicia de la guerra, por haberse ejercitado en algunas partes é tener gran uso de ella. En la delantera de los escuadrones habian de llevar hombres de armas, é todos, unos é otros, serian hasta quinientos é cincuenta españoles, adornados de gran ser, porque, á la verdad, habia entre ellos caballeros hijos-dalgo, segun que en algunas partes hemos referido.

En el ínter que D. Diego y su gente se ponia en órden, mandó Vaca de Castro á Lope Martin, hombre valiente, que encima de su caballo fuese á descubrir el sitio donde estaba; el cual lo hizo así, y volvió despues de lo haber visto, é avisó al Maese de campo Francisco de Caravajal donde tenia situado el artillería, el cual, como lo supo, mandó que la gente marchase más hácia la mano diestra, yendo delante de todos diciendo donaires. É desque vieron ser tiempo ordenaron sus escuadrones, poniéndose con sus banderas en el sitio que habian de estar; los capitanes Peralvarez Holguin, é Gomez de Alvarado, é Garcilaso de la Vega, é Peranzures, con sus compañías de á caballo, habian de estar en el un escuadron, y en el otro el estandarte Real, y el capitan Alonso de Alvarado con su compañía. Y el escuadron de infantería se formó, y se pusieron en la delantera los capitanes Pedro de Vergara é Juan Velez de Guevara, yendo con los sobresalientes el capitan Castro; tendrian ciento é sesenta arcabuceros, y entre todos habria pasado de setecientos españoles. El gobernador Vaca de Castro no entró en la batalla, ántes se desvió é apartó algo de donde se dió, dando á entender primero, con las palabras que dijo, que queria pelear; mas, como los capitanes le dijesen que no convenia y que no lo hiciese, se apartó, y envió al escuadron donde estaba el capitan Alonso de Alvarado con el estandarte Real, que entónces lo tenia Cristóbal de Barrientos, diciendo que le diese hasta veinte é siete de á caballo de los más principales, para que estoviesen en su acompañamiento é guarda; como el capitan

Alonso de Alvarado lo oyó, le envió á decir que no permitiese tal cosa, que en un campo de veinte mil hombres veinte de á caballo eran parte para ganar la victoria ó perderla, faltando. Mas, aunque Vaca de Castro entendió que tenia razon, tornó á replicar sobre ello mandando á su capitan de la guarda, Rodrigo de Ocampo, que fuese á ello, é señaló á Lorenzo de Aldana, é á Diego de Agüero, é Francisco de Godoy, é Diego Maldonado, el licenciado Leon, Antonio Navarro, Sebastian de Merlo, Cristóbal de Búrgos, Nicolás de Ribera, é otros hasta veinte é siete; los cuales, queriéndose afrontar con los enemigos, salieron á hacer lo que Vaca de Castro mandaba. En esto ya los unos y los otros disparaban los arcabuces, y Francisco de Caravajal decia: «Buenos caballeros, adelante, adelante, andad sin pavor y no tengais en nada los arcabuces, é miradme á mí cuán grueso soy y voy delante sin tenerles nengun miedo.» É, como estuviesen cerca, la grita y el ruido fué muy grande, é unos á otros con gran brío se iban á afrontar, diciendo los de D. Diego «¡Viva el Rey é Almagro!» é los otros decian: «¡Viva el Rey é Vaca de Castro!» y todos apellidaban en su favor el nombre del apóstol Santiago; é las pelotas de los arcabuces salian muy á menudo.

El Maestre de campo Peralvarez Holguin, arremetiendo su caballo contra los enemigos, despues de haber pasado é mostrado alguna turbacion en aquel dia, queriendo dar á entender tenerlos en poco, aunque en la nube de la batalla muchas veces no son conocidos los hombres de gran valor, como por la divisa que llevaba fuese conocido, apuntándole los arcabuceros le acertaron dos pelotas, de manera que, sin poder romper su lanza, cayó en el suelo acompañado de la basca de la muerte, y no habló palabra más de hacer señal á los suyos que arremetiesen á los enemigos. Tambien fué herido Gomez de Tordoya, é tan mal que dende á pocos dias murió. É ya la escaramuza andaba trabada, é los unos y los otros encendidos en grande ira; é sucedió un gran desman para los de Chile, é fué que, como el Capitan Saucedo viese que ya los sobresalientes jugaban con el arcabucería, é se

habian hecho algunas muertes, no mirando que el artillería estaba en tal parte, que, como los enemigos se descubriesen un poco más, era bastante á los deshacer á todos, pareciéndole seria bien mudarla é ponerla en otra parte por donde se descubria un lado de los enemigos, mandó al capitan Pedro de Candia que la mudase; lo cual, visto por el Sargento mayor Suarez, á grandes voces dijo que no se mudase, porque eran perdidos si allí no se estaba, mas no aprovechó su dicho é Candia la puso adonde Saucedo mandó. É ya los enemigos se mezclaron con ellos, y se acabaron de descubrir, é aunque dispararon muchos tiros de artillería, no acertó si no fué uno, el cual hizo harto daño, é algunas cabezas destroncó de los cuerpos, é quebró á otros brazos é piernas; los demas, ó fueron por alto, segun dicen, ó por estar el artillería en ruin sitio no acertó.

Ya se habian hecho grandes males é muchas muertes, mas, si yo tengo particularmente de contar de aquel que yendo á descargar el golpe en sus enemigos llegaba la pelota y le pasaba el corazon, é tan de súpito caia muerto, é de aquel que estando poniendo fuego con la mecha, los brazos le eran llevados, y de otras muertes tan repentinas, que á algunos que habian quebrado la lanza é alzaban la espada, allegaba la pelota é junto á el hombro les llevaba el brazo, seria nunca acabar. Los escuadrones de á caballo se afrontaron quebrando las lanzas unos hermanos contra otros, pero en aquel trance nenguno á su padre viera que lo dejara de herir. A un García de Melo le fué llevado un brazo, é, saliendo de la batalla fué adonde estaba Vaca de Castro, é le dijo que por qué no ayudaba á los suyos, lo cual oido por el capitan Diego de Agüero, animosamente salió de allí, y se afrontó con los enemigos; otra pelota pasó por la boca de Antonio de Loaisa, y llevándole muchas de las muelas, le hizo perder el primer ser. Los de á caballo unos y otros peleaban con grandísimo ánimo, é con un hervor tan encendido é ira, que nenguno deseaba que la fuerza le faltase para poder herir. Antonio de Robles, habiéndole derribado de su caballo, sin perder

su ánimo, que no tenia poco, con mucha ligereza arremetió hacia la artillería é hirió á uno de los que tenian cargo della, y él tambien salió herido; Pedro de Candia no disparó más tiros. Y el estruendo que todos tenian era grande; é, andando peleando el mozo D. Diego, fué avisado que habia habido traicion en los tiros, é dicen que fué á Pedro de Candía, é dicen que le dijo: «¡Traidor! ¿por qué me has vendido?» é que dándole de lanzadas le mató; otros quieren decir que, cierto, Candia usó de cautela con D. Diego, é no se hobo con lealtad en lo tocante al artillería, y que arremetiendo hácia donde él estaba ciertos soldados de Vaca de Castro le mataron. Don Diego, mirando que le convenia quedar con la victoria para estar seguro de la vida, andaba por todas partes de la batalla poniendo ánimo á los suyos.

El capitan Alonso de Alvarado dió en este dia muestras de su virtud y peleaba con grande ánimo, haciendo lo mesmo Diego de Rojas, é Peranzures, é Garcilaso, é Pedro de Vergara; del capitan Juan Velez de Guevara cuentan que se mostró semejable á los que digo, y el capitan Martin de Bilbao contendia contra Pedro de Castro. É los escuadrones de infantería habian ya calado las picas, é con los hierros dellas hacian camino por sus propios cuerpos, hasta llegar á las entrañas; é todos andaban revueltos, y la noche queria venir é la porfiada batalla estaba ya en el mayor hervor, é, como ya estuviesen cansados de pelear unos y otros, se apartaron á tomar huelgo para volver á la contienda. A la parte donde andaba peleando el capitan Alonso de Alvarado, fueron los capitanes Diego de Hoces é Saucedo, con todos los más de los de Chile, é mataron á algunos de ellos, é á otros querian prender cantando victoria; Pedro de Vergara, con algunos infantes, acudió á aquella parte, y el capitan Alonso de Alvarado esforzaba á los suyos, diciendo que volviesen en sí, é hiriesen en los de Chile, pues veian cuán pocos eran, é á mal de su grado los unos se arredraron de los otros á tomar huelgo, estando rostro con rostro, é dende á un poco volvieron á su porfiada batalla. Descargando sus espadas sobre las celadas, las

deshacian é abollaban, desmallando la malla de que iban armados; é volviendo á hallarse cansados, se apartaron, mirándose como se suelen mirar los toros cuando andan en celos. Francisco de Caravajal, el Sargento mayor, á grandes voces comenzó á decir: «¡Vergüenza, vergüenza, caballeros del Cuzco, que no es tiempo ya de que estos traidores nos duren en el campo!» é diciendo esto, se metió entre los enemigos. É matándole el caballo al licenciado Benito Xuarez de Caravajal, salió de él denodadamente, y se puso entre la infantería en el campo. É habia muchos muertos y heridos, los cuales daban grandes é tristes gemidos, é, aunque estaban casi difuntos, animaban á los que peleaban, y ellos, los unos nombraban á Almagro y los otros Pizarro; é la artillería no era de provecho, ni hacia daño, porque, muerto Candia é los artilleros, no hobo quien pusiese á los cañones fuego.

Y como la batalla fuese más encendida hácia la parte donde estaba el capitan Alvarado, D. Diego de Almagro, ó por poner ánimo en los suyos, ó porque creyó tener la mejora, á grandes voces comenzó á decir: «¡Victoria, prender é no matar!» Por donde sucedió un caso por donde con razon se podria decir que la muerte no huye al cobarde, el cual fué, que teniendo el capitan Peranzures un criado, le rogó muchas veces quisiese entrar á la batalla, el cual, demás de no lo querer hacer, por estar más fuera de peligro se puso debajo de unas rocas, para mejor mirar á su gusto la batalla, teniendo á su lado un pequeño cuero de vino, y al tiempo que dispararon el artillería, fué á parar una pelota á la parte donde estaba este que decimos, é dando en las peñas cayó un canto dellas y le hizo pedazos la cabeza y el cuerpo, de manera que murió aunque mucho se guardó. La batalla estaba en un ser, é los que estaban con Vaca de Castro salieron á ayudar á los suyos é fueron hácia donde estaba el capitan Diego Mendez, creyendo que era de su parte, porque ya la victoria de ella era cierta por Vaca de Castro, y como entrasen cantando victoria por su parte, y conociendo los de Chile que eran de los enemigos, mataron á Montalvo é á algunos dellos, é á Cristóbal

de Búrgos, vecino de Lima, le cortaron un brazo, é á Merlo hirieron en el rostro; é así, procuraban de hacer mayor daño, mas como los de Pachacama fuesen más en número, aunque no en virtud de fortaleza, comenzóse á conocer que tenian mejoría. D. Diego é los capitanes que estaban vivos animaban por donde quiera que andaban; é ya el sol era puesto, é despues de haber hecho los de Chile todo lo que fué posible, hasta lo último de potencia, fueron vencidos, y claramente se conoció los de Vaca de Castro ser los vencedores.

Un mancebo, llamado Jerónimo de Almagro, teniendo en poco la vida, y en mucho ser vencido, se metió entre los enemigos, é á grandes voces decia: «¡Ea, á mí, á mí, que maté al Marqués, descargad vuestros golpes é tomad la venganza!» y diciendo esto se entró entre ellos, é recibió tantos golpes, que cayó entre ellos muerto con gran denuedo. Martin de Bilbao tambien decia lo mesmo, y que él habia muerto al Marqués, y recibió la misma muerte que Jerónimo de Almagro; los que quedaban, á rienda suelta comenzaron á huir con no poca congoja. Los indios é negros á los que podian tomar vivos los mataban, y los mismos españoles hacian cosas más feas, porque despues de rendidos les daban cuchilladas por los rostros y por otras partes del cuerpo, denostándolos de palabras. D. Diego de Almagro y Diego Mendez huyeron á la parte del Cuzco, y el Real fué robado, y el bando de Chile deshecho é consumido para siempre. Dióse esta batalla sábado, ya tarde, á diez y seis dias del mes de Setiembre, año de nuestra reparacion de mil é quinientos é cuarenta é dos años; halláronse de parte de Vaca de Castro, los capitanes ya nombrados, y otros muchos caballeros, entre los cuales estaban Lorenzo de Aldana, Diego de Agüero, Francisco de Godoy, Pedro de los Rios, Gomez de Tordoya, Diego Maldonado, Lope de Mendieta, D. Pedro Puertocarrero, Pedro de Portugal, Pedro de Hinojosa, D. Alonso de Montemayor, Lope Martin, Alonso de Mendoza, Diego Centeno, Felipe Gutierrez, D. Martin de Guzman, el secretario Pero Lopez, Juan de Mora, Vasco de Guevara, y otros. Con D. Diego se ha-

llaron los capitanes y muchos caballeros é hombres esforzados, entre los cuales estaban D. Baltasar de Castilla, y Jerónimo de Almagro, Martin Carrillo, Juan Tello, Juan Ortiz de Zárate, Pantoja, Juan de la Rinega, Pedro de Oñate, é otros.

El licenciado Vaca de Castro, muy alegre del buen suceso é victoria que Dios le habia dado, mandó que mirasen algunos frailes é clerigos los heridos, é que los confesasen, é que se buscasen con mucha diligencia los que habian sido en la muerte del Marqués para que fuesen castigados; é como ya fuese noche escura, no se pudo hacer tan cumplidamente lo que Vaca de Castro mandó, é todos los más de los suyos no entendian sino en robar, é buscar caballos de los que andaban sueltos, y las indias, que es lo que más buscaban los soldos en aquellos tiempos.

CAPÍTULO LXXIX.

De cómo, despues de la batalla, el Gobernador mandó curar los heridos, llevando al capitan Gomez de Tordoya á Guamanga, é cómo hizo justicia en los vencidos; é de cómo estando enfermo el capitan Gomez de Alvarado murió en Vilcas, é le llevaron á enterrar á Guamanga.

Aquella noche que la batalla se dió, gran lástima fué de ver los gemidos que daban los que estaban heridos y cómo se quejaban; mas poca piedad hallaban para ser curados, ántes fueron por los bárbaros muertos é desnudos de las ropas que tenian, hasta dejarlos en vivas carnes. Al capitan Gomez de Alvarado le dió cierta enfermedad de la cual murió en Vilcas, é fué llevado su cuerpo á enterrar á Guamanga, adonde habian ya llevado tambien á Gomez de Tordoya, malamente herido, el cual, despues de haber ordenado su ánima, murio; pesando á todos por las muertes de estos caballeros, é Peralvarez, é los que más fueron muertos en la batalla, los cuales fueron enterrados con gran honra, como lo merecian varones de tanto valor. Fueron muertos en el campo, de unos y otros, doscientos é cuarenta hombres; algunos hacen mayor el número, mas yo no quiero afirmar lo que no sé cierto. Dada la batalla, Vaca de Castro, otro dia por la mañana, tomando consigo su Secretario é Alguacil mayor del campo, fué por las tiendas para ver los que estaban presos, si habia entre ellos algunos de los que habian sido en la muerte del Marqués, é como no viese á Martin Carrillo, é supiese como el capitan Alonso de Cáceres lo toviese encubierto, echando fama de ser muerto, mandó que lo trajesen muerto ó vivo á su presencia, é así fué hecho. Era Martin Carrillo natural de Ciudad-

Real, y él é Pedro de Sanmillan, de Segovia, é Francisco Coronado, natural de Jeréz de Badajoz, con otros dos, fueron justiciados é puestos sus cuerpos, hechos cuartos, en palos; é sabiendo que muchos de los que habian salido de la batalla se iban á meter en Guamanga, mandó al capitan Diego de Rojas, que, tomando algunos de á caballo, fuese á aquella ciudad é prendiese á los que en ella hallase de los contrarios. Y, estando proveyendo esto, se dió en el Real alarma, diciendo que se habia visto un gran golpe de gente, que serian por ventura los enemigos. El Gobernador mandó que se apercibiesen, é, puestos á punto, que estoviesen aparejados para ver lo que era; saliendo algunos de á caballo, reconocieron que eran de los suyos que venian con despojo que habian tomado de los enemigos.

É Vaca de Castro mandó que moviesen para Guamanga, é así fué hecho, y entrando en ella, despues de le haber recibido con mucha alegría, cometió los negocios de la justicia al licenciado de La Gama, y al licenciado Leon, é al bachiller Guevara. É aunque el capitan Diego de Rojas hobiese hecho justicia de algunos, pondremos aquí juntos é de una vez los que se justiciaron en Guamanga, y en el término que hay desde aquella ciudad hasta la del Cuzco, y fueron: el capitan Cárdenas, de Toledo, Pedro de Oñate, el capitan Diego de Hoces, de Zaragoza, el capitan Juan Tello, de Sevilla, Bartolomé de Arbolancha, Francisco Perez, Antonio Noguero, del puerto de Santa María, Basilio, italiano, Martel, de Sevilla, Francisco de Mendibar, de Torrejon de Velasco, Martincote, lepuzcoano, el capitan Juan Muñoz, de San Martin de Valdeiglesias, Barragan, el mozo, de los Santos, Juanes de Santiago, de Santander, Juanes, vizcaino, Juan Perez, capitan de ballesteros, Juan Gomez de Salvatierra, del Almendral, Baltasar Gomez, de Valladolid, Juan de Guzman de Acuña, hijo de Vasco de Guzman, de Toledo, Juan Sanchez, de Extremadura, Bartolomé Cabezas, de Jeréz, Ramirez, de Leon, Losa, de Zamora, Carreño, de Sevilla, Juan Diento, de Gibraltar. Cayó Vaca de Castro en gran remision, y fué en no despachar

é dar aviso al Rey, nuestro señor, é á los de su Real consejo, ántes, muchos dias habia, eran detenidos los navíos en el puerto de Lima, é muchos mercaderes é contratantes se perdieron por su causa, pues no los dejaban salir de los puertos donde estaban. El capitan Francisco de Herencia, é algunos de los que allí se hallaron, fueron desterrados, é se mandó á un maestre que los llevase en un navío á la Nueva España; y ellos, ya que estaban léjos de la costa del Perú, se alzaron con él é se fueron á Panamá, en el cual tiempo yo habia ido á negociar ciertas cosas con el Audiencia que entónces allí residia, é se presentaron ante los Oidores é les dieron por libres. Pues volviendo al gobernador Vaca de Castro, estuvo en Guamanga despues que en ella entró, ocho dias reformando lo que le pareció convenir al reino, despachando sus cartas á todas las ciudades dél, haciendo por ellas saber la victoria que Dios, nuestro Señor, le habia dado; é porque supo que D. Diego habia ido la vuelta del Cuzco, mandó al capitan Garcilaso de la Vega, que con algunos de á caballo luégo se partiese para aquella ciudad, é la tuviese en nombre de S. M. del Rey, nuestro señor, y si D. Diego estoviese en ella, que lo prendiese así á él como á los demas que habian seguido su opinion. Garcilaso de la Vega se partió á la ciudad del Cuzco con algunas lanzas, á hacer lo que le fué mandado por el gobernador Vaca de Castro.

CAPÍTULO LXXX.

De las cosas que fueron hechas por el gobernador Vaca de Castro, é de cómo despachó algunos capitanes á las conquistas del Reino.

Estando el gobernador Vaca de Castro en la ciudad de Guamanga, muy contento en ver que el foso ó rollo estuviese lleno de cuerpos, é que la magnífica sangre de los españoles fuese derramada por aquella plaza, que no era poca alegría para los bárbaros de verlo, aunque se espantaban mirando en sí mesmos que muchos de aquellos habian sido capitanes é personas que tuvieron cargos de honra; la nueva de todo ello llevaron al rey Mango Inga Yupangue á Víticos, donde estaba, y, aunque recibió grande alegría por saber que habian sido muertos tantos cristianos, pesóle porque Vaca de Castro hobiese sido el vencedor é D. Diego vencido, é holgara que se fuera para él para defenderlo de la crueldad de Vaca de Castro. Despachado el capitan Garcilaso á la ciudad del Cuzco, como hemos dicho, pareciéndole á Vaca de Castro que habia mucha gente reclusa en aquella ciudad, y que los mantenimientos se gastaban, é que los vecinos é moradores recibian agravio, determinó de mandar salir á algunos, é luégo dijo al capitan Pedro de Vergara, que con la gente que él quisiese salir fuese á la provincia de los Bracamoros, conquista suya, é que en ella habia mucho servido á S. M.; é, dándole despachos y encomiendas de indios para él é para otros muchos, les mandó que luégo se partiesen á hacerlo. Pedro de Vergara, que no deseaba otra cosa, despues de ser sano de las heridas que habia recibido en la batalla, se aparejó para salir de allí. É tambien envió sus poderes al capitan

Juan Perez de Guevara, que estaba en Los Reyes, para que entrase en la provincia de Moyobanba é poblase.

Asimesmo envió á mandar á todas las ciudades del reino, que si algunos de los de Chile á ellas aportase, que los prendiesen é hiciesen de ellos justicia; é asimismo ordenó de enviar por todos los cuerpos de los que por su parte murieron, para enterrarlos en los templos de Guamanga, é en aquella parte que se dió la batalla mandó hacer una ermita que se invocase Nuestra Señora de la Victoria, adonde fuesen enterrados los demas que allí murieron. Peranzures é los demas heridos se curaron; y el Cabildo de aquella ciudad pidió á Vaca de Castro que en nombre de S. M. les confirmase ciertas cosas, y que la ciudad que hasta allí se nombraba de la Frontera se intitulase de la Victoria, de lo cual holgó Vaca de Castro, é así se llama hoy dia. É no embargante que del puerto de Los Reyes, donde estaban muchos navíos detenidos por su mandado, vinieron á pedir licencia para poder ir á Tierra Firme é á España, no la quiso dar, que no se tuvo por pequeño agravio. Despues que hobo hecho otros proveimientos, y dado licencia á los que se quisieron ir á sus casas, dejando en aquella ciudad al licenciado de La Gama para que concluyese lo comenzado del castigo que se hacia, se partió de allí para la ciudad del Cuzco; é despues de haber andado dos leguas, sin que lo sintiesen los que iban con él, volvió al amanecer sobre la ciudad, é como le vieron en la plaza se espantaron de ello. Y esta vuelta fué, porque muchos de aquellos que escaparon de la batalla se habian metido en algunas casas, é para que los sacasen quiso volver, y fué hecho, y entregados al licenciado de La Gama, é hizo justicia; lo cual hecho, con los que habian de ir con él, prosiguió su camino al Cuzco. É porque conviene que tratemos la vuelta al Perú de Gonzalo Pizarro, diremos su salida de la Canela.

CAPÍTULO LXXXI.

De las cosas sucedidas á Gonzalo Pizarro hasta que salió de la entrada de la Canela, é allegó á la ciudad del Quito.

Ya se acordará el lector como en los libros de atras hicimos mencion del gran trabajo é necesidad que pasaba Gonzalo Pizarro y los que habian quedado vivos en el valle de la Canela, y del gran deseo que tenian que Dios, nuestro Señor, les deparase algun camino para poder por él salir á tierra de cristianos. É tomando relacion de los dos cristianos que habian ido en la canoa por el rio arriba, é de como habian visto aquella gran sierra ó cordillera, para salir á ella con más brevedad, determinó Gonzalo Pizarro de caminar con el Real el rio arriba, todo lo más que él pudiese; é así, toda la gente se aparejó, yendo delante españoles abriendo el camino con machetes é hachas. Pasando no pocos esteros, llegaron, en fin de diez jornadas adonde habian dejado la señal los que por el rio anduvieron; desde donde mandó Gonzalo Pizarro á Juan de Acosta que, con algunos españoles, fuese con la mayor brevedad que pudiese adonde los indios decian que estaba el pueblo. Juan de Acosta, con hasta diez é ocho españoles, se partió luégo, llevando sus espadas é rodelas; é, despues de haber andado un buen rato, hallaron en un cerro alto el pueblo que buscaban, muy fuerte, é á los indios con voluntad de no los acoger en él si no fuese por más no poder; y así, con su alarido acostumbrado, salian con sus armas para ellos. Juan de Acosta é los que con él iban, aunque estoviesen del hambre muy decaecidos, todavía se mostraban ser españoles, é tovieron un reencuentro con los indios, adonde, despues de haber herido á Juan de Acosta con otros dos españoles, hicieron lo

que siempre, que es huir; é subidos los españoles en lo superior del cerro entraron en el pueblo, donde hallaron mucho bastimento, que no poca alegria é placer fué para los tristes hambrientos, é conocieron la tierra donde estaban ser un gran despoblado que habia para llegar al Quito. Gonzalo Pizarro vino en seguimiento de Juan de Acosta, é pasando aquellos esteros se le murieron ocho españoles, é como conociesen en la parte donde estaban, é como habia tan gran despoblado, mucho se afligian los fatigados hombres, pues tantos trabajos é necesidades por ellos habian pasado, é maldecian su ventura pues tan siniestra les habia sido; é, al fin, conformándose con su calamidad, se apercibieron los que quedaron vivos para pasar aquel trago infernal, llevando como mejor podian algunos españoles que habia enfermos en los caballos que les habian quedado.

É así iban por aquellos despoblados comiéndolos sin dejar nenguno, ni perro, ni cuero de silla, ni otra cosa que con sus dientes ellos pudieran despedazar; é despues de haber pasado infinitas fatigas é trabajos, que mayores que ellos en pocos ó no nengun descubrimiento han pasado, allegaron al pueblo de la Coca, por donde primero habian entrado, á pié, descalzos é trasfigurados, que casi no podian unos á otros conocerse. Los bárbaros les salieron de paz proveyéndoles del bastimento que tenian, y, para reformarse algun tanto, acordaron de estar allí diez dias. Tomando lengua de los indios, supieron que por otro camino, é no el que habian entrado, podrian con más brevedad salir al Quito, é así lo determinaron de hacer; y en el camino hallaban grandes rios, é muy hondos, y en algunos les fué forzado hacer puentes é por encima de ellos pasaron. É andando de esta manera allegaron á un rio que iba tan furioso, que estovieron cuatro dias en hacer allí la puente, y estando velando, porque los indios no viniesen é los tomasen descuidados, é les hiciesen algun daño, vieron un gran cometa atravesar por el cielo; Gonzalo Pizarro por la mañana dijo que le pareció entre sueños que un dragon le sacaba el corazon, y entre sus crueles dientes lo despeda-

zaba, é mandando llamar á un Jerónimo de Villegas, á quien tenian por medio astrólogo, para que dijese lo que sentia de aquello, dicen que respondió que Gonzalo Pizarro hallaria muerta la cosa del mundo que él más quisiese. Pasadas otras cosas, que más se pueden contar por chufetas que no por historia, Gonzalo Pizarro é su gente salieron á los términos del Quito. Dicen los que salieron de aquella jornada, que entraron para la descubrir doscientos é cuarenta españoles, é que todos los más murieron de hambre, con sacar del Quito seis mil puercos, é trescientos caballos é acémilas, é novecientos perros, é muchos carneros é ovejas, que todo se comió é perdió.

Sabida por Gonzalo Pizarro la muerte tan desastrada del Marqués, no así ligeramente podemos afirmar el sentimiento notable que hizo, y aunque de la ciudad del Quito el teniente Sarmiento le envió, para él é para algunos de sus compañeros, caballos, no los quiso, ántes él é todos entraron en el Quito á pié, de tal manera que gran lástima era de los ver; é como Gonzalo Pizarro supiese que Vaca de Castro estaba recibido en todo el reino por Gobernador pesóle grandemente, imputando á los del Quito de insipientes, é decia que habia de gobernar, é que el Rey, nuestro señor, habia sido muy ingrato en no mandar que por muerte del Marqués la gobernacion hobiera él. È se comenzó de aparejar para ir en busca de Vaca de Castro, adonde estoviese; porque entónces no se sabia el fin de la guerra ni que él hobiese vencido la batalla.

CAPÍTULO LXXXII.

De cómo Garcilaso de la Vega allegó al Cuzco, é de la prision de D. Diego, é de cómo Vaca de Castro iba caminando á aquella ciudad.

Despues que en Chupas la batalla fué vencida, D. Diego de Almagro é Diego Mendez salieron de aquella parte juntos, con voluntad de se ir á meter en las manos del Inga Mango, é pudiéranlo hacer fácilmente si el mesmo Diego Mendez, por ir á ver una mujer que tenia por manceba en el Cuzco, no se detoviera; é, para provocar á D. Diego que fuese á la ciudad, le decia que sin herraje no podian ir á parte nenguna, que fuesen al Cuzco é que se provecrian de las cosas de que tenian necesidad, é que luégo podrian ir adonde el Inga estaba. Don Diego, aunque contra su voluntad, lo hobo de hacer, é, allegado á la ciudad, Diego Mendez se fué luégo á meter en los brazos de su amiga, como si fuera con victoria; y en aquel tiempo no habia aún llegado la nueva de lo que habia pasado. D. Diego daba priesa para que se saliesen; en fin, cuando salieron, ya sabian y era público en la ciudad el fin de la guerra. É como D. Diego é Diego Mendez se vieron fuera del Cuzco, caminaron hácia el valle de Yucay, para desde él meterse en los Andes, é ir en busca de Mango Inga. É ya habian preso á Barragan, el que quedó por Teniente en la ciudad, é como se toviese noticia de la ida de D. Diego, é por qué parte, Rodrigo Salazar salió con Juan Gutierrez Malaver, é áun otros fueron en su seguimiento, é, pasadas algunas cosas, fueron presos en el valle de Yucay, por donde decimos que iban, y traidos á la ciudad fueron puestos á recaudo. El capitan Garcilaso de la Vega, con los que con él salieron de Chupas,

anduvieron hasta llegar á la ciudad del Cuzco, é luégo tomó posesion en aquella ciudad en nombre del Rey, é la tuvo en justicia hasta que el Gobernador vino; el cual salió de Guamanga como habemos contado, é anduvo hasta que llegó á los arruinados edificios de Vilcas, é allí acordó de parar algunos dias para proveer é despachar á Pedro de Puelles por su Teniente, é para que poblase la ciudad de Leon. É luégo señaló los vecinos que habian de ir, é les dió sus títulos de encomienda, mandando á Pedro de Puelles que se partiese á entender en aquella poblacion, de la cual habia tenido nueva que Juan de Vargas, hombre antiguo é conquistador de aquellas partes, se dió maña para, despues de haber pasado mucho trabajo, prender á Illatopa, capitan del Inga, que andaba alzado é habia hecho mucho mal. Y, cierto, fué el servicio que hizo Juan de Vargas, en le prender, notable, é por tal lo aprobó el Gobernador; es este Juan de Vargas natural de La Higuera, junto á Fregenal de la Sierra. Tomados sus despachos, Pedro de Puelles, con los españoles que con él habian de ir, se partió de Vilcas, é anduvo hasta que llegó á la provincia de Guanuco, donde en nombre S. M. fundó en ella la ciudad de Leon.

Estando el gobernador Vaca de Castro en aquella parte de Vilcas, tuvo aviso que andaba cerca de allí un capitan de los de D. Diego; ya en los capítulos de atras hecimos mencion de todos los que fueron muertos, y entre ellos se cuenta éste, que habia por nombre Juan Perez, é mandó el Gobernador que fuese buscado por los indios, é de que le hobieron hallado mandó que fuese hecho cuartos. É despues que hobo hecho esto se partió de Vilcas, y anduvo hasta que llegó á la provincia de Andaguaylas, y estando en ella fué avisado que junto á los Bracamoros é conquista de Pedro de Vergara habia disposicion para poblar alguna ciudad; é, como desease derramar la gente, nombró por capitan á Juan Porcel, é con los españoles que le siguieron se partió adonde decimos. Vaca de Castro prosiguió su camino é allegó á los aposentos de Lima-Tambo, desde donde envió despachos á S. M. haciéndole sa-

ber la victoria que Dios le habia dado, é como el reino se habia reducido á su Real servicio, é D. Diego estaba preso en el Cuzco, é de sus capitanes se habia hecho justicia, é otras cosas tocantes á la gobernacion; y ántes que se partiese de Lima-Tambo, estuvieron ciertos españoles de la provincia de Chile, adonde estaba el capitan Pedro de Valdivia, á pedir socorro de españoles para las conquistas de aquellas tierras; é, despues que Vaca de Castro se hobo informado de ellos, se partió para la gran ciudad del Cuzco, adonde le fué hecho solemnísimo recibimiento, é de todos fué recibido con mucha alegría.

CAPÍTULO LXXXIII.

De las cosas que fueron hechas en la ciudad del Cuzco por el gobernador Vaca de Castro, é de su mucha vanagloria é cudicia que tenia.

Como el gobernador Vaca de Castro llegase á la ciudad del Cuzco, era de todos los que estaban en aquella ciudad muy visitado, é, como su inclinacion le allegase á ser altivo é presuntuoso, luégo que vió que por su parte habia sido desbaratado D. Diego é la batalla vencida, hinchiose tanto de vanidades que no conformaba con las letras que tenia, é mandó que estoviesen en su casa muchos caballeros como sus contínos, é con ellos gastaba bien espléndidamente, arreándose de grandes aparadores de fina plata, é crecidos blandones, lo cual fuera bien excusado para su autoridad; é no entendia en más que en buscar dineros para henchir la gran codicia que tenia. Caso harto feo, pues enviándolo S. M. á que toviese el reino en justicia, é le gobernase con rectitud, procuraba de allegar tesoros por vías no lícitas, pues afirman que tenia grandes inteligencias para lo poder haber; no embargante que muchos de sus émulos querian decir que recibia presentes ó cohechos vendiendo los repartimentos, lo cual no se ha de creer, ni yo tal he podido averiguar. El rescate tan preciado de la Coca, es verdad que quiso que fuese provecho particular suyo, é no general de todos como ántes era, mandando con grandes penas que nenguno fuese osado de contratar aquel rescate; de los mejores repartimientos que habia puso en su cabeza, é dello é de los demas indios procuraba haber dineros, é ansí, aunque gozó poco de ello, allegó grandes tesoros, é á

sus criados ó amigos en lo mejor procuró siempre aposentarlos. É no obstante que Vaca de Castro participó en los vicios de presuncion vana é vanagloria, é codicioso, sacado de estos vicios, fué buen Gobernador, é que hizo en el reino buenas cosas, las cuales pondré todas, pues en tanta manera soy amigo de la verdad, é que en nengun tiempo quieran presumir otra cosa de mí.

Pues volviendo á nuestro gobernador Vaca de Castro, estaba entendiendo en las cosas tocantes á la gobernacion del reino, é con deseo de repartir las provincias recibió algunos presentes de los señores naturales; é habiendo ido á visitar á la prision á D. Diego de Almagro, é á Diego Mendez, é á Juan de Olivas, é á los demas que estaban presos, les dijo, que qué locura tan grande habia sido la suya en haber querido hacer tan grande yerro como fué alzarse con el reino, é públicamente mostrarse contra el servicio de S. M., é hacer las otras cosas que habian hecho tan feas como ellos sabian. El mozo D. Diego respondió que nunca él, ni los que se le mostraron valedores, habian andado en deservicio de S. M., ni tuvieron tal pensamiento, ántes siempre les pareció que anduvieron en su Real servicio, é que para tomar á su cargo el gobierno de la provincia, que bastante causa tuvo en el nombramiento que el Adelantado, su padre, hizo en él por virtud de una provision Real. Vaca de Castro lo tornó á responder afeándole lo hecho; é despues de haber pasado algunas pláticas se despidió de ellos, diciéndoles, que no obstante que por la sentencia general estaban todos condenados á muerte, que él queria que pidiesen su justicia, é que por ella fuesen libres ó condenados como el derecho lo mandaba: é como esto dijo se volvió á su casa. Y D. Diego estaba tan congojado como se puede sentir, y todos tenian gran lástima dél, é Gaspar Rodriguez é otros decian á Vaca de Castro que le cortase la cabeza, que á cuándo aguardaba.

CAPÍTULO LXXXIV.

De cómo estando en la prision, D. Diego de Almagro procuraba de se salir é soltar, é de cómo le fué cortada la cabeza por mandado del gobernador Vaca de Castro.

D. Diego de Almagro estaba preso en las casas de Hernando Pizarro, en un cubo algo fuerte que en ellas estaba, é los capitanes de Vaca de Castro tenian cuidado de le mirar porque no se pudiese soltar; é como se hobiesen pasado algunos dias, y estoviese en aquella prision, buscaba formas é maneras para de ella poder salir é retraerse á Viticos, donde Mango Inga estaba, pareciéndole que de aquella manera podria asegurar su vida. Cierto, á muchos pesaba cuando se trababa en que le habian de dar la muerte, mas como fuesen sus contrarios Gaspar Rodriguez de Camporredondo, é Peranzures de Castro, que eran los más privados de Vaca de Castro, no habia para qué pensar que Vaca de Castro dejaria de le matar; lo cual, entendido por D. Diego, trató, lo más encubierto que pudo, con un paje suyo, que comprase dos caballos, los más ligeros que ser pudiese, é que los toviese á cierta hora de la noche en el rio que corre por la ciudad del Cuzco, que está junto á estas casas. É sucedió que, algunos que entendieron en la compra de los caballos, dieron aviso de ello á Vaca de Castro, el cual, como lo supo, mandó que pasasen á D. Diego á las casas del capitan Grabiel de Rojas, é con esta sospecha fué con más cuidado que hasta allí mirado. É como el gobernador Vaca de Castro, con parecer de algunos de sus capitanes é amigos, tratase sobre lo que se haria de D. Diego, é á todos les pareciese que convenia darle la

muerte, así por el delito que habia cometido, como por asegurar el reino y excusar que en él no hobiese novedades; visto el proceso que contra él se habia hecho, fué condenado á muerte, é la sentencia se mandó notificar en su presencia. É por él oida respondió, que apelaba delante de S. M., ó para ante los señores Presidentes é Oidores que en aquellos tiempos residian en la Tierra Firme, á la cual apelacion se le respondió *no* haber lugar; é haciendo sus protestaciones tornó á decir, que, pues no le queria otorgar el apelacion, é le mataba de hecho, que para ante el Juez del cielo, nuestro Dios, citaba á Vaca de Castro, donde sin aficion ni pasion todos serian juzgados.

Pasadas estas cosas é otras práticas, confesó mostrando siempre ánimo de varon y no de mozo como era, allegado á un ser grande é gravedad, y no semejable á la humildad de sus padres; los ojos llevaba siempre puestos en un crucifijo, é, sacado de la prision, el pregonero iba diciendo: «Esta es la justicia que manda hacer S. M. del Emperador, nuestro señor, y el gobernador Vaca de Castro en su nombre, á este hombre, por usurpador de la justicia Real, é por que se levantó en el reino tiránicamente, y dió batalla al estandarte Real,» y otras cosas sobre lo que por él é sus valedores habia sido fecho. É yendo hácia la picota, junto á la cual estaba un repostero y el verdugo aparejado para le matar, dijo que rogaba, que pues moria en el lugar que habia sido muerto su padre, y le habian de enterrar en la sepultura donde estaba su cuerpo, que lo echasen á él debajo, é luégo encima pusiesen los huesos de su padre. É ya que estaba junto adonde le habian de matar, le quisieron poner un velo delante de los ojos, é decia que no habia para qué ni hiciesen más de mandar al verdugo que hiciese su oficio, y á él dejarle aquel poco de tiempo que tenia de vida, gozar de ver con los ojos la imágen de nuestro Dios, que allí estaba; é al fin se porfió con él, é contra su voluntad le fueron sus ojos atapados, y, extendido en el repostero, con grande ánimo recibió la muerte, en el propio lugar donde los años pasados la dieron á su padre, y fué su cuerpo

enterrado en la Merced, en su misma supultura de la manera que él ántes lo pidió. Era D. Diego de mediano cuerpo, de edad de veinte é cuatro años, poco más, muy virtuoso y entendido, é valiente, é buen hombre de á caballo, liberal é amigo de hacer bien; su madre fué una india natural de la Tierra Firme. Teníase grande esperanza de su persona si viviera; no carecia de vicios, ántes tuvo los que generalmente tienen los más hombres de Indias. El capitan Peranzures anduvo preguntando á los que se hallaron presentes si habian oido á D. Diego que habia dicho ser digno y acreedor de aquella muerte, porque por su mandado habia sido muerto el Marqués; y esto no lo preguntaba con ignorancia, porque él y todos entendieron nunca D. Diego dijo tales palabras, mas pareciale á Vaca de Castro é á él é á otros, que para su justificacion convenia todo. Y de esta manera fenció D. Diego de Almagro, y en él hobieron fin las reliquias de su padre, recibiendo entrambos una especie de muerte en la ciudad del Cuzco.

CAPÍTULO LXXXV.

De las cosas que más fueron hechas por el gobernador Vaca de Castro, é de cómo nombró por sus capitanes para la conquista del rio de la Plata á Diego de Rojas é Felipe Gutierrez.

Despues de haber sido hecha justicia de D. Diego de Almagro, como hemos dicho en el capítulo precedente, á algunos de los que con él se hallaron en la batalla, que estaban presos, los oyó en justicia, é, dando sus descargos, fueron sentenciados moderadamente, condenándolos en algunas penas livianas. É de todo lo que sucedió, el Gobenanador enviaba despaños á S. M., é á los de su muy alto Consejo; y á los oficiales reales mandó que se toviese gran cuidado en mirar que no se perdiese cosa alguna de los bienes que habian sido confiscados para la Cámara Real, y en todo se tenia muy grande aviso. Habia venido, como hemos dicho, de las provincias de Chile, donde estaba poblando Pedro de Valdivia, el capitan Monroy, á pedir socorro, porque no bastaban los que allí estaban á domar los bárbaros, ni á descubrir enteramente lo interior de aquellas provincias; é, como Vaca de Castro viese que convenia al servicio de S. M., proveyó el más bastante socorro que pudo, yendo con él Monroy y llevando poco ménos de cien españoles, é caballos, é armas, é por la mar fué un navío que llevó cumplimiento de las cosas necesarias. É como el gobernador Vaca de Castro no pudiese contentar á todos los que le habian seguido, con darles repartimientos de indios, tuvo gran cuidado de, á los que iban en las conquistas é descubrimientos, proveerles de caballos, é otros socorros, con que podian salir del reino á ser aprovechados; y en esto bien le podemos loar de prudente.

Teníase gran noticia de las provincias que se extienden á la parte occidental, por donde corre el grande é muy poderoso rio de la Plata, que cuando sale á entrar en el Océano más parece algun seno de mar que rio; é como en los tiempos pasados se descubrió la entrada de este rio, ciertos españoles que fueron por él arriba, é allegaron á las provincias, contaban grandes cosas, é la fama é aún los acaecimientos siempre los engrandecen más de lo que es. Decíase que habia tanta cantidad de metal de plata é oro, que no lo tenian los indios en nada, é asimesmo se vieron piedras preciosas de esmeraldas; é yo conocí á Francisco de César, que fué capitan en la provincia de Cartagena, que está situada en la costa del Océano, y á un Francisco Hogaçon, que tambien es de los antiguos conquistadores de aquella provincia, é muchas veces los oia hablar, é afirmar con juramento, que vieron mucha riqueza é grandes manadas del ganado que acá llamamos ovejas del Perú, é los indios bien vestidos é de buen parecer, é otras cosas muchas que no hacen á mi escritura saberlas. É despues fué por Gobernador á aquella tierra D. Pedro de Mendoza, é pasaron los acaecimientos que yo diré en el suceso de la última guerra, é venida del presidente Pedro de la Gasca.

É como la fama de aquella riqueza estoviese extendida por todas partes, codiciaban muchos hallarse en ella, é como al tiempo que el capitan Peranzures fué á descubrir los Chunchos tuviese noticia de aquel rio, é se creyese que el nacimiento era en la laguna de Bonbon, é que el rio de la Plata se formaba de sus brazos principales de los rios de Apurimá é Xauxa, Felipe Gutierrez y el capitan Diego de Rojas deseando hacer alguna conquista que fuese memorada, é S. M. servido, pidieron al gobernador Vaca de Castro aquella empresa; é como en tanta manera él desease de ver derramada la gente, y que las provincias se abriesen y enteramente se descubriesen, é que el nombre de Cristo fuese conocido en todas partes, fué contento é muy de voluntad favoreció á todos los que quisieron ir á aquella conquista con armas é caballos, é

dineros, nombrando á Felipe Gutierrez por Capitan general é á Diego de Rojas por Justicia mayor, é á Nicolás de Heredia por Maese de campo, dándoles los poderes é provisiones que convenian en nombre del Rey, nuestro señor; é que si por caso Felipe Gutierrez faltase, por enfermedad ó porque los indios lo matasen, que quedase todo el cargo en Diego de Rojas, é si el mesmo Diego de Rojas por el consiguiente fuese muerto, que quedase el cargo en Nicolás de Heredia. É como los soldados supieron que Diego de Rojas hacia la entrada, teniéndole por buen capitan, muchos se aparejaron para le seguir.

CAPÍTULO LXXXVI.

De cómo el gobernador Vaca de Castro hizo el repartimento de las provincias, é allegó á la ciudad de Los Reyes el capitan Gonzalo Pizarro, é de las práticas que tenia.

Hechos los proveimentos que hemos contado, el gobernador Vaca de Castro, por virtud de la provision que trujo de Gobernador, ordenó de hacer el repartimento general de todo lo que estaba vaco, en lo cual no se olvidó á sí ni á los que tenia por amigos, pues tomó é les dió lo mejor y más. É por justificar su causa, ó por ser informado de las cosas bien de raiz, mandó á cuatro conquistadores de los antiguos, que, debajo de juramento solemne, le avisasen de los servicios que habian hecho los que estaban en el reino desde su descubrimiento; lo cual hecho, se repartieron todos los naturales de las provincias, dando á los encomenderos títulos, y que en nombre del Rey, nuestro señor, se sirviesen de ellos, con que fuesen obligados á los industriar en las cosas de nuestra sacra religion; é mandó que se visitasen todos los pueblos del reino. È, como muchos capitanes saliesen del Perú á las conquistas, mandó Vaca de Castro que con moderacion llevasen algunos naturales para su servicio, porque no era cosa decente acabar de disipar las provincias, que, con las calamidades ó guerras pasadas, estaban casi despobladas, é si algun soldado queria salir de este mandamiento le mandaba castigar; é, ciertamente, fué de gran provecho mandar Vaca de Castro lo que decimos, porque en lo pasado hobo gran desórden.

En los capítulos de atras hicimos mencion de como Gonzalo Pizarro salió de la Canela muy fatigado, él é los que

escaparon de aquel descubrimiento; é como hallase en el reino nueva de la muerte del Marqués, y que en él estaba recibido por Gobernador Vaca de Castro, estaba muy sentido, pareciéndole no ser cosa justa, que, pues por virtud de una provision Real é del nombramiento que el Marqués en él hizo era gobernador del Quito, le fuese quitado aquel cargo. Con esta color hablaba sueltamente, diciendo que era grande la ingratiud de S. M., y que habia de gobernar el reino aunque pesase á quien quisiese, é otras palabras de desacato; y, como en el camino supiese la nueva de la victoria que hobo Vaca de Castro, holgóse porque los que fueron en la muerte del Marqués quedaran castigados, é holgara de hallarse por su persona adonde se dió aquella batalla para vengarse enteramente. Y por sus jornadas anduvo hasta llegar á la ciudad de Los Reyes, adonde con más soltura hablaba lo que decimos, y entre él y sus aliados se hacia conjuracion contra Vaca de Castro. É como á los que gobiernan nenguna cosa les sea oculta, presto de todo ello le fué la nueva, é, como lo supo, mandó al bachiller Juan Velez de Guevara, que se partiese luégo para Los Reyes y estoviese en ella por su Teniente, é no consintiese que hobiese nengun alboroto ni se tratasen palabras de desacato. Con el despacho que le dió se partió para Los Reyes, escribiendo primero Vaca de Castro sus cartas á Gonzalo Pizarro, mandándole que se viniese para él; é así Gonzalo Pizarro, vista esta letra, se partió de Los Reyes para la ciudad del Cuzco, é como supo Vaca de Castro su venida, mandó que estoviese gente junta para lo que se ofreciese, é á Gaspar Rodriguez de Camporredondo, su Capitan de la guardia, que tuviese gran cuidado en mirar por su persona.

CAPÍTULO LXXXVII.

De cómo se descubrieron muy grandes mineros de oro en el rio de Caravaya, é de como Vaca de Castro mandó poblar todos los tambos antiguos é aposentos, é de la partida de Peranzures y Francisco Becerra á España.

Muy grandes cosas pasaban en este tiempo en el reino, é no embargante las guerras contínuas que en él habia, con parecer que de todo punto habian respirado, mostraban las gentes que en él vivian muy gran contento, é nuestro Señor, mirando el celo tan cristianísimo del Emperador D. Cárlos, nuestro señor, fué servido que en el tiempo de su reinado se descubriesen tan grandes reinos é provincias, llenos de rios ó de collados, los más ricos de metales de oro é plata que jamás se han visto; é no embargante que los pecados de los hombres que acá viven son muchos, su deseo tan católico é voluntad que tiene de hacer guerra á los infieles, para ayuda á sus despensas é grandes gastos, quiere que se descubran. É así en este año fueron halladas las más ricas minas de oro que se han visto en estos reinos, en un rio llamado Caravaya, del cual aquí no trato, pues en mis libros de Fundaciones lo he relatado; el oro que de él sacaban tenia la ley perfecta, é muchos hobo que de una batea sacaban quinientos é mil pesos: en fin, se sacó de este rio más de un millon é trescientos mil pesos. É como la riqueza fuese tan grande, é la grandeza no fuese ménos, echaban grandes cuadrillas de indios; é, siendo la costelacion de aquella tierra muy diferente de la del Perú, murieron gran número de ellos, é con ellos mesmos Vaca de Castro sacó harta cantidad, el cual, teniendo por sí solo el rescate de la Coca, allegó tambien por esta via no

pocos dineros para los gastos tan excesivos que tenia, causados por su presuncion, é por querer más respeto que era justo á un Gobernador. É creciendo la riqueza del rio de Caravaya, se dieron ordenanzas para lo tocante á las minas. É por saber el gobernador Vaca de Castro que en muchos de los aposentos ó tambos del camino real que va desde el Cuzco al Quito, por no ser bien proveidos, se hacian grandes daños á los naturales, llevándoles en cadenas, de que Dios, nuestro Señor, era deservido é S. M., hizo un proveimiento muy acertado é provechoso en aquel tiempo, é fué mandar á los comenderos é caciques ó señores de las provincias, que poblasen los tales aposentos, segun é como estaban en tiempo del rey Inga Guayna Capac, é que en ellos toviesen bastimentos para los españoles que anduviesen por el reino, é que fuesen obligados tambien, de tambo á tambo, de les dar ciertos indios en que pudiesen llevar las cosas necesarias, é si algun español los pasase de este término que decimos, que fuese castigado con riguridad. É de esta manera los caminos estaban bien proveidos, é los españoles pasaban por ellos sin trabajo.

En este tiempo, el capitan Alonso de Alvarado, como ya la guerra se hobiese acabado y el Rey apoderado en todo el reino, acordó de salir de él é irse á España, á dar cuenta á S. M. de lo subcedido; é así, se partió é allegó á Tierra Firme á tiempo que habian venido las ordenanzas que S. M. enviaba á estas partes, las cuales trajo el treslado de ellas un Diego de Aller, é contaba que las venia á ejecutar, é por Visorey Blasco Nuñez Vela, é como estoviesen en Panamá, el capitan Peranzures, y el contador Juan de Cáceres, y otros vecinos del Perú, le persuadieron que volviese al Perú á defender su hacienda, é suplicar de las ordenanzas. Alonso de Alvarado respondió cuérdamente, que si volviese é se recreciese algun alboroto que le echarian la principal culpa, é que lo que convenia á todos era, con gran humildad, suplicar á S. M. de las leyes, y que, siendo Príncipe tan cristianísimo, no permitiese que sus haciendas les fuesen quitadas, pues con tanto

trabajo las habian ganado, é que fuesen á España á presentarse ante su Rey, que él los mandaria guardar justicia. É sin esto, que dijo el capitan Alvarado á los que estaban en Panamá, escribió cartas á las ciudades de Los Reyes, Trujillo é las Chachapoyas, é otras destos reinos, diciendo que así lo hiciesen é no de otra manera; lo cual toco para que se entienda la fidelidad que este Capitan tuvo siempre para servicio del Rey, y aún delante del presidente Gasca vide que sobre ello se hizo probanza bastante, é pareció ser verdad. Y como hobiese escrito estas cartas, embarcó en el mar Océano.

É volvamos á la materia, y es que, como el gobernador Vaca de Castro desease derramar los españoles que con la guerra pasada se habian juntado, teniendo noticia que adelante de los Charcas, hácia la parte del Poniente, habia naturales y disposicion para fundar alguna ciudad, mandó al capitan Grabiel de Rojas que fuese á lo hacer, dándole para ello, en nombre del Rey, poder é facultad; é, aunque Grabiel de Rojas salió para poblar, no hobo efecto, y por eso no contaremos adelante nada, y diremos de la llegada al Cuzco de Gonzalo Pizarro.

CAPÍTULO LXXXVIII.

De cómo el capitan Gonzalo Pizarro llegó á la ciudad del Cuzco, acompañado con alguna gente, no desechando de sí el tiránico pensamiento que tenia de ocupar el reino, y de las cosas que más sucedieron.

Caminaba el capitan Gonzalo Pizarro, acompañado de algunos que salieron de la Canela é de otros que se le habian juntado, y siempre hablaban en las cosas pasadas, y, sin se acordar del gran mal que en lo futuro les habia de venir, incitaban á Gonzalo Pizarro á no nengun bien é á que hiciese mucho mal; porque ésta es la pena grande que yo siento, que muchos Príncipes é grandes señores, si no tuviesen á sus orejas palabras vanas, é dichos de mancebos é aduladores, no hobieran pasado por ellos é por sus vecinos tantas calamidades é desastres. É lo mesmo ha sido en estas Indias, por ser los hombres que en ellas viven tan astutos é maliciosos, é tan levantados en bullicios, que aunque los Gobernadores é capitanes quieran vivir en paz no les dan lugar; unos por vengar los enojos que tienen de otros, é otros por alcanzar mandos é dignidades, é otros por conseguir favores é riquezas, incitan á los pobres á que estén mal con sus iguales é levántanlos á cosas que, forzados de necesidad, han de llevar sus opiniones adelante, é los que los meten en ellas sálense afuera en viendo tiempo para ello. É así, este mal afortunado capitan de Gonzalo Pizarro, demás de tener él gran deseo de mandar, atizábanle de tal manera sus cómplices, que despues de haber tanto servido á S. M. é con tanta lealtad, se metió en cosas tan malas é feas como lo da á entender un padron de piedra largo que está fijado en la ciudad del

Cuzco, con letras que para siempre le publican por traidor.

Pues como ya llegase no muy léjos del Cuzco, deciánle los que con él iban, que, habiendo él sido recibido en el Quito por Gobernador, por la dejacion é nombramiento que su hermano en él hizo, que habia de procurar no solamente lo del Quito mas de todo el reino, de la mesma manera que su hermano el Marqués lo gobernaba ántes que muriese; é que si así no lo hiciese, que todos le ternian por hombre flojo é falto de ánimo, é que se tuvo en tan poco que no osó emprender lo que era suyo; é con estas práticas vino el negocio á tales terminos, que acordó él con ellos y ellos con él, á lo que dicen, de matar á Vaca de Castro y alzarse con el reino. Y en esta conjuracion se halló presente Villalva, é pareciéndole mal, se apresuróiá andar hasta llegar al Guzco, é avisó de ello al gobernador Vaca de Castro; é, como lo supo, mandó á la gente que tenia cuidado de la guardia de su persona que no se descuidasen, é, apercibiendo á todos los más que pudo, se halló con cuatrocientos hombres, que trataron entre los más principales, estando en acuerdo con él, de, venido Gonzalo Pizarro, si anduviese en alguna cosa que no fuese lícita ni conveniente al servicio de S. M., que le cortasen la cabeza. En este tiempo Gonzalo Pizarro veniá ya junto á la ciudad, y como nunca falte quien deje de dar aviso, fuéronle al capitan Gonzalo Pizarro cartas, en las cuales le decian que mirase por su persona, porque Vaca de Castro le habia de matar; é como supo esto Gonzalo Pizarro habló con Juan de Acosta é con otros, diciéndoles que tuviesen ánimo de matar á Vaca de Castro, al tiempo que viesen coyuntura y él los hiciese una señal. É llegado á la ciudad, salieron algunos á le recibir; é como ya fuese público que Villalva habia descubierto la trama, afirmaba con juramento no haber pensado tal, é que Villalva habia con mentira dicho aquello; Villalva lo sustentaba tornando á nombrar de nuevo á los que eran en el negocio. É, como vieron y entendieron ser ya descubiertos, huyeron algunos, y Vaca de Castro los mandó buscar, é si los hallaran fueran puestos en la horca.

Al tiempo que Gonzalo Pizarro iba por la calle donde están las casas del aposento del Gobernador, estaban muchos arcabuceros á las paredes de las calles, é dentro de la casa la guardia convenible, é á la puerta D. Martin de Guzman, para que no consintiese que entrase otra persona nenguna que él al aposento donde estaba el Gobernador, é así fué hecho. Vaca de Castro mostró recibillo muy bien, tratando sobre la jornada que hizo en la Canela, y el gran trabajo que en ella se pasó, é despues de le haber dicho Vaca de Castro que asegurase su ánimo é viviese en quietud, se despidió de él; é no dejando de andar tramas de los hombres de la condicion que tengo dicho, que ensistian en mal, hablando á Gonzalo Pizarro que Vaca de Castro le queria matar, é á Vaca de Castro decian que Pizarro andaba tambien por le matar é alzarse con el reino, como las cosas no estoviesen tan enconosas como despues lo han estado, Vaca de Castro mandó llamar al capitan Gonzalo Pizarro, é por auto que pasó ante el secretario Pero Lopez le dijo que se fuese á los Charcas, donde era vecino, y estoviese sin tener junta de gente que fuese causa que se recreciese algun escándalo, so pena de traidor é de perdimiento de todos sus bienes, sino que viviese como un hombre particular.

Pasado esto quieren decir que Gonzalo Pizarro tenia todavía la intencion dañada, é que saliendo un dia el Gobernador con su guardia vino Gonzalo Pizarro á le hablar, é como los arcabuceros le viesen acercar, quisieron tomarle en medio; é como Vaca de Castro los vió venir les dijo: «Deteneos allá, que adonde Gonzalo Pizarro está no es menester otra guardia, pues estando mi persona con él yo me tengo por seguro.» É que, oidas aquellas palabras de tanta confianza, cesó el propósito que tenia, é se partió para la Villa de Plata, donde tenia indios que rentaban más renta que tienen en españa el arzobispo de Toledo y el conde de Benavente, acompañado solamente de sus criados.

CAPÍTULO LXXXIX.

De cómo salieron del Cuzco los capitanes Felipe Gutierrez y Diego de Rojas para ir á sus conquistas.

Bien será que, pues las guerras ceviles de las Salinas é Chupas ya son pasadas, miéntras se congela é viene el tiempo de la de Quito é Guarina, é las más que hobo en el reino, que digamos y prosigamos nuestra materia con contar las cosas que sucedieron, pues de ello me he obligado de dar noticia á mi patria; é tengo el sentido tan ofuscado en bien comprender las cosas que nos faltan, é mi persona tan fatigada de los grandes caminos é contínuas vigilias que he tenido, que, cierto, tengo necesidad de auxilio divino para salir con tan grande empresa como tengo entre manos.

Tal me hallo, como muchas veces me vi en las conquistas por donde he andado, subir sierra tan grande é fragosa, que parece lo superior de ella en las altas nubes, pues con ellas é de los celajes están bien acompañadas; é ya que me veia en la mitad de la cuesta hallábame tan cansado, que por muy dificultoso tenia el verme en lo alto, é mirar hácia abajo parecíame que los hondos valles abajaban al abismo, é sin fuerzas pedia á Dios ayuda para pasar adelante. É mirando las cosas que están escritas desde el año de veinte é tres á esta parte, é cuán larga ha sido la escritura, y lo mucho que me queda hasta darla fin, estoy en esto en más trabajo que no el de las sierras, porque si quiero dar fin á lo comenzado quedo corto, é si quiero proseguir, mi juicio es tan débil é mi cabeza tan flaca, que no se cómo lo podré hacer. Mas mirando, como dice el Filosofo, que las grandes cosas é materias su-

bidas han los hombres de emprender, pues las comunes es obra de todos, pidiendo á Dios me dé esfuerzo, é invocando la ayuda de su Madre sacratísima, pasaré adelante é daré fin á la obra ó la muerte la dará á mi vida.

Ya hemos dicho como el gobernador Vaca de Castro nombró por su General al capitan Felipe Gutierrez, para el descubrimiento de la provincias setentrionales que confinan con el famoso rio de la Plata, é con el Estrecho de Magallanes, y al capitan Diego de Rojas para que, en la primer ciudad que fundasen, quedase por Teniente de Gobernador, é júntamente con ellos nombró por Maese de campo á Nicolás de Heredia; é como en este Imperio de las Indias ha habido grandes desasosiegos por muerte de los capitanes, deseando Vaca de Castro que S. M. del Rey, nuestro señor, no fuese deservido en cosa alguna, ni entre los españoles que iban á aquella jornada hobiese desconformidad, proveyó en los poderes é provisiones que les dió, que si fuese Dios servido que muriese Felipe Gutierrez, que el cargo quedase en los dos, é si dellos muriese el uno, quedase en el otro. Habia muy gran noticia de un rio llamado Arauco, que confina con Chile, é tenian intento de descubrir hácia aquella parte. Como los capitanes tuviesen sus provisiones, entendieron en hacer gente, é juntaron ciento é treinta españoles de pié é de á caballo, é para proveerlos, sin las ayudas que hizo Vaca de Castro, gastaron todos tres los más dineros que pudieron; por Alférez general salió Hurtado, é Pedro Lopez de Ayala por capitan, é Rodrigo de Cantos por oficial del Rey, y entre estos iba el animoso mancebo Diego Alvarez, que despues fué Alférez general en la rota de Guarina. É ya que todas las cosas que habian de llevar estaban aderezadas, salió el capitan Diego de Rojas á hacer alto en el valle de Chiquana, con sesenta españoles, adonde se determinó aguardase al General Felipe Gutierrez, é al Maese de campo Nicolás de Heredia, é ansí se partió Diego de Rojas, é por sus jornadas anduvo hasta llegar á aquel valle, á donde de los indios naturales supo como adelante habia gran poblado, é los indios poseian

muchas gallinas de Castilla; lo cual era, que á los españoles que salieron de España para el descubrimiento del rio de la Plata, por mandado de S. M., é traian por Gobernador á Don Pedro de Mendoza, pasaron grandes acaecimientos é cosas que yo no escribiré.

Pues vea el lector lo mucho que tenemos de entender en lo del Perú, puesto que un amigo mio muy singular me ha mandado que dé noticia de aquellos tan nombrados rios, Uriaparia é Marañon é de éste de la Plata, é yo le respondí que, siendo Dios servido de darme gracia que salga con el itinerario de mi peregrinacion, que yo le haria un libro particular de aquellas cosas; é así, tengo ya las relaciones verdaderas de hombres que se hallaron en aquellos tiempos en los descubrimientos, é para en aquel lugar dejo al lector que mire lo que aquí falta. Pues para proseguir nuestra obra no hay necesidad de recitar más que los españoles que vinieron por aquel descubrimiento, despues de muerto su Gobernador, como eran recien venidos de España é no entendian las cosas de la tierra, é lo que requiere á los que en ella han de conquistar, murieron muchos de ellos, é los que quedaron, como eran caballeros é hombres de pundonor, é la muerte tomase más breve á la gente suez que á la noble, metiéronse la tierra adentro á la parte de Oriente, é atravesaron muchas regiones é grandes provincias, hasta que al fin vinieron á salir muy cerca de la villa de Plata, como adelante diremos; é, como de las naves que habian desembarcado en la costa, dejaban de las gallinas que digo, pudieron estos dos descubridores llevar algunas, é los indios, como viesen ser provechosas é singulares para comer, criaron tantas que se derramaron é acudieron por todas partes, é por esto pudo Diego de Rojas tener noticia de que las habia. É como estos indios sean tan noveleros, engrandecen aquella tierra con falsa fama, diciendo que los cristianos que andaban por ella estaban muy prósperos, é que ella en sí era muy rica de metales de plata é oro. Los españoles, vistas aquellas cosas, rogaron á Diego de Rojas que dejase el camino oriental que llevaba hácia el rio de Arauco,

é que entrase por aquella parte que los indios decian, é podria ser que diesen en breve tiempo en tierra que todos fuesen ricos. Diego de Rojas, cudicioso de descubrir, oyó alegremente á aquellos que le decian que fuese á entrar por aquel lugar, é determinó de lo hacer así.

CAPÍTULO XC.

De cómo el general Felipe Gutierrez y el Maese de campo salieron del Cuzco, é de cómo Diego de Rojas fué á descubrir por aquella parte que los indios decian.

El general Felipe Gutierrez y el Maese de campo Nicolás de Heredia habian quedado en la ciudad del Cuzco, é luégo que Diego de Rojas de ella salió, echaban los españoles fuera, porque yendo en cuadrillas serian mejor proveidos é los indios no lo ternian por gran trabajo; é luégo que todos hobieron salido hicieron lo mesmo los capitanes. É como ya sea cosa muy usada, los hombres que en esta tierra andan ser mal inclinados é amigos de bullicios, y enemigos de quietud, sin haber causa por donde formasen tan gran maldad, algunos que habian llegado á aquella parte donde estaba el capitan Diego de Rojas, haciánle entender que Felipe Gutierrez venia acompañado de algunos de sus amigos con intencion de, en juntándose con él, quitalle la vida, por ser absoluto en el mandar; Diego de Rojas no dejó de alterarse con oir lo que decimos, mas como era hombre prudente no creyó por entero que seria verdad, ni tampoco dejó de tener sospecha é aviso para mirar por sí. É, como los que habian venido con él deseasen que entrase á descubrir, mandó apercibir cuarenta españoles para que fuesen con él, escribiendo primero á Felipe Gutierrez que se diese toda priesa á andar; é dejó por guarda del Real á Diego Perez Becerra, hablando en secreto á Pero Lopez de Ayala, que fuese á encontrarse con Felipe Gutierrez, y entendiese su voluntad y de la manera que venia, é que le avisase dello: con Pero Lopez de Ayala fueron otros tres de á caballo. Y luégo que se partieron

estos mensajeros, por la noticia que tenia de lo que le habian dicho los indios, se partió de Chiquana, é anduvo por caminos harto dificultosos hasta allegar á una provincia que ha por nombre Tucuma, la cual está pasada la cordillera de los Andes á la decaida de una no poco fragosa sierra, pero no tiene más de cuatro leguas de travesía; é para allegar á esta provincia fueron abajando por un erroyo abajo. Habia desde allí á Chiquana, donde dejaron el Real, cincuenta leguas.

Hay en algunas partes de esta provincia montañas espesas, lo demas es campo raso; en él tienen los indios hechas sus casas redondas, de gran enmaderamiento, é la cobija de ellas de paja. É como los naturales supieron la venida de los españoles, como su fama estoviese tan extendida por todas partes, no tuvieron ánimo para los aguardar de guerra, ántes, con gran cobardía, desamparando sus poblaciones, se ausentaban de temor de ellos; é llegado Diego de Rojas á Tucuma, viendo que los indios no salian á ellos, é que adelante habia noticia de más poblado, derminó de pasar de allí á otro pueblo que ha por nombre Capayan. El señor de él, sabiendo que los cristianos venian, mandó juntar mil é quinientos de sus vasallos, é que todos fuesen cargados de paja, llevando algunas armas con las que ellos suelen pelear; é, como llegasen junto adonde venian Diego de Rojas é sus compañeros, mandó el señor de aquel valle, que con la paja hiciesen una señal para que los cristianos no pasasen adelante de ella, avisándoles que si pasasen, que serian todos muertos, que no tenian á qué entrar en la tierra que ellos poseian é tenian libremente habia muchos siglos. El capitan Diego de Rojas, viendo lo que los indios hacian é decian, dijo á sus compañeros que estoviesen apercibidos en sus caballos para lo que sucediese, é que él queria hablalles y hacelles entender á qué era su venida. Despues de que el señor hobo dicho aquellas práticas, todos tomaron en sus manos los arcos é flechas que tenian, é, llegado al cacique, Diego de Rojas le dijo como aquellos cristianos y él eran vasallos del Emperador D. Cárlos, é venian de otras partes, donde asimesmo era Se-

ñor, é que si ellos querian creer en nuestro Dios, é á él tenello por Señor é Rey natural, que habria entre todos paz é amistad verdadera, donde no, que la guerra no se excusaba, hasta que, constreñidos de necesidad, ellos mismos la pidiesen; y esto con los intérpretes que habia lo hacia entender á los indios Diego de Rojas.

El cacique é los demas que con él venian respondieron lo que primero habian dicho, espantándose de ver los caballos é su mucha ligereza, y el aspecto de los españoles, é como eran tan callados, é, despues que un poco de rato estovieron contemplando en ello, acuerdan de cercar á Diego de Rojas, é así, luégo, allegándose cerca de él, lo querian tomar en medio; él, que no era nada descuidado, entendiendo la malicia de los indios, los reprendió lo que vió que hacian, diciéndolo á la lengua para que se lo dijese al señor de ellos, el cual respondió, que sus indios eran tan mal criados, que, aunque él se lo mandase, no le querrian obedecer ni dejar de hacer lo que hacian. Diego de Rojas, como aquello oyó, poniendo las piernas al caballo, comenzó de escaramuzar á todas partes; los indios en gran manera se espantaban de ver la velocidad del caballo é con la furia que andaba. Los españoles que vieron que el Capitan no estaba ya en pláticas con los indios, empuñando las lanzas, arremetieron para ellos, é comenzaron de alancear en aquellos desnudos cuerpos; é, como vieron la burla no ser buena, comenzaron con gran miedo á huir. Diego de Rojas mandó á los españoles que cesasen de matar, porque al cacique le habia pesado de la desvergüenza de sus indios; é como lo oyeron, pusieron fin á no herir más de los que habia en el campo caidos, é los bárbaros tambien se repararon por mandado del señor suyo.

CAPÍTULO XCI.

De las cosas que más pasaron y sucedieron al capitan Diego de Rojas.

Grande espanto habian concebido todos los indios naturales de las regiones que confinaban por aquella parte que los españoles andaban, é creian que habia en ellos alguna deidad, pues, siendo áun no cuarenta, temblaban de ellos todos los que oian su nombre; decian los unos indios á los otros que los caballos que traian entendian á los cristianos, y que eran unas bestias tan grandes é fieras, que á todos cuantos encontraban mataban. È como el señor de aquellos indios que habian salido de guerra estoviese más temeroso que decir se puede, procuró con toda voluntad de la paz con Diego de Rojas, el cual la otorgó, diciendo que él no venia á dar guerra si no fuese constreñido de necesidad, é, tomando consejo con los demas españoles que con él estaban, determinó de se volver á Tucuma, pues no era cordura, siendo tan pocos, pasar más adelante, pues habia tantos indios. É hablando á los que allí estaban, el capitan Diego de Rojas les dijo que queria volver adonde habia dejado muchos cristianos y muchos caballos, para que viniesen todos, que, venidos, luégo habia de conquistar todas las regiones é ponerlas debajo del servicio del rey D. Cárlos; é dichas estas cosas, se partió luégo para Tucuma, adonde hallaron gran cantidad de bastimentos. É porque los indios naturales no pensasen que se volvia huyendo de miedo dellos, determinó Diego de Rojas de mandar á Francisco de Mendoza, que con seis de á caballo volviese á Chiquana á hacer venir todos los que habian quedado; é, partido Francisco de Mendoza, quedó en mucho

riesgo Diego de Rojas con solamente los treinta que restaron sacados los seis, mas su cuidado era tal, que no fácilmente los podian los indios tomar descuidados. Bastimento habia tanto, que sin trabajo eran bien proveidos; gallinas más habia que en tierra de Campos, é bien gordas, é mucha cantidad de patos, é guanacos no hay pocos en aquellas provincias. Los indios bien deseaban ellos matar á los cristianos é compelelles á que se fuesen de su provincia, mas veian tan gran cuidado é recaudo en ellos, que no se atrevian á oponerse contra ellos, é acordaron de aguardar á ver en qué paraba su estada allí.

Son los naturales de estas provincias dispuestos de cuerpo, traen sus mantas largas de lana por debajo del brazo, saliendo por encima del hombro un ramal de ella, por la cintura átase de tal manera, que no se le parecen las partes deshonestas; en tiempo caluroso tienen de plumas de avestruces hechas otras mantas muy vistosas é galanas. Las mujeres andan desnudas, sin traer más de unas pequeñas mantas echadas por debajo las piernas é prendidas á la cintura, de la manera de los maures, que hemos escrito que tenian los indios de Ancerma é Antiochia; los cabellos traen muy crecidos é peinados, précianse de lavarse muchas veces sin ponerse en sus rostros bija ni otra mixtura ninguna. Sus comidas es maiz é carne de los guanacos é ovejas que tienen; son grandes hechiceros é que el demonio con ellos siempre habla: no tienen creencia ni piensan más de que han de nacer y morir. Cuando se mueren hacen por los collados sus sepulturas, adonde son metidos, y en ellas hincan un grueso é cumplido madero, en el cual la figura del demonio está esculpida de la manera que en vida lo veian cuando les hablaba; no comen carne humana é aborrecen el pecado de la sodomía. Las casas tienen grandes é redondas, los pueblos no muy juntos; frutas no hay tantas como en otras partes. Estas costumbres é manera de indios, se entienden los que están pasada la provincia de Tucuma, porque estos son del suez de las diagmos *(sic)*, é fueron señoreados por los Ingas, é muchos de ellos andaban vesti-

dos. É la causa porque los reyes Ingas no señorearon por aquella parte más, fué que, como tenian gran noticia de las provincias que se extienden hácia el Quito é de la gran cantidad de metal de oro que en ellas habia, fueron sus conquistas en ellas, é, para tener seguro su señorío, en tiempo del Inga Yupangue, padre que fué del rey Topa Inga, é abuelo de Guayna Capac, fueron enviados por su mandado ciertos orejones, no con pujanza de gente ni con ejército sino con rescates, para que fuesen á entender las intenciones de ellos, é fuesen á ver la disposicion de la tierra; como estos fueron, é la noticia de los Ingas fuese tanta, é la fama de sus victorias tan grande, fácilmente los pudieron los orejones atraer á que se diesen por vasallos del rey Inga Yupangue, é concertaron que su amistad fuese perpetua, y ellos obligados á no más de á guardar aquella frontera, que no entrase nenguna gente por allí á dar guerra á su Señor, como esta paz fué hecha. En Tucuma, creian é tenian por Dios al Sol; todos, unos y otros, tienen que las cosas tuvieron principio y que uno solo fué hacedor, al cual hacian sus sacrificios, encaminado todo al demonio, porque estaban engañados y están de él con sus ilusiones.

CAPÍTULO XCII.

De cómo Felipe Gutierrez venia á se juntar con Diego de Rojas, é de la llegada de Francisco de Mendoza á Chiquana, y lo que más sucedió.

En los capítulos precedentes hicimos mencion como el general Felipe Gutierrez y el Maese de campo Nicolás de Heredia habian salido del Cuzco, é venian á toda priesa á se juntar con Diego de Rojas, é Francisco de Mendoza asemesmo se daba toda priesa por llegar é hacer lo que le fué mandado por el capitan Diego de Rojas, y en pocos dias llegó adonde habian dejado el Real, é dió cuenta á Pero Lopez de Ayala é á los demas que allí habia del suceso que habian tenido, é como se tenia esperanza que adelante se daria en tierra riquísima, é como todas las provincias eran bien proveidas de bastimentos, que era no poco provecho é descanso para los que quieren seguir la guerra é descubrimientos. É como el intento principal de Francisco de Mendoza fuese verse con Felipe Gutierrez, y entender su voluntad, con algunos de á caballo se partió para se encontrar con él, é, despues de haber andado algunos dias, le topó, que venia, en un pueblo que habia por nombre Totaparo, adonde le dió relacion de todo lo pasado; é viniendo caminando procuraba de entender de la manera que venia é la voluntad que traia para con Diego de Rojas. É sucedió que no faltó quien dijo á Felipe Gutierrez lo que habian dicho á Diego de Rojas, avisándole que mirase por sí, porque Diego de Rojas le queria matar ó enviar fuera de la provincia por quedarse con el mando de todo; é no obstante estos dichos é otros que los hombres amigos de bullicios dicen, Felipe Gutierrez, como era sabio é temeroso de Dios, no

embargante dar poco crédito aquello que decian, en presencia de todos los que más con él venian, les dijo que les rogaba le tuviesen por su capitan hasta que llegasen donde estaba Diego de Rojas, su compañero, el cual era hombre que muy bien la guerra de los indios entendia, por haberse envejecido en ella y seguídola en Nicaragua y otras partes; é que, juntándose con él, ellos y él se habian de meter debajo de su mano é tenello por superior, é que no pluguiese á Dios que él diese crédito á los dichos que con liviandad le habian dicho de Diego de Rojas, las cuales práticas entendia que eran bullicios de soldados.

Al tiempo que Felipe Gutierrez esto decia, Pero Lopez de Ayala le apartó aparte é le dijo en secreto las cosas que le habian dicho á Diego de Rojas, é de la mala intencion de algunos, pues, sin tener temor de Dios ni vergüenza, andaban en aquellas marañas por meter entre ellos discordias; é, como Felipe Gutierrez tuvo de esto aviso, acordó de enviar otros mensajeros juntamente con Pero Lopez de Ayala, que fueron Alonso de Zayas é Pablo de Montemayor, con sus cartas, haciéndole saber por ellas su venida é las cosas que habian sucedido, é como él le tenia por señor é amigo verdadero é deseaba verse junto con él para tenerse por su inferior, é que no creyese á aquellos que con su traicion querian fácilmente meter entre ellos enojo, é que de aquellos que iban con las cartas podria enteramente ser avisado de lo que más pluguiese saber. Ya en este tiempo se habia pasado el Real, que quedó asentado en Chiquana, á Tucuma, é como el capitan Diego de Rojas se viese con tanta gente, que sin dificultad podria correr la tierra, é compeler á los bárbaros á que diesen la obediencia al gran Cárlos, nuestro señor, situado su Real en Tucuma, con algunos de á caballo andaba descubriendo alrededor de aquella provincia. Zayas é Pero Lopez de Ayala, é los otros que por mandado de Felipe Gutierrez venian, pasaron mucho riesgo por no estar gente en Chiquana; los indios les dieron mucha grita, y, al fin, con sus esfuerzos é buena diligencia llegaron á Tucuma, é de allí fueron á donde

estaba Diego de Rojas en un pueblo llamado Capaya, é fué muy grande el alegría que recibió cuando vió las cartas é supo que Felipe Gutierrez venia bien con él, é con diligencia le pareció que le convenia vivir recatado de los que andaban con él.

CAPÍTULO XCIII.

De cómo los naturales de aquellas provincias alzaron los bastimentos, é de la necesidad que se creyó que hobiera, é como Diego de Rojas envió mensajeros á Felipe Gutierrez.

Como los indios viesen que los cristianos hacian asiento en su tierra é no querian salir de ella, ántes enviaban mensajeros para llamar á los que quedaban en Chiquana, determinan todos, sin quedar nenguno, de alzar los bastimentos, porque, constreñidos de necesidad por la hambre que padecerian, se saliesen de sus provincias; é así, en un tiempo, con mucha presteza, entendieron en ello con tal voluntad, que en pocos dias no se hallaba nenguna comida ni otra cosa que los maizales que estaban en berza, porque aquellos no los podian llevar. Los cristianos, sintiendo la falta de bastimento, buscábanlo por todas partes, é visto por Diego de Rojas que no lo habia, dejando en su Real la guardia convenible, tomando consigo á los que le pareció, acuerda de salir á buscar qué pudiesen comer, por todas partes, mandando primero á Pablo de Montemayor que con toda priesa volviese á encontrarse con Felipe Gutierrez, é le dijese que la necesidad que tenia de comida era mucha, é que, miéntras él buscaba donde los indios la habian escondido, le parecia que era cosa acertada hacer alto y aguardar á que le tornase á enviar segundos mensajeros; é para que Montemayor pudiese ir seguro, que los indios no le pudiesen hacer algun mal, fueron hasta sacalle de lo poblado que confina con los Andes algunos de á caballo. Diego de Rojas á todas partes con diligencia procuraba de hallar el maíz, é otras comidas que los indios habian escondido, mas no podian topar comida nenguna; los españoles que venian con Felipe Gutierrez hablaban sueltamente contra los

capitanes, pesándoles que Diego de Rojas se hobiese entrado por aquella parte en la tierra, sabiendo que la intencion de todos era ir hácia Chile é rio de Arauco, é murmuraban en tanta manera, que Felipe Gutierrez temió no hobiese algun motin. É habiéndose dado priesa á andar Montemayor, le encontró en un pueblo que ha por nombre Irequire, que es en el cabo de la provincia é valle de Chiquana, é allí le dió aviso de lo que le mandó Diego de Rojas; é, vista su carta, pesóle por la falta de bastimentos que habia, é mirando cuérdamente en el menor daño, que era la hambre, pues seria mayor que los soldados con el descontento se amotinasen ó le matasen, é más que en aquel paraje estaba el real camino que iba á Chile, determinó de no publicar por entero lo que habia, sino con toda priesa meter la gente adonde estaba Diego de Rojas; é luégo partieron de allí.

Pues como el capitan Diego de Rojas no pudiese hallar ningun bastimento por todas aquellas provincias que habia, pobladas de mucha gente á una é otra parte, tuvo noticia de una provincia muy grande llamada Concho, é como la necesidad que tenia fuese mucha, determinó de aventurar su persona é de los cristianos que con él fuesen, por hallar que pudiesen comer; é ansí, determinado de ir allá, en pocos dias lo pudo hacer. È los indios con la fama de los caballos estaban tan acorbardados, que teniam en sus ánimos concebido gran temor, é ansí poca resistencia les pudieron hacer á los cristianos; é allí hallaron mucho maíz é otras comidas, é más adelante descubrieron otra poblacion, donde hallaron muchas ovejas é gallinas, é patos. È, como Diego de Rojas hobiese topado tanto bastimento, pesóle por haber enviado á detener á Felipe Gutierrez, el cual, no embargante que se pasó alguna necesidad é trabajo en la montaña, estaba ya muy cerca de allí, é como Diego de Rojas lo supo se holgó en gran manera; é no tardó mucho en llegar allí Felipe Gutierrez y el Maese de campo Nicolás de Heredia, é todos se recibieron con mucha alegría, dando gracias á nuestro Señor por los haber traido á que se juntasen sin faltar nenguno.

CAPÍTULO XCIV.

De cómo, despues de juntos los Capitanes, determinaron de pasar adelante, é pasaron muy gran sed, en tanta manera que pereció mucha gente de servicio, y de cómo iban descubriendo.

Juntos, como hemos contado, los Capitanes é todos los españoles, despues de haber estado allí algunos dias reformándose del trabajo pasado, despues de haber praticado en lo que les convenia hacer, les pareció á todos que seria cosa acertada pasar adelante y descubrir todas las provincias que pudiesen, porque, si diesen en el poderoso rio de la Plata, ciertos estaban que sus riberas estarian pobladas de naciones muy ricas, é adonde en breve serian todos muy prósperos é poblarian en aquella tierra que tan deseada es de ver por todos los que salen de España á la descubrir; é, como tuviesen este acuerdo, de los indios que por allí pudieron haber fueron informados que catorce leguas más adelante, hácia el Poniente, estaba una gran provincia que habia por nombre Mocaquaxa, é que en el camino no habia agua, porque era seca de ella, sin haber otros árboles que algarrobos. É sabido por los Capitanes la falta que habia de agua, porque la gente de servicio que les llevaba el bagaje no se viese en trabajo, mandaron de cueros de ovejas hacer zurrones en que llevasen agua, ó lo mismo hacian en calabazas; no haciendo caudal de aquel despoblado, porque, no siendo más de catorce leguas, caminarian con mucha presteza é no les daria mucha pena el agua. É, levantado el Real, comenzaron de caminar, ya tarde, que el sol declinaba á querer hacer su curso, é á esconder su claridad en los altos collados que á la parte del Poniente están; é con

mucha priesa anduvieron aquella tarde é parte de la noche, hasta que la escuridad fué tanta que la guía no pudo acertar el camino ni atinar por donde iba; é, viendo que no podian más andar, pusieron allí las tiendas, para, venida la claridad del dia, volver á su camino. É áun no habia el alba dado muestras de que el dia queria venir, cuando los españoles se aderezaron á caminar; é fué tan grande el calor que hacia que es cosa ridiculosa de creer. Verdaderamente afirman que los desiertos de Libia, é los calores de Egipto, ni el que hay por los espesos arenales de la costa marítima de Piura, no eran mayores, porque en aquel tiempo reina el sol en el Sur.

É como la calor fuese tan grande, el agua que llevaban en breve fué bebida, é miéntras más bebieran más les fatigára la sed; la gente de servicio que iba con los españoles, muchos se quedaban muertos á causa del calor é falta de agua, é los caballos iban bien fatigados. É visto por los españoles en el aprieto tan grande que estaban metidos, é que, si toda la gente de servicio se les muriese no serian bastantes á descubrir las provincias, como mejor pudieron se dieron priesa á andar en los caballos para traer alguna agua en los odres é calabazas, para que con ella pudiesen á los indios é cristianos de á pié alentar, é hacerles pasar adelante; é así lo hicieron, no con poco trabajo por ir los caballos muy fatigados, é volvieron con las vasijas de agua. É ciertamente aprovechó el agua que trujeron á que muchos no muriesen; é aquella noche pasaron como mejor pudieron. Ya que queria amanecer, Dios, nuestro Señor, que en semejantes tiempos muestra sus maravillas, comenzaron las nubes á dar señal con los truenos que por ellas se esparcian, de la lluvia que queria venir, é aquella gente, alegres con lo oir, abriendo las bocas echaban las espaldas en el suelo, para que, si el agua viniese, les diese el rocío en ellas; é no tardó mucho que vino una grande agua, é los españoles é indios hicieron grandes hoyas; y en breve tiempo fueron llenas de las estopadas de agua que caia, de que pudieron beber á su voluntad. Los bárbaros de aquella provincia donde iban, como supieron

la venida de los españoles, habíanse ausentado de ella, con miedo que de ellos tuvieron, é, llegados los españoles, no hallaron nengun indio; y, estando mirando á qué parte podrian haberse ido, remanescieron algunos espías é corredores que habian quedado, para llevar aviso de su entrada, y estos hirieron con las flechas dos caballos, y volvieron á dar mandado á los indios, é avisarlos de cuán pocos eran los cristianos. Como aquello oyeron se juntaron muchos con voluntad de venilles á dar guerra, y estando los criados de los cristianos é indios amigos que con ellos venian recogiendo yerba para los caballos, vinieron en un escuadron hasta cantidad de seiscientos indios, é mataron algunos dellos, é, dada el arma, salieron los cristianos en sus caballos, é trabóse la batalla; é, no embargante que fueron algunos heridos, más quedaron muertos de los naturales de doscientos, é muchos más fueron heridos, é con gran miedo é no poco alarido, volvieron las espaldas espantados de la fortaleza de los españoles, é no podian creer sino que habia en ellos alguna deidad. Los Capitanes se recogieron al pueblo, donde ya se habian aposentado.

CAPÍTULO XCV.

De cómo el bachiller Juan Velez de Guevara llegó á la Ciudad de Los Reyes, y el Cabildo de ella no le quiso recibir, é de la ida del contador Juan de Cáceres á Panamá.

Ya se acordará el lector de como en los capítulos pasados hicimos narracion, de como, sabido por el gobernador Cristóbal Vaca de Castro la llegada á Los Reyes del capitan Gonzalo Pizarro, é de cómo entre él y sus allegados se hablaban sueltamente cosas que no convenia que se disimulasen, mandó al capitan Juan Velez de Guevara, capitan que habia sido en la batalla de Chupas, que fuese á aquella ciudad, y en ella estuviese por su Teniente de gobernador, é remediase aquellos dichos. É, partido del Cuzco el bachiller Juan Velez, allegó á la ciudad de Los Reyes, á tiempo que ya era partido Gonzalo Pizarro, é presentado en el Cabildo el poder que traia del gobernador Vaca de Castro, é como por él le mandaba ser Teniente é Capitan de aquella ciudad, el tesorero Alonso Riquelme, y el contador Juan de Cáceres, y el factor Illan Xuarez, é los Regidores que allí se hallaron, teniendo en mucho el autoridad de su ciudad, públicamente se quejaban de Vaca de Castro, que habiendo entre ellos personas de tanta calidad é que el servicio del Rey miraban con todo hervor, que les hobiese de enviar por superior al extranjero, y acuerdan entre sí de no le recibir. Y sobre esto hobieron palabras dentro, en el Cabildo, y vino la cosa á tales términos, que el Bachiller fué espelido del cargo, é lanzado del Cabildo; é, sobre no querer hacello, con voluntad de los del Regimiento, pusieron en él las manos é le quebraron la vara que habia metido. É de esta manera afrentado Guevara

salió de allí; é, como conociesen que Vaca de Castro era vengativo é muy iracundo, temian no les viniese algun daño por lo que habian hecho. El contador Juan de Cáceres, no osando aguardar á Vaca de Castro, se fué en una nave á Tierra Firme, é los demas Regidores é Oficiales estaban con gran temor no les sucediese algun mal, por no haber querido recibir á Guevara. É volveremos á tratar lo de Felipe Gutierrez é sus compañeros.

CAPÍTULO XCVI.

De cómo los indios que escaparon de las manos de los cristianos volvieron á tener su acuerdo, é determinaron con mucho denuedo de salir á pelear con ellos, é de la muerte de Diego de Rojas.

En el capítulo precedente contamos como habian venido los indios de aquel pueblo donde habian llegado los capitanes Diego de Rojas é Felipe Gutierrez, é con ellos habian peleado; é no embargante que murieron más de doscientos, é fueron heridos otros tantos, dan su mandado por todos sus comarcanos, avisándoles cuán pocos eran los españoles, que se juntasen, é que con todo ánimo diesen en ellos, porque fácil cosa seria matarlos á ellos é á sus caballos, é que tuviesen aviso de untar las puntas de las flechas con la yerba tan contagiosa que ellos tienen, pues por experiencia saben ya, que á ninguno que con ella hirieren dejará de dar muerte, é que, por la libertad de sus patrias é por no reconocer sobre sí más sujecion que la que sus mayores les dejaron, no debrian rehuir la muerte, si les viniese, ántes, si algunos fuesen presos por los cristianos, por salvar la vida no den aviso de la contrayerba, pues ven que si aquel secreto es descubierto, para prevalecer contra la fortaleza de los españoles é fiereza de sus caballos, no bastan todos ellos é muchos más que se juntasen. Y como todos deseasen ver fuera de sus provincias á los extranjeros que en ellas habian entrado, despues de haber hecho sus sacrificios, que ellos usan, é llamado en su ayuda al demonio, se juntaron los más que pudieron é fueron adonde los españoles estaban aposentados.

El capitan Diego de Rojas é los demas capitanes habian

determinado de estar allí algunos dias, hasta tener aviso de la tierra que habia adelante; é como ya los indios allegasen cerca, ensillados sus caballos, salieron á ellos é trabóse la batalla. É como Dios, nuestro Señor, quiera y sea servido que estas tierras tan ignotas y apartadas de las Españas se descubran, é la Cruz, estandarte suyo glorioso, sea conocido por todos ellos, casi milagrosamente guarda á los cristianos é les da esfuerzo para que hayan abierto camino é llegado hasta lo final de la tierra, pues poco falta para ver el sol adonde, hecho su curso, da la vuelta al mundo. É ansí, aunque estos indios venian armados con sus flechas, y en ellas puesta de la yerba que decimos, Dios guardó á sus cristianos, pues, á no tener gran favor é ayuda, no era menester más que una rociada para que todos muriesen; y aquel dia, despues de haberse alanceado muchos indios, cesó la batalla, mandando Diego de Rojas á Pero Lopez de Ayala que con cuarenta de á caballo fuese á descubrir lo de adelante. Los indios, no haciendo nengun sentimiento por los que habian sido muertos, pelearon otros dos dias arreo, é yendo alanceando Diego de Rojas, é haciendo lo que debia un tan famoso capitan como él era, fué herido de un flechazo en la pierna, é despues de haber seguido el alcance de los indios que le hirieron, se retiraron á su Real, no haciendo Diego de Rojas sentimiento de su herida, por ser tan pequeña. Y como la yerba fuese de tanta ponzoña comenzó á obrar, é Diego de Rojas sintióse malo, é yendo entre ellos una mujer, que servia á Felipe Gutierrez, fué allá para le curar; é dándole ciertas cosas á comer, agravióle el mal á Diego de Rojas, é unos criados suyos hiciéronle entender que le habia dado yerbas por parte de Felipe Gutierrez, é, creyendo ser así la verdad, bebió gran cantidad de aceite.

El capitan Felipe Gutierrez, siendo avisado de la sospecha que de él habia, mostrando su inocencia, decia á Diego de Rojas é á todos que no creyesen que en él jamás hubo pensamiento tan malo, é que á ninguno pesaba tanto la muerte de su compañero como á él; é como la ponzoña llegase cerca

del corazon, Diego de Rojas, viéndose tan vecino de la muerte, rogó á Felipe Gutierrez, que pues se veia su muerte claramente, que en su lugar quedase Francisco de Mendoza, á quien él amaba en tanto grado que le tenia por hijo. Felipe Gutierrez le respondió que, no embargante que aquello no se podia hacer, por el poder que de Vaca de Castro tenian, que decia que despues de su muerte quedase el cargo en los dos, que por le complacer holgaba de ello. É pasado esto, con grandes bascas que hizo el capitan Diego de Rojas, murió; el cual era natural de la ciudad de Búrgos. Fué hombre esforzado, liberal, amigo de siempre hacer bien, en la guerra jamás queria ser reservado, y en todos tiempos velaba é rondaba como otro cualquier soldado; créese que, si viviera, que se descubrieran enteramente las provincias, é fué su muerte la ponzoña de la yerba, para el cual remedio se halló despues una yerba, en la cual se encerraba tan gran virtud, que la yerba perdia su fortaleza é los heridos sanaban con ella.

CAPÍTULO XCVII.

De cómo Pero Lopez de Ayala descubrió el rio de Soconcho, é hallaron grandes poblaciones, y volvió donde estaba el general Felipe Gutierrez, é se partieron todos á aquel lugar.

Antes que muriese el capitan Diego de Rojas habia salido de aquel lugar Pero Lopez de Ayala, con algunos españoles de á caballo, é yendo descubriendo hácia el Oriente, por tierras de grandes secadales y de muy espesos algarrobales, pobladas de otros indios, sin hallar nenguna resistencia ni los indios tener ánimo para les acometer, allegaron hasta el rio que se dice de Soconcho, y en él, á una parte é á otra, hallaron grandes poblados; é pareciéndoles que no seria cordura, siendo tan pocos, pasar adelante, volvieron á dar mandado á sus Capitanes. É como Felipe Gutierrez entendiese lo que habia visto é descubierto, acordó de mudar de allí su Real é andar hasta llegar á la provincia de Tesuna, que seis leguas de allí estaba, mandando primero á Francisco de Mendoza que fuese á traer ciertos españoles que habian quedado en Tucuma; é yendo Lope de Mendoza á hacer esto, tuvo muchas gritas é algunas escaramuzas con los indios.

Llegados á aquella provincia hallaron abundantemente las cosas necesarias; los naturales de ella se habian retirado no osando mostrarse en batalla contra los cristianos. Ya se sabia claramente que habia yerba por aquella parte donde estaban, é que Diego de Rojas habia sido muerto por ella, é no por parte de Felipe Gutierrez como pensaban; é despues que todos estovieron juntos, el general Felipe Gutierrez se quejaba, diciendo que no se habia de consentir, ni él pasar por ello, que Francisco de Mendoza tuviese el cargo que traia Diego de

Rojas, é, asi, comenzó á haber entre ellos enemistad, queriendo Felipe Gutierrez que Francisco de Mendoza le fuese inferior como los demas, mas él, conociendo que no se podria excusar aquello, con la hacienda de Diego de Rojas habia allegado amigos, que le hacian entender que no seria parte Felipe Gutierrez para le quitar el cargo que ya tenia, é que sobre ello perderian todos las vidas. É queriendo Felipe Gutierrez llevar su intencion adelante, avisáronle algunos de la liga que Francisco Mendoza tenia hecha, amonestándole que no quisiese dar lugar á que se recreciese escándalo é muertes de hombres, pues de ello no se seguia provecho é se recrecia gran daño, y entreviniendo medios entre ellos se hicieron amigos, quedándose Francisco de Mendoza en el cargo como de ántes; mas aunque esto asi fué, la sospecha que uno de otro tenia no se quitó.

CAPÍTULO XCVIII.

De cómo el general Felipe Gutierrez fué descubriendo el rio de Soconcho abajo, é lo que más sucedió.

Despues de haber pasado las cosas privadas entre los capitanes que hemos contado, Felipe Gutierrez, con acuerdo de los demas, iba descubriendo por el rio de Soconcho abajo hácia la parte del Poniente. No es este rio muy caudaloso, mas hay grandes poblaciones cerca de él, tantas, que dicen los que las vieron que se podrian en ellas hacer algunas nuevas poblaciones de cristianos, é los vecinos nuevos de ellas tener grandes repartimientos é otros aprovechamientos. Las guerras civiles que ha habido en el reino han estorbado de hacer lo que ahora, con ayuda de nuestro Señor, se hará; é los capitanes que allá quisieren ir vayan bien proveidos de caballos é de armas hechas de algodon, porque las demas no aprovechan. É yendo descubriendo por el rio hallaron grandes poblaciones; los naturales de ellas son de las costumbres é trajes de los pasados, tienen diferentes maneras de religiones é hablan muchos lenguajes: todos son una behetría é gente tan sin órden que parecen á los brutos.

Salian á dar grandes gritas á los cristianos, espantábanse de verlos en los caballos, teníanlos por inmortales, é creian algunos de ellos que los caballos é cristianos todo era una cosa; cuando salian á estas gritas, yendo los españoles con aviso, mataban algunos de ellos. Con el bagax habia quedado Diego Maldonado. Y en la parte que le pareció más dispuesta é abastada de comida á Felipe Gutierrez, aguardó; é, tornados á juntar todos los españoles, Felipe Gutierrez, sintiéndose por agraviado de que Francisco de Mendoza tuviese el

cargo que tenia, tornó á intentar de se lo quitar, y envióle á pedir las provisiones é recaudos que se habian hecho cuando murió Diego de Rojas. Francisco de Mendoza no quiso darlas, ántes, juntando á sus amigos les rogaba le quisiesen ser fieles, é no consentir que Felipe Gutierrez le quitase el cargo que ya tenia; ellos respondieron que no temiese á Felipe Gutierrez, porque ellos le serian tan buenos amigos que no bastase á le privar del cargo que ya tenia. Felipe Gutierrez tuvo aviso de como Francisco de Mendoza estaba siempre acompañado é tenia conjuntos á sí algunos de los del Real, é no se atrevió á prender á Francisco de Mendoza, ántes, por entónces, dejó de hablar más sobre aquello, é determinó de ir á una gran poblacion que tambien se llamaba Soconcho, como el rio; é, dejando en guarda del Real á Sotomayor, se partió de allí, llevando consigo á Francisco de Mendoza, donde lo dejaremos un poco.

CAPÍTULO XCIX.

De cómo sabida en España la muerte del gobernador D. Francisco Pizarro, se ordenó de proveer Visorey é de asentar Audiencia, é de la junta que hobo sobre las Ordenanzas que se hicieron para la gobernacion del nuevo imperio de Indias.

Como en la ciudad de Los Reyes fué muerto por los de Chile el marqués D. Francisco Pizarro, como en lo de atras contamos, luégo, con gran velocidad, fué la nueva en las naves que salieron á los reinos de España, la cual supo el emperador D. Cárlos, estando.....[1] y de oilla se tuvo por deservido, por saber que el Marqués con tanta crueldad é violencia fuese muerto; porque acordándose S. M. de los grandes servicios que le habia hecho, é reinos tan ricos que le habia ganado, quisiera que en su senectud tuviera algun descanso é no muriera de muerte tan aviltada, no embargante que se habia tenido tambien por deservido de la que le dió su hermano al adelantado D. Diego de Almagro los años pasados; é tomando su consejo con los Grandes y otros de los que están á su lado para ello, mirando que estando aquellos reinos tan arredrados de las Españas, y que en tiempo de los Gobernadores se habian hecho grandes insultos é robos, é dado muertes crueles á no pocos señores y principales, é convenia proveer quien toviese en justicia las provincias, de tal manera que Dios, nuestro Señor, y su real Corona no fuesen deservidos, ansí, S. M. determinó de enviar varones doctos para que, con nombre de Oidores, formasen Audiencia

[1] En blanco en el original.

é asentasen Chancillería Real, para que en ella se determinasen las causas, y en todo hobiese la rectitud que convenia á tierra tan libre, é adonde todos estaban prontos para cometer maldades. Y, para que la justicia toviese más fuerza, que fuese Visorey, el cual ternia cuidado de mirar que los naturales fuesen bien tratados de los españoles; y para determinar quién se enviaria con cargo tan calificado, se entró en acuerdo algunas veces, é, porque S. M., siendo avisado de muchas partes y por diversas personas de la grande opresion en que los españoles tenian á los indios, y como por sacarles oro los quemaban é aperreaban, y aún enterraban vivos, y del cuidado que tenian de servirse de sus personas tomándoles sus mujeres é hijas, é de otros desafueros grandísimos que hacian, é, sobre todo, como habia gran descuido en su conversion, pues ninguno se dolia de las ánimas de aquellos tristes, muchas veces deseó, como Príncipe cristianísimo é muy temeroso de Dios, de remediar tan grandes males, pues él, como pastor universal, habia de dar cuenta á Dios de todo ello. É por las salidas que hizo de España, tan importantes al servicio de Dios y suyo, no le dió lugar la expedicion de ellas á mirar con maduro consejo lo que se haria para evitar tan grandes daños, é para que los de las Indias toviesen leyes para que por ellas se rigiesen.

Y habiendo llegado en este tiempo el reverendo fray Bartolomé de las Casas, que despues fué obispo de Chiapa, á España, por donde quiera que iba é se hallaba contaba que los españoles se habian con los naturales de la manera que habemos acabado de decir, y aún lo intimaba en mayor grado; S. M. mandó hacer llamamiento de grandes é Prelados, para que, juntamente con los varones doctos de su esclarecido é poderoso Consejo, se determinase lo que se proveeria para el buen gobierno del nuevo reino ó imperio de Indias. É así, en presencia del Rey se praticó muchas veces; é, altercado lo uno é pensando lo otro, se resumió en que fuesen hechas las nuevas leyes, las cuales, por esto é no por lo que los del Perú coligieron, se hicieron, segun pondremos en cada

una de ellas apuntamientos que demuestren el sentido y la causa por qué se ordena. É porque estas Ordenanzas fueron muy nombradas, é con achaque de ellas se levantó Gonzalo Pizarro en el Perú, é recrecieron grandes batallas é muchas guerras, las pondremos en este lugar, á la letra, sacadas de los originales.

É no embargante que yo sé, por la experiencia que tengo del tiempo largo que residí en las Indias, haberse en ellas hecho grandes crueldades é otros daños en los naturales, que no así ligeramente se podrian decir, pues todos saben cuán poblada fué la isla Española, é que si los cristianos con modestia se hobieran con los naturales, é los trataran como á prójimos, ciertamente hobiera en ella mucho número de ellos, é agora no queda otro testimonio de haber sido poblada, que las grandes sepulturas de los muertos y los asientos de los pueblos donde vivieron: en la Tierra Firme é Nicaragua ya tampoco ha quedado indio ninguno, pues desde Quito hasta Cartago pregúntenle á Balalcazar los que halló, y quieran saber de mí los que agora hay, ya tampoco ha quedado indio ninguno, pues en pueblo que habia diez mil indios no hallarán agora ninguno. Cuando venimos de Cartagena con Vadillo vide yo á un portugués, llamado Roque Martin, que tenia en la percha colgados cuartos de indios para cebar sus perros, como si fueran de bestias fieras. Pues en el Nuevo reino de Granada y en Popayan se han hecho cosas tan crueles, que yo mesmo quiero pasar por ellas. É al fin, como á los Príncipes no se les esconda nada, hobo S. M. de ser avisado de todo, é cuando pudo evadirse de los negocios pasados del Imperio entendió en estos.

Aunque tambien tenemos que decir que no todos los que tenian asiento en Indias eran tan malos que se deleitasen en cometer pecados tan grandes, ántes habia muchos que les pesaba é reprendian ásperamente aquellas cosas, é han pasado grandes trabajos, hambres ó miserias, que no se pueden brevemente contar, é muchos dellos habian perdido las vidas en descubrimientos é conquistas de Indias, é dejaban sus

mujeres é hijos, y sentian estos tales que los indios de sus padres se pusiesen en cabeza del Rey, é les fuese quitada la encomienda que de ellos tenian, habiéndoles hecho merced de ciertas vidas; mas al fin ésta no era causa bastante para que se pusieran en arma, pues S. M. les otorgara la suplicacion que otorgó á los que con humildad la pidieron.

Hechas y ordenadas las leyes se apregonaron á son de trompeta en la ciudad de Sevilla, y son las siguientes:

DON CARLOS, *por la Divina clemencia, Emperador semper augusto, Rey de Alemania: Doña Joana, su madre, y el mesmo D. Cárlos, por la gracia de Dios, Rey de Castilla, de Leon, de Aragon, de las Dos Sicilias, de Jerusalen, de Navarra, de Granada, de Toledo, de Valencia, de Galicia, de Mallorca, de Sevilla, de Cerdeña, de Córdoba, de Córcega, de Murcia, de Jaen, de los Algarbes, de Algeciras, de Gibraltar, de las Islas de Canarias, de las Indias, islas y Tierra Firme del mar Océano, Condes de Barcelona, Señores de Vizcaya é de Molina, Duques de Aténas y de Neopatria, Condes de Ruysellon é de Cerdania, Marqueses de Oristan y de Gociano, Archiduques de Austria, Duques de Borgoña é de Brabante, Condes de Flandes é de Tirol, etc. Al Ilmo. Príncipe D. Felipe, nuestro muy caro é muy amado nieto é hijo, y á los Infantes, nuestros nietos é hijos, y al Presidente y los del nuestro Consejo de las Indias, y á los nuestros Visoreyes, Presidentes é Oidores de las nuestras Audiencias é Chancillerías Reales de las dichas nuestras Indias, islas é Tierra Firme del mar Océano y nuestros Gobernadores, Alcaldes mayores y otras nuestras Justicias de ellas, y á todos los Concejos, Justicias, Regidores, caballeros, escuderos, oficiales y homes buenos de todas las ciudades, villas é lugares de las dichas nuestras Indias, islas y Tierra Firme del mar Océano, descubiertas é por descubrir, y á otras cualesquier personas, capitanes, descubridores y pobladores, y vecinos habitantes y estantes, y naturales de ellas, de cualquier estado, calidad, condicion y preeminencia que sean, ansí á los que agora sois como á los que fuéredes*

de aquí adelante, y á cada uno é á cualquier de vos en vuestros lugares é jurisdicciones, á quien ésta nuestra carta fuere mostrada, ó su treslado signado de escribano público, ó della parte supidredes, y lo en ella contenido ó cualquier cosa y parte dello toca ó atañe ó atañer puede, en cualquier manera, salud y gracia: Sepades, que habiendo muchos años tenido voluntad y determinacion de nos ocupar despacio en las cosas de las Indias, por la grande importancia de ellas, así en lo tocante al servicio de Dios, nuestro Señor, é aumento de nuestra santa fe católica, como en la conservacion de los naturales de aquellas partes y buen gobierno y conservacion de sus personas, aunque hemos procurado desembarazarnos para este efecto, no ha podido ser por los muchos é continuos negocios que han ocurrido, de que no nos hemos podido excusar, é por las ausencias que de estos reinos yo, el Rey, he hecho por causas tan necesarias como á todos es notorio, y dado que esta frecuencia de ocupaciones no haya cesado este presente año, todavía hemos mandado juntar personas de todos estados, así Prelados como caballeros y religiosos, y algunos del nuestro Consejo, para praticar y tratar las cosas de más importancia de que hemos tenido informacion que se debian mandar proveer, lo cual maduramente altercado y conferido, y en presencia de mí, el Rey, diversas veces praticado y discutido; y, finalmente, habiendo consultado el parecer de todos, me resolví en mandar, proveer y ordenar las cosas que de yuso serán contenidas, las cuales, demás de las otras ordenanzas y provisiones que en diversos tiempos hemos mandado hacer, segun por ellas parescerá, mandamos que sean de aquí adelante guardadas por leyes inviolablemente.

Primeramente, ordenamos y mandamos, que los del nuestro Consejo de las Indias que residen en mi Corte, así en el juntarse tres horas cada dia en la mañana, y demás á las tardes las veces y por el tiempo que fuere necesario, segun la ocurrencia de los negocios, de aquí adelante lo hagan como y de la manera que hasta aquí se ha hecho.

Y porque en el dicho nuestro Consejo hay número de Jueces, ordenamos y mandamos que el negocio que todos ellos vieren, siendo la causa de quinientos pesos de oro ó dende arriba, en la determinacion de ella haya tres votos conformes; pero si la causa fuere de ménos cantidad de los dichos quinientos pesos, mandamos que, habiendo dos votos conformes de toda conformidad, y siendo los otros votos en sí diferentes, la puedan determinar y determinen; y que, hasta la dicha cantidad de quinientos pesos, para más breve determinacion de los negocios, puedan conocer é determinar dos de los del dicho nuestro Consejo, siendo conformes.

Item. Porque Nos habemos mandado de nuevo hacer ciertas ordenanzas para las nuestras Audiencias de la Nueva España, y el Perú, y Guatemala, y Nicaragua, y la isla Española, cerca de la órden y manera que deben tener en el reconocer y determinar las causas que en ellas se ofrecieren, y en la provision de las otras cosas tocantes al buen gobierno é conservacion de aquellas partes é naturales dellas, y para que los del dicho nuestro Consejo tengan más presente lo que está proveido é mandado á las dichas Audiencias, y no conozcan ni advoquen causas ni cosa contraria de ellas, las habemos mandado incorporar aquí, y mandamos á los dichos nuestro Presidente, y los del nuestro Consejo de las Indias, que las guarden y cumplan como en ellas se contiene, y contra el tenor y forma de ellas no advoquen ni conozcan de causa alguna.

Item. Ordenamos y expresamente defendemos, que ningun criado familiar ni allegado del Presidente y los del dicho nuestro Consejo, Secretario, Fiscal, Relator, no sea Procurador ni solicitador en ningun negocio de Indias, so pena de destierro del Reino por tiempo de diez años, é al del Consejo y personas de suso nombradas que lo supieren, lo mandaremos punir y remediar como cosa de que nos ternemos por deservidos.

Item. Ordenamos y mandamos, que los del dicho nuestro Consejo de las Indias sean obligados á guardar, é guarden todas las leyes y ordenanzas de estos nuestros reinos, y espe-

cialmente las que están hechas para los del nuestro Consejo Real y Oidores de las nuestras Audiencias y otros jueces de los dichos nuestros reinos, á cerca de la limpieza del no recibir dado, ni presentado, ni prestado, de los litigantes, y otros negociantes y personas que tengan ó se espere tener con ellos negocios, ni escriban cartas en recomendacion alguna á las Indias, so las penas contenidas en las dichas leyes y ordenanzas.

Item. Porque los dichos Presidente y los del nuestro Consejo de Indias estén más desocupados para entender en las cosas de la gobernacion de aquellas partes, ordenamos y mandamos que se abstengan, en todo lo que fuere posible, de entender en negocios particulares, porque para este efecto habemos proveido y mandado lo que toca á las dichas Audiencias y negocios que en ellas se han de tratar. Y como quiera que lo del ver las residencias es cosa propia que parece que se debia hacer en el Consejo, pero para que mejor haya efecto lo de la gobernacion, y entiendan en ella con más cuidado y ménos ocupacion de otros negocios, y por la gran distancia que hay en la venida á estos reinos, mandamos que solamente se traigan al dicho nuestro Consejo de las Indias las residencias y visitas que fueren tomadas á los Oidores y personas de las Audiencias, y las que se tomaren á los nuestros Gobernadores de todas las Indias y provincias de ellas, y todas las demas permitimos y mandamos que se vean y provean, sentencien y determinen, por las dichas Audiencias, cada una en su distrito é jurisdicion.

Y porque nuestro principal intento y voluntad siempre ha sido y es de la conservacion é aumento de los indios, y que sean instruidos y enseñados en las cosas de nuestra santa fe católica, y bien tratados, como personas libres y vasallos nuestros, como lo son, encargamos y mandamos á los del dicho nuestro Consejo tengan siempre muy gran atencion y especial cuidado, sobre todo, de la conservacion y buen gobierno y tratamiento de los dichos indios, y de saber cómo se cumple y ejecuta lo que por Nos está ordenado y se ordenare para la buena gobernacion de las nuestras Indias, y administracion de la justicia en ellas, é de hacer que se guarde, é cumpla y

ejecute, sin que en ello haya remision, falta ni descuido alguno.

Item. Encargamos y mandamos á los del dicho nuestro Consejo de Indias, que algunas veces pratiquen y se ocupen en pensar y saber en qué cosas Nos podemos justamente ser servidos é aprovechados en las cosas de las Indias.

É porque la guarda, cumplimiento y observacion de lo que está ordenado y se ordenare para el buen gobierno y conservacion de las Indias, importa mucho á nuestro servicio y al descargo de nuestra conciencia que así se haga, mandamos al nuestro Procurador fiscal, que es ó fuere, del dicho nuestro Consejo, tenga siempre mucho cuidado y vigilancia de inquirir y saber cómo se guarda é cumple en aquellas partes, y dar aviso de ello en el dicho nuestro Consejo, y pedir la ejecucion en los que no lo cumplieren, y la observacion de lo ordenado y de avisarnos cuando no se hiciere.

Item. Ordenamos y mandamos que en las provincias é reinos del Perú resida un Visorey y una Audiencia Real de cuatro Oidores letrados, y el dicho Visorey resida en la dicha Audiencia, la cual residirá en la ciudad de Los Reyes, por ser en la parte más conveniblc, porque de aquí adelante no ha de haber Audiencia en Panamá.

Otrosí, mandamos que se ponga una Audiencia Real en los confines de Guatemala y Nicaragua, en que haya cuatro Oidores letrados, y el uno de ellos sea Presidente, como por Nos fuere ordenado, y al presente mandamos que presida el licenciado Maldonado (que es Oidor de la Audiencia que reside en Méjico), y que esta Audiencia tenga á su cargo la gobernacion de las dichas provincias y sus adherentes, en las cuales no ha de haber Gobernadores, si por Nos otra cosa no fuere ordenada; y así las dichas Audiencias, como las que residen en Santo Domingo, han de guardar la órden siguiente:

Primeramente, queremos, ordenamos y mandamos, que todas las causas criminales que están pendientes, y que pendieren y ocurrieren de aquí adelante en cualquier de las cuatro Audiencias Reales de las Indias, de cualquier calidad é impor-

tancia que sean, se conozcan, sentencien y determinen en las dichas nuestras Audiencias, en vista y en grado de revista, y que la sentencia que ansí se diere sea ejecutada é llevada á debido efecto, sin que haya más grado de apelacion ni suplicacion ni recurso, ni otro remedio alguno.

Y para excusar la dilacion que podria haber, y los grandes daños, costas y gastos que se seguirian á las partes, si hobiesen de venir al nuestro Consejo de las Indias en seguimiento de cualesquier pleitos y causas civiles de que se apelase de las dichas nuestras Audiencias, y para que con más brevedad y ménos daño consigan su justicia, ordenamos y mandamos, que en todas las causas civiles que estovieren movidas, é se movieren y pendieren en las dichas nuestras Audiencias, los dichos nuestros Presidentes é Oidores que de ellas son, ó fueren, conozcan de ellas, y las sentencien, y determinen en vista y en grado de revista; y que asimesmo, la sentencia que por ellos fuere dada en revista sea ejecutada, sin que de ella haya más grado de apelacion, ni suplicacion ni otro recurso alguno, excepto cuando la causa fuere de tanta calidad é importancia, que el valor de la propiedad de ella sea de diez mil pesos de oro, y dende arriba, que en tal caso queremos que puedan suplicar segunda vez para ante nuestra persona real, con que la parte que interpusiese la dicha segunda suplicacion se haya de presentar y presente ante Nos dentro de un año, despues que la sentencia de revista le fuere notificada, ó á su Procurador. Pero queremos y mandamos, que sin embargo de la dicha segunda suplicacion, la sentencia que hobieren dado en revista los Oidores de las dichas nuestras Audiencias se ejecute, dando primeramente fianzas bastantes é abonadas la parte en cuyo favor se diere, que, si la dicha sentencia fuere revocada, restituirá y pagará todo lo que por ella le hobiere sido y fuere adjudicado y entregado conforme á la sentencia que se diere por las personas á quien por Nos fuere cometido; pero, si la sentencia de revista que se diere en las dichas nuestras Audiencias fuere sobre posesion, declaramos y mandamos que no haya lugar la dicha segunda suplicacion,

sino que la dicha sentencia de revista, aunque no sea conforme á la vista, se ejecute.

Item. Ordenamos y mandamos, que los Jueces á quien Nos mandáremos cometer la tal causa, de segunda suplicacion, vean é determinen la causa por el mesmo proceso que se hobiese hecho en la dicha nuestra Audiencia, sin admitir más probanzas ni nuevas alegaciones, conforme á las leyes de nuestros reinos que hablan en la segunda suplicacion.

Y para que las dichas nuestras Audiencias tengan el autoridad que conviene, y se cumpla y obedezca mejor lo que en ellas se proveyere y mandare, queremos y mandamos, que las cartas, provisiones y otras cosas que en ellas se proveyeren se despachen y libren con título nuestro y con nuestro sello Real, las cuales sean obedecidas é cumplidas como cartas é provisiones nuestras, firmadas de nuestro Real nombre.

Item. Porque en cada una de las dichas nuestras Audiencias ha de haber cuatro Oidores, mandamos que el negocio que todos cuatro vieren, siendo la causa de quinientos pesos de oro, é dende arriba, en la determinacion de ella haya tres votos conformes; pero si la causa fuere de ménos cantidad de quinientos pesos, mandamos que sean dos votos conformes de toda conformidad, siendo los otros dos votos entre sí diferentes, y que hasta la dicha cantidad de quinientos pesos, para más breve expedicion de los negocios, puedan conocer, oir y determinar los dos de los dichos nuestros Oidores, siendo conformes.

Otrosí, mandamos que en todo lo que aquí no va declarado ni determinado, los dichos nuestros Presidentes é Oidores de las dichas nuestras Audiencias, sean obligados á guardar é guarden las ordenanzas que por Nos les están dadas, y las ordenanzas hechas para las nuestras Audiencias que residen en la ciudad de Granada y villa de Valladolid, y los capítulos de Corregidores y Jueces de residencia, y las leyes de estos nuestros reinos, y premáticas é ordenanzas de ellos.

Otrosí, mandamos que las apelaciones que se interpusieren de los Gobernadores donde no haya Audiencia Real, vayan á la Audiencia de aquel distrito y jurisdicion, y en este caso

mandamos que se guarden las leyes de estos reinos, que no permiten que haya segunda suplicacion.

Item. Ordenamos y mandamos, que los dichos nuestros Presidentes y Oidores puedan enviar y envien á tomar residencia á los nuestros Gobernadores, á las dichas nuestras Audiencias sujetos, y á sus Oficiales, y á las otras nuestras Justicias ordinarias dellas, cada y cuando que les pareciere que conviene, segun los casos se ofrecieren, é para ello envien personas de fidelidad y prudencia que las sepa tomar y hacer justicia á los que de ellos hubiere querellosos, conforme á las leyes de nuestros reinos y capítulos de Corregidores de ellos, y que las dichas residencias que se tomaren á los dichos nuestros Gobernadores de islas y provincias, las envien con toda brevedad al dicho nuestro Consejo de las Indias, para que en él se vean y determinen. Pero todas las otras residencias que se tomaren á las otras nuestras Justicias ordinarias, queremos y mandamos que se vean y provean, sentencien y determinen, por los dichos nuestros Presidentes y Oidores de las dichas nuestras Audiencias, y que no se traigan ni envien al dicho nuestro Consejo; y por eso no se entiende que los del nuestro Consejo no puedan enviar á tomar residencia á los dichos Gobernadores cuando pareciere que conviene.

Porque una de las cosas más principales, en que las dichas Audiencias han de servirnos, es en tener muy especial cuidado del buen tratamiento de los indios y conservacion de ellos, mandamos que se informen siempre de los excesos y malos tratamientos que les son ó fueren hechos por los Gobernadores ó personas particulares, y cómo han guardado las ordenanzas é instrucciones que les han sido dadas, y para el buen tratamiento dellos están hechas, é en lo que se hubiere excedido, ó excediere de aquí adelante, tengan cuidado de lo remediar, castigando los culpados con todo rigor, conforme á justicia; y que no den lugar á que en los pleitos de entre indios ó con ellos se hagan procesos ordinarios, ni haya largas, como suele acontecer por la malicia de algunos abogados y procuradores, sino que sumariamente sean determinados, guardando sus usos y

costumbres, no siendo claramente injustos; y que tengan las dichas Audiencias cuidado que así se guarde por los otros Jueces inferiores.

Item. Ordenamos y mandamos, que de aquí adelante, por ninguna causa de guerra ni otra alguna, aunque sea so título de rebelion, ni por rescate, ni de otra manera, no se pueda hacer esclavo indio alguno, y queremos que sean tratados como vasallos nuestros de la corona de Castilla, pues lo son.

Ninguna persona se pueda servir de los indios por vía de naboría ni tapia, ni de otro modo alguno contra su voluntad.

Como habemos mandado proveer que, de aquí adelante, por ninguna vía se hagan los indios esclavos, así en los que hasta aquí se han hecho contra razon y derecho, y contra las provisiones é instrucciones dadas, ordenamos é mandamos, que las Audiencias, llamadas las partes, sin tela de juicio, sumaria y brevemente, sola la verdad sabida, los pongan en libertad, si las personas que los tienen por esclavos no mostraren título como los tienen y poseen legítimamente. Y porque á falta de personas que soliciten lo susodicho, los indios no queden por esclavos injustamente, mandamos que las Audiencias pongan personas que sigan por los indios esta causa, y se paguen de penas de Cámara, y sean hombres de confianza y diligencia.

Item. Mandamos, que sobre el cargar de los dichos indios, las Audiencias tengan especial cuidado que no se carguen, ó en caso que esto en algunas partes no se pueda excusar, sea de tal manera que de la carga inmoderada no se siga peligro en la vida, salud y conservacion de los dichos indios, y que contra su voluntad de ellos, y sin se gelo pagar, en ningun caso se permita que se puedan cargar, castigando muy gravemente al que lo contrario hiciere; y en esto no ha de haber remision por respeto de persona alguna.

Porque nos ha sido hecha relacion que de la pesquería de las perlas haberse hecho sin la buena órden que convenia, se han seguido muertes de muchos indios y negros, mandamos que ningun indio libre sea llevado á la dicha pesquería contra su voluntad, so pena de muerte, é que el Obispo y el Juez que

fuere á Venezuela ordenen lo que les pareciere, para que los esclavos que andan en la dicha pesquería, ansí indios como negros, se conserven y cesen las muertes. Y si les pareciese que no se puede excusar á los dichos indios y negros el peligro de muerte cese la pesquería de las dichas perlas, porque estimamos en mucho más, como es razon, la conservacion de sus vidas que el interes que nos puede venir de las perlas.

Porque de tener indios encomendados los Visoreyes, Gobernadores y sus Tenientes y Oficiales nuestros, y Prelados, monasterios, hospitales y casas, así de religion como de casas de Moneda y tesorería della, y oficios de nuestra hacienda, y otras personas favorecidas por razon de los oficios, se han seguido desórdenes en el tratamiento de los dichos indios, es nuestra voluntad, y mandamos que luégo sean puestos en nuestra Real Corona todos los indios que tienen y poseen, por cualquier título y causa que sea, los que fueron ó son Visoreyes, Gobernadores, ó sus Lugares-tenientes, ó cualesquier Oficiales nuestros, así de justicia como de nuestra hacienda, hospitales, cofradías, é otros semejantes, aunque los indios no les hayan sido encomendados por razon de los oficios, y aunque los tales Oficiales ó Gobernadores digan que quieren dejar los tales oficios ó gobernaciones, ó quedarse con los indios, no les vala, ni por eso se deje de cumplir lo que mandamos.

Otrosí, mandamos que á todas las personas que tovieren indios sin tener título, sino que por su autoridad se han entrado en ellos, se los quiten y pongan en nuestra Corona Real.

Y porque somos informados que otras personas, aunque tengan títulos, los repartimientos que se les han dado son en excesiva cantidad, mandamos que las Audiencias, cada cual en su jurisdicion, se informen muy bien de esto y con toda brevedad, y les reduzcan los tales repartimientos á las personas dichas á una honesta é moderada cantidad, y los demas pongan luégo en nuestra Corona Real, sin embargo de cualquier apelacion ó suplicacion que por las tales personas sea interpuesta, y de lo que así hicieren las dichas Audiencias nos envien relacion con brevedad, para que sepamos en cómo se

cumple nuestro mandado; y en la Nueva España se provea especialmente en los indios que tiene Juan Infante, y Diego de Ordas, y el Maestro Roa, y Francisco Vazquez de Coronado, y Francisco Maldonado, é Bernardino Vazquez de Tapia, y Juan Xaramillo, y Martin Vazquez, y Gil Gonzalez de Benavides, y otras muchas personas, que el número de los indios que tienen, diz que, es cantidad muy excesiva, segun la informacion que se nos ha dado. Y porque somos informados que hay algunas personas en la dicha Nueva España que son de los primeros conquistadores y no tienen repartimiento ninguno de indios, mandamos que el Presidente é Oidores de la dicha Nueva España se informen de las personas de esta calidad, é les den, en los tributos que así hobieren de pagar los indios que se quitaren, lo que les pareciere para la sustentacion moderada y honesto entretenimiento de los dichos primeros conquistadores, que así están sin repartimientos.

Asimismo las dichas Audiencias se informen de cómo han sido tratados los indios por las personas que los han tenido en encomienda, y si les constare que de justicia deben ser privados de ellos, por sus excesos y malos tratamientos que les han hecho, mandamos que luégo los priven é pongan los tales indios en nuestra Corona Real. Y en los del Perú, allende de lo susodicho, el Visorey é Audiencia se informen de los excesos hechos en las cosas sucedidas entre los gobernadores Pizarro é Almagro, para nos enviar relacion de ello, y á las personas principales, que notablemente hallaren culpados en aquellas revoluciones, les quiten luégo los indios que tuvieren y los pongan en nuestra Real Corona.

Otrosí, ordenamos é mandamos que de aquí adelante ningun Visorey, Gobernador, Audiencia, descubridor ni otra persona alguna, no pueda encomendar indios por nueva provision ni por renunciacion, ni donacion, venta ni otra cualquier forma ó modo, ni por vacacion ni herencia, sino que, muriendo la persona que toviere los dichos indios, sean puestos en nuestra Real Corona, y las Audiencias tengan cargo de informar luégo particularmente de la persona que murió y de la calidad de

ella, y sus méritos y servicios, y de cómo trató los dichos indios que tenia, y si dejó mujer é hijos, ó qué otros herederos, y nos envien la relacion y de la calidad de los indios y de la tierra, para que Nos mandemos proveer lo que sea nuestro servicio, é hacer la merced que nos pareciere á la mujer é hijos del difunto. Y si entretanto pareciere á la Audiencia que hay necesidad de proveer á la tal mujer é hijos de algun sustentamiento, lo puedan hacer de los tributos que pagaran los dichos indios, dándoles alguna moderada cantidad, estando los indios en nuestra Corona, como dicho es.

Item. Ordenamos y mandamos, que los dichos nuestros Presidentes y Oidores tengan mucho cuidado que los indios que en cualquiera de las maneras susodichas se quitaren, y los que vacaren sean muy bien tratados, é instruidos en las cosas de nuestra santa fé católica, é, como vasallos nuestros, libres; que éste ha de ser su principal cuidado, é de lo que principalmente les habemos de tomar cuenta, y en que más nos han de servir. Y provean que sean gobernados en justicia, por la vía é órden que son gobernados al presente en la Nueva España los indios que están en nuestra Corona Real.

Y porque es razon que los que han servido en los descubrimientos de las dichas Indias, y tambien los que ayudan á la poblacion de ellas, que tienen allá sus mujeres, sean preferidos en los aprovechamientos, mandamos que los nuestros Visoreyes, Presidentes é Oidores de las dichas nuestras Audiencias, prefieran en la provision de los corregimientos y otros aprovechamientos cualesquiera, á los primeros conquistadores, y despues de ellos á los pobladores casados, siendo personas hábiles para ello, y que, hasta que estos sean proveidos, como dicho es, no se puedan proveer en otra persona alguna.

Porque de haberse oido pleitos sobre demandar los españoles indios se han seguido notables inconvenientes, es nuestra voluntad é mandamos, que de aquí adelante no oigan los tales pleitos en las Indias ni en el nuestro Consejo de ellas, agora sean sobre indios que están en nuestra Corona, ó que los posea otro tercero, sino que cualquiera cosa que sobre esto se

pidiere se remita á Nos, para que, habida la informacion que convenga, lo mandemos proveer; y cualquiera pleito que sobre esto al presente pendiere, así con el nuestro Consejo como en las Indias ó en otra cualquiera parte, mandamos que se suspenda y no se oiga más, remitiendo la causa á Nos.

Porque una de las cosas en que somos informados que ha habido desórden, y para adelante la podria haber, es en la manera de los descubrimientos, ordenamos y mandamos, que en ellos se tenga la órden siguiente: Que el que quisiere descubrir algo por mar pida licencia á la Audiencia de aquel distrito ó jurisdicion, é, teniéndola, pueda descubrir é rescatar, con tal que no traiga de las islas ó tierra-firme que descubriere indio alguno, aunque diga que se los venden por esclavos y fuese así (excepto hasta tres ó cuatro personas para lenguas), aunque se quieran venir de su voluntad, so pena de muerte; y que no pueda tomar ni haber cosa contra voluntad de los indios, si no fuere por rescate y á vista de la persona que la Audiencia nombrare; y que guarden la órden é instruccion que la Audiencia le diere, so pena de perdimiento de todos sus bienes y la persona á nuestra merced, y que el tal descubridor lleve por instruccion que en todas las partes que llegare tome posesion en nuestro nombre, y traiga todas las alturas.

Item. Que el tal descubridor vuelva á dar cuenta á la Audiencia de lo que hobiere hecho y descubierto, y con entera relacion que tome de ello, el Audiencia lo envie al nuestro Consejo de las Indias, para que se provea lo que convenga al servicio de Dios y nuestro; y al tal descubridor se le encargue la poblacion de lo que hubiere descubierto (siendo persona hábil para ello), é se le haga la gratificacion que fuéremos servidos, conforme á lo que hubiese trabajado y merecido y gastado; y el Audiencia ha de enviar con cada descubridor uno ó dos religiosos, personas aprobadas; é que si los tales religiosos se quisieren quedar en lo descubierto, lo pueden hacer.

Item. Que ningun Visorey ni Gobernador entienda en descubrimientos nuevos por mar ni por tierra, por los inconve-

nientes que se han seguido de ser una misma persona descubridor é Gobernador.

Item. Porque se han tomado é hecho asientos y capitulaciones con algunas personas que entienden al presente en descubrir, querémos y mañdamos, que los tales descubridores guarden lo contenido en estas ordenanzas, y más las instrucciones que las Audiencias les dieren, que no fueren contrarias á lo por Nos ordenado, sin embargo de cualesquier capitulaciones que con ellos se hayan hecho; apercibiéndoles que, si no las guardaren y en algo excedieren, por el mismo caso, *ipso facto*, sean suspendidos de los cargos, é incurran en perdimiento de todas las mercedes que de Nos tuvieren, y demás las personas sean á la nuestra merced. Y mandamos á las Audiencias, y á cada una de ellas en su distrito é jurisdicion, que á los dichos descubridores den las instrucciones que parescerán convenientes, conforme á lo que podrán colegir de nuestra intencion, segun lo que mandamos ordenar, para que más justamente hagan los dichos descubrimientos; y para que los indios sean bien tratados, é conservados, y instruídos en las cosas de nuestra santa fe, y que siempre tengan especial cuidado de saber cómo esto se guarda, é de lo hacer ejecutar.

Y demás de lo susodicho, mandamos á las dichas personas que por nuestro mandado están descubriendo, que en lo descubierto hagan luégo la tasacion de los tributos é servicio que los indios deben dar como vasallos nuestros, y el tal tributo sea moderado, de manera que lo puedan sufrir, teniendo atencion á la conservacion de los dichos indios; y con el tal tributo se acuda al comendero donde lo hobiere. Por manera que los españoles no tengan mano ni entrada con los indios, ni poder ni mando alguno, ni se sirvan de ellos por vía de naboría ni en otra manera alguna, en poca ni en mucha cantidad, ni hayan más del gozar de su tributo, conforme á la órden que el Audiencia é Gobernador diere para la cobranza de él, y esto, entretanto que Nos, informados de la calidad de la tierra, mandemos proveer lo que convenga; y esto se ponga entre las otras cosas en la capitulacion de los dichos descubridores.

Muchas veces acaece que personas que residen en las Indias vienen ó envian á suplicarnos que les hagamos merced de algunas cosas de las de allá, é por no tener acá informacion, así de la calidad de la persona que la suplica é sus méritos y habilidad, como de la cosa que se pide, no se puede proveer con la satisfaccion que convernia, por ende mandamos, que la tal persona manifieste en la Audiencia allá, lo que nos entiende suplicar, para que la dicha Audiencia se informe, así de la calidad de la persona como de la cosa, y envie la tal informacion cerrada y sellada con su parecer al nuestro Consejo de las Indias, para que con esto se tenga más luz de lo que converná á nuestro servicio que se provea.

Es nuestra voluntad y mandamos, que los indios que al presente son vivos en la isla de San Juan y Cuba y Española, por agora y el tiempo que fuere nuestra voluntad, no sean molestados con tributos y otros servicios reales, ni personales ni mixtos, más de como lo son los españoles que en las dichas islas residen, y se dejen holgar para que mejor puedan multiplicar é ser instruidos en las cosas de nuestra santa fe católica, para lo cual se les den personas religiosas que convengan para el efecto.

Las cuales dichas ordenanzas y cosas en esta nuestra carta contenidas, y cada una cosa y parte de ello, vos mandamos á todos y á cada uno de vos, en los dichos vuestros lugares é jurisdiciones, segun dicho es, que con gran diligencia y especial cuidado las guardeis y cumplais y ejecuteis, y hagais guardar, cumplir y ejecutar, en todo y por todo, como en ésta nuestra carta se contiene, y contra el tenor y forma de ello no vayais ni pascis, ni consintais ir ni pasar agora ni en tiempo alguno, ni por alguna manera, so las penas en ellas contenidas. Y, por que todo lo susodicho sea más notorio, especialmente á los naturales de las dichas nuestras Indias, en cuyo beneficio y provecho esto se ordena; mandamos que ésta nuestra carta sea imprimida con molde y se envie á todas las nuestras Indias, á los religiosos que en ellas entienden en la instruccion de los dichos indios, á los cuales encargamos que allá las hagan tra-

ducir en lengua india para que mejor lo entiendan y sepan lo proveido; y los unos ni los otros no fagades ni fagan ende al, por alguna manera, so pena de la nuestra merced y de mil castellanos de oro para la nuestra Cámara á cada uno que lo contrario hiciere; y demás mandamos al home que vos esta carta mostrare que vos emplace, é parezcades ante Nos en la nuestra corte, do quier que Nos seamos, del dia que vos emplazare hasta un año primero siguiente, so la dicha pena; so la cual mandamos á cualquier nuestro Escribano público que para esto fuere llamado, que dé ende al que vos la mostrare testimonio signado con su signo, porque Nos sepamos en cómo se cumple nuestro mandado. Dada en la ciudad de Barcelona á veinte dias del mes de Noviembre, año del nacimiento de nuestro salvador Jesu-Christo de mil é quinientos y cuarenta y dos años.—YO EL REY.—Yo, Juan de Samano, Secretario de sus Cesáreas é Católicas Majestades, la fice escribir por su mandado.—Fr. Garsias Cardinalis Hispalensis, Doctor Guevara, Doctor Figueroa.—Registrada, Ochoa de Luyando.—Por Chanciller, Ochoa de Luyando.

CAPÍTULO C.

De como luégo que se hobieron hecho las Ordenanzas se enviaron á las más partes de las Indias, é de como en algunas de ellas mostraron gran sentimiento y en otras no poco alboroto, y de como de la ciudad de Los Reyes fué por mandado del Cabildo á dar aviso de ello á Vaca de Castro el alcalde Palomino y D. Antonio de Rivera.

Pues, como se hobiesen ordenado por S. M. el Emperador, con acuerdo de los Grandes é Perlados, religiosos y varones de los de su Consejo Real, las Ordenanzas ó leyes que hemos puesto, para el gobierno de las Indias, fueron luégo á las ejecutar á la Nueva España, y á la Española, y á Popayan, é á Cartagena. A las provincias que están en lo interior de las regiones, vino el licenciado Hernando Diaz de Armendariz, é, como llegase el sonido de las Ordenanzas, causó gran turbacion, é muchos que habian gastado su vida en las conquistas, y estaban envejecidos en los descubrimientos, mostraban gran tristeza, de manera que la similitud de sus rostros decia la congoja que tenian en sus ánimos; y en muchas partes habia juntas é congregaciones é tratar sobre las Ordenanzas, y en que convenia informar á S. M. y que mandase otorgarles suplicacion dellas, hasta ser bien informado, pues lo hecho habia sido por dichos de frailes apasionados. Mas como estuviese en la Nueva España aquel varon tan abastado de virtudes, é tan pronto en mirar lo que convenia, así al servicio de su Rey como á la pacificacion de la tierra, D. Antonio de Mendoza, con gran benevolencia é templanza disimuló el primero ímpetu del pueblo, dando lugar á que se pasase aquel furor general, é luégo, con amorosas palabras, aunque

gravísimas, no sólamente dió lugar á la suplicacion dellas, mas luégo las suspendió, avisando al Emperador de lo que convenia á su Real servicio. Y en otras provincias asimesmo se hubieron cuerdamente los que gobernaban, é hicieron lo mesmo, y en otras partes se guardaron como hoy dia se guardan todas las más, porque conviene así para la utilidad é tranquilidad de estos reynos, y más para los naturales, como lo entenderá el que fuere allegado á la razon.

Pues como fué á Panamá el treslado de las leyes que trajo Diego de Aller, se hallaba en aquel reino el capitan Alonso de Alvarado, el cual, dejando de oir dichos vanos, despues de haber dado el parecer que ya tengo escrito, se partió para España, y el contador Juan de Cáceres y otros que tambien se hallaron allí enviaron el trasunto de las Ordenanzas al Perú; é como las viesen en aquel reino, fué grande el alboroto que se recreció, publicando que era mucha la aspereza dellas. É luégo mandaron á Antonio Palomino, Alcalde que á la sazon era de la ciudad de Los Reyes, é á D. Antonio de Rivera, que á toda furia partiesen á la ciudad del Cuzco, donde estaba el gobernador Vaca de Castro, é le diesen cuenta dello, para que con su parecer se entendiese en lo que al bien comun convenia é salud del Reino; y estos se partieron para la ciudad del Cuzco. Vaca de Castro estaba en ella, y grándemente indignado contra los del Cabildo de la ciudad de Los Reyes, porque no habian querido recibir por su Teniente al bachiller Juan Velez de Guevara, envió con un alguacil suyo á aquella ciudad, para que pareciesen en el Cuzco los oficiales de la Nueva Castilla, é que asimesmo fuese enviado á España cierto oro de los quintos Reales, que serian cien mil pesos; é porque los Oficiales reales del Nuevo Toledo se agraviaban que el Cuzco cabia en los límites de aquella provincia, despues de bien mirados los grados en que estaba é otras cosas, dió por sentencia estar en la gobernacion de la Nueva Castilla, con otras quince leguas más adelante la provincia del Nuevo Toledo, y que entrase en ella Arequipa, é las riquísimas provincias de las Charcas é Collao.

En España, despues de promulgadas las nuevas leyes, trataban en quién vernia por Visorey al Perú, é vino nueva que venia D. Antonio de Leiva, y otras veces el Mariscal de Navarra; é así quieren decir que S. M. se lo mandó, y que él respondió que no vendria él á quitar á los que estaban en las Indias sus haciendas, pues tan justamente las merecian. Tambien se decia acá que en España muchos trataban que los hombres de Indias eran de baja suerte, é gente suez, é que fácilmente los atraerian á que toviesen por bien de venir en que las Ordenanzas se cumpliesen, é que les bastaba muy poco para que pudiesen vivir como sus padres. Estas cosas eran oidas por los de acá con gran dificultad, y, echándose mano de sus barbas, decian que no parecia sino que la antigüedad de España no procedia de otra cosa que de hombres magníficos, cuanto más que todos los que residian en los reinos del Perú é Nueva España eran hombres de casta, é que sus abuelos se señalaron en las guerras que los reyes de España tovieron con los moros. En conclusion, habia un alboroto desatinado, é con furia iban las nuevas de una parte á otra, y adivinábanse grandes males que habian de recrecer.

CAPÍTULO CI.

De las cosas que más pasaron entre los capitanes Felipe Gutierrez é Francisco de Mendoza, é de cómo, despues de haber descubierto aquel rio abajo algunas provincias, Felipe Gutierrez fué preso por Francisco de Mendoza.

En los capítulos precedentes se acordará el lector, como digimos, que el general Felipe Gutierrez andaba descubriendo por el rio de Soconcho, llevando consigo á Francisco de Mendoza; é, teniendo asentado su Real en unas poblaciones que allí habia, bien proveidas de bastimentos, Felipe Gutierrez tornó á querer intentar de quitar el mando que tenia Francisco de Mendoza, enviándole á pedir las provisiones, forjando que lo hacia de industria é por le querer bien, porque los soldados no le moviesen á que se recreciesen algunos daños por donde todos se hobiesen de perder, porque en nenguna manera podian gobernar bien dos capitanes nengun Real. Francisco de Mendoza no estaba en desistir de sí el cargo que le habian dado, respondiendo á Felipe Gutierrez que no tratase de aquel negocio, porque él ántes dejaria la vida que el cargo; é, pasadas estas práticas, los amigos de Francisco de Mendoza le decian que mirase por sí, porque le queria matar Felipe Gutierrez; é andaba como asombrado de oir aquellas cosas, y en su tienda tenia siempre gente para que, si en algun aprieto le viesen, le ayudasen. El general Felipe Gutierrez se mudó de allí á otra provincia grande; é, dejando por guarda del Real á Sotomayor, se partió á descubrir con la gente que le pareció, llevando consigo á Francisco de Mendoza, é fué descubriendo por aquel rio hácia el Poniente: é hallaron la tierra llana y llena de árboles, é descubrió cincuenta leguas,

adonde halló muy gran poblado, é tuvo con los bárbaros grandes batallas, y adonde, aunque algunos cristianos y caballos fueron heridos, quedaban en los campos muchos de los naturales muertos. Despues que hobieron andado la cantidad que decimos, no hallaban poblado, é Felipe Gutierrez queria, á una parte ó á otra, illo á buscar; los soldados murmuraban dél, diciendo que si hobieran ido á descubrir hácia la parte del nacimiento del Sol que hobieran hallado poblaciones ricas, é adonde todos pudieran ser aprovechados, é que no se daba maña ni tenia prudencia para entender en la conquista.

Francisco de Mendoza, alegre de oir aquellas cosas, de industria, comenzó á decir que Felipe Gutierrez no tenia la culpa, sino ellos por le tener por General, pues no tenia habilidad para el mando que sobre todos tenia; y, en fin, tantas cosas les dijo, que les movió los ánimos á hacer una cosa muy fea, y que era digna de gran castigo, é fué que, mostrándose autor de aquella hazaña' el liviano mozo de Francisco de Mendoza, acompañado de aquellos que le eran cómplices, fué á la tienda del virtuoso, aunque descuidado General, Felipe Gutierrez, é alzando la antepuerta de la tienda, á grandes voces le dijo: «¿Por qué, Felipe Gutierrez, me quereis matar?» A las voces que daba recordó de un sueño profundo, y le dijo: «¿Yo mataros, señor capitan Francisco de Mendoza? nunca jamás pensé.» É, sin más hablar, arremetieron todos á él, é le prendieron y le echaron una cadena, y le robaron todo lo que tenia, que no era poco, y no contentos con su prision daban voces que le matasen. Francisco de Mendoza les respondió que no habia para qué matarle, que bastaba echarle de la tierra; Felipe Gutierrez, viéndose de aquella manera, é mirando la gran desvergüenza de la gente, é temiendo que le matasen, rogaba á Francisco de Mendoza que le diese la vida y él se lo prometió. Desde allí volvió Francisco de Mendoza á acercarse adonde habia quedado Sotomayor con el Real, llevando presos á Felipe Gutierrez é á otros cuatro que tovieron por sospechosos, que eran Diego Alvarez, Juan

Gutierrez, é Valderrama, é otro, é ya que estaban junto al Real, dejó en guardia de ellos á Ruí Sanchez de Hinojosa, y él mesmo fué de noche al Real, y, entrando, mandó dar un pregon que nenguno saliese de su casa, so pena de muerte, é con sus mañas supo hacer sus cosas en tal manera Francisco de Mendoza, que se le entregó toda la gente. É luégo, por la mañana, se dijo misa, é despues de acabada le juraron todos por Teniente de gobernador, como Felipe Gutierrez lo mandó al tiempo de la muerte de Diego de Rojas; é mandó que viniese Hinojosa con los presos, é se tenia gran recaudo en ellos.

CAPÍTULO CII.

De las cosas que más fueron hechas por Francisco de Mendoza, é de cómo envió á prender á Nicolás de Heredia, é á que echasen de allí á Felipe Gutierrez.

Despues de haber tomado en sí la gente el capitan Francisco de Mendoza é haberle recibido por Capitan, é jurado por tal, mandó á un Juan García que fuese con treinta é seis españoles á echar de la provincia á Felipe Gutierrez, para que con seis de á caballo pudiese ir á salir al Perú, y asimesmo que prendiesen á Nicolás de Heredia, el Maese de campo, é le quitasen las armas á él é á los que con él estaban, recelándose de que, estando ausente Felipe Gutierrez, no quisiese buscar manera para mandar, por virtud de las provisiones que tenia de Vaca de Castro. Habiáse quedado Nicolás de Heredia, con algunos españoles que estaban enfermos, atras, é por haber andado muy adelante los Capitanes no habia podido juntarse con ellos, é habiánle los indios dado mucha guerra, é mostró mucho ánimo él é sus compañeros en defenderse de ellos, é tomando á su cargo Juan García á Felipe Gutierrez, é á seis que iban con él, se partió é anduvo hasta que llegó donde estaba Nicolás de Heredia, é, tomándolo sin recelo, lo prendió y á Felipe Gutierrez, y á los otros seis, sacados hácia la montaña, los dejaron allí, é á muy gran riesgo suyo y de sus caballos, con mucho trabajo, llegaron á la ciudad del Cuzco al tiempo que Vaca de Castro de ella era salido, é Gonzalo Pizarro queria partir para Los Reyes. Juan García se volvió adonde estaba Francisco de Mendoza, llevando consigo á Nicolás de Heredia; é, ántes que llegase al Real, mandó Francisco de Mendoza á Grabiel Hernandez que

fuese é dijese de su parte á Nicolás de Heredia, que él estaba allí por Capitan, é todos le habian jurado por tal, que hiciese él lo mesmo, donde no que iria por el camino que fué Felipe Gutierrez. Llegado Grabiel Hernandez adonde estaba Nicolás de Heredia, le amonestó otra cosa no hiciese porque no le convenia; é, llegado, Nicolás de Heredia juró por su Capitan á Francisco de Mendoza, como habian hecho los demas; y para más aseguranza partieron la hostia entre ellos. Desde allí partieron á buscar bastimentos, teniendo siempre algunas gritillas de los indios, que fueron tantas que no se pueden contar por órden.

Francisco de Mendoza mandó á Juan García que fuese con treinta españoles á descubrir hácia las espaldas de Popayan; é anduvo descubriendo Juan García tres meses, é hallaron algunas poblaciones, é muy gran noticia de adelante que habia poblado de mucha riqueza. En muchas partes de los pueblos que vieron no hallaron otro pan que de algarroba, é los indios bestiales é de poca manera; ovejas habia muchas. È, faltándoles el herraje, se volvieron adonde estaba Francisco de Mendoza, el cual, como su tardanzá vió, queria enviar á saber qué habia sido dellos, é, ántes desto, dejando por guarda del Real á Nicolás de Heredia, habia él salido para descubrir si habia alguna tierra rica, é no topó cosa que buena fuese, é tenia intencion de venir á descubrir por aquella parte donde vino Felipe Gutierrez, é así lo hizo despues de llegados Juan García é los compañeros. Y, dando en grandes tremedales ó ciénagas, no pudo pasar, é volviendo á enviar parte de la gente que traia al Real, é con ella á Pedro Lopez de Ayala, él, con la resta, se arrimó á una cordillera ó sierras que atraviesan aquellas llanadas, é topó algunos poblados é muchos arroyos que nacen de aquella sierra, é habiendo descubierto ochenta leguas, é viendo que habia poblado é mucho bastimento, donde el Real se podia sustentar, é que habia noticia de más provincias adelante, volvió para revolver con toda la gente, é, llegando á un pueblo que estaba en el camino, hicieron noche junto á él, é los bárbaros, como su-

piesen que venia allí, creyendo que durmieran en aquellas casas, tenian aparejado fuego para los quemar dentro de ellas; é á la segunda vigilia de la noche, con grande ímpetu, vinieron muchos dellos, é, poniendo fuego al pueblo, fué quemado, é los cristianos, á estar dentro, corrieran peligro, porque el incendio fué grande é muy súpito. É no embargante que ellos no durmieron en las casas, tenian dentro todo su repuesto é fué consumido con el incendio, é tambien se quemaron algunos caballos é mulas, é mucha gente de servicio. Los cristianos, con grande alboroto, se levantaron espantados de aquel acaecimiento, porque no habian visto indio ninguno; é de allí caminaron con mucho cuidado, porque no les sucediese algun desman como el pasado.

Allegado al Real estovo en él algunos dias, aguardando á que el maíz estoviese en sazon, porque en aquel tiempo estaba en berza; é luégo salió con todo su Real de aquel lugar con intencion de caminar hácia el nacimiento del sol, porque la cordillera que él habia descubierto llevaba aquel rumbo; é andadas ocho jornadas, parecióle ser cosa acertada ir él descubriendo el camino de adelante, é, apercibiendo sesenta españoles, se preparó para lo hacer, dejando en el Real, por guarda de él, á Nicolás de Heredia, mandándole que le fuese siguiendo, á donde lo dejaremos por agora.

CAPÍTULO CIII.

De cómo S. M. el Emperador, nuestro señor, mandó á Blasco Nuñez Vela que viniese por Visorey á los reinos del Perú, é para que en ellos hiciese ejecutar las nuevas leyes que habia hecho para el gobierno del imperio de las Indias.

Como S. M. del Emperador D. Cárlos, nuestro señor, rey felicísimo de las Españas, é los del su muy alto Consejo, hobiesen tratado muchas veces sobre quién vernia por Visorey al Perú, para que toviese en paz las provincias, y las leyes hiciese ejecutar, no embargante que se hobiese praticado de enviar por Visorey al Perú algunos caballeros de España, S. M. puso los ojos en Blasco Nuñez Vela, natural de la ciudad de Avila, de magnífica sangre é muy celoso de su servicio real, é que habia tenido en las Españas cargos preeminentes, de los cuales siempre dió cuenta de haberlos ejercido con fidelidad; en Málaga fué Corregidor, y en la frontera de Navarra fué Veedor general, é á este imperio de Indias vino por Capitan general del armada, para llevar el tesoro que acá habia. Era alto de cuerpo, de buen parecer é gentil presencia; los ojos zarcos é muy claros, el rostro aguileño, la frente ancha, la barba espesa é de mucha autoridad, muy buen hombre de á caballo de entrambas sillas, de vivo juicio, salvo que no lo tenia asentado. Fué uno de los que siempre se extremaron en servir á su Rey; muy temeroso de Dios, nuestro Señor, llano, humilde, bien criado, enemigo de traidores, amigo de lealtad, creyóse siempre muy de ligero, no tenia confianza de los que le seguian, y esto más lo echo yo á la malicia de los hombres de esta tierra que á su bondad. La ira reinaba en él mucho y era súpito; no tuvo despues que entró

en esta tierra fe entera con nenguno, é así como ora súpito en la ira lo era en el matar á los que le enojaban. Al cual S. M. mandó llamar y le dijo que á su servicio Real convenia que fuese al Perú, y en él fuese Visorey y toviese aquellas provincias en justicia, y ejecutase en ellas las nuevas leyes que para la gobernacion del reino se habian hecho.

Blasco Nuñez Vela, quieren decir que le pesó porque S. M. le mandaba venir, mas, no embargante que esto así fuese, respondió que él haria todo aquello que S. M. mandarle quisiese, pues con aquella obligacion él habia nacido; é, pasadas otras cosas que no convienen á la historia de acá tratar, Blasco Nuñez fué proveido por Visorey del Perú é Presidente del Audiencia que se habia de asentar en la ciudad de Los Reyes, é se le dieron las Ordenanzas para que las hiciese ejecutar, trayendo particularmente cada capítulo por sí. É, dádole los despachos é instrucciones, habiendo besado á S. M. las manos, se despidió de los señores del Consejo é se vino á la ciudad de Avila, adonde, holgándose algunos dias con su mujer é hijos, se partió de aquella ciudad, llevando en su compañía á Francisco Velazquez Vela Nuñez, su hermano, é á Diego Alvarez de Cueto, su cuñado, é otros caballeros deudos é amigos suyos, é muy gran recámara é aparato, é con todo se partió para Sevilla. É como en España se divulgase que Blasco Nuñez Vela venia al Perú por Visorey, se murmuraba é decia que no habia de hacer fruto, ántes se recrecerian con su ida grandes males, é que no habia él de ser el que toviese estas provincias en quietud; é cuentan que el marqués del Valle, D. Hernando Cortés, espejo de gobernadores é capitanes de Indias, dijo públicamente muchas veces, que Blasco Nuñez no ternia en paz al Perú porque la gente que en él vivia eran mal corregidos, absolutos en hacer su voluntad, é que él, cuando iba descubriendo el reino de la Nueva España, por todos los caminos iba poniendo cruces, é los capitanes que habian descubierto el Perú siempre en ellos hobo envidias, é rencores disimulados, é negocios que vinieron á términos de dar las batallas que todos habian oido. La

comunidad de España y los populares holgábanse de las leyes que venian, y deseaban que los que en Indias vivian fuesen por ellas gobernados; los caballeros é hombres de ser, como entendiesen qué cosa es virtud, decian que si los hombres de Indias en todo cumplian las Ordenanzas, que serian para siempre reprochados de insipientes, é que los hijos que de ellos naciesen vivirian con dolor por el descuido de sus padres.

Allegado el visorey Blasco Nuñez Vela, halló allí á los Oidores que se habian proveido, teniendo de ellos gran confianza que usarian bien sus cargos; llamábanse el licenciado Cepeda, el cual era Oidor de Canarias, y el doctor Tejada, y el licenciado Alvarez, y el licenciado Zaratena; é con ellos se partió para el gran puerto de San Lúcas de Barrameda, mandando aderezar las naves en que habia de ir él é los que con él iban, deseando verse ya en la tierra de la Indias.

CAPÍTULO CIV.

De cómo llegaron á la ciudad del Cuzco el alcalde Alonso Palomino é D. Antonio de Rivera, é lo que pasó.

Ya contamos en lo de atras como los del Cabildo de la ciudad de Los Reyes mandaron al alcalde Alonso Palomino é á D. Antonio Rivera, que; con toda presteza, se partiesen é anduviesen hasta llegar á la gran ciudad del Cuzco, adonde hallarian á Vaca de Castro, y le diesen las Ordenanzas que el contador Juan de Cáceres habia enviado desde Panamá, para que se viese lo que convenia al Reino; y estos anduvieron hasta que llegaron al Cuzco, inquietando á los que estaban pacíficos, diciendo que no convenia que tan grande mal como aquel pasase, pues todos sabian con cuánto trabajo habian descubierto las provincias. Vaca de Castro, vistas las Ordenanzas, como era varon prudente, no se alteró cosa alguna, ántes mandó que entrasen en cabildo el capitan Garcilaso de la Vega, Don Martin de Guzman, Hernando Bachicao, Juan Julio de Ojeda, Juan Velez de Guevara, Diego Maldonado de Alamos, y estando ellos y él fueron las Ordenanzas leidas; é los señores del Cabildo, estando en su congregacion, trataban entre sí, diciendo que aquella ciudad era la cabeza del Reino, é que por ella se habian de gobernar las demás, é que siendo el Emperador, nuestro señor, Príncipe tan cristianísimo, no era cosa decente creer, que, sin oir sus excusas, quisiese quitarles sus haciendas, é que no se habian de cumplir las Ordenanzas enteramente, no embargante que ellos las obedecerian como de su Rey natural. Vaca de Castro respondió á lo que decian, con alguna ira, que callasen, sin se mostrar tan airados, porque si S. M. mandaba que se ejecutasen las Ordenanzas, se

habia de hacer, é obecer su mandado, el pecho por tierra, como de su Rey é señor natural; y dijo más, que aguardasen al Visorey, que podria ser otorgase la suplicacion dellas para delante el acatamiento Real, y en el ínter no serian desposeidos de sus haciendas ni indios.

Pasadas estas cosas, el alcalde Palomino, é D. Antonio de Rivera, y Hernando Bachicao, é Cermeño y otros; escribieron, segun dicen, al capitan Gonzalo Pizarro á sus repartimientos donde estaba, avisándole de las Ordenanzas que venian, persuadiéndole por sus cartas se mostrase por todos defensor, pues era hermano del Gobernador que descubrió las provincias, y que para los semejantes tiempos y necesidades habian de mostrar los caballeros su valor, é que todo el Reino seria con él para ayudar á suplicar de aquellas leyes, é aventurarian sus haciendas é personas para ello. Despachadas estas cartas que digo, las enviaron con toda priesa adonde estaba el capitan Gonzalo Pizarro, volviéndose luégo á la ciudad de Los Reyes. Pasadas estas cosas, Vaca de Castro, con parecer de los principales vecinos del Cuzco, acordó de enviar sus mensajeros á todas las ciudades é villas del Reino, para que le enviasen sus Procuradores de ellas, para praticar é tratar de enviar Procuradores á España, para que, yendo con gran celeridad, le puedan informar á S. M. de lo que conviene á su servicio Real, y suplicalle les otorgue la apelacion de algunas de las Ordenanzas. Francisco de Caravajal, el que fué en la de Chupas Sargento mayor, como entendiese el Visorey vendria con brevedad é las Ordenanzas que se traian, siendo como era varon tan entendido é de tan claro juicio (aunque mal empleado pues tan mal usó dél), habló con Vaca de Castro, diciéndole que bien sabia cuán leal amigo le habia sido, pues siempre se habia hallado en su servicio en todas las cosas que habian pasado, que así le diese algun favor, é con la posibilidad que él tenia se partiria luégo para España, adonde daria al Rey relacion de las cosas de acá, é cuán mal se pagaba á los conquistadores lo mucho que á S. M. habian servido; y que sin esto haria grave y dificultosa la nueva de

las Ordenanzas que venian. Vaca de Castro y los señores del Cabildo, despues de praticado en su congregacion, acordaron de que fuese Francisco de Caravajal á lo que decimos, y, si por ventura se encontrase con Blasco Nuñez, que ya se habia entreoido por todas partes venir por Visorey, le diese cuenta de las cosas del Reino, aconsejándole que entrase en él con toda benevolencia é cordura, porque no se recreciese alguna sedicion.

En todo el Reino habia gran turbacion en ver las Ordenanzas, mostrando los españoles mucha tristeza, diciendo que en la conquista de este Reino muchos perdieron las vidas, y en España, para venir á ellos, gastaron sus haciendas, y otros estaban envejecidos en conquistar las regiones; todo sin recibir paga real ni otro premio que los indios que tenian en encomienda, los cuales quitándolos á sus mujeres, despues de ellos muertos, ¿qué se podria esperar más de que, forzadas de necesidad, hiciesen cosas feas é contra sus honras? y que sus hijos quedarian pobres, é sus servicios sin nengun galardon. Sin esto decian que para les quitar los indios, que con tanto trabajo habian ganado, que mejor era que los matasen á todos. Y no solamente se praticaba lo tocante á las Ordenanzas, mas tambien echaban falsas famas, que todos los que entendieron en las revoluciones pasadas é se hallaron culpados habian de ser castigados con gran rigor. É añadia el tomulto del pueblo otras variaciones, é todos prontamente las oian, discurriendo por una parte é por otra con gran celeridad, mostrando una tristeza profunda y una pasion iracunda; é algunos se mostraban las heridas que habian recibido en las conquistas, derramando las mujeres de estos muchas lágrimas, diciendo que quitándoles las haciendas de sus maridos, que á dónde podrian ir para sustentar sus vidas con honor, pues estaban tan desviadas de la region de España. En la ciudad del Cuzco fué mayor el tumulto, porque extrañamente se angustiaron con la nueva; de tal manera la sintieron que derramaban palabras de grande ira, salidas de sus pechos, algunas dellas alteradas y en deservicio del Rey.

Como Vaca de Castro tuviese aviso de lo que se decia, deseando tener el Reino en toda paz, é sosiego, é tranquilidad, para atajar aquellos furores acelerados de los que hablaban tan libremente, mandó llamar ante sí á Diego de Silva, é á Juan Velez de Guevara, Alcaldes, é les dijo: «Id por la ciudad, é si viéredes que alguno habla sueltamente en deservicio de S. M., ahorcarlo luégo sin aguardar á hacer la informacion.» Diego de Silva y el otro Alcalde, como supieron las práticas que tenian é las congregaciones, mostrándose prontos en sus porfías, é que habia un sonido vulgar de pueblo sobre oponerse é no obedecer las Ordenanzas, con mucha furia anduvieron por la ciudad mandando que todos callasen so pena de muerte; é hablando á los vecinos principales que no se alterasen é aguardasen á ver lo que S. M. mandaba, é si el Visorey otorgaba la suplicacion de las leyes. A lo cual, dicen, respondian los vecinos que si S. M. lo hacia por dineros, que ellos y su ciudad le harian premio de quinientos mil ducados. Francisco de Caravajal se partió de la ciudad del Cuzco muy alegre en salir en este tiempo del Reino, llevando cartas del gobernador Vaca de Castro é de los del Cuzco para los del Cabildo de la ciudad de Los Reyes, para que escribiesen á S. M.

FIN DE LA GUERRA DE CHUPAS.